

HUGO
e la
doncella

MINERVA SPENCER

bajo el nombre de

S.M. LAVIOLETTE

los seductores

HUGO Y LA DONCELLA

Los seductores, Libro 3

Minerva Spencer bajo el nombre de S.M. LaViolette

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Copyright](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Epílogo](#)

[Palabras finales de la autora](#)

COPYRIGHT

Primera versión publicada en inglés:

Hugo and the Maiden.

Copyright © 2021 Shantal M. LaViolette.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito de la editora, excepto en el caso de citas breves, incluidas en reseñas críticas, y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitar permisos, por favor escriba a la editora.

En la medida en que la imagen o imágenes de la portada de este libro representen a una persona o personas, las mismas son simplemente modelos, y no pretenden representar a ningún personaje o personajes, que aparecen en el libro.

Si compró este libro sin la cubierta, debe saber que se trata de un producto robado. Se informó a la editora que estaba “sin vender y destruido”, y ni la autora, ni la editora han recibido ningún pago por este “libro despojado”.

Primera impresión en inglés: mayo 2021.

Las referencias a hechos históricos, personas reales o lugares reales se utilizan de forma ficticia. Los nombres, personajes y lugares son producto de la imaginación de la autora.

Imágenes de la portada de Period Images.

CAPÍTULO UNO

Londres.

Hugo apretó con más fuerza las estrechas caderas de la duquesa de Beckingdon y se sumergió en ella, llenando el espacioso dormitorio con el sonido de la piel, golpeándola y haciendo que la enorme cama con dosel se estremeciera con su salvaje vigor.

Él estaba atendiendo a Su Gracia, exactamente como a ella le gustaba: rudo, duro y, sí, con mucho lenguaje vulgar y terrenal.

—Admita que ha sido una desvergonzada y ruegue por lo que necesita —le ordenó, dándole una palmada, en el trasero, lo suficientemente fuerte, como para que le doliera su mano.

Ella arqueó la columna y emitió un gemido gutural.

—Por favor, Hugo, he sido muy traviesa. Castígame con tu polla. Lo... lo necesito.

Una sonrisa de genuina diversión torció sus labios, mientras él agarraba la espesa mecha de cabello plateado y negro, que había caído sobre uno de esos hombros, tiró de la cabeza hacia atrás hasta que el cuello se arqueó en un ángulo cruel, y comenzó a montarla aún más fuerte.

Hugo tuvo que admitir que no había nada como coquetear con una noble del reino con la misma rudeza con la que un semental se monta sobre una yegua. Y ni hablar de hacerla rogar por ello.

Bueno, reflexionó, eso no era del todo exacto. Atender a un duque real, algo que Hugo hacía tres o cuatro veces al año, era más importante que atender a una duquesa.

Él sonrió ante ese pensamiento desagradable y se inclinó hacia delante para morderle el hombro, no con tanta fuerza como para sacarle sangre, como había visto hacer a los caballos, pero con la suficiente potencia, como para dejarle una marca roja y furiosa. Y con la fuerza como para hacer que la duquesa volara por el borde del abismo hacia la felicidad.

Hugo se quedó quieto, hundiéndose profundamente en ella, mientras esa mujer se convulsionaba, a su alrededor. Ignoró su propio orgasmo incipiente, como debe hacer un buen prostituto, mientras ella llegaba al clímax, con sus contracciones, que eran una agonía exquisita, alrededor de su miembro adolorido. Cuando sus hombros comenzaron a hundirse por el cansancio, él metió la mano debajo de ella, y le provocó un segundo orgasmo, en ese cuerpo notablemente receptivo.

Estaba dispuesto a seguir adelante, pero ella volvió a suplicar:

—Por favor, Hugo, basta. No lo soporto. Por favor...

Bueno, eso fue todo entonces.

Agarró la base de su pene, todavía erecto, para mantener la funda sobre su cuerpo, mientras la sacaba. Aunque rara vez las gastaba en una cliente, como a Melissa le gustaba llamarlas, siempre llevaba una funda. Esa era su única regla, cuando se trataba de prostituirse, y era una que jamás rompería, ya que había visto demasiadas meretrices viejas, vagando por las calles con caras como llagas abiertas y sus mentes devoradas por la viruela.

Lady Beckingdon emitió un suave maullido de satisfacción y dio la vuelta hasta quedar de lado, con su cuerpo alto y delgado, enredándose en las sábanas de seda color rosa, que costaban más de lo que una criada ganaba, en una década.

Hugo se quitó la funda y la arrojó a un pequeño cubo de basura de latón, escondido discretamente debajo de una mesita de noche con bordes dorados. A diferencia de lo que ocurría en la calle, o en algunos de los burdeles más sórdidos, en The White House, o en Solange, como se le llamaba ahora, nunca era necesario reutilizar esas cosas.

Hugo subió la ropa de cama hasta cubrir la esbelta figura de la duquesa, impresionado una vez más por su vigor. Para una mujer de cincuenta y tantos años, era mucho más activa y aventurera, que muchas de sus clientas más jóvenes. A veces la deseaba, dos o tres veces, durante una velada. Y en otras ocasiones, ella lo deseaba a él y a otro hombre. A Hugo eso le parecía bien, ella pagaba un dineral, por él, y no tenía reparos en trabajar en equipo.

Hugo atravesó la habitación y vertió agua en el lavabo. Se tomó su tiempo para lavarse el sudor de la cara y el cuello, antes de secarse el pecho y las ingles. No le gustaba que el sudor se enfriara en su cuerpo y detestaba la sensación de estar pegajoso.

Se miró en el espejo ovalado, que colgaba sobre la cómoda alta, y luego deseó no haberlo hecho. Cada vez que Hugo veía su reflejo, se sorprendía y decepcionaba. Por alguna razón, siempre se veía diferente en su imaginación: su nariz estaba más pequeña, aguileña y elegante, sus labios lucían más carnosos, y sus ojos eran de un azul cielo, en lugar del color de la turba. En efecto, Hugo se imaginaba que era apuesto. O al menos marginalmente atractivo, y ciertamente no el hombre de ojos oscuros, cabello oscuro, rasgos duros y aspecto vagamente siniestro, que veía en el espejo.

Le hubiera gustado ser más alto y tener la complexión delgada y elegante de un aristócrata, pero él era solo de estatura media, y su cuerpo duro y musculoso estaba esculpido con brutal precisión, en lugar de lucir con pulcra elegancia.

Aún así, a pesar de ser un tipo tan feo, parecía que muchísimas mujeres (y no pocos hombres) no podían apartar sus ojos y manos de él.

A Hugo esto le parecía bien. Si alguien le ofrecía suficiente dinero, se acostaba con esa persona, fuera hombre o mujer, le daba igual.

Podían pegarle con varas de abedul y montarlo con la misma fuerza, que a un caballo de carreras voluntarioso; podían obligarlo a pegarles; y podían vestirlo con un pañal y llamarlo papá. A Hugo todo esto le traía sin cuidado. Solo ponía el límite en todo lo que tuviera que ver con niños y animales.

Sí, incluso un prostituto sin alma y condenado al infierno, como Hugo, tenía sus límites.

Sabía que la mayoría de los hombres, incluyendo varios que trabajan en el burdel, creían que recibir sexo anal era algo afeminado, por no hablar de peligroso e ilegal. Pero a Hugo eso tampoco le importaba. Estaba en ese negocio para ganar dinero, no para impresionar a nadie, y mucho menos a otros prostitutos, o a los clientes que les pagaban.

Además, los clientes masculinos pagaban incluso más que las mujeres, como la duquesa, tanto por lo que Hugo hacía con ellos, como por lo que hacía después, que era mantener la boca cerrada. Hugo guardaba silencio tanto para sí mismo, como para los demás. Después de todo, si lo pillaban con otro hombre, no solo su cliente sería atado con una soga. Ser un idiota era motivo suficiente para la muerte; y ser un pobre idiota era casi una garantía que él también caería en la soga.

Hugo vertió agua fresca sobre el suave paño de algodón, y lo escurrió, antes de limpiarse los brazos y las piernas.

Su popularidad entre sus clientes nunca había dejado de desconcertarlo. No había noche en que los clientes no hicieran cola para verlo. Por supuesto, su atractivo se limitaba a la atracción sexual. Los finos labios de Hugo se torcían con desdén, mientras que la gente no acudía a él por

su conversación chispeante o su ingenio vivaz. Y ninguno de sus fieles clientes cometía el error de imaginar que se había enamorado de él.

Miró por encima del hombro a la duquesa (no es que se supusiera su nombre o rango, dentro de estas habitaciones ella era simplemente la señora Ellen Fletcher) para ofrecerle un paño limpio, pero ella era un bulto silencioso en la cama, así que arrojó el paño a un lado.

Los nombres falsos eran otro vestigio de las muchas reglas de Melissa Griffin, la anterior propietaria de Solange. Pero Hugo había nacido para romper las reglas y se había propuesto saber exactamente, a quién le estaba metiendo la polla. ¿Por qué diablos iba a invertir casi todo el dinero, que había ganado en Solange, a menos que pudiera controlar los límites de su prostitución?

Hugo volvió a la cama para apagar la vela de la mesilla de noche y comprobar cómo estaba Su Gracia. La había agotado y sabía por experiencia, que ella dormiría hasta que fuera la hora de irse, si no la despertaba. Algunas noches, él la dejaba dormir, en otras se le daba más de lo que ella pagaba; esto era solo un buen negocio. Además, no le importaba follarla, aunque eso no lo aliviaba. No era que no pudiera llegar al clímax con un cliente, era que rara vez se permitía ese placer máximo porque lo único que conseguía era nublarle el cerebro, y hacerle sentir que era algo más que un sirviente pagado.

Incluso él era especialmente cuidadoso con una criatura tan rara, como una duquesa (que, según la experiencia de Hugo, eran tan comunes como los unicornios), y siempre tenía en mente que ella le estaba pagando por su placer, no por el de él.

Hugo se detuvo un momento para examinar sus rasgos. La duquesa no era lo que se podría llamar hermosa, pero tenía un rostro, que atraía la mirada de un hombre y mantenía la de ella. Más aún con el pelo casi gris y profundas líneas alrededor de los ojos y la boca, era una mujer atractiva.

Ella también era exactamente veinticinco años mayor que él. Hoy era el cumpleaños de ambos, aunque él no había compartido esa información con Su Gracia. Si bien Hugo se ocupaba de saber a quién atendía, también se aseguraba que sus clientes no supieran absolutamente nada sobre él. Al menos nada más que los fragmentos de información, que él había creado y proporcionado cuidadosamente.

La duquesa de Beckingdon le recordaba a un caballo de sangre impecable. Con solo mirarla se notaba que era el resultado de generaciones de cuidadosa crianza.

No podía decirse lo mismo de Hugo, que parecía un perro callejero. Ni siquiera su ropa costosa y de buen gusto podía disimular sus rasgos rudos ni ocultar el hecho que sus ojos estaban siempre hambrientos, sin importar cuánto comiera, o cuánto dinero tuviera.

Hugo cogió una de las pesadas túnicas de seda, que se proporcionaban tanto a los clientes como a sus acompañantes, y metió los brazos en ella.

“Acompañante” era otro término técnico que Melissa había acuñado. La palabra todavía lo hacía reír, a pesar que había estado prostituyéndose, en Solange, durante más de una década, y los últimos tres de esos años era el propietario. Frunció el ceño. Bueno, copropietario.

Se ató la faja de seda negra, alrededor de la cintura, y entró en la sala de estar, que estaba contigua a cada uno de los dormitorios de esta parte de la casa: el lado de las damas.

Sus propias prendas colgaban de los ganchos, donde las había dejado, y sacó un estuche de plata con incrustaciones de rubíes del bolsillo de su abrigo. El estuche era un regalo de la duquesa y los asquerosos puros, que contenía, eran de otro de sus clientes, un miembro de la familia real española, si se podía creer lo que el hombre le había dicho a Hugo. Los puros apestaban, pero había algo en ellos, que Hugo no pudo resistir.

Se sirvió una buena dosis del excelente brandy, que la duquesa había pagado para que se lo abastecieran, y se acercó al enorme fuego, que rugía en la chimenea, otro lujo más por el que la duquesa había pagado. Tomó un sorbo de un cuenco de cristal, que había sobre la repisa de la chimenea y encendió el puro, arrojando un pequeño trozo de papel al fuego, antes de sentarse, en el gran sillón de cuero con respaldo alto, que estaba más cerca de la hoguera. Aunque era finales de verano, tenía frío. Siempre tenía frío.

—Eres un *terribla ay Avertissmon* por mi comida, *Yougo* ¡No tienes grasa encima! — Oliver, el chef francés, que aterrorizaba al personal de cocina de Solange, además de masacrar al idioma inglés, le había gritado a Hugo, más de una vez.

Hugo comía casi constantemente, pero su cuerpo quemaba los alimentos de la misma manera, que esta enorme chimenea consumía el carbón. Por mucho que comiera, seguía delgado, con solo piel estirada sobre músculos, huesos y tendones.

Exhaló una columna de humo marrón sucio, apretando las mandíbulas, mientras contemplaba a la mujer, que era dueña del otro cincuenta por ciento de esta empresa, y que ocupaba sus pensamientos con demasiada frecuencia, en estos días.

Laura Maitland era al menos diez años mayor que Hugo y llevaba más de veinte años trabajando en el exclusivo burdel. Debería haber ganado suficiente dinero para comprar el burdel dos veces. Pero Laura tenía una gran sed de ginebra y de cartas, dos cosas que habían hecho trizas su vida.

Laura tuvo suerte que Melissa Griffin descubriera esa adicción y se hiciera cargo de ella, antes que pudiera perder todo lo que tenía, incluyendo su vida. Incluso con la ayuda de Melissa, a Laura le llevó años pagar sus deudas y ahorrar algo de dinero.

Hace tres años, cuando Melissa vendió el burdel, Laura finalmente había reunido suficiente dinero para comprar la mitad.

Hugo se puso furioso. Había ahorrado durante años para comprar el lugar, pero Mel se negó a venderle la totalidad del negocio, insistiendo en que tenía una obligación con Laura. Así que Hugo se quedó con Laura.

Había tenido que soportar la borrachera de la mujer durante tres largos años. Y también le adelantaba dinero, reiteradamente, para su parte de los gastos del negocio. Mientras ella bebía y jugaba, Hugo trabajaba el doble, aceptaba el doble de clientes, y había ahorrado cada centavo. Incluso estaba dispuesto a comprarle la parte de ella.

Hugo dudaba que Laura siquiera considerara una oferta suya, ya que empezó a salir con un cabrón enorme y brutal llamado Cowan Morgan hacía unos seis meses. Era la primera vez que Hugo sabía que Laura tenía un amante habitual. Pero ella ya se estaba volviendo un poco mayor para atraer a los hombres jóvenes y guapos, que antes acudían en masa a ella. No era solo su edad, sino toda la bebida lo que le había pasado factura.

Cowan había estado rondando demasiado por casa Solange para la incomodidad de Hugo. Pero el hombre trabajaba como sicario del capo del crimen galés, Bevan Davies, por lo que Hugo no podía exactamente echarlo. Nadie en su sano juicio ofendería a cualquiera relacionado con Davies.

De modo que Hugo había tolerado la presencia de Morgan. Sin embargo, el hombre era codicioso y estúpido. Por lo que Hugo sospechaba que podría animar a Laura a aceptar una oferta para comprar su parte. Por tonto que pareciera Cowan, Hugo sabía que el hombre tenía que saber que Laura perdía más del negocio, cada mes que lo poseía.

Hugo no pensó que a Cowan le resultaría demasiado difícil convencerla de vender y marcharse, sobre todo porque Laura repudiaba a Hugo con un odio virulento.

Hugo sonrió. No había nada como una mujer despreciada, cuando se trataba de odiar.

La animosidad entre ellos era mutua y se remontaba a la primera semana, que él pasó en el burdel, cuando Laura se había presentado en el dormitorio de Hugo, desnuda debajo de su bata. Él se había quedado asombrado, al ver su descaro.

¡Diablos! Él se ganaba la vida teniendo sexo. ¿Acaso la mujer realmente creía que así era como él quería pasar su tiempo libre?

Para él, esto no era nada probable.

Aquella noche lejana, después que él le dijera a Laura, que si quería tener sexo con él, debía pagarle, como a cualquier otro cliente, ella tembló de furia y lo odió desde entonces.

Laura no era la única persona a la que había enfadado con ese tipo de rechazo. Su firme negativa a tener amantes le había causado no pocos disgustos, a lo largo de los años.

Bueno, eso era una lástima. Lo último que él quería era juntarse con otra persona, especialmente con otra prostituta. Las demás personas eran una carga, que no necesitaba. Había pasado los primeros veinte años de su vida en la pobreza y la necesidad. Y tenía toda la intención de pasar el resto de su vida en la comodidad y el lujo.

Su plan para el futuro era simple: tomar el control de Solange, de una manera u otra, y operar el burdel hasta morir. No tenía ningún deseo de mudarse a una cabaña, en el campo, ni cultivar nabos y mucho menos criar pollos, o lo que fuera que hiciera un viejo prostituto, cuando ya no se prostituía más. Disfrutaba con lo que hacía, y no tenía ningún interés en dejarlo.

Arrojó la colilla de su cigarro, a las llamas, y dio otra calada a su brandy. No quería una amante ni amigos. Más bien, lo único que deseaba era dinero, mucho, mucho, mucho dinero. Al fin y al cabo, el dinero era lo único que importaba. Sin este, él era débil, vulnerable y estaba a merced del resto del mundo. Y el mundo era un lugar frío, cruel y feo, y los seres humanos eran la peor parte de él. La única persona en todo el planeta en la que Hugo confiaba era Hugo.

¿Y si eso molestaba a los demás? Bueno, ¡que se fueran al diablo! A él no le importaba un carajo quién lo odiara, cuánto o por qué. De hecho, estaba acostumbrado a que la gente lo odiara. ¡Diablos! Su propio padre lo había odiado tanto, que lo había vendido a un extraño... y a uno perverso, además.

Así que sí, muchas gracias, él se sentía bastante cómodo con el odio.

—¿Señor Hugo?

Alzó la vista y vio a una de las criadas, Mindy, parada en la puerta. Estaba pálida, temblaba y se retorció las manos.

—¿Qué le pasa, cariño? —preguntó, dejando su vaso y poniéndose de pie.

—Es la señora Maitland. Le ha pasado algo y... —Sacudió la cabeza y miró hacia otro lado, mordiéndose el labio inferior.

La esperanza se apoderó de su pecho.

—¿Está... enferma?

“¿O quizás muerta? ¡Ay! Soy un cabrón.”

—¡Oh! Por favor, señor Hugo, venga a verla. No soporto mirarla.

Hugo tampoco aguantaba ver a esa mujer. Decidió que la pobre Mindy estaba demasiado alterada, como para reconocer el humor de cualquier comentario.

La siguió fuera de la habitación, sin siquiera molestarse en ponerse las zapatillas.

—¿Está el señor Morgan con ella? —preguntó, mientras caminaban por el pasillo silencioso.

—No, señor. Ella está completamente sola.

Las habitaciones de Laura estaban en la misma parte de la casa que las de él (los

empleados vivían en una zona), lo que significaba que Mindy y él tenían que ir hasta el otro lado del edificio.

Cuando llegaron a las escaleras, que conducían al apartamento de Laura, Hugo respiraba con dificultad, principalmente por la emoción contenida: si Laura moría, Hugo tendría el derecho de preferencia sobre su mitad del negocio. Sabía que tener la esperanza que algo le hubiera sucedido a ella lo convertía en una mala persona, pero eso era porque él era una mala persona. Había hecho las paces con eso años atrás.

Mindy se detuvo frente a la puerta de Laura, que estaba entreabierta. Había un rayo de luz, que provenía de algún lugar más allá de la puerta, y Hugo asomó la cabeza.

—¿Laura?

Una agonía cegadora explotó en su cráneo, su visión se volvió negra, y Hugo cayó al suelo, como un saco de patatas.

—Átale las manos, es un cabrón flacucho, pero fuerte —ordenó una voz, que él no reconoció.

Hugo sacudió la cabeza para intentar aclarar su visión, y rápidamente vomitó de dolor.

—Maldita sea —murmuró alguien.

Hugo intentó alcanzar y evitar que su cráneo explotara, pero tenía las muñecas atadas a la espalda. ¿Cuándo había sucedido eso?

—Recógelo.

Unas manos ásperas lo agarraron por la cintura, Voló por el aire y aterrizó sobre algo duro (¿un hombro?), justo antes que su cabeza se estrellara contra otro objeto duro.

La oscuridad y el dolor lo hundieron.

Cuando volvió en sí, estaba tendido boca abajo sobre un cuero áspero y maloliente.

—¿Qué está pasando? —Sus palabras salieron ahogadas por la baba.

—¿Escuchaste eso? —Ese cabrón duro se ha despertado de nuevo.

Alguien se rió entre dientes.

—Creo que necesita algún somnífero.

Una vez más la cabeza de Hugo explotó.

Esta vez, él renunció a nadar contra la oscuridad y se deslizó hacia el bendito olvido.

CAPÍTULO DOS

Isla de Stroma

Costa norte de Escocia.

Martha Pringle se apresuró hacia el grupo de luces, que se movían erráticamente, en el extremo norte de la isla.

En Stroma, cuando sonaba la campana de la iglesia, a esa hora de la noche, todos sabían que un barco no había logrado atravesar las rocas. Ahora solo era cuestión de ver qué tan mal estaban las cosas. O qué tan bien estaban, según el punto de vista de cada quien.

Ella hizo una mueca ante ese pensamiento cínico. *“Deberías avergonzarte de ti misma, Martha Jane Pringle.”*

—Ten cuidado, Martha, tendremos problemas para llegar —le dijo su padre. Más bien, sus palabras eran como un silbido.

—Lo siento, padre. —Ella aminoró el paso, si no por su propia seguridad, al menos por la de él. A sus setenta y seis años, Jonathan Pringle era tan ágil como un hombre con la mitad de su edad. Pero Martha sabía que los huesos viejos eran frágiles y que bastaría una fractura para poner fin a su activa existencia, ya que la gente no se recupera rápidamente, a esa edad.

—¿Trajiste la bolsa negra, Martha?

—Sí, Padre.

—¿Y las lámparas que hicimos el mes pasado?

—Sí, padre. He traído todo. —Martha esperaba que no necesitaran casi nada, y que las luces significaran algo distinto de lo que temía.

Llegaron a la pequeña playa de guijarros, a tiempo de ver varios de los distintivos barcos que los isleños llaman “yoles”, alejándose de la orilla y dirigiéndose hacia la sombra oscura cerca de las rocas.

—Vaya, ¡qué barco más grande! —exclamó su padre, mientras Robert Clark se acercaba.

El señor Clark era un hombre apuesto y corpulento, que actuaba como capitán del puerto, aunque Stroma no tenía un puerto propiamente dicho. Solo se podían acercar pequeñas embarcaciones a Stroma, ya que la playa era el único punto de acceso con acantilados escarpados, que bordeaban el resto de la isla.

—Buenas noches, señorita Pringle —dijo el señor Clark, asintiendo con la cabeza hacia Martha y una mirada de admiración, que hizo que a ella se le encendieran las mejillas. El señor Clark era atractivo y soltero, y Martha no era la única mujer, en su pequeño pueblo, que lo encontraba atractivo.

—Buenas noches, señor Pringle —se dirigió al padre—. Es un barco grande —repitió, en respuesta al comentario del padre de Martha, cruzando sus gruesos brazos sobre su musculoso pecho, mientras giraba para mirar la oscura figura—. Jem Packard se acercó lo suficiente para ver lo que llaman “la locura del rey”. Nunca lo había visto en estas aguas antes, así que supongo que debe haberse desviado de su curso.

Martha no podía saber por la expresión del señor Clark, si el barco había recibido alguna ayuda para adentrarse en las rocas, que rodeaban esa parte de la isla. Aunque su padre no dijo

nada, ella sabía que la pregunta también le pesaría mucho en la mente.

El único punto de desacuerdo entre los isleños y su vicario (un extraño en Stroma, a pesar de haber servido a la pequeña comunidad durante dos décadas) eran sus actividades de demolición.

A cualquier hombre o a mujer le habrían negado dedicarse a esto, pero los habitantes de Stroma eran conocidos, en toda la costa, como naufragadores: hombres y mujeres, que atraían a los barcos hacia su ruina y los despojaban de su cargamento.

Clark se aclaró la garganta.

—El barco parece uno de transporte, lo que me hace pensar que su destino era Nueva Gales del Sur.

—¿Te refieres a un barco para prisioneros? —preguntó el padre con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Sí.

—¿Y aún así está aquí arriba? —preguntó Martha.

—Es inusual, no se puede negar —admitió Clark—. Supongo que los convictos están encerrados en la bodega, tal vez incluso encadenados. Creo que muchos no lograrán salir con vida.

—El Señor lloraría —dijo el padre, balanceándose como una caña en el viento.

Martha lo rodeó con el brazo y respiró profundamente, al darse cuenta de lo frágiles que se sentían esos hombros bajo su mano. Jonathan Pringle nunca había sido un hombre corpulento, pero siempre había gozado de buena salud. Ahora se sentía tan insustancial como un pájaro.

—Martha trajo nuestro maletín médico —le dijo el padre al señor Clark—. ¿Dónde quieres que nos instalemos?

—En realidad, creo que debería abrirse la sala de reuniones para tratar a los supervivientes.

—Es una caminata muy larga. ¿No preferirías usar la iglesia? —preguntó el señor Pringle.

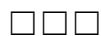
La iglesia era el edificio más grande de Stroma y también estaba cerca de la playa.

Cuando el señor Clark dudó, el vicario sonrió y replicó:

—Sé que mañana es domingo, pero el Señor comprenderá por qué no podemos tener nuestro servicio habitual.

Clark parecía incómodo.

—Necesitaremos la iglesia para otros fines, señor. Me temo que esta noche habrá más muertos que vivos.



Era irónico que Hugo probablemente debiera su vida al hecho de ser un pésimo marinero.

Desde el momento en que se despertó medio desnudo, a bordo del barco, comenzó a vomitar.

Encadenado y amarrado a hombres, a ambos lados de él, y hacinado con convictos, a su alrededor, rápidamente se convirtió en el hombre más impopular a bordo: nadie quería acercarse a él.

En algún momento, a mitad de la tercera o cuarta noche (había perdido la cuenta), los prisioneros que lo rodeaban finalmente se cansaron de las condiciones inhumanas y comenzaron a amotinarse. Hugo podría haberles dicho que, para entonces, su estómago estaba tan vacío, como la conciencia de un asesino, y que, si hubieran esperado unas horas más, habría escupido sus entrañas y eso habría sido el fin.

Pero sus compañeros de prisión habían perdido desde hacía tiempo todo interés en ser

razonables. Un motín con hombres encadenados, unos a otros, solo podía conducir a una cosa: algunos hombres vivos y otros muertos.

Una vez que estalló la violencia, los responsables de los prisioneros simplemente cerraron las dos enormes escotillas de la bodega del barco, abriéndolas periódicamente solo lo suficiente para arrojar comida, y bajar algún que otro cubo de agua.

Hugo descubrió que la mejor manera de evitar convertirse en un convicto muerto era estar tan cubierto de vómito, que nadie quisiera tocarlo. Así que se apoyó contra el casco astillado y observó la pelea, vomitando débilmente de vez en cuando.

Pronto se hizo evidente quiénes de los convictos habían sido arrestados por delitos contra la propiedad y quiénes por delitos contra sus semejantes. La compulsión de robar una hogaza de pan, generalmente impulsada por el hambre, no podía competir con la obsesión de matar o violar, dos acciones que Hugo había presenciado, más de una vez, mientras crecía en las colonias.

Por suerte para él, los dos hombres encadenados más cerca de él eran de la primera variedad. Cuando comenzó la matanza, ambos se aplastaron contra Hugo, como gallinas acurrucadas, en busca de calor, sin que les incomodara un poco de vómito.

Los tres observaron los horribles y letales procedimientos con creciente terror, a medida que pasaban los días, con su curiosidad matizada por una saludable dosis de interés propio.

Un prisionero no tardó en llegar a la cima de la pila. El hombre era una bestia enorme, cuyos ojos pequeños y porcinos eran los de una persona, que disfrutaba ejerciendo dominio sobre los demás. Una vez que dejó en claro, que él estaba al mando, la situación en la bodega se calmó.

Pero al día siguiente no llegó comida ni agua, y tampoco al próximo día.

El hombre grande (Graybow era el nombre tatuado en letras azules desiguales, en su enorme pecho) pareció volverse loco al tercer día, cortando el pie del hombre, que estaba atado a él, con una espada malvada y oxidada, que parecía haber arrebatado de la nada.

El prisionero, a la derecha de Hugo, rezaba en voz alta, mientras que el que estaba a su izquierda había continuado donde Hugo lo había dejado, y estaba vomitando, o al menos tenía arcadas, ya que no quedaba nada que vomitar.

Entonces, Graybow cortó el pie del hombre, que estaba a su izquierda. Cuando terminó, obligó a los prisioneros aterrorizados, que estaban más cerca de él, a formar una plataforma humana, a la que trepó, para llegar a las escotillas, y comenzó a golpearlas.

Esto continuó durante horas.

A medida que la luz del día se filtraba, a través de las tablas del techo, y luego se desvanecía, Hugo miró la ancha espalda del maníaco y después al resto de los presos. Aparte de unos pocos, que apoyaban activamente a Graybow (o que cortaban partes del cuerpo de los hombres encadenados a ellos), la mayoría de los prisioneros estaban tan aterrorizados, como los dos vecinos de Hugo.

Hugo ya no tenía energías para tener miedo; prefería morir allí mismo (al menos escaparía del repugnante olor de la bodega), que sufrir otro día en el infierno.

—¿Quieren vivir? —Las palabras salieron de su boca sin dirección alguna desde su cerebro.

Las cabezas de sus dos compañeros giraron en su dirección.

—Me escucharon —dijo.

Cuando ninguno de los dos habló, volteó hacia el que había estado rezando, un hombre más joven que parecía una cerilla humana con su pelo rojo llameante.

—¿Y tú, vicario? ¿Quieres vivir?

El muchacho asintió.

Hugo giró hacia el otro hombre:

—¿Y tú, Puker?

Con los ojos muy abiertos, el segundo hombre también asintió.

—Bueno, ahora cállate y escucha, esto es lo que vamos a hacer.

CAPÍTULO TRES

Martha y otras personas trabajaron rápidamente para convertir la sala de reuniones en un hospital de campaña. No había mucho que pudieran hacer con los largos bancos de madera, excepto cubrirlos con sábanas, mantas y cualquier otra cosa, que pudiera amortiguar a los pacientes y mantenerlos calientes.

Las mujeres de las pequeñas granjas, que salpicaban la isla, llegaron, llevando lo poco que podían aportar (que aún era más de lo que la mayoría podía permitirse), y se quedaron para ayudar, una vez que los pacientes comenzaron a llegar.

Stroma era un lugar rocoso, que el resto de Gran Bretaña había olvidado hacía mucho tiempo. Aunque solo estaba separado del continente por dos millas del estuario de Pentland, el clima a menudo hacía que esas millas fueran casi doscientas, y Stroma podía quedar aislado del mundo exterior durante semanas.

De las trescientas setenta y seis personas, que vivían en la isla, solo Martha y su padre se habían mudado allí desde el continente. Jonathan Pringle tenía cincuenta y seis años, cuando aceptó vivir en Stroma, en una vivienda, que llevaba mucho tiempo vacía.

No fue hasta que Jonathan, su esposa y su hija de nueve meses llegaron a Stroma que el vicario descubrió que el último clérigo, que había predicado desde el púlpito del edificio de piedra gris de la iglesia, había sido un seguidor del señor Penn, quien, cuando se fue a las colonias, se había llevado a la mitad de los isleños con él.

Los isleños restantes habían decidido que la población del pueblo no podía sobrevivir a otro inconformista carismático, y la iglesia había estado vacía durante décadas.

A pesar de lo opuesto a un nuevo líder espiritual, los reservados pero bondadosos isleños no tardaron en aceptar al vicario de voz suave, a su esposa y a su bebé.

—Te he traído una lata de guiso de langosta caliente, Martha.

Martha levantó la vista del escaso contenido de su maletín médico y encontró a la señora Morag Fergusson parada, detrás de un enorme caldero humeante.

—¡Cielos! Señora Fergusson. Por favor, dime que no trajiste esto hasta aquí.

La mujer mayor sonrió, dejando al descubierto una boca, a la que le faltaba la mitad de la dentadura.

—No, fue Cailean el Pequeño. —El sobrino de la señora Fergusson, a quien todos llamaban Cailean el Pequeño para distinguirlo de su padre, Cailean el Grande, que había muerto hacía muchos años, era fácilmente el hombre más grande de la isla, a pesar que apenas tenía dieciséis años. Era una de las bromas de la naturaleza que también fuera uno de los más amables y tímidos. Sonrió tímidamente a Martha.

—Gracias Cailean —replicó Martha.

Sus pálidos ojos grises se apartaron, sus mejillas enrojecidas por el viento se tiñeron de rojo y asintió. Rara vez hablaba y no sabía leer ni escribir. Martha había intentado enseñarle más de una vez, pese a que esa enorme figura se encorbaba sobre un pequeño pupitre, en la pequeña escuela donde ella solía ayudar durante el invierno y la primavera, pero los otros niños, de cinco a quince años, se burlaban de él cuando ella no estaba mirando, y él siempre salía corriendo.

Afortunadamente, nunca se le ocurrió contraatacar a ninguno de sus torturadores, por mucho que ellos lo merecieran.

—Vuelve a bajar la colina, Cailean el Pequeño —le ordenó su tía con brusquedad. Tendía a emplear una lengua áspera con su sobrino, y Martha agradeció que Cailean no pareciera notarlo —. Te necesitan en la iglesia.

Cailean salió corriendo de la casa y “bajó la colina”, lo que en realidad era un nombre inapropiado, ya que el punto más alto de la isla, Cairn Hill, no estaba ni a doscientos pies sobre el nivel del mar.

Justo cuando salía Cailean el Pequeño, entró el señor Clark.

—¿Estás lista, señorita Pringle?

Martha asintió.

Y empezaron a llegar los pacientes.



Algunas horas después...

—¡Bájame, gran idiota! ¡Ay, nadie de ustedes habla el maldito inglés del rey! —Esa voz cortó el estruendo de la sala de reuniones, como un cuchillo.

Martha se colocó un mechón de pelo, detrás de la oreja, y miró hacia arriba para encontrar al dueño de la voz, a unas pocas yardas de distancia, envuelto y acunado, como un bebé en los brazos de Cailean el Pequeño. El gigante sonreía, mientras miraba al hombre furioso, al que sostenía con la misma facilidad, que a un niño.

Martha se levantó y estiró, reprimiendo un gemido, antes de apoyar las manos en las caderas.

—Entiendo el inglés, aunque no puedo decir que sea el idioma del rey.

El extraño giró la cabeza y ella se sobresaltó. No sabía qué esperaba: esa voz y esa dicción eran cortantes y correctas, pero ese rostro... Bueno, tenía ángulos duros y planos dramáticos.

Esos pómulos eran como cuchillas y los ojos eran tan oscuros, que no se podía distinguir la pupila del iris. También tenía los párpados pesados y los mismos estaban extrañamente ladeados, y le pareció que era un sátiro, o al menos lo que ella imaginaba que sería.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó él, mientras sus ojos negros la recorrían rápidamente, y la desestimaban con mayor velocidad.

El rostro de Martha ardía bajo ese examen superficial.

—Soy la señorita Martha Pringle y le agradecería mucho que no utilizara ese lenguaje.

Él parpadeó y sus cejas, dos rayas negras, como el carbón, se alzaron hasta desaparecer bajo el mechón de pelo color brea, que le colgaba sobre la frente.

—¿Así es, señorita Martha Pringle? Bueno, tal vez puedes decirle a este maldito granuja...

Martha se acercó al hombre, por mucho que no quisiera.

—No es así como nos llamamos aquí, señor...

Esos labios delgados y móviles se curvaron en una sonrisa desagradable, mientras se cruzaba de brazos, luciendo como si estuviera descansando en una tumbona, en lugar de estar recostado en los brazos de otro hombre. Si los hombres ensangrentados, manchados de heces, cubiertos de vómito y empapados hicieran algo así, descansarían en las tumbonas.

—¿Qué idioma está hablando la gente? —preguntó el extraño.

Martha le dirigió su mirada más represiva, la que utilizaba con los estudiantes recalcitrantes.

—Es inglés hablado por un escocés nativo, señor. Aquí es donde te encuentras

actualmente, como invitado en Escocia, en las Orcadas. Esta es la isla de Stroma —vaciló y luego añadió—, Cailean el Pequeño entiende tanto inglés como gaélico escocés, conoce dos idiomas, lo que, imagino, que es uno más de los que tú conoces...

El hombre miró alrededor de la sala de reuniones, con expresión horrorizada, como si ella acabara de decirle que había cruzado el río Estigia hacia el Hades.

—¿Qué diablos dijiste...?

Martha giró sobre sus talones.

—¡Oye! —le gritó—. ¿A dónde vas? No he terminado contigo. No puedes simplemente convertir tu sangrado...

—No tienes por qué sujetarlo, Cailean el Pequeño. Por favor, ponlo en uno de los bancos y yo me ocuparé de él, cuando deje de usar ese lenguaje. —Lanzó las palabras por encima del hombro, ignorando la respuesta del extraño, que graznaba, como una gaviota enfadada. Si él era capaz de expresarse tan fuerte, no podía estar tan herido.

Martha fue recorriendo los bancos, en los que los pacientes, todos varones, estaban acostados cabeza con cabeza y pie con pie. Todos los hombres tenían horribles rozaduras en los tobillos, que ella sospechaba que se debían a las esposas. Entablilló dedos rotos, una muñeca rota, cosió un corte feo y untó ungüento, en las heridas abiertas.

Estaba ocupada tratando al séptimo u octavo hombre, cuando su paciente le dijo:

—Él es la razón por la que la mayoría de nosotros estamos vivos.

Martha levantó la vista de esa mano izquierda, que tenía rotos los dos dedos más pequeños. Una de las cosas que la gente aprendía en Stroma, donde no había médicos residentes, era a usar tablillas, suturar heridas pequeñas y realizar otros cuidados médicos generales.

—¿Cómo dices?

—El, eh, caballero que estaba gritando...

—¡Quítame tus enormes y sangrientas garras de encima! —Las palabras interrumpieron el parloteo del resto.

El paciente de Martha, sorprendentemente elocuente para ser un convicto, hizo una mueca.

—Bueno, el hombre que todavía está gritando es la misma persona responsable que la mayoría de nosotros estemos vivos.

Ella miró hacia arriba, al que gritaba, quien miraba con represión a Cailean el Pequeño, que parecía haberle cogido cariño y se negaba a soltarlo. Martha chasqueó la lengua, antes de volver a su tarea. Cailean el Pequeño era dulce y gentil, pero tenía tendencia a desarrollar, bueno, fijaciones y luego aferrarse como una rebaba... Una rebaba enorme.

—¿Cómo se llama? —le preguntó a su paciente.

—Me temo que no estábamos en una situación en la que intercambiar nombres fuera...

Bueno, digamos simplemente que el tema no surgió.

Martha ni siquiera quería pensar en las condiciones infernales, que estos hombres debieron haber soportado.

—Puede que sea malhablado y desagradable —continuó el paciente—, pero evitó que ese maníaco matara a muchos de nosotros.

Ella levantó la mirada, detenida.

—¿Cuál maníaco?

El paciente se puso aún más pálido, que su piel ya blanca, haciendo que sus muchas pecas resaltaran aún más.

—Un prisionero en la bodega... Graybow era su nombre, o al menos eso era lo que estaba tatuado en su pecho. De todos modos, comenzó a incitar a algunos de los otros a, eh, bueno, a

actos de extrema violencia. Pronto hubo una docena de ellos, golpeando sus cadenas contra el casco y haciendo un ruido horrendo. La tripulación, no eran tantos como nosotros... Cerraron la bodega, dejándonos a merced de ese monstruo durante días. —Se estremeció—. Cuando dejaron de alimentarnos, Graybow cortó los pies de los dos prisioneros a su lado y no parecía que fuera a detenerse.

Martha se quedó absorta con la mano herida olvidada en su regazo.

—¿Y qué pasó después?

—Bueno, ese hombre. —Hizo un gesto hacia el alborotador convicto de pelo negro, quien en ese momento le estaba preguntando a todos, a su alrededor, si hablaban inglés correctamente—. Convenció a todos que teníamos que detener a Graybow, antes que viniera por nosotros. Le llevó un tiempo conseguir que suficientes personas estuvieran de acuerdo, pero finalmente pudimos abalanzarnos sobre él, cuando nos dio la espalda.

—Fue ese gritón bocazas, el que saltó sobre la espalda de Graybow, y le envolvió la cadena alrededor del cuello, apretándolo, hasta que el gran bastardo, eh... —Se detuvo, sus pálidas mejillas se sonrojaron—. Le ruego que me perdone. Él, eh... Sometió a Graybow hasta que ya no fue un peligro.

—¿Quieres decir que él...?

—No diré nada al respecto —respondió el hombre con un tono repentinamente firme—. Diré que si ese maniaco de Graybow hubiera vivido, hoy habría muchos menos de nosotros respirando.

Martha le sostuvo la mirada, durante un largo momento.

—Continúa.

—Ese tipo tomó la espada que el monstruo había estado usando para matar y la usó para abrir nuestras esposas. Él y otro hombre trabajaron durante horas, liberando convictos. Siguió trabajando, incluso cuando la cubierta se incendió sobre nuestras cabezas. —Tragó saliva, su frente repentinamente se cubrió de sudor—. Y como si todo eso no fuera suficientemente malo, el barco chocó contra algo duro y el agua entró más rápido de lo que hubiera creído posible. Los hombres gritaron, lucharon y entraron en pánico, y aún así, él siguió abriendo cerraduras hasta el momento en que el agua cubrió nuestras cabezas. Los hombres que no lograron liberarse, agarraron a los hombres que sí lo hicieron, y los tiraron hacia abajo. Alguien agarró una de mis piernas y pensé... pensé... —Empezó a temblar.

—Shhh, está bien señor...

—Franks, me llamo Albert Franks.

—No debe preocuparse, señor F. Ahora está a salvo.

Mientras Martha terminaba de entablillarle los dedos y de untarle los rasguños y raspaduras con un ungüento, que se esfumaba rápidamente, no pudo evitar echar otra mirada al salvador, en la historia del señor Franks.

Martha nunca había visto un héroe menos probable.



Hugo no podía entender ni una maldita palabra de lo que decían, excepto a la maestra de rostro severo, que lo regañó, y luego lo dejó con uno de los hombres más enormes, que había visto en toda su vida.

Hugo medía cinco pies y diez pulgadas y pesaba unos treinta stones, pero aquel hombre era un coloso y sostenía a Hugo, como si fuera un bebé. ¿Y la mujer lo había llamado Cailean el Pequeño? Hugo se estremeció al pensar en Cailean el Grande.

Ante sus escalofríos, el hombretón apoyó a Hugo en su cadera, como si fuera un bebé, y le subió la manta hasta la barbilla.

Hugo le sonrió.

—Eh, gracias, Cailean el Pequeño.

La respuesta del hombre a su débil agradecimiento fue una sonrisa deslumbrante, que confirmó la sospecha de Hugo, que él debía estar un poco conmovido. Bueno, conmovido o no, Hugo le debía la vida porque sin duda él había salvado su inútil pellejo.

A pesar de su gran tamaño, Cailean el Pequeño se había movido veloz y ágilmente sobre las rocas irregulares, que iban desde la costa hasta el mar, donde había aún más rocas ocultas, una de las cuales debió haber derribado al barco.

Hugo logró nadar hasta una de las rocas salientes y medio sumergidas, después de escapar del agarre, pero no había tenido fuerzas para hacer mucho más que agarrarse con una mano, con su cuerpo flotando, como un trozo de alga, en el agua helada.

Se había vuelto tan frío que en realidad sentía calor, mientras una lasitud se enroscaba, a su alrededor, hasta que sus dedos comenzaron a resbalar de la roca.

Y a él ni siquiera le importó esto.

El gigante había recogido a Hugo con la misma facilidad con la que habría agarrado a un cangrejo, aferrado a una roca, durante la marea baja. Luego lo llevó en brazos, durante lo que parecieron millas, sin siquiera respirar con dificultad.

Entonces, por supuesto, Hugo estaba agradecido, pero el hombre, Cailean el Pequeño, se negó a entregarlo, y era muy vergonzoso que lo llevaran de un lado a otro, como un cordero herido.

—Gracias —dijo Hugo por enésima vez—. Ya puedes bajarme. Déjame ahí, en ese banco, y luego podrás irte y hacer... Bueno, lo que sea que hagas. —Le dirigió una sonrisa esperanzada al gigante sonriente—. De verdad, estaré bien hasta que... eh... —Miró al otro lado de la habitación a la mujer espinosa, que parecía decidida a tratar a todos los hombres, que había antes que él. Y todo porque no le había dicho su nombre.

Hugo observó su rostro sin humor, mientras ella hablaba con uno de los hombres, a los que estaba atendiendo. El hombre le dijo algo y ella le sonrió.

—Bueno, la pequeña arpía. Se está mostrando como es...

El sonido de las sílabas guturales, al chocar entre sí, hizo que Hugo apartara la mirada de la maestra. Una anciana se había acercado al gigante, aparentemente con el único propósito de mirar boquiabierta a Hugo.

Él le sonrió.

—Hola, ¿hablas inglés? —Enunció cada palabra con claridad.

La anciana se rió entre dientes, como si él acabara de decir algo divertido.

Hugo apretó los dientes y miró hacia otro lado, apretando más la áspera manta, tejida a mano, alrededor de su torso desnudo, mientras observaba las toscas paredes de piedra de una especie de lastimosa sala de reuniones. Su atención se fijó en el hombre de pelo pelirrojo, que había estado esposado a su lado, el hombre al que Hugo había llamado “Vicario” por todas sus oraciones.

Hugo no había querido saber los nombres reales de ninguno de sus compañeros de cautiverio, a pesar que creía que varios de ellos, probablemente, eran inocentes de los crímenes de los que habían sido acusados.

Tomemos como ejemplo a Hugo: era culpable de muchas cosas, pero el hurto menor no estaba entre sus muchos crímenes.

Estaba desnudo, cuando lo sacaron de la casa Solange, y lo mantuvieron así, hacinado en

una celda vil. Sus captores finalmente le dieron ropa, que parecía haber sido elaborada específicamente para hacerlo parecer un payaso (pantalones que le llegaban hasta las rodillas y una camisa tan voluminosa, que podría haber servido como una carpa de circo), en su breve momento, ante el juez. Y uno de un aspecto muy sospechoso.

Cuando Hugo abrió la boca para preguntar en qué tribunal se encontraba, el guardia lo golpeó tan fuertemente, que días después todavía le zumbaba la cabeza. Así que se quedó allí de pie, ante el tribunal, demasiado aturdido para hablar, mientras lo acusaban de hurto menor y lo condenaban a siete años de deportación, en menos tiempo del que se tarda en beber una pinta.

Después, el guardia le quitó a Hugo su incómoda ropa y lo metió a empujones, en una celda diferente, esta vez con gente, que había llegado a conocer, muy bien, durante la semana, o que habían esperado para entrar allí. Todos los días se añadían nuevos prisioneros, y todos ellos ratificaban su inocencia.

Hugo conocía bien a los criminales (después de todo, él había crecido en las colonias de malhechores) y sabía que todos los convictos insistían en su inocencia. Pero había similitudes sorprendentes en todas las historias, que había escuchado, mientras estaba en esa celda: todos los hombres fueron arrestados por la noche, a todos se les negó el acceso a los derechos normales, que se les otorgan incluso a los criminales, más humildes, y todos hablaron y se comportaron como los comerciantes o empleados, que decían ser.

Una sombra cayó sobre Hugo, y él miró hacia arriba.

—Bueno, la señorita Martha Pringle ha regresado. —Se inclinó con la misma eficacia con la que un hombre reclinado podía hacerlo—. ¿A qué debo este honor?

—Le echaré un vistazo a la pierna, si puedes ser educado. —Tenía el tipo de ojos azules que le encantaban, aquel que a él también le hubiera gustado tener. Excepto que sus ojos nunca habrían contenido una expresión tan severa y sin humor.

Le costó todo el control que pudo mantener para mirar fijamente esos ojos juzgadores y decir, con voz empalagosa:

—Se lo agradecería mucho, señorita Martha Pringle.

Esos labios, sorprendentemente sensuales, se curvaron en una sonrisa irónica, por lo que ella no carecía totalmente de sentido del humor.

—Puedes dejarlo, Cailean el Pequeño.

El joven gigante obedeció sin vacilar, después de rechazar las cincuenta súplicas de Hugo. Así que el muchacho sí entendía el idioma inglés.

Ella se sentó en el banco y Hugo giró de lado para acomodarse, lo que provocó que la manta se deslizara. No habría pensado que ella notó su pecho y abdomen desnudos, si él no hubiera visto la mancha roja que se extendía por su cuello alto.

Hugo sonrió, mientras ella levantaba la manta de sus piernas y palpaba con cuidado la herida superficial en su espinilla. Lástima que no fuera su muslo lo que ella tenía que examinar. Se movió ligeramente y la manta se abrió hasta su ombligo, dejando al descubierto la piel pálida y tersa, justo por encima de su vello púbico.

Esos dedos apretaron la herida hinchada y supurante, y él se sobresaltó.

—¡Maldita sea! —gritó con los ojos llenos de lágrimas.

Esa boca se comprimió en una fina línea blanca.

—Lo siento, lo siento —dijo él, levantando las manos en un gesto conciliador—. No debería haber dicho eso. Me lo acabas de sacar de la cabeza por sorpresa.

Ella entrecerró los ojos, pero simplemente se volvió hacia su bolso.

Hugo rápidamente tiró de la manta alrededor de su cuerpo, ya que no estaba interesado en

burlarse de ella.

—¿Qué pasa? ¿Está roto? Parece que sangra...

Ella levantó la mirada bruscamente.

—Se siente roto —corrigió él, dócilmente.

—No está roto. La piel está desgarrada y tienes hematomas. —Ella cerró la bolsa de medicinas y se puso de pie.

—¿No hay nada que puedas hacer? —preguntó, frenético porque ella parecía querer irse—. ¿No es necesario coserme para evitar que me desangre? ¿Has terminado conmigo?

—Lo mejor para el corte y la hinchazón es remojar la pierna —dijo, volviéndose hacia el salvador Hugo—. Llévala a la cala, a las rocas planas. La marea debería estar lo suficientemente alta, como para que puedas sentarse con la pierna en el agua, pero sin mojar el resto del cuerpo.

—¿Qué? —gritó Hugo—. ¿No tienes nada para el dolor? Tengo un dolor muy fuerte y... Cailean el Pequeño se inclinó y lo recogió.

—¡Cielos! ¿Quieres que me cuelgue del agua? ¿Estás loca? Hace muuu...

Ella le dedicó una sonrisa, la primera, tan superior y complaciente, como su expresión de descanso.

—El agua está fría, aunque la noche es muy agradable. Estoy segura que si mantienes bien envuelta tu manta alrededor de tu cuerpo, estarás bien.

Entonces, después de todo, ella se había dado cuenta de esa estratagema de la manta resbaladiza.

Hugo se mordió el labio, preparándose para suplicarle, pero Cailean el Pequeño ya se dirigía hacia la puerta.

CAPÍTULO CUATRO

Martha había mandado a su padre, a la cama, horas antes. Últimamente se cansaba muy rápido y la cantidad de hombres muertos, que habían visto esa noche, había sido suficiente para aplastar los ánimos de cualquiera.

Entre Martha, el señor Clark, el señor Joe Cameron (el hombre que poseía y dirigía una pequeña posada, la taberna, una tienda de abarrotes y la oficina de correos) y Brian Boyle, que tenía varios empleos, en su pequeña comunidad, incluido el de sacristán, pudieron distribuir a los prisioneros ambulatorios entre los aldeanos, que tenían espacio para alojarlos. Solo uno de los hombres heridos (un niño, en realidad) estaba demasiado herido para caminar.

Había diecisiete hombres que necesitaban refugio y Martha se quedó con cinco. Aunque la sala de reuniones podría haber dado cabida a muchos más hombres, cinco serían suficientes para alimentar y cuidar. La pequeña cabaña donde vivían ella y su padre estaba muy cerca de este lugar, por lo que ella podía llevarles comida, cómodamente.

—¿Crees que la mayoría de la tripulación logró llegar a tierra firme? —le preguntó al señor Clark, una vez que enviaron al último prisionero, a un campesino y a su esposa.

—Se vieron cuatro botes salvavidas dirigiéndose hacia Gill's Bay.

—¿Lo lograron?

—Creo que sí. El agua está muy tranquila y hay mucha luz de luna.

—Entonces, ¿cómo es que el capitán del barco no vio las rocas?

El señor Clark se encogió de hombros y apretó sus labios, habitualmente carnosos y sonrientes. Las peligrosas rocas, que flanqueaban Stroma hacia el este, no eran un tema de discusión. Martha sabía, aunque él no lo hubiera dicho, que la tripulación había decidido arriesgarse remando hasta tierra firme, en lugar de hacer el viaje mucho más corto hasta la isla. Los isleños de Stroma tenían mala reputación de ser personas, que no se limitaban a observar cómo un barco se hundía, sino que los saqueaban, y despachaban, a cualquier superviviente, que pudiera llegar a la orilla.

Martha trató de no pensar en eso.

Además, las cosas habían cambiado mucho en los años transcurridos desde la llegada de su padre. Si bien era cierto que los cargamentos se perdían con frecuencia, había muchas menos víctimas humanas.

—Uno de los hombres con los que hablé dijo que la tripulación... Estaban peleando —expresó Joe Cameron.

—Sí, lo he oído de varios de ellos. —Martha miró al señor Clark—. ¿Sabes qué podría haber pasado?

—Obviamente, algo no estaba bien, ya que el barco se dirigía a Nueva Gales del Sur —destacó Clark, encogiéndose de hombros—. Nadie sabe qué sucedió, ya que solo tenemos la versión de los prisioneros.

—Es una vergüenza que la tripulación haya dejado a los prisioneros atrapados abajo —afirmó Joe, haciéndose eco exactamente de los pensamientos de Martha.

El señor Clark parecía considerablemente menos indignado, y Martha sintió una punzada

de tristeza, ante su respuesta poco cristiana.

Brian Boyle miró hacia la puerta de la sala de reuniones.

—No me siento bien por dejarte aquí arriba con esos cinco hombres, Martha, no importa lo lamentables que se vean ahora mismo.

—Sí —convino el señor Clark—. Especialmente ese... Es un tipo malo.

Los otros hombres asintieron, sabiendo exactamente a quién se refería, aunque nadie había logrado aún adivinar su nombre.

—Ladra más de lo que muerde —les aseguró Martha—. Y los cinco apenas pueden levantar los brazos para alimentarse de lo exhaustos que están. Esta noche no causarán problemas.

Los hombres dudaron un poco, pero finalmente se marcharon hacia sus distintas viviendas.

El señor Clark fue el último en marcharse.

—¿Estás segura de esto, señorita Martha? ¿Podrás dormir con ellos, en la sala de reuniones?

El señor Clark tenía una madre anciana y una hermana viuda con dos hijos, a su cargo. Casi todos los días, él salía, antes del amanecer, para pescar, por lo que mantenerlo allí solo haría que su vida fuera mucho más difícil.

—Es una oferta muy amable, pero me las arreglaré. Buenas noches, señor Clark.

—Y buenas noches, señorita Mar...

Martha hizo una mueca.

—¡Maldita sea! ¿Qué diablos es eso? —preguntó él.

—¡Oh, cielos! Parece que Cailean el Pequeño se ha olvidado de Lily. Será mejor que te vayas.

El señor Clark frunció el ceño, pero asintió y se dirigió hacia su cabaña.

Martha golpeó con fuerza la puerta de la sala de reuniones.

—Quiero entrar, ¿están...? —dudó, tratando de pensar en la forma menos embarazosa de preguntarles si se habían cubierto. Ver tanto de esos cuerpos antes había sido una experiencia sin precedentes, una que no olvidaría pronto.

Había visto hombres sin camisa, por supuesto, pero nunca había visto un cuerpo como el del alborotador. Ni siquiera los hombres de la isla, que tenían músculos bien desarrollados tras días de trabajos agotadores, podían compararse con él. Era duro como una piedra, definido y distinto, como si alguien lo hubiera creado con el cincel de un escultor. Su piel pálida era casi completamente lisa, salvo por un fino rastro de vello oscuro, que crecía por el centro de su cuerpo, entre los músculos asombrosamente delineados de su abdomen, y desaparecía en...

La puerta se abrió de golpe y Martha chilló de sorpresa.

Era el alborotador, por supuesto.

Cailean el Pequeño debió haberle fabricado una muleta porque estaba parado, junto a la puerta, envuelto en mantas, con el rostro tenso por el dolor, y sus ojos oscuros muy abiertos con algo que parecía miedo.

—Está allí —dijo, señalando el rincón más alejado de la sala, que estaba en penumbra—. Una especie de bestia se deslizó hasta el banco, y trató de atacarme por debajo de las mantas. Intentó mordirme la co... —Se detuvo abruptamente.

Martha se aclaró la garganta.

—No hace falta que te pongas nervioso, eso es cosa de Lily.

Él la miró con aprensión.

—¿Qué? ¿Es un lirio?

—Lily es una nutria. La nutria de Cailean, para ser más precisos. Debe haberla dejado para consolarte. Parece que le gustas mucho.

—¿Por qué diablos...? —Su mandíbula se cerró de golpe, ante lo que vio en su rostro—. No importa. —Dio la vuelta y regresó al banco, que había reclamado para sí mismo. Había cogido dos mantas y las había envuelto de forma creativa para cubrir la mayor parte de su cuerpo. Ella vio que los otros cuatro hombres se encontraban en distintas etapas del sueño. Dos roncaban y otros dos parecían querer hacerlo.

A diferencia de su invitado bullicioso y temeroso de las nutrias, los otros hombres tenían ropa, aunque estaba hecha jirones y sucia.

Martha no podía entender por qué a nadie se le había ocurrido traerle al menos un camisón al hombre, pero ya era demasiado tarde para pedir algo así ahora, y la ropa de su padre sería demasiado pequeña para un hombre tan musculoso y de hombros tan anchos.

Fue hacia donde Lily debió haberse escondido, después que le gritaran.

—Ven aquí, niñita. —La arrulló, haciendo el sonido de beso que Cailean el Pequeño solía usar para llamar a la joven nutria.

Lily salió de mala gana con sus ojos oscuros, llenos de reproche, mientras corría hacia las manos extendidas de Martha.

—Eres una buena niña —la elogió Martha, abrazándola como si fuera una bebé. Y eso era Lily, una bebé malcriada.

Martha volvió a donde estaba el convicto, que hablaba mal.

—Mira —dijo, deteniéndose frente a él—. Lily es una niñita muy dulce. —Rascó a la nutria debajo de su barbilla, y los ojos de Lily se cerraron, emitiendo un suave sonido gutural.

El hombre se estremeció.

—Es una rata. La rata más enorme y sucia que he visto en mi vida.

—¡Qué vergüenza! —expresó Martha, bromeando solo en parte—. Lily es una nutria marina. Y es muy limpia y educada, ¿no te parece, Lily?

—¡Ja! Intentó colarse debajo de mis mantas. ¿A eso le llamas educación?

—¡Modales de nutria!

Para sorpresa de Martha, él se rió. Como le pasaba a la mayoría de las personas, la risa lo transformaba. Todavía parecía un sátiro malvado, pero ahora era más joven y menos intimidante.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Martha sin poder detenerse.

La miró desde debajo de sus pesados párpados, bordeados por largas y exuberantes pestañas femeninas. Martha tragó saliva, sintiéndose incómoda, repentinamente, al recordar la visión fugaz que había tenido de ese cuerpo nada femenino.

—¿Cómo te gustaría que me llamara, cariño? —Su voz era como terciopelo, e incluso Lily se animó al oírla.

—No soy tu amor.

—Hugo. —Le dedicó otra de sus sonrisas torcidas.

—No me gustaría llamarte por tu nombre de pila.

—Mi apellido es Higgenbotham.

Martha frunció el ceño ante el inusual apellido.

—Tu nombre es Hugo Higgenbotham —repitió, sintiéndose un poco tonta, mientras su boca luchaba con las sílabas del trabalenguas.

Él soltó una risita, que le hizo apretar el estómago.

—No. Solo quería ver cómo se veían esos hermosos labios tuyos, al decir la palabra “Higgenbotham”.

Martha abrió la mandíbula y Lily, al percibir su repentino cambio de humor, se sentó y parlotó nerviosa.

Hugo, como se llamaba realmente, se limitó a reírse entre dientes.

—Cuidado, tu rata se está emocionando.

Martha se sintió invadida por emociones tan fuertes (ira, conmoción y algo más, algo menos familiar) que tembló.

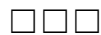
—Me resulta difícil creer que te estés burlando de mí, después que he hecho todo lo posible para ayudarte.

—No todo, cariño. —Se deslizó hasta que estuvo contra el respaldo del banco, y dio unas palmaditas en el pequeño espacio, que había frente a sus caderas—. Podrías tirar esa rata afuera, y meterte debajo de estas mantas para mantenerme caliente.

Decir que ella nunca había estado tan sorprendida, en su vida, habría sido quedarse corto. Estaba tan estupefacta que necesitaba una palabra completamente nueva para describirla.

Pero eso no era lo que la molestaba.

No, lo que molestaba a Martha era lo tentada que estaba de hacer exactamente lo que él sugería.



Hugo sabía que estaba actuando como un idiota, pero no podía evitarlo. Ni siquiera sabía cómo. Ni siquiera recordaba un momento, en el que no se hubiera comportado como un idiota.

“Ahora podría ser un buen momento para aceptar un cambio,” le recomendó una voz fría, en su cabeza, mientras Hugo observaba a la mujer, la señorita Martha Pringle, girar sobre el tacón de su resistente bota marrón y marchar de regreso por donde había venido, apagando la única fuente de luz, una vela que emitía más humo que iluminación, en su camino hacia la puerta, dejando solo la luna para alumbrar la oscuridad.

Hugo pensó en llamarla, no exactamente para disculparse, pero tal vez para quitarle el mal humor con su encanto. Siempre le había funcionado bien con las mujeres, en el pasado, pero antes no estaba acostado envuelto en una manta áspera, golpeado como un trozo de desecho y sin siquiera un orinal para orinar ni una ventana para tirarlo.

Estaba demasiado cansado y adolorido, como para suplicarle o seducirla. Rogaría y la seduciría, al día siguiente.

Él gruñó y se recostó en su dura cama.

Hugo se dijo a sí mismo que debería estar agradecido de no estar todavía cubierto de vómito, encadenado a otros hombres, y atrapado con un maníaco, en la bodega de un barco prisión.

Se mordió el labio inferior, que se le había agrietado dolorosamente por haber estado privado de agua durante días. Bueno, aparte de agua salada.

“Gracias a las tablas en llamas, que ardían sobre su cabeza, la escena en la bodega, cuando el barco chocó contra las rocas, había sido una visión del infierno, al estilo de Bosch. El agua se precipitó hacia el casco dañado, apagando las llamas, mientras los hombres gritaban y luchaban contra el fuego y la oscuridad gélida del océano, arrastrándose unos sobre otros para golpear las escotillas, ahogando a los que estaban debajo.”

Justo en el momento en que rompieron las puertas de la escotilla, el barco comenzó a moverse (una deriva sin obstáculos), y Hugo se dio cuenta que el mismo se estaba hundiendo.

Los hombres que no lograron salir se apresuraron a mantenerse en la parte de la bodega, que contenía una bolsa de aire, aferrándose a las costillas del barco, como ratas mojadas.

Hugo siguió el movimiento de los pies, las plantas desnudas delante de él, como los pálidos vientres de los peces, desapareciendo a través del agujero irregular.

—¡Se está hundiendo! —gritó, mientras nadaba en el agua hacia la grieta.

—¡No sé nadar! —gritó uno de los hombres.

“Será mejor que lo intentes,” pensó Hugo, mientras inhalaba todo el aire, que podía contener, y se sumergía en la oscuridad.

Sus pulmones estaban a punto de estallar, cuando finalmente salió a la superficie. El mar no estaba agitado, pero las rocas provocaban corrientes extrañas y poderosas, que tiraban de sus piernas, como garras heladas. Los gritos habían llenado la oscuridad, ya que otros, que fueron menos afortunados se dieron por vencidos, en la búsqueda de tierra, o chocaron contra rocas irregulares, que acechaban bajo el agua.

La luna estaba casi llena, lo que le hizo preguntarse, incluso en su estado maltrecho y empapado: “¿cómo diablos, el capitán logró chocar contra las rocas? ¿O quizás murió en el incendio? ¿O abandonó su barco?”

Incluso flotando en el agua, Hugo había podido ver una buena distancia por delante, así que se dirigió hacia lo que parecía ser la costa. Pero solo había dado unas cuantas brazadas, cuando su pierna se estrelló contra una roca sumergida. Mientras se aferraba a la misma roca que lo había cortado, esperando morir en el agua helada, se quedó mirando el barco. A través de su neblina de dolor, parecía que había hombres luchando en la cubierta en llamas, que estaba violentamente inclinada.”

Hugo pensó en esto ahora, mientras se envolvía con las mantas más fuertes, alrededor de su cuerpo frío. Debió haberlo imaginado porque eso habría sido una locura, ¿no?

Hizo a un lado ese desagradable pensamiento y bostezó, sus labios se torcieron en una sonrisa cansada, mientras pensaba en la señorita Martha Pringle con su boca sensual, su mirada reprobatoria y su cuerpo curvilíneo de pecadora. No recordaba haber conocido a otra mujer, como ella.

Hugo sintió una punzada de remordimiento poco habitual en él, al recordar cómo la había tratado. Ella había sido amable con él, mientras que él se comportó como un idiota grosero y vulgar. Tal vez, mañana lo haría mejor.

Bostezó de nuevo, incapaz de mantener los ojos abiertos ni un minuto más.

Esa noche, en lugar de tener pesadillas sobre barcos en llamas y asesinos sangrientos, soñó con ojos azules líquidos y labios carnosos y sonrientes.

CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente, Cailean el Pequeño estaba esperando a Martha, en los escalones de piedra de su pequeña casa con Lily sobre sus enormes hombros, como una lujosa bufanda viviente, mirándolo con adoración.

Se puso de pie de un salto y Martha le sonrió.

—Buenos días, Cailean. Llegas justo a tiempo para ayudarme a llevar el desayuno, a la sala de reuniones.

Cailean se movió de un pie a otro, claramente ansioso por quedarse con su mascota.

—Pasa —dijo ella, guiándolo hacia la pequeña cocina—. Veo que estás emocionado por ver al hombre que rescataste, ¿no?

Cailean hablaba menos de unas pocas frases al año, pero algo en ese hombre desagradable parecía haberlo cautivado y murmuró una palabra que sonaba como: “Braw”.

Martha resopló. Podía pensar en muchas palabras para describir al señor Hugo Higgenbotham, pero la palabra escocesa para “maravilloso” no estaba entre ellas.

“*Su cuerpo ciertamente encaja con esa descripción,*” señaló una voz astuta, en su cabeza.

El calor le subió por el cuello aunque, gracias al Cielo, solo Martha podía oír el escandaloso pensamiento.

Cailean transportaba la olla grande de gachas, mientras Martha llevaba cuencos, cucharas y una jarra de leche. Ella iba delante de él y abrió una de las puertas dobles para que el muchacho gigante entrara. La cabaña tenía pequeñas ventanas, que alguien había llenado hacía mucho tiempo con vidrieras, que hacían que los bancos sencillos y el suelo de piedra gris parecieran mágicos, a la luz de la mañana.

Cailean y Martha se detuvieron para contemplar la escena: todos los hombres estaban profundamente dormidos. Ella miró a su alrededor y vio los bultos, que estaban debajo de las mantas, y decidió que un desayuno caliente era más importante que dormir.

—Puedes dejarlo ahí, por favor. —No hizo ningún esfuerzo por mantener la voz baja y apuntó hacia un banco, que había sido cubierto con un paño de hule, y que todavía contenía una jarra de cerveza, casi vacía, la cual había quedado de la noche anterior.

—¿Qué maldita hora es? —preguntó una voz apagada y hosca desde debajo del montón de mantas del primer banco.

Martha cerró los ojos por un momento. Era evidente que tendría que elegir sus batallas con el señor Hugo, o como fuera que él se llamaba, o pelearían todo el tiempo. Respiró profundamente, y comenzó a repartir la comida, en tazones.

Los otros durmientes se despertaron, ya sea por sus acciones, o debido a las quejas de Hugo, por lo que Martha hizo que Cailean distribuyera la comida entre cuatro de los hombres, dejando al quejoso, a cargo de ella.

—Señor Hugo. —Martha se paró frente a su cuerpo inmóvil, que estaba completamente envuelto en una manta. Cuando él siguió sin moverse, dijo—. Tengo su desayuno. Si no lo toma, lo repartiré entre los demás, y no tendrá nada hasta el almuerzo.

La manta se movió con lentitud renuente.

Su pelo, cubierto de sal y pegado en todas direcciones, era una espesa mata negra, que casi le tocaba los hombros. Este era el pelo más largo que jamás había visto, en un hombre. Los planos de su rostro eran aún más duros, a la luz de la mañana.

No era un hombre atractivo, pero de alguna manera tenía el rostro más llamativo, que había observado. Por lo que era difícil apartar la mirada de él.

Al menos para Martha esto fue difícil.

La mirada entrecerrada de Hugo se deslizó del cuenco humeante, que ella tenía en las manos al rostro, y se arrugó con sospechas.

—¿Qué pasa?

—¿Realmente esto importa? —Él inclinó la cabeza hacia un lado y apretó sus expresivos labios, formando una línea recatada. Esta era una imitación de su expresión, supuso Martha—. ¡Oooh! Miren quién no está de buen humor esta mañana.

Martha ignoró su burla y dejó el cuenco en el banco, no muy lejos de su cabeza, dándole un fuerte golpe. Regresó a su área de servicio y recogió la jarra de leche. Los otros hombres estaban hurgando en sus cuencos, como si nunca hubieran visto comida antes, y habían comido al menos la mitad, antes que ella pudiera ofrecerles un poco de leche.

—Está endulzada con miel —le dijo a Albert Franks.

—Sí, por favor, señorita Pringle. Muchas gracias. Esto es maná del cielo.

El señor Franks hizo sonreír a Martha.

—A su orden.

Pasó al siguiente hombre, cuyo nombre no recordaba. Como los otros dos, el hombre era joven, delgado y no quería mirarla a los ojos. Curiosamente, solo el señor Franks y Hugo se comportaban, como si no fueran culpables. Sospechaba que el señor Franks podía ser inocente, pero, ¿Hugo?

Martha resopló.

—¿Qué están recibiendo? —La voz malhumorada interrumpió sus cavilaciones, pero Martha la ignoró y se dirigió hacia los dos últimos hombres, antes de ir a donde estaba Hugo, sentado lejos de todos los demás, como si él fuera especial.

Cailean el Pequeño estaba seguro que lo era. El muchacho grande lo miraba con la misma expresión que Lily le dedicaba: una de adoración extática. ¿Quién sabía qué veía el dulce gigante en el hombre desagradable?

Hugo aún no había tocado su comida. En cambio, le dirigía una mirada inquisitiva a la pequeña mesa de servicio, mientras movía la nariz en forma de pico.

—¿No hay café?

—Me temo que no.

—¿Por qué tuve que lavarme en las únicas rocas de Gran Bretaña, demasiado salvajes para no tener café? —Él soltó un gemido de dolor.

—No te lavaste, Cailean el Pequeño te rescató. Y tenemos café, pero lo guardamos para ocasiones especiales.

—¿Ocasiones especiales? Yo diría que hoy es una ocasión muy especial, ya que todavía estoy vivo.

Martha dio la vuelta, ante las palabras insensatas, y le entregó la jarra a Cailean el Pequeño.

—Lo dejaré en tus manos.

—Espera, ¿a dónde vas? —Hugo sonaba suplicante y lastimero, pero Martha no se dejó convencer.

Ella cerró la puerta de golpe y se dirigió a la cabaña, donde se puso el sombrero y la mejor de las dos capas que tenía. Aunque apenas era principios de otoño, en Stroma, las mañanas eran frescas y agradables.

Martha encontró a su padre en el trastero, que habían convertido en un pequeño estudio.

—Voy a bajar a ver qué novedades hay, papá.

Él levantó la vista y su mente tardó en seguir lo que veía.

—¡Ah! Martha. ¿Qué dices?

—Voy a la posada. —Martha evitó usar el nombre del pub (Greedy Vicar), ya que sabía que este le dolía a su padre, incluso después de tantos años.

Él le dedicó una sonrisa distraída.

—Muy bien. ¿Y los caballeros de la sala?

—Les he dado el desayuno, y Cailean el Pequeño está con ellos.

—¡Ah! Sí, es un muchacho tan bueno. Tan gentil. Um... —Hizo una pausa y ella supo que él había perdido el hilo de sus pensamientos. El miedo se deslizó por su columna vertebral. Él se había vuelto tan vago últimamente.

Él se subió las gafas, y fue entonces cuando ella se fijó en sus manos.

—¡Padre! —Ella misma se sobresaltó por su propio tono brusco, y suavizó la voz—.

Déjame ver tus manos.

Se las ofreció, confiado como un niño. Tenía el pulgar y dos dedos de la mano derecha manchados de tinta, pero los diez dedos tenían un tono azul inquietante.

—Tienes frío, padre.

—No, no. Es muy agradable aquí.

El sol entraba por la ventana, que daba al este, y hacía que el aire brillara con su calor. Hacía calor. Martha sostuvo los dedos helados de él entre sus dos manos, tratando de calentarlos.

Sus ojos azules cristalinos se agudizaron y su rostro se arrugó en una sonrisa, pasando en un instante, como un extraño confundido y perezoso volvió a ser el padre, que ella conocía y amaba.

—No te preocupes, Martha. Es solo un poco de circulación lenta, que estará bien, cuando me ponga en movimiento. —Le apretó las manos.

Martha no estaba tan segura, pero, ¿qué podía decir? Él era un hombre muy mayor para cualquier lugar de Gran Bretaña, pero especialmente en Stroma, donde el duro clima envejecía a la gente, y se llevaba a la mayoría, antes de tiempo.

—Volveré con tiempo de sobra para preparar la comida del mediodía. —Ella necesitaba pedirle a Joe Campbell, que le diera los ingredientes a cuenta de él, ya que su presupuesto mensual no era suficiente para alimentar a siete personas, u ocho, si Cailean el Pequeño decidía quedarse.

—Muy bien. Te veré cuando... —Pero su mirada se desvió de nuevo hacia su libro, antes de terminar.

Greedy Vicar era el centro social de Stroma. De las casi cuatrocientas personas que vivían en la isla, tal vez cien vivían en Uppertown o cerca de allí. Otras cincuenta aproximadamente vivían en Nethertown, en el otro extremo de la isla, y el resto vivía en la zona conocida como The Mains, el centro agrícola de la isla.

Mientras Martha caminaba hacia Uppertown, miró hacia Pentland Firth. El agua entre Stroma y el continente era tan tranquila, como un cristal, aunque sabía que eso podía cambiar sin previo aviso, si el viento aumentaba.

La pequeña posada/bar/tienda estaba abarrotada, cuando ella entró.

—¡Señorita Pringle! —gritaron media docena de voces.

Martha estaba ocupada, saludando a varios feligreses de su padre, cuando el señor Clark se le acercó. Por una vez, él no estaba sonriendo.

—¿Tienes un momento, señorita Pringle? Joe dijo que podemos usar el pequeño salón.

Martha lo siguió hasta el único salón de Greedy Vicar, sin importarle que fuera pequeño. Se quitó los viejos guantes de cuero, desatándose el sombrero.

—Me temo que tengo malas noticias, señorita Pringle.

—¿Oh?

—Un puñado de los prisioneros, que atendiste anoche, desaparecieron justo, antes del amanecer. ¿Ya comprobaste si todos los tuyos están allí?

—¡Cielos! Sí, los cinco míos todavía están en la sala de reuniones.

—Los fugitivos tomaron el barco de Lem Kennedy.

—¡Ah! —Martha hizo una mueca

El señor Clarke asintió con cansancio. Lem Kennedy era uno de los residentes más conflictivos de la isla. Abogaba abiertamente por abandonar a las víctimas del naufragio, a su suerte, en lugar de ofrecer ayuda. También se sabía que tenía una serie de objetos de dudosa procedencia, escondidos en las cuevas cercanas a su cabaña.

—Y hay buenas noticias —dijo Clark—. Cuando fui esta mañana a buscar el bote de Lem, me enteré que cuatro botes salvavidas llegaron a la orilla, y que había noventa y ocho hombres a bordo: cuarenta y dos tripulantes y el resto, eh, pasajeros.

—¿Alguien sabe cuántos había en la bodega?

—Parece que entre los nuestros y los suyos, tanto vivos como muertos, hay otros treinta convictos y siete tripulantes desaparecidos.

—Cielos —susurró Martha—. Treinta y siete desaparecidos. ¿Has averiguado qué estaba haciendo el barco aquí arriba?

—El capitán no está entre los supervivientes y la tripulación tiene varias versiones diferentes de una historia similar, pero ninguna de ellas tiene sentido. El alguacil cree que se trató de un motín. Por lo que pudo comprobar, algunos miembros de la tripulación estaban decididos a llevar el barco a Sutter's Cove.

—¡Ah!

Sutter's Cove es un conocido refugio de criminales.

—Parece que la tripulación no ha cobrado desde hace tiempo. Sin duda, el barco fue despojado de sus objetos de valor y vendido a un comprador, que no se preocupa demasiado por la legalidad. El alguacil está demasiado ocupado con esto, y los convictos que llegaron, en los botes salvavidas, han estado desapareciendo, en el campo, como comadreas en un campo de maíz. Tendremos que quedarnos con los que hemos rescatado, durante al menos una semana, antes que alguien de Thurso pueda recogerlos.

Martha asintió distraídamente.

—Deberías advertirle a los isleños que vigilen sus barcos.

—Ya hemos corrido la voz —dudó—. ¿Y qué hay de ti, señorita Pringle? ¿Te ha causado algún problema alguno de los hombres?

—No... Se están comportando como caballeros. —Eso no era del todo mentira—. Y el que estás pensando se llama Hugo —vaciló y luego añadió con una sonrisa burlona—, Hugo Higgenbotham.

CAPÍTULO SEIS

Hugo se reclinó en su banco y flexionó su pierna lesionada, mientras su cerebro trabajaba en un plan para salir de esta maldita isla.

Habían pasado solo tres días, ya la herida se secó y la hinchazón bajó. No le gustaba admitirlo, pero la señorita Pringle tenía razón sobre el agua salada fría y sus propiedades curativas. Se preguntó si no debería decirle...

La puerta de la sala de reuniones se abrió y entró la propia mujer, seguida por Cailean, que llevaba una tabla larga, que era un trozo de tabloncillos de barco con las palabras “*Consejo Real*”, en una escritura negra descolorida y en movimiento.

—Buenas tardes, caballeros. —La señorita Martha sonrió a los otros cuatro hombres, pero ignoró a Hugo.

Bueno, él suponía que se había ganado el trato, que ella le había dado en los últimos días. A pesar de su resolución de comportarse como un caballero, no parecía poder evitar decir cosas impactantes para provocarla y excitarle ese delicioso rubor. Después que ayer le elogiara sus esbeltos tobillos (que habían pedido su atención, al asomarse por debajo de su dobladillo demasiado corto), ella había dejado de hablarle.

Cailean, por otro lado, solo tenía ojos para Hugo.

Hugo le sonrió al hombretón y le guiñó el ojo.

—¿Cómo estás esta linda tarde, hermanito? —preguntó, riéndose, cuando el muchacho se sonrojó al oír el apodo. Hugo se sintió aliviado, al ver que el gigante había venido sin su rata esta vez.

—Hoy tengo un regalo especial. La señora Couch me envió una rueda de queso y tenemos pan fresco y pescado salado para acompañar.

“*Pescado salado.*” Hugo reprimió un gemido. “¿Quién habría imaginado que estaría atrapado en un lugar donde el pescado salado se considera un lujo?”

La señorita Pringle volteó hacia Cailean, que no había dejado de mirar a Hugo.

—¿Puedes traer el barril, Cailean, pequeño? —Miró a Hugo con los ojos entrecerrados, mientras el muchacho salía y regresaba con un barril, cuyos enormes brazos lo hacían parecer diminuto.

—Joe Cameron también tuvo la amabilidad de ofrecernos este barril de cerveza casera.

Hubo un murmullo de genuino agradecimiento por parte de los otros cuatro, y Hugo se dio cuenta que era mejor que se uniera a ellos, o se arriesgaría a parecer un ingrato.

—¡Qué generosidad y amabilidad nos está demostrando la gente de Stroma! Y tú más que nadie, señora Pringle. —Empleó un tono de voz exagerado y expansivo, como si estuviera declamando desde un escenario.

Sus labios carnosos y sensuales, que no combinaban con su nariz pequeña y seria ni con su mirada azul gélida, se tensaron, y ella volvió hacia su bandeja improvisada.

—¿Alguna novedad más hoy? —preguntó Hugo.

—No tengo información nueva sobre los supervivientes. —Hizo una pausa y añadió—, sin embargo, el señor Clark acaba de darnos la noticia que un agente llegará, antes de lo esperado.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó Hugo.

—Solo tendrán que pasar dos noches más en la isla.

El entusiasmo previo por el queso y la cerveza se disipó en un instante, y Hugo miró a los demás. Todos los convictos, excepto Franks, parecían tan culpables, como zorros atrapados con gallinas entre las fauces.

Bueno, eso no podía ser. La única manera de manejar este tipo de noticias era dar la impresión de una alegre aceptación, y luego salir corriendo, como locos, en cuanto los isleños dieran la espalda. Aunque para saber cómo diablos se suponía que se debía salir corriendo de una isla habría que pensarlo un poco.

Hugo decidió que ahora era un momento tan bueno, como cualquier otro, para comenzar su campaña de alegre aceptación.

—Quiero agradecerle tu generosidad, señora Pringle. —Volteó hacia el gigante, que se había acercado lentamente hasta estar prácticamente en el regazo de Hugo—. Y a ti también, Cailean. —Hugo extendió la mano y el otro hombre la miró fijamente. Hugo movió los dedos hasta que Cailean extendió su mano, casi el doble del tamaño de la de Hugo.

—Maldita sea —murmuró, mientras la mano de Cailean envolvía suavemente la de él.

Soltó la mano del gigante y se dirigió hacia la señorita Pringle, cuya expresión irónica y escéptica decía que no se había dejado engañar ni por un instante. Bueno, eso no importaba, ella ni siquiera había visto la punta del iceberg, en lo que respecta a los encantos de Hugo. Ninguna mujer podría resistírsele por mucho tiempo.



Martha se sorprendió al ver al señor Higgenbotham de pie y andando. Ella habría supuesto que él era un holgazán, pero él se levantaba temprano, todas las mañanas, y parecía que hoy se movía sin muletas.

Ella lo observó con el rabillo del ojo, mientras él estaba sentado en el banco, junto a su ropa de cama, cuidadosamente doblada, haciendo algo con sus manos que dejó a Cailean el Pequeño cautivado.

En realidad, el señor Higgenbotham debería haber parecido ridículo con la ropa desigual, que había reunido de varios isleños. Martha no había podido encontrar un abrigo o chaleco, que se ajustara a sus anchos hombros, por lo que él solo llevaba un jersey de lana con los pantalones. Los pantalones eran más cortos, en tres pulgadas, y tuvo que sujetarlos por encima de sus estrechas caderas con una cuerda.

En lugar de parecer ridículo, la suave tela gris se amoldaba a su cuerpo, cuando se movía, enfatizando, en lugar de ocultar, tanto sus musculosos muslos y trasero, como el considerable bulto de su hombría.

Nunca en toda su vida Martha había mirado a un hombre, allí, ni siquiera al señor Clark, con quien había salido más de una vez.

Se dijo a sí misma que la tela era tan fina y desgastada, que era difícil no echarle un vistazo. Pero eso era mentira; ella nunca lo hacía. Era como si una yunta de bueyes arrastrara sus ojos hacia la parte delantera de sus caderas y luego los estacionara allí.

Martha había visto muchos perros machos y caballos, y el señor Higgenbotham parecía mucho más parecido en tamaño a estos últimos.

El suéter de punto suelto, que le cubría los hombros, era del tipo que usaban los isleños para pescar: una prenda de cuello barco con mangas raglán, que era fácil de poner y quitar. Quienquiera, que hubiera tenido el suéter antes, era más pequeño que el señor Higgenbotham, y

el patrón de rayas estaba distorsionado por su pecho musculoso, pero luego quedaba suelto alrededor de su cintura estrecha.

También era demasiado corto para cubrir dos pulgadas de su apretado y extremadamente hipnotizante estómago.

Para horror de Martha, cada vez que lo veía, la saliva se acumulaba en su boca, y sus dedos se movían para acariciar y explorar las tentadoras crestas y venas, que desaparecían debajo de los pantalones bajos.

Solo su calzado no le creaba sensaciones incómodas entre sus muslos apretados. En un pie calzaba una bota marrón resistente, que parecía al menos una talla más grande y en el otro, sorprendentemente, calzaba una zapatilla de baile de caballero, que solo podía proceder de un barco hundido porque ella nunca había visto a un hombre en Stroma calzar semejante zapato.

Martha se llevó una mano a la boca para cubrir su sonrisa, mientras miraba sus pies.

—Te veré más tarde esta tarde, hermanito —le dijo el señor Higgenbotham a Cailean, quien se levantó y recogió a Lily para irse.

Martha saludó a Cailean el Pequeño, cuando se iba y luego, en contra de su mejor criterio, cruzó la habitación para ver en qué estaba trabajando el señor Higgenbotham.

—Buenas tardes, señora Pringle. —Bajó los párpados y la sonrisa que curvó sus finos labios hizo que algo en su vientre, algo debajo, a decir verdad, se tensara, enviando chispas de placer, a través de su cuerpo.

Esas fosas nasales se dilataron mientras la observaba, casi como si estuviera oliendo algo.

De pronto, Martha supo, simplemente lo supo, que él era consciente de lo que sus miradas sugerentes y traviesas le hacían a una mujer. Y provocaban en ella.

Como él no parecía dispuesto a hacer nada más que sonreír, le tocó a ella poner fin al incómodo silencio.

—¿Qué le estabas mostrando a Cailean el Pequeño?

Sin decir palabra, él le entregó un cordón fuertemente trenzado.

Martha pasó un dedo por el intrincado trenzado.

—Vaya, esto es precioso —dijo ella, levantando la vista y sorprendiéndolo, al mirarlo con expresión pensativa—. El trabajo es tan perfecto y uniforme, incluso con esta cuerda vieja y áspera. ¿Dónde aprendiste algo así?

—Cuando era más joven trabajé para un fabricante de látigos. —Le sonrió con los dientes blancos, pero torcidos, aunque los caninos estaban afilados como los de un lobo—. No dudó en usar esos instrumentos, conmigo, cuando mi trabajo no era perfecto.

Martha odiaba cómo ese rostro se calentaba constantemente en su presencia.

“¿Por qué él es capaz de hacer que incluso el tema más repulsivo suene malvado?”

—Eso es terrible —dijo ella con firmeza, negándose a dejarse tentar por su mirada traviesa—. No apruebo que se azote a los niños, ni a nadie, en realidad. —Le devolvió la trenza.

En esos ojos oscuros brillaba la diversión.

—Yo tampoco apruebo que se les dé latigazos. Al menos no a los niños ni a los animales.

Martha frunció el ceño. Estaba a punto de preguntarle exactamente a quién le habían hecho esto, cuando una voz habló a su lado.

—¿Señorita Pringle?

Ella se sobresaltó y giró para mirar al señor Franks.

—Lo siento señorita, no quise asustarla.

Martha le dedicó una sonrisa sincera, agradecida por romper el hechizo que Hugo parecía tejer a su alrededor sin siquiera intentarlo.

—¿Cómo te sientes hoy, señor Franks?

—En forma, como un violín, señorita, y listo para hacer cualquier cosa para ganarme el sustento.

—¿Por qué creo que podrías estar exagerando un poco, señor Franks?

—No, señorita. Me siento mejor que en las últimas semanas.

Hugo resopló pero Martha lo ignoró.

—Bueno, ya que te estás ofreciendo, Cailean acaba de salir para hacer sus entregas semanales de turba. Estoy segura que agradecería que le trajeras la nuestra.

—Gracias señorita. Será un placer.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó el convicto llamado Devlin.

—Tal vez podrías llevar toda la ropa de cama, al caldero que se está calentando sobre el fuego.

—Permítame que lave la ropa, señorita Pringle —le ofreció el prisionero llamado Parker —. Trabajé en un hotel de Londres y solía hacer ese tipo de trabajos.

“¿Un hombre lavando ropa?” Martha miró ese rostro ansioso, “bueno, ¿por qué no?”

—Gracias, señor Parker, eso me dará más tiempo para preparar nuestra próxima comida.

Lorn Smith, el más joven de los prisioneros, que tenía una pierna rota, que le impedía caminar, la miró con dolor.

—Lo siento, señorita, pero todavía no sirvo para nada.

No podía tener más de quince años y Martha se preguntaba qué había podido hacer un simple muchacho para merecer el destierro, al otro lado del mundo.

—No te preocupes, Lorn, tengo patatas para que las peles.

Él sonrió, como si ella acabara de prometerle una brillante guinea.

—¿Y qué pasa conmigo, señora Pringle? —preguntó una voz baja y aterciopelada, a su lado—. ¿En qué puedo servir?

Martha obligó a su rostro a adoptar una expresión severa con la esperanza que esto disimulara el fuerte dolor, que sentía en el pecho, y dio la vuelta. Todo lo que pudo hacer fue evitar que sus ojos cayeran hacia esas caderas, evitando comprobar si realmente eran tan grandes, como las había visto el día anterior.

En cambio, ella se encontró con su mirada burlona.

—¿Puedes caminar sin ayuda de tu bastón, señor Higgenbotham?

—Sí, pero no muy deprisa, me temo. —Los labios le temblaron al oír el falso apellido.

—No tendrás que caminar rápido para hacer lo que necesito.

—¿Y qué puedo hacer, señorita?

—Tengo un trabajo muy importante en mente para ti.

—Lo que desees —dijo con una voz cargada de... algo.

Martha sonrió dulcemente y los ojos oscuros de Hugo se abrieron de par en par.

—Los tres orinales necesitan urgentemente ser vaciados y limpiados.

Una risa burlona se escuchó del joven Lorn y Martha casi se rió también, cuando el señor Hugo le lanzó una mirada asesina al muchacho herido.

—No estoy seguro de poder caminar tan lejos —dijo, sin sonar ya burlón ni sensual.

—Solo tienes que llevarlos hasta el foso que hay detrás de la cabaña. Estoy seguro que puedes recorrer una distancia tan corta, si te tomas tu tiempo. Será un buen ejercicio para tu pierna.

Esa expresión amarga fue más que suficiente recompensa por los efectos perturbadores, que ese cuerpo malvado, mirada y palabras habían provocado sobre ella.



Hugo arrojó el último recipiente al pozo, haciendo una mueca y apretando los ojos, ante el penetrante olor, que emanaba del estrecho y profundo agujero.

Se alejó lo suficiente para respirar aire fresco y después se detuvo para estirar la pierna, trabajando la rodilla con cuidado, mientras flexionaba el pie. Le dolía muchísimo, pero la herida profunda estaba seca y de un rojo rosado, en lugar de amarillento, como el pus. La herida había comenzado a encogerse y a tirar de la piel sana, lo que le dolía más que la herida en sí. Se preguntó si la mujer le daría algún tipo de ungüento, si se lo pedía.

“¿Crees que puedes pedir algo sin decir groserías ni... ¡Maldita sea!”

Hugo ignoró su molesta voz interior, y dio la vuelta para contemplar el pequeño valle, que se encontraba al sur de la sala de reuniones. Sacudió la cabeza, ante lo que vio. Ni en un millón de años se habría imaginado que un lugar así, como esa isla maldita, existiera en Gran Bretaña.

Habiendo crecido en la desesperada y aplastante pobreza de St. Giles, nunca creyó que pudiera existir un lugar peor que las colonias marginales de Londres, pero estaba equivocado.

Los habitantes de la isla de Stroma eran tan pobres como los de St. Giles, aunque parecían contentos y orgullosos, incluso de vivir y trabajar, en esas gélidas rocas, en el extremo más recóndito del mundo.

Tomemos como ejemplo a la señorita Pringle. Ya no era tan joven (aunque su piel suave y sus brillantes ojos azules indicaban que no podía tener más de veinte años), pero todavía era joven como para querer algo mejor de su vida, algo que estuviera lejos de allí. Todavía le quedaba cierto brillo, pero cuando se acabara, se vería obligada a elegir entre el lamentable grupo de hombres isleños, que había visto en los últimos días.

Como la mayoría de los jóvenes, hombres y mujeres, parecían haber abandonado la isla, la única opción real de Martha, como marido, era el atractivo y pomposo Robert Clark.

Hugo había visto las miradas que Clark le lanzaba a la hija del vicario, cuando creía que nadie lo estaba mirando. Si la señorita Pringle no tenía cuidado, acabaría encadenada a un hombre con la personalidad de un fletán, y atrapada en esas rocas para siempre.

Hugo resopló, mientras consideraba las miradas furtivas y hambrientas de Clark. Tal vez la única parte buena de ser un prostituto, aparte del dinero, era que liberaba a un hombre de ser esclavo de las exigencias de su polla. Si Hugo quería un polvo, pagaría por uno, no cortejaría ni se casaría con alguna mujer. Por supuesto, no era que ninguna mujer decente y con sentido común lo quisiera como marido.

Las miradas hambrientas, que el honrado señor Clark le dirigía a la inocente señorita Pringle, cuando creía que nadie lo estaba viendo, eran absolutamente lobunas. Hugo apostaría todo lo que tenía (que, hay que reconocerlo, no era mucho en ese momento) a que el sano señor Clark se iba a casa todas las noches, y se ponía a pensar en la recatada Martha Pringle.

Sin duda, los dos se casarían, ella tendría un par de mocosos, y ellos sobrevivirían a duras penas, comiendo pescado salado y vistiendo ropas de lana lo suficientemente ásperas, como para raspar la poca piel, que los viles vientos no hubieran ya arrancado de sus cuerpos.

Hugo se movió, e hizo una mueca, cuando la lana abrasiva de sus pantalones raspó su polla desnuda.

“Estás malcriado, muchacho,” se burló su compañero mental. “Demasiados años envolviéndote. El trasero en seda te ha vuelto débil, suave.”

Hugo resopló, ante esa última acusación, mientras se pasaba la mano por el abdomen, que estaba tan duro como el banco de madera, que estaba usando como cama. Hugo Buckingham no era blando, especialmente su polla, que estaba mostrando un interés incómodo en el delicioso

cuerpecito de la señorita Pringle, así como en sus labios carnosos y su lengua divertidamente áspera.

Hugo sospechaba que la erección con la que se había despertado esa mañana no era tanto el producto del sueño erótico, que había disfrutado con la señorita Pringle, como el resultado de su experiencia cercana a la muerte en el barco. Sabía, por sus días de juventud y desenfreno, que los roces con el peligro podían dejar a un hombre con un deseo feroz de sexo.

Y además estaba el hecho que no había tenido ninguna de sus erecciones durante semanas. Había sido prostituto, desde que tenía catorce años, y, con la excepción de las pocas veces en su vida, en que había estado demasiado enfermo para trabajar, rara vez había pasado un día sin participar en algún tipo de actividad sexual.

Cuando Melissa Griffin era dueña de Solange, ella le ordenaba que se tomara unas breves vacaciones todos los años. Lo que Mel nunca supo fue que Hugo había pasado esas vacaciones, en un caro hotel de Londres, donde había seguido trabajando, aceptando a aquellos clientes, que estaban tan ansiosos por su cuerpo y sus habilidades, quienes se arriesgaban a acudir a él fuera de los confines seguros del burdel.

Hugo se arrodilló con cuidado para agarrar un puñado de juncia y limpiar la porquería. Contuvo la respiración, mientras fregaba, pensando en Melissa, lo más parecido a una amiga que había tenido en su vida, aunque no estaba seguro que Mel dijera lo mismo de él.

La hermosa dama pelirroja también era la única mujer que Hugo recordaba haber deseado alguna vez (hasta ahora), aunque no por amor o matrimonio.

Hugo había deseado a Mel por las mismas razones por las que los hombres más ricos y poderosos de Inglaterra habían pagado el rescate de un rey por una noche con ella: no por su belleza (conocía una docena de mujeres más hermosas), sino porque era completamente inalcanzable, al menos emocionalmente.

Un hombre podría comprar el cuerpo de Mel Griffin (aunque ella se había negado a vendérselo a Hugo, sin importar cuánto le había ofrecido), pero nunca podría tener el resto de ella: al menos no hasta que Mel conoció a Lord Magnus Stanwyke.

Hugo resopló. La dama más buscada de Gran Bretaña atrapada por un maldito vicario. ¿Cómo era legal un matrimonio así?

Él se encogió de hombros y dejó de lado su enojo. Ya esto era cosa del pasado, Mel estaba casada y era asquerosamente feliz, con un mocoso y otro en camino. ¿Quién habría creído que una prostituta podía estar tan contenta, como esposa de un clérigo, especialmente un imbécil moralizador como Stanwyke?

Hugo arrojó la hierba empapada de porquería al pozo, y enderezó su pierna adolorida con un gruñido, antes de cojear hacia el balde de agua de lavado usada.

Él todavía se comunicaba con Mel, a pesar que ella se había negado a brindarle orientación sobre cómo administrar Solange porque su esposo le prohibió tener cualquier relación con un burdel.

Nunca dejaría de sorprenderle que hubiera un hombre vivo del que Mel Griffin recibiera órdenes. Pero, al parecer, todos se arrodillaban, ante alguien.

Todos excepto Hugo.

A Hugo le gustaba intercambiar cartas con Mel, y no solo porque sabía que a su rubio y “dios-marido” lo volvía loco saber que su esposa seguía en contacto con él.

Sonrió ante la idea, echó un poco del agua del lavado viejo en la olla, y la hizo girar antes de arrojarla al follaje atrofiado.

Era el último de los recipientes con desechos, por lo que cojeó de regreso a la sala de

reuniones con el recipiente limpio, lo colocó adentro, y luego se sentó en los escalones y observó el proceso de lavado, que se estaba llevando a cabo, en el área protegida entre la pequeña cabaña y la sala de reuniones.

Devlin y Parker estaban revolviendo el caldero humeante y hablando en voz baja, como un par de brujos conspiradores. Hugo habría apostado su cojón izquierdo, a que estaban discutiendo cómo salir de estas malditas rocas.

Fue una señal de la inocencia de la señorita Martha lo que les avisó, cuándo vendrían las autoridades del continente con un manifiesto de prisioneros.

El joven Lorn no estaba en condiciones de escapar, pero los demás estaban sanos y salvos. Aunque Hugo dudaba que el hombre de pelo pelirrojo, Albert Franks, intentara irse.

Debería haber sido obvio, incluso para un idiota, que Franks nunca había cometido un crimen en toda su vida. Debió haber traicionado a alguien con suficiente dinero para que lo atraparan y lo enviaran al otro lado del mundo. A Hugo le fascinaba preguntarse qué podía haber hecho un hombre tan manso como Franks para enfadar tanto a una persona, llegando al extremo de ser secuestrado y transportado, en el mar.

Hugo extendió su pierna desgarrada y la flexionó. No tenía dinero, apenas ropa suficiente y tampoco tenía un bote. Solo había una manera de adquirir esas tres cosas: robárselas a esos campesinos empobrecidos.

Hugo se mordió el labio inferior, mientras contemplaba la pequeña casa de piedra, que el vicario compartía con su hija. Ninguna de las prendas del vicario le serviría, Hugo sabía que no tenían barco y dudaba que tuvieran una sola moneda entre los dos.

Pero el vicario debe hacer una colecta entre sus feligreses, ¿no? Incluso en una isla tan pobre, como esta, había una iglesia cerca del pequeño grupo de chabolas, que llamaban pueblo.

Aunque nunca había pisado una iglesia en su vida, Hugo conocía el concepto del diezmo, una forma en que la iglesia extraía dinero de sus feligreses, como un pobre chupa la médula de un hueso. El diez por ciento de lo que ganaban era la cifra que había oído. Con la suerte de Hugo, los isleños pagarían con pescado, productos agrícolas o ganado.

Hugo resopló. Podía imaginarse a sí mismo dirigiéndose hacia el sur con un saco de caballas al hombro y una gallina ponedora bajo el brazo.

La señorita Pringle salió de la pequeña casa de piedra. Ignoró a Hugo y se dirigió a los dos hombres, que trabajaban en el caldero de la ropa. Las mangas de su pasado vestido de día estaban arremangadas hasta los codos y su espeso pelo de color sedoso, como el maíz (su mejor característica junto a sus labios de pecadora), se había soltado en algunos lugares y ciertos mechones se le pegaban a las sienes húmedas. No había visto a ninguna criada ni a ninguna fregona, así que Hugo sabía que debía ocuparse de la casa para ella y su padre. Y ahora estaban los cinco desconocidos, a los que ella alimentaba y cuidaba.

Al menos, uno de ellos estaba pensando en robarla.

Le tomó un largo momento de desorientación identificar la sensación que lo invadió: ¡vergüenza!

¿Desde cuándo le aquejaba una emoción tan repugnante?

Hugo frunció el ceño y volvió a concentrarse en el asunto en cuestión: ¡escapar! Además, si robaba algo de los Pringle, lo devolvería multiplicado por diez, cuando llegara a Londres.

Sin embargo, él no podía salir, esa noche, por varias razones: su pierna necesitaba descansar, un día más, y tenía que reunir dinero y ropa, y encontrar un barco, que salía recién al día siguiente por la noche. Se le revolvió el estómago, al pensar en esperar, pero no tenía otra opción.

La señorita Pringle y los dos convictos charlaban, como personas normales, una habilidad que Hugo aún no había aprendido. A su edad, probablemente nunca aprendería a llevarse bien con personas, que no fueran prostitutas. En realidad, tampoco se llevaba bien con la mayoría de los prostitutas. Tomemos como ejemplo a su socia comercial, porque obviamente era la persona que había planeado todo el truco. Laura lo odiaba lo suficiente, como para desterrarlo a un infierno en vida, al otro lado del mundo.

Sí, Hugo tenía un don especial para que la gente lo odiara.

Se encogió de hombros. ¿Como no podía mantener conversaciones sin sentido, si la gente lo odiaba?

Se levantó de un empujón, dirigiéndose hacia el pueblo con la mente puesta en los negocios. Obviamente, él no era querido ni capaz de comportarse como una persona normal, pero era el mejor, a la hora de decidir lo que quería, y luego quitárselo a quien fuera necesario, sin siquiera sufrir una pizca de remordimiento.

CAPÍTULO SIETE

Martha intentó mantenerse alejada de Hugo (se negaba a llamarlo señor Higgenbotham, en la privacidad de su mente), pero él era como la proverbial llama para su polilla.

Su padre estaba comiendo en casa del señor Stogden, un hombre mayor que vivía solo en el lado suroeste de la isla, por lo que ella comió con sus invitados.

Había preparado un guiso de pescado para la cena y comieron con las puertas de la sala de reuniones abiertas, ya que el verano había sido inusualmente cálido y agradable para Stroma.

—Gracias, señorita Pringle —dijo el señor Franks, mientras tomaba su cuenco y el de Lorn. Se sentó frente al hombre más joven en un banco. Alguien debió haberlo ayudado a darse la vuelta. Entre los hombres había un taburete con un tablero y piezas de ajedrez. Martha había traído el juego, cuando el señor Franks había mencionado, que podría enseñarle a Lorn a jugar para pasar el tiempo.

Parker y Devlin se sentaron juntos en otro banco, hablando en voz baja, mientras Devlin empleaba una aguja y un hilo, haciendo un trabajo notablemente prolijo, al coser un desgarró en su abrigo.

Eso dejó a Hugo, que estaba sentado en una mesa improvisada con Cailean el Pequeño, riéndose de algo. Sin duda estaba corrompiendo al joven. Era el deber de Martha asegurarse que eso no sucediera.

Caminó con paso decidido hacia los dos hombres.

—¿Puedo acompañarlos?

Hugo se levantó inmediatamente y señaló su taburete.

—Por favor, siéntate aquí, señorita Pringle.

—¡Oh! No sabía que solo había dos asientos. No me gustaría...

—No es molestia. Por favor, siéntate.

—Gracias.

Hugo fue a buscar el barril vacío que estaba esperando ser devuelto a Joe Cameron y lo colocó entre Martha y Cailean. Cuando se sentó, su barbilla apenas alcanzaba la mesa.

Cailean el Pequeño emitió un suave resoplido, y luego rápidamente se tapó la boca con la mano, como si la risa fuera algo malo.

Martha no pudo evitar sonreír. Hugo parecía demasiado tonto.

—Mírense ustedes dos —expresó Hugo, sacudiendo la cabeza—. Burlándose de un hombre caballeroso, como yo.

—¿Por qué me resulta tan difícil pensar en su persona y en la caballerosidad, al mismo tiempo, señor Higgenbotham?

Él puso su mano derecha sobre su corazón.

—Me hieres.

Antes que ella pudiera responder, él preguntó:

—Dime, ¿cuánto tiempo llevas viviendo aquí, señorita Pringle?

La educada pregunta la sorprendió. Había desaparecido el hombre hosco e imperioso, que había llegado de los brazos de Cailean el Pequeño, hacía apenas unas noches.

—Nos mudamos aquí desde Leeds, cuando yo tenía nueve meses.

Hugo tomó otro bocado de sopa, antes de voltear hacia Cailean.

—¿Y qué hay de ti, amo Cailean, un isleño de nacimiento y crianza?

Cailean asintió, y su expresión tímida se sumó a un rubor de placer, lo que hizo que Martha se diera cuenta que la mayoría de los isleños nunca le hacían preguntas ni hablaban con él. Solo le daban órdenes.

—¿Y qué hay de ti, señor Higgenbotham?

—¿Yo? —extendió su mano derecha sobre su pecho, con los ojos muy abiertos—. Pero si llegué a Stroma hace muy poco.

Cailean rió entre dientes y los labios de Hugo se curvaron en las comisuras. Esa expresión lo hizo parecer más un sátiro que nunca.

—Me refiero a: ¿de dónde eres, señor Higgenbotham?

Martha podía ver que a él le divertía que ella siguiera llamándolo por un nombre, que sabía que era falso, en lugar de usar su nombre de pila.

—Soy de Londres. —Aunque su sonrisa no desapareció, sus ojos oscuros se cerraron.

—Londres es un lugar grande: ¿de qué parte eres?

—Un lugar llamado St. Giles. —La miró con picardía—. ¿Has oído hablar de él?

“¿Quién no ha oído hablar de este infame enclave en Gran Bretaña?”

—En su día fue una colonia de leprosos.

—¿En serio? —Él parpadeó.

Martha experimentó una oleada de placer.

“Tómame eso, señor Higgenbotham, no lo sabes todo, ¿cierto?”

—Hace mucho tiempo, quizás cien años después de la conquista, St. Giles era el santo patrón de los leprosos, ¿no lo sabías?

—No lo sabía, pero sin duda suena bien. Es el peor pozo negro de humanidad de todo el país, pero nunca he visto un leproso. Bueno, quizás leprosos sociales, si es que existe algo así. —Él sonrió con ironía—. Dime, ¿cómo es que conoces la historia de los leprosos en St. Giles?

—Me gusta leer y ayudo en la escuela, cuando hay clases.

—¿Ah, sí? ¿Maestra?

—¡Qué grandioso! Ayudante sería más preciso. —dudó un momento y luego preguntó—. ¿No enseñaban la historia de Londres en tu escuela?

Hugo se rió.

—Apenas enseñaban inglés.

—Pero lees, te vi con los libros que traje ayer, así que debes haber aprendido algo.

Él terminó su sopa y suspiró con evidente placer, dándose unas palmaditas en el estómago, que estaba tan plano y estriado, como una tabla de lavar.

—Gracias por la deliciosa comida, señorita Martha.

Ella estaba del todo segura de aprobar esa forma de dirigirse a su persona. Además, no iba a permitir que él evadiera la pregunta.

—¿Tu escuela realmente era tan terrible? —insistió ella.

—No, hicieron lo mejor que pudieron con muy pocos maestros y demasiados alumnos.

—Si no te molesta que lo diga, tu acento no me parece el de un... digamos, barrio marginal. —Martha podía ver por su sonrisa cómplice que estaba más divertido que insultado, ante esta torpe indagación.

Una expresión que parecía muy cariñosa se dibujó en los duros rasgos de Hugo.

—Una amiga me dijo que mi acento era abominable, así que le pedí que me ayudara con

mi confusión de palabras sin sentido.

“¿Realmente tengo amigas? ¿Por qué suena tan... inusual que un hombre y una mujer sean amigos? Pero... ¿Martha tiene algún amigo masculino? ¿Amigos? Cailean el Pequeño es un amigo, por supuesto, aunque no hablan de cosas. El señor Clark es un pretendiente, pero Martha no está segura de poder llamarlo amigo. ¿Por qué? Hablan de asuntos relacionados con la isla, por supuesto, pero rara vez de algo personal. ¿Podría eso seguir considerándose amistad?”

—¿Dónde está tu bufanda de piel hoy, hermanito? —le preguntó Hugo a Cailean, interrumpiendo sus cavilaciones.

El chico soltó otra de sus risas silenciosas, no se sabía si era porque Lily era una bufanda o debido a que tenía un apodo. A Martha le gustaba que Hugo incluyera al gigante silencioso en las conversaciones. Se sentía culpable por no haberlo hecho tanto como debería.

—Bueno —dijo Hugo, poniéndose de pie—. Creo que hoy me toca lavar los platos. —Tomó su plato y el de Cailean, antes de mirar el de Martha.

—¿Puedo tomar eso, señorita Martha? —preguntó con sus labios curvados, en esa leve sonrisa, que le hacía cosas tan desconcertantes al cuerpo de ella.

“¿Qué me pasa? ¡Solo es una sonrisa!”

Martha le entregó el cuenco, retirando bruscamente la mano, cuando su dedo rozó el de ella.

Ella lo observó caminando, aunque en realidad esto era más bien un pavoneo, en la corta distancia hasta el balde de agua, que los hombres usaban para lavar sus platos, incapaz de evitar que su mirada se detuviera en ese musculoso trasero, la franja de carne pálida entre los pantalones de tiro bajo y el dobladillo de ese suéter, que era demasiado pequeño.

Martha podía ser inexperta, pero no era estúpida. Sabía que las sensaciones que inundaban su cuerpo y hacían que partes de su anatomía se estremecieran e hincharan eran de naturaleza sexual. Había tenido experiencias similares en el pasado. Por ejemplo, cuando el señor Clark salió a pasear con ella, a menudo sentía un agradable aleteo en el estómago.

Pero este sentimiento no era un aleteo leve: era crudo, primario y aterrador.

“¿Qué me está pasando?”



Hugo decidió que robar un barco sería mucho más fácil de lo que pensaba. Aunque los presos ya habían robado dos embarcaciones, los pescadores seguían dejando sus barcos tirados en la orilla.

Hugo podría simplemente ir a la pequeña playa, y elegir uno que no pareciera tener goteras.

Después de pensarlo mucho, decidió no robar un abrigo ni un mejor par de zapatos, aunque la zapatilla de baile de tamaño pequeño, que calzaba en su pie derecho, parecía más una trampa para ratas que un calzado.

No fue su conciencia lo que le impidió hacerse con un par de zapatos, sino la falta de disponibilidad. En la isla, la ropa de repuesto era escasa, y el calzado de repuesto aún más raro. La mayoría de la gente solo poseía un par de botas o zapatos, lo que significaba que tendría que robar los artículos del cuerpo de alguien, mientras los llevaba puestos. Incluso Hugo puso un límite a eso.

Pero el dinero era otra cosa: no podía prescindir de esto.

Tenía que encontrar la caja fuerte de la iglesia, si es que había alguna. Si no, Hugo no sabía qué hacer.

Se negó a robarles a los Pringle, quienes lo habían alimentado y protegido. Además, cuanto más tiempo pasaba con la señorita Pringle, más sospechaba que ella sentiría su presencia en su casa, incluso mientras dormía.

Hugo era un experto en sentir el deseo y la lujuria, y podía reconocer a una virgen a cincuenta pasos de distancia. La pobre Martha Pringle estaba siendo violada, en ese momento, por pensamientos que nunca se había imaginado tener sin estallar en llamas.

Sí, la señorita Pringle lo deseaba desesperadamente, o al menos el cuerpo de ella lo quería a él, Hugo sabía que las sensaciones físicas, que ella experimentaba, estaban causando estragos en su mundo, que hasta entonces había sido seguro y predecible.

Por desgracia, no tenía la excusa de ser virgen para explicar su propia reacción, ante aquella mujer. Se sentía, de forma sorprendente y contra su voluntad, intensamente atraído por la recatada hija del vicario.

Nunca antes había tenido una reacción física tan fuerte hacia nadie. No podía comprender por qué Martha Pringle, una hija de vicario censuradora, reprimida y mojigata, ejercía tal influencia sobre él.

A su cuerpo no le importaba que su mente se sintiera molesta u ofendida. De hecho, sería justo decir que su cuerpo se regocijaba con esa inocente mojigatería.

Cada vez que esos labios de ramera se fruncían, en una mueca virtuosa, y la mirada de ella se detenía en su entrepierna (lo que ocurría cada vez que lo veía), su polla se ponía dura.

Cada vez que él la hacía sonrojarse, jadear o fruncir el ceño, su polla se ponía dura.

En resumen, cada cosa que ella hacía o decía lo ponía duro.

Hugo no tenía idea de por qué. ¿Quizás era porque veía cómo su desaprobación hacia él se enfrentaba a su evidente deseo? Por virtuosa que fuera, no podía dejar de desearla, aunque no estuviera seguro exactamente qué era lo que quería. De alguna manera, eso le devolvió la fe en la naturaleza humana.

Disfrutaba muchísimo imaginándola acostada, en su cama, por las noches, frotándose esa picazón entre sus piernas, mientras ella trataba de no pensar en él.

Hugo era una mala persona por tener semejante pensamiento y era doblemente malo por disfrutarlo tanto. Pero por muy malo que fuera, incluso él se negó a obedecer las órdenes de su cuerpo, y a corromper a la hija del vicario.

Apartó de su mente a la tentadora virgen, y centró su atención en encontrar una manera de entrar a la iglesia... Para poder robarla.

—¡Oh, cielos! —murmuró, sacudiendo la cabeza. Iba a ir al infierno.

Sin embargo, ¿realmente había tenido alguna vez dudas sobre esto?

CAPÍTULO OCHO

Por suerte, el propio vicario le indicó a Hugo la ubicación del dinero de la colecta de la iglesia.

Hugo estaba trenzando cuerdas en la escalera de la sala de reuniones, cuando el vicario se acercó a ver qué estaba haciendo.

—Vaya, es un trabajo precioso, señor Higgenbotham.

—Gracias, señor. —Hugo imaginó lo que diría el anciano, si supiera que su habilidad era el resultado de fabricar látigos, fustas y flageladores para los castigos eróticos.

Estaba acostumbrado a utilizar el cuero más fino y flexible, pero los únicos materiales disponibles, en la isla, eran trozos de cuerda de pescar. No era una mala cuerda, pero no ofrecía mucha comodidad ni amortiguación, a la mano de una persona, que tuviera que llevar un cubo a larga distancia. Así que decidió trenzar varios trozos para hacer asas más gruesas para los cubos, que Cailean llevaba por toda la isla, como una bestia de carga. Otras personas habían visto las asas, y las peticiones no paraban de llegar. Un anciano incluso se había ofrecido a cambiarle un par de guantes por dos asas.

—¿Podrías hacer uno de estos igual de grueso, pero más largo? —preguntó el vicario, esta duda sacó a Hugo de la hipnótica tarea de trenzar.

—Puedo hacerlos tan largos, como quieras, aunque necesitaría trozos más largos que los miserables restos, que estoy usando para este.

—Puedo conseguirte una cuerda más larga —dijo el vicario con las mejillas pálidas sonrojadas por la emoción—. ¿Te importaría dar un paseo hasta la iglesia para que pueda mostrarte lo que necesito?

Hugo no pudo evitar ponerse de pie de un salto y aplaudir.

Así que se pusieron en camino.

El ritmo era lento, pues el anciano era delgado y frágil, como una ramita.

—Eres un hombre que habla muy bien, señor Higgenbotham. ¿Qué hacías antes de subir a bordo de ese barco?

—Tengo propiedades en Londres, que alquilo para obtener ingresos. —Eso no era del todo mentira.

—¡Ah!

Siguió una pausa que supuso un gran esfuerzo, mientras avanzaban por el camino de tierra, que unía ambos extremos de la isla. Hugo sospechó que sabía lo que diría el anciano incluso, antes que lo supiera.

—Espero que perdones mi temeridad —expuso el vicario, y sus pálidas mejillas se sonrojaron, esta vez más por la vergüenza que por la emoción—. Pero no puedo evitar pensar que el señor Franks y tú parecen, eh, “fuera de lugar” entre los demás. Solo digo esto basándome en mis impresiones, después de haber pedido a todos los hombres rescatados, que se ofrecieran para desahogar sus conciencias.

Hugo sonrió burlonamente, ante la cuidadosa sustitución que hizo el hombre de la palabra “convictos” por “rescatados”.

El vicario había ofrecido la misma oportunidad a los cinco hombres, que se encontraban en

la sala de reuniones, pero Hugo había declinado cortésmente la oferta, pues no quería pensar ni en su conciencia manchada, ni en cuántos años de vida del vicario le llevaría escucharlo, mientras Hugo se desahogaba.

—¿Fuera de lugar? —repitió Hugo, cuando pareció que el hombre mayor estaba esperando una respuesta.

—Ambos me parecen buenos hombres. ¿Cómo acabaron en la bodega de ese barco?

Experimentó una extraña sensación, al oír la descripción que aquel hombre tan amable e inteligente le había hecho. Nadie, que él supiera, lo había llamado nunca “bueno”.

Incluso Melissa le había dicho a menudo a Hugo que era un bastardo sin alma, que solo buscaba su propio beneficio.

Realmente, él era un bastardo sin alma, que solo buscaba su propio beneficio, y el vicario estaba equivocado, por supuesto (eso no hacía falta decirlo), pero Hugo decidió que le gustaba que ese hombre santo tuviera una buena impresión de él.

“Me pregunto si se sentirá así, después que robe el dinero de la iglesia y me fugue con el mismo.”

Hugo frunció el ceño.

“Le enviaré cien malditas libras para cubrir lo que me lleve.”

Miró al vicario, quien, estaba esperando pacientemente su historia.

—Es ampliamente aceptado que todos los hombres de Newgate han sido acusados injustamente —replicó Hugo.

El vicario se rió entre dientes.

—¡Oh! Me atrevo a decir que es verdad —manifestó, dirigiendo a Hugo una mirada sorprendentemente astuta—. Yo también diría que algunos de esos hombres son inocentes, o al menos no más culpables, que muchos otros que están libres. Estar encerrado no es, en sí mismo, una prueba de conducta criminal, señor Higgenbotham.

—Señor, eres un filósofo.

—Eso me lo dice mi hija. Pero estamos hablando de ti —le recordó a Hugo con dulzura.

Hugo suspiró. Contaría todo lo que pudiera de su historia sin provocarle un sobresalto al anciano hasta provocarle un infarto.

—Creo que mi socia comercial pagó para que me secuestraran y me acusaran injustamente de robo. No me dieron la oportunidad de presentar una defensa, antes que me condenaran. Después, me pusieron en una celda con otros hombres, que habían tenido experiencias similares.

—He hecho más de lo que me corresponde en mi vida de cosas cuestionables —confesó Hugo, sin querer mirar al otro hombre a los ojos, cuando dijo eso—. Pero soy inocente de lo que se me acusa. Apostaría mi pelota izquierda... eh, una buena cantidad de dinero —corrigió y continuó—, que lo mismo puede decirse de Albert Franks. —Hugo se rió entre dientes—. De hecho, el señor Franks tiene el aspecto de un hombre, cuya mente nunca ha sido violada por una noción ilegal o inmoral, en toda su vida.

El vicario asintió, mientras seguía a Hugo por las escaleras, que conducían a la iglesia de piedra.

—Estoy de acuerdo en que el señor Franks irradia inocencia.

Hugo abrió la pesada puerta y entró en una iglesia por primera vez en su vida. Se sorprendió mucho que las nubes no se abrieran y que un rayo no lo fulminara.

El vicario lo condujo hasta un banco de piedra, cuya tapa de madera se levantó para revelar rollos de lona, una caja de herramientas y otros objetos.

—Lo que me gustaría es una de tus cuerdas trenzadas para nuestra campana de la iglesia —

confesó el vicario, mientras ellos examinaban el contenido del banco.

Al discutir la mejor forma de reemplazar las corbatas gastadas por algo más resistente y aún así atractivo (una tarea que Hugo nunca completaría), él pensó en la declaración anterior del vicario: ¡que Hugo era un buen hombre!

Hubo un momento en su vida, durante la mayor parte de ella, en realidad, en que se habría sentido orgulloso de haber engañado a otras personas tan completamente. Ahora, lo único que percibía era un profundo sentimiento de pérdida.



Hugo esperó hasta dos horas, después del anochecer, para escapar.

El vicario lo había dejado solo en la iglesia para que trabajara en las nuevas cuerdas trenzadas, confiando en él de una manera, la cual provocó que Hugo quisiera gritar lo que pensaba:

“¿Acaso esta gente no sabe que la isla está infestada de criminales? ¿Acaso no han aprendido ya la lección?”

Había encontrado fácilmente la colecta de la iglesia (un puñado de chelines y centavos) en una pequeña caja de madera sin cerradura.

Mientras contemplaba el montoncito de monedas, decidió que aceptar una suma tan insignificante le haría sentir peor que aceptar mil libras. No quería tomarla, pero la necesitaba desesperadamente... y esto no sería suficiente.

Pero era todo lo que tenía, así que recogió esto, lo envolvió en un trozo de lona y se lo metió en el bolsillo del pantalón, deseando por un momento tener una forma de dejar una nota en la caja para asegurarle al vicario, que le reembolsaría el dinero. Pero no tenía tinta, pluma ni papel, así que desear esto tampoco tenía sentido.

Después de robarle el dinero al vicario, Hugo perdió todo interés en seguir robando.

Había querido llevarse comida, pero decidió que buscaría algo, cuando hubiera cruzado el fiordo. Además, parecía haber perdido el apetito y la voluntad de robar, una aflicción que no recordaba haber experimentado antes.

Hugo salió de puntillas y descalzo, solo con sus zapatos y las monedas robadas en la mano. Fue hasta el fondo de la sala de reuniones, y se sentó en el suelo para ponerse los calzados. Su pie izquierdo estaba encallecido y sangraba por la ridícula zapatilla de baile, que ya tenía un agujero del tamaño de una guinea en la suela.

Bueno, esto no lo pudo evitar.

Una vez que se calzó los zapatos, no hubo forma de posponer sus próximas acciones. Decidió caminar, a grandes zancadas, por la carretera principal, en lugar de escabullirse. Después de todo, en la maldita isla no había árboles, por lo que huir sería difícil en cualquier caso.

Mientras se dirigía hacia el estrecho sendero, echó una última mirada a la casita de piedra.

—Adiós, señorita Martha Pringle. Espero que disfrutes de una vida larga y feliz —susurró, aturdido por la sensación de vacío en el estómago.

Hugo se sacudió. Sin duda se sentía extraño porque no había podido comer mucho en la cena, que había sido...

—Buenas noches, Hugo.

Él dio un buen salto y se le hizo un nudo en la garganta, pero aún así logró emitir un chillido humillante. Dio la vuelta y encontró al señor Pringle, sentado en un taburete bajo al costado de la cabaña.

Se miraron fijamente, el uno al otro, los únicos sonidos eran la respiración agitada de Hugo

y el oleaje, que se oía desde cualquier lugar de la pequeña isla.

El señor Pringle levantó la mano y Hugo entrecerró los ojos: sostenía una pipa... una pipa de espuma de mar.

—Es mi vicio más persistente —admitió el vicario en voz baja, pero no en un susurro—. Ya no fumo, a Martha le molesta demasiado, pero aún me da ganas de meditar con el simple hecho de sostenerla.

Él sintió la necesidad de confesar:

—Tomé...

—Sé que cogiste el dinero.

—¿Qué? ¿Cómo? Nunca regresaste a la iglesia, ¿cierto?

—No, pero lo vi en tus ojos. No sabía lo que ibas a hacer, solo que ibas a hacer algo que te incomodaba. Era fácil adivinar qué era.

—Te devolveré el dinero y mucho más.

—No lo dudo.

Hugo se quedó boquiabierto, ante la respuesta inesperada.

—¿Alguna vez se te ocurrió que podrías simplemente pedirme el dinero?

—¿Y tú me lo hubieras dado? —Hugo se burló.

—Sí. El dinero que te llevaste es para quienes lo necesitan. Creí en tu historia que eres inocente de los cargos que te imputan, señor Higgenbotham.

—Buckingham —suspiró.

—¿Ruego que me disculpes?

—Mi apellido es Buckingham. —Esa era otra mentira, pero mucho más antigua—. Solo le dije a tu hija que era Higgenbotham para burlarme de ella.

El vicario se rió entre dientes.

—La haces sonreír, cada vez que te nombra, y Martha es una chica tan seria, que me encanta verla sonreír.

Hugo no tenía idea sobre qué decir ante esto.

—No les diré nada sobre el dinero, pero debes saber que vendrán a buscarte. Tomar un barco, incluso para usarlo temporalmente, es una grave infracción para las personas que dependen de esas cosas para su sustento. Si haces esto esta noche, señor Buckingham, no tendrás defensa, cuando las autoridades te detengan. Y creo que debes saber que te atraparán. ¿Has vivido alguna vez en el campo?

—No.

—No lo creía... Serás un blanco fácil. Pero, si te quedas...

—Si me quedo, seré un blanco aún más fácil —dijo Hugo con una ira apenas contenida.

—No si te ayudo.

—Te pido perdón, señor Pringle, pero, ¿cómo puedes ayudarme?

—La palabra de un clérigo tiene peso en este ámbito. No solo eso, sino que, según tengo entendido, había algo extraño en el barco en el que viajabas. El hecho que un transporte de presos estuviera cerca de Stroma, para empezar...

—Pero, ¿cómo puedes ayudarme?

—No te diré cómo, solo te doy mi palabra que me encargaré que no te lleven de regreso, cuando vengán los alguaciles, o los mensajeros, o lo que sea vengán a buscar a los prisioneros.

Hugo se preguntó si estaba soñando.

—¿Por qué? ¿Por qué harías algo así?

—Quiero un favor.

—Disculpe, ¿dijo que quiere un favor?

—Sí.

—¿Puedo preguntar qué tipo de favor?

—Creo que ya lo has hecho —manifestó el vicario con una sonrisa traviesa—. Lo siento, ha sido una actitud infantil... En cuanto al favor, te diré lo que quiero, después de haberte garantizado la libertad... Ese es el trato, señor Buckingham.

—¿Cómo sabes que cumpliré mi parte del trato?

—Eso depende totalmente de ti. —El amable y anciano vicario de repente parecía terriblemente severo.

Hugo apartó la mirada, incapaz de soportar la mirada penetrante del otro hombre, que parecía quemarle el alma. O lo que él suponía que era su alma, aunque nunca le había dado mucha importancia al asunto.

El señor Pringle se puso de pie, y su anciano cuerpo se irguió con un crujido y un chasquido.

—Te dejaré para que decidas, señor Buckingham. —Él sonrió, una vez más, como un anciano amable—. Tendré mi respuesta de una forma u otra, mañana. —Desapareció por la esquina de la casa.

—¡Nooo! —maldijo Hugo, en voz baja.

“¿Un favor? ¿Qué quiere el viejo de mí? ¿Qué puede querer? ¿Dinero? Pero, ya se lo ofrecí.”

Hugo miró hacia el fiordo, donde se veía el continente distante, bajo la luna parcial. Su mente imaginaba su huida: cruzaría remando; no estaba lejos, dos millas, según había oído decir a un lugareño. Era una noche hermosa y tranquila, así que no tendría problemas. Si el promontorio era tan accidentado como Stroma (y no había motivos para creer que no lo era), los acantilados superarían en número a las playas, y podría llevarle un tiempo encontrar un lugar donde embarcar. Y luego comenzaría su caminata de más de mil millas hasta Londres.

Hugo gimió. Esto parecía una maldita pesadilla.

Se quedó mirando a la casa de piedra, que lucía oscura y silenciosa.

“Pero, ¿y si el vicario está equivocado? ¿Y si no puede salvarme, cuando los hombres vengan a llevarnos?”

Pensó en los ojos del señor Pringle: estaban descoloridos y viejos, y no veían con claridad, pero habían albergado un grado de certeza, que Hugo no creía que fuera fingido. Si el vicario decía que lo dejaría en libertad, el hombre lo haría.

—¡Maldita sea! —gruñó Hugo. Miró a su alrededor y se dio cuenta que, mientras dudaba, sus pies adoloridos y sangrantes, ya lo habían llevado de regreso a la sala de reuniones.

Esto debía ser un sueño.

“¿Yo, Hugo Buckingham, un hombre que nunca confió en nadie, confiaré en este anciano vicario, que conocí apenas cinco días antes?”

—Eres un cabrón loco, Hugo —susurró, mientras se dejaba caer en los escalones de la sala de reuniones y se quitaba los zapatos, antes de abrir la pesada puerta de la derecha, haciendo una mueca de dolor, cuando emitió un gemido bajo, pero audible.

Hugo apenas dio dos pasos en la oscuridad de la sala de reuniones, cuando su cabeza explotó.

CAPÍTULO NUEVE

Como de costumbre, al amanecer, Cailean el Pequeño estaba esperando afuera de la puerta de la cabaña para llevar las gachas.

—Buenos días, Cailean. Gracias por ayudarme hoy.

Cailean le dedicó una sonrisa abstraída, aunque obviamente sus pensamientos estaban en el hombre, que actualmente ocupaba demasiado tiempo en los pensamientos de ambos.

Martha se había despertado temprano esa mañana, decidida a que ese día no seguiría a Hugo Higgenbotham, como a un cachorro perdido.

Él era un criminal convicto, quien coqueteaba y se burlaba de ella porque era mujer, no porque tuviera un interés real en ella; y se iría en menos de dos días.

Así que esas fueron tres buenas razones para evitarlo.

Armada con su nueva determinación, marchó hacia la sala de reuniones y se detuvo de repente. El remo agrietado que usaba para revolver la ropa estaba atascado en ambos picaportes de las puertas dobles.

—¿Qué diablos? —murmuró.

Volteó hacia Cailean el Pequeño y le dijo en un tono suave y tranquilo, a pesar que se le erizaron los pelos de la nuca:

—¿Por qué no dejas eso en el escalón?

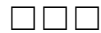
Después que ambos dejaron sus cargas, Cailean el Pequeño tuvo que tirar con fuerza del remo para liberarlo.

—¿Me esperarás allí? —Martha señaló la esquina de la cabaña—. Si pasa algo, quiero que corras lo más rápido que puedas hacia el pueblo, ¿de acuerdo?

El rostro de él se arrugó y esa barbilla tembló. Martha se odió a sí misma por asustarlo. Puso una mano sobre ese enorme hombro, que temblaba.

—Todo estará bien, Cailean. De verdad. Adelante —lo instó, esperando hasta que él se encogió los hombros, quedándose junto a la cabaña, antes de abrir la puerta.

Martha no sabía qué esperaba, pero ciertamente no quería verlo.



Hugo llevaba horas diciendo la misma palabra:

—Carajo, carajo, carajo, carajo...

Excepto que tenía la boca tapada con un trapo rancio y estaba amordazado, por lo que sonaba más como:

—Fuff, fuff, fuff, fuff...

Allí estaba otra vez, atado y desnudo. ¿No terminaría nunca la humillación?

¿Y lo peor de todo esto? Todo era culpa suya. Debió haber ignorado la maldita oferta del vicario, que le retorció la conciencia (¿desde cuándo tenía conciencia?), y simplemente seguir caminando. El anciano no lo habría detenido, ¿por qué Hugo no se había ceñido a su plan original?

Y debería haber sabido que Parker y Devlin tramaban algo. Lo habría sabido si no hubiera

pasado el tiempo angustiado por robar a los isleños, y husmeando en la demasiado interesante hija del vicario.

Hugo tuvo que reconocerles el mérito a Parker y Devlin, ya que no había escuchado ningún sonido, antes que ellos cayeran sobre él, en la oscuridad.

—Lamento haberte robado la ropa, amigo —susurró Devlin, al oído de Hugo, mientras Parker le ataba las rodillas y los tobillos con su propia cuerda trenzada ensangrentada—. Pero estoy seguro que sabes cómo es porque te vi mirando mis botas estos últimos días.

El hombre tenía razón. Hugo había considerado robarle sus botas, pero abandonó el plan, cuando vio que Devlin dormía con ellas, en los pies.

Una vez que lo desnudaron y lo ataron, lo colocaron en el piso de losa fría frente a su banco para dormir.

—No quiero que te caigas y te lastimes —susurró Devlin.

Después de eso, escuchó cómo ataban a Franks y al niño, Lorn, aunque ninguno de los dos opuso resistencia. Hugo solo podía suponer que los otros dos serían desnudados y atados de la misma manera.

Así que allí yacían, como tres gallos de pelea, desplumados, atados y pelados.

Disfrutó durante un breve instante, imaginando la expresión del rostro de la señorita Pringle, cuando abriera la puerta por la mañana. Pero su diversión duró poco. ¿Y si los hombres entraban en la casa del vicario y robaban algo?

O peor aún, ¿qué pasaría si hicieran algo?

Hugo cerró los ojos con fuerza, ante las imágenes que llenaban su cabeza, sus sienes palpitaban con rabia impotente y mucha preocupación.

Él no sabía absolutamente nada sobre Devlin o Parker: podrían ser falsificadores, o tal vez eran asesinos o violadores.

“*No te metas en problemas,*” lo alertó la voz en su cabeza, un buen consejo para variar.

Además, seguramente, los hombres estarían más interesados en escapar que en cometer más crímenes.

Hugo solo podía tener esperanzas.

A medida que los minutos se convertían en horas, sus manos y pies atados se hinchaban y entumecían, por lo que desistió de intentar liberarse de las ataduras. Se quedó dormido varias veces, durante unas horas, pero fue un sueño plagado de pesadillas, que lo dejó aún más exhausto.

Fue su vejiga la que lo despertó. Trató de agradecer haber orinado, antes de acostarse, por lo que no empezó a sufrir realmente hasta poco antes del amanecer.

Solo había un destello de luz gris pálida, que entraba por las ventanas, cuando Hugo decidió, que no podía esperar más.

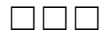
Acababa de darse la vuelta sobre un costado (en lugar de orinar sobre su estómago), cuando oyó movimiento fuera de la sala de reuniones y la puerta se abrió.

Si no hubiera estado sufriendo un dolor insoportable por dentro y por fuera, se habría reído. Dudaba que la modesta joven pudiera haber parecido más sorprendida, si hubiera abierto la puerta, a una orgía romana, en toda regla.

Sus manos volaron hacia su boca y sus ojos se abrieron cómicamente enormes mientras se posaban en su hombre, Thomas, el cual, como era de esperar, creció significativamente, ahora que tenía audiencia.

Hugo cerró los ojos, dio la vuelta y dejó caer la cabeza, al suelo duro y arenoso con un golpe sordo. Desnudo, atado y luciendo una polla erecta... y había pasado la noche creyendo que

las cosas no podían empeorar.



Martha nunca más podría mirar a Hugo a la cara sin estallar en llamas.

Ahora podía comprobar que su órgano sexual era prodigioso. O al menos eso le parecía a ella. Por lo que sabía, un órgano de esa longitud y grosor se escondía en los pantalones de todos los hombres.

No solo era enorme, sino que no se parecía en nada, a lo que ella esperaba (no es que pensara en algo así, o al menos no mucho).

Tenía crestas y curvas y era más oscuro que el resto de su piel. La parte superior tenía forma de cúpula y era más gruesa que el cuerpo.

Y lo más sorprendente es que se había movido independientemente del resto de su cuerpo cuando ella lo miró, casi como si fuera consciente.

Martha se estremeció. “*¿Cómo es posible que una mujer pueda introducir en su cuerpo un instrumento tan monstruoso?*”

Ese pensamiento lascivo, malvado e impío la hizo temblar con una emoción completamente diferente, y huyó a la parte trasera de la sala de reuniones, dejando a Cailean para desatar a Hugo.

Afortunadamente, los otros dos hombres, aunque no tenían sus camisas ni sus pantalones, al menos conservaron su ropa interior. Mientras Martha liberaba a Lorn y al señor Franks, trató de no pensar en por qué no era tan fácil apartar la mirada de las caderas de Hugo.

Una vez que los hombres estuvieron libres, Martha dejó a Cailean a cargo, y corrió hasta Greedy Vicar. Lo primero que notó, después de abrir la puerta de golpe, fueron cuatro extraños, parados en la barra, hablando con Joe Cameron, el posadero.

Joe sonrió.

—¡Ah! Aquí está la dama, que ha estado cuidando tan bien a cinco de tus supervivientes. Conoces al señor McCoy, ¿no es así, Martha?

Martha conocía al arrogante sheriff de Wick, pero estaba demasiado sin aliento por correr para hablar.

El señor Clark, que estaba sentado en una mesa, disfrutando de uno de los abundantes desayunos del Greedy Vicar, empujó su silla hacia atrás y se acercó a ella.

—Señorita Martha, ¿pasa algo?

—Los prisioneros... —Hizo una pausa, jadeando.

La sorpresa y el miedo tensaron los atractivos rasgos del señor Clark.

—¿Pasó algo...?

—Han huido —susurró.

—¿Todos?

—No, solo dos.

—¿Dos de ellos escaparon? —repitió McCoy con expresión sombría.

Martha asintió y McCoy volteó hacia los hombres, que estaban a su lado, y hablaron entre ellos, antes que él mirara al señor Clark.

—A mis hombres les vendría bien la ayuda de alguien que conozca la isla.

El señor Clark dudó: los demás isleños no aprobarían ayudar a ningún brazo de la ley, por ningún motivo.

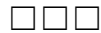
—Te ayudaré —dijo Clark.

Martha sospechaba de alguna manera que el brillo de expectación, en los ojos del señor

Clark, se debía a que él creía que Hugo estaba entre los fugitivos. Debía de desagradarle mucho, porque su cooperación con las autoridades no le granjearía la simpatía de sus vecinos, muchos de los cuales guardaban alambiques o bienes mal habidos escondidos en sus propiedades.

Martha se demoró para ver a los hombres dividirse en dos grupos y marcharse, mientras otros isleños empezaban a llegar, sin duda habiendo visto el barco de McCoy, y preguntándose qué estaba pasando.

Acababa de rechazar, con pesar, la oferta de desayunar de Joe Cameron, y estaba a punto de regresar a la sala de reuniones, cuando descubrió que el señor Devlin y el señor Parker no eran los únicos que habían desaparecido.



El recuento final fue doce desaparecidos.

Mientras Martha regresaba a la sala de reuniones, no pudo evitar preguntarse cómo doce hombres se habían escabullido, en plena noche, sin que nadie los viera. Algo le decía que habían recibido ayuda.

Cailean estaba de pie con el padre de Martha, cuando ella llegó.

—Parece que el señor Devlin y el señor Parker no fueron los únicos que huyeron anoche —le dijo Martha a su padre.

La figura de Hugo, envuelto en una manta, apareció en la puerta abierta de la sala de reuniones.

—¿Cuántos?

—Doce.

—¡Maldita sea! ¿Cómo diablos lograrán salir tantos de la isla?

Por una vez, ella ignoró su lenguaje soez.

—Nadie lo sabe. No faltan barcos.

—Eso significa que tuvieron ayuda.

Albert Franks apareció junto a Hugo, envuelto en otra manta, recordándole que ella se había olvidado de pedir más ropa, cuando había estado en el pub.

También recordó la otra noticia, no tan buena, que tenía que compartir.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo, como si contara la lectura de mentes entre sus muchas habilidades molestas.

—El señor McCoy está aquí desde Wick con el manifiesto del barco.

—¡Ay, qué maravilla! —El hombre furioso giró sobre sus talones y entró pisando fuerte, en la sala de reuniones, con la manta ondeando tras él, como una capa—. ¡Supongo que no habrá otro par de pantalones por ahí! —gritó desde el interior de la cabaña, mientras los cristales de las ventanas vibraban con la fuerza de su ira.

Albert se desplomó, como si el peso del mundo hubiera caído sobre sus hombros.

Martha sabía exactamente cómo se sentía, y no podía mentirse a sí misma sobre la razón: Hugo se iba hoy.

CAPÍTULO DIEZ

Después que Martha dio la triste noticia a los hombres, que permanecían en la sala de reuniones, tanto ella como el vicario se marcharon, tomando rumbos separados.

Eso dejó a Hugo, Albert Franks y el niño, Lorn, reflexionando sobre su futuro inmediato.

Hugo estaba demasiado furioso para siquiera pensar con claridad. ¡Qué tonto había sido, al haber escuchado al vicario! Podía irse ahora mismo.

Martha regresó en una hora, cargando un montón de ropa en los brazos.

—Déjame ayudarte con eso, señorita Pringle —dijo Franks, olvidándose que llevaba una manta y pisándola, arrancándosela de un tirón—. Le ruego que me perdone —murmuró, mientras se apresuraba a cubrirse los calzoncillos.

Martha parecía demasiado distraída para darse cuenta y, sin decir palabra, los dejó dividir los desechos.

Hugo acababa de terminar de atarse otro par de pantalones, demasiado cortos, con una cuerda, cuando un viejo granjero, llamado Sutherland, apareció conduciendo una mula.

—Caballeros, ¿nos disculpan? —preguntó ella a Hugo y Franks, indicándole al señor Sutherland, que entrara a la sala de reuniones.

—¿Qué crees que está pasando ahí adentro? —le preguntó Franks a Hugo.

—Nada demasiado sórdido —respondió Hugo, divertido, cuando la piel clara y pecosa del hombre más joven se iluminó.

Veinte minutos después, todavía no había señales del vicario (hecho que no alegró a Hugo), y la señorita Pringle abrió la puerta.

—Necesitaremos tu ayuda para subir a Lorn, a la mula.

Hugo le dirigió a la mujer una mirada escrutadora, pero ella lo ignoró.

Lorn era un jovenzuelo y Hugo lo sacó fácilmente sin ayuda de Franks.

Sin decir palabra a nadie, el señor Sutherland condujo al joven muchacho, en la mula.

Martha volteó hacia Hugo y Franks, después que ellos se fueron.

—El señor Sutherland mantendrá a Lorn, en su granja, hasta que el chico se recupere. — Sus labios besables se apretaron en una fina línea—. Solo tiene quince años. Robó una caja de rapé de plata y fue sentenciado a siete años. —El disgusto en su voz fue suficiente para hacerles saber lo que pensaba al respecto.

—El hijo menor del señor Sutherland acaba de irse a trabajar al continente, por lo que necesita ayuda en su granja. Una vez que su pierna se haya curado, Lorn tendrá otra oportunidad aquí, si así lo desea.

—Supongo que el señor Sutherland no necesita un hijo mayor —preguntó Hugo, medio en broma.

—¿Quizás dos? —preguntó Franks.

—Lo siento —murmuró ella, visiblemente infeliz.

La miseria de la pobre muchacha era casi palpable, y Hugo se sentía mal por ella, aunque él sería el que sufriría, si el señor Pringle no cumplía su promesa.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó.

—Ha ido a hablar con el señor Stogden —dudó por un momento y luego preguntó—. ¿Deseas orientación espiritual?

Antes que Hugo pudiera responder, Clark se acercó a grandes zancadas, desde la dirección del pueblo.

—Señorita Martha —manifestó Clark, asintiendo brevemente, antes de voltear hacia Hugo, con la mirada endurecida—. McCoy y sus hombres regresaron de registrar la isla y están listos para recibirte.

—¿Atraparon a los conspiradores?

Clark se acercó más, como para amenazarlo. Hugo deseó que realmente lo intentara.

—¿Y cómo sabes que los fugitivos recibieron ayuda, Higgenbotham?

Hugo vio que las comisuras de los labios de Martha se curvaban, cuando Clark mencionó su falso apellido.

—¿Estuviste involucrado en la fuga? —insistió el santurrón—. ¿Así fue como lo supiste?

Hugo se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

—¡Maldición! Eso es lo que olvidé hacer, después de ayudarlos a escapar anoche: ¡ir con ellos! Eres un genio, Clark.

Franks se rió. Martha juntó los labios y miró sus zapatos.

—Te crees muy listo, ¿no? —preguntó Clark.

—No soy muy listo, ya que todavía estoy aquí, después de ayudar a los demás en su camino.

—Estoy aquí para escoltarte a ti y a los demás hasta el pueblo.

—Estamos listos para acompañarte —replicó Martha con frialdad, dándole una mirada gélida al pilar de la comunidad.

La frente de Clark se arrugó bajo esa mirada especulativa.

“Bueno, ¡un acontecimiento interesante! ¿Qué hizo la manifestación de la perfección moral masculina para que la señorita Martha se sienta disgustada con él?”

Clark apartó su atención de Martha y frunció el ceño hacia Hugo y Franks.

—¿Dónde está el tercero?

—¡Ah! ¿Te dije que eran tres? —preguntó Martha—. Debí de estar confundida: tres escaparon y solo quedan estos dos.

—Pero...

Ella entrecerró sus ojos azules y su linda mandíbula sobresalió.

—¿Sí, señor Clark?

Hugo se preguntó si el hombre era tan estúpido como para ignorar las señales de peligro y persistir en sus preguntas, especialmente ante una mujer con la que claramente esperaba casarse.

Clark la miró fijamente, durante un largo momento, y debió de haber decidido lo mismo porque asintió bruscamente.

—Bien. Adelante, ustedes dos. —Hizo un gesto hacia el camino.

Hugo y Franks caminaron, sin zapatos, delante de Clark y Martha.

No tardaron mucho en llegar al pequeño pueblo y durante todo el camino, Hugo se preguntó qué estaría haciendo el viejo vicario. Y, más importante aún, dónde estaba. ¿Y si el señor Pringle regresaba después que Hugo se hubiera ido, guardado como un arenque salado, en la bodega de algún maldito barco?

Hugo tenía la mandíbula tan apretada que le dolía. ¡Cielos! Había sido un idiota, al depositar su confianza en un anciano olvidadizo, que probablemente estaba durmiendo en algún lugar, luego de su ajetreada mañana.

Una verdadera multitud se había reunido frente al Greedy Vicar, y Hugo calculó que la mayoría de la población estaba reunida para ver los festejos. Mientras miraba a los presentes, se preguntó cuál de ellos había ayudado a los convictos, a salir de la isla.

Alineados contra el costado de la iglesia, que estaba convenientemente ubicada, a un tiro de piedra del único bar de Stroma, estaban siete hombres, quienes fueron demasiado estúpidos como para no ir con los demás, en la noche anterior.

Hombres como Hugo, en otras palabras.

Clark empujó a Hugo y Franks hacia los siete y luego se quedó frente a ellos, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en ellos (bueno, en Hugo), como si pudieran intentar huir.

Hugo lo ignoró y examinó la multitud, en busca de la distintiva cabeza blanca del señor Pringle.

Un hombre que debía ser el policía o el alguacil, o lo que sea, se abrió paso entre la multitud, con dos bueyes humanos a cuestas.

—Estos son los últimos —le dijo Clark, al recién llegado, y sus palabras le valieron algunos murmullos desagradables de parte de la multitud, que se acrecentaba.

Hugo parpadeó ante la hostilidad.

“¿Por qué se comportan de una manera claramente hostil hacia Clark?”

—Me llamo McCoy —proclamó en voz alta el agente de la ley, que no parecía tener demasiado sentido del humor, mientras desplegaba varias hojas de papel dañadas por el agua, y luego miraba a Hugo y Albert—. Supongo que ustedes dos se comportarán, y me dirán sus verdaderos nombres.

—Albert Franks —dijo Franks sin dudarlo.

McCoy no respondió. En cambio, siguió hojeando los papeles, como si no fuera consciente o no le importara la tensión que su silencio generaba. O, más probablemente, era el tipo de hombre, que se alimentaba de la miseria de sus cautivos.

—¿Y usted? —preguntó McCoy, un largo momento después, sin levantar la vista de la lista.

—Hugo Buckingham.

Clark emitió un suave “Mmm”, y por un momento Hugo se preguntó si el otro hombre mencionaría el hecho, que les había dado a los isleños un apellido diferente. Pero una mirada a la sonrisa petulante de Clark le dijo que el otro hombre estaba tan seguro que Hugo era un criminal, y que no harían falta más pruebas.

McCoy siguió examinando los nombres, durante unos diez o quince siglos, antes de finalmente levantar la vista.

—No es de extrañar que ninguno de estos nombres está en el manifiesto del barco.

Franks suspiró y parecía que estaba a punto de desmayarse.

—Gracias...

—Pero eso no significa nada, ¿no? —preguntó McCoy. Con el olfato infalible de una figura de autoridad para detectar a un alborotador, le dirigió la palabra a Hugo:

—Me atrevo a decir que una persona inteligente podría inventar un nombre para evitar ser transportado.

Hugo sonrió.

Esas palabras provocaron algunas risas entre la multitud. Pero no de Martha Pringle.

Ella estaba sola, al frente de la multitud, con las manos apretadas en puños y la boca comprimida, como si sintiera dolor. ¡Maldita sea! La mujer tenía el corazón en los ojos y estaba

casi sangrando. Por ellos y por él.

“¿Cuándo otra persona ha estado tan angustiada por mí?”

Eso fue fácil de responder: *“¡nunca!”*

Hugo deseaba poder decirle que no desperdiciara toda esa emoción en él, o en su alma eterna. No valía la pena preocuparse por él y, ciertamente, ella no podía salvarlo.

McCoy levantó la lista y sacudió las hojas. El gesto atrajo todas las miradas hacia él.

—Además de una serie de cargos criminales, incluidos el contrabando y la participación en reclutamiento fraudulento, en nombre de la Armada de Su Majestad, por nombrar solo algunos, el capitán del Fortune's Lady... —Hizo una pausa para disfrutar de las risas, ante el desafortunado nombre del barco destruido—. También fue una víctima de su tripulación amotinada.

McCoy caminaba de un lado a otro, frente a sus embelesados oyentes, como un vendedor ambulante, que se dirigía a una multitud.

—Parece que al buen capitán le preocupaba confundir su carga humana, legal e ilegal, y atraer la atención equivocada, cuando llegara a Nueva Gales del Sur, por lo que hizo que los prisioneros del Rey se desnudaran, e hizo anotaciones adicionales, en el manifiesto original. —Sus ojillos de cerdo recorrieron a los convictos y volvieron a posarse en Hugo—. O tal vez solo quería verlos a todos ustedes, muchachos con sus equipos.

Esta vez hubo jadeos mezclados con risas.

—¡Señor McCoy! —lo reprendió Clark con el rostro tenso por la ira—. Hay mujeres y niños presentes.

Hugo observó a la mujer que preocupaba a Clark, pero Martha lo miraba tan fijamente, que él sabía que ella no había oído la caballerosidad, que el otro hombre había exhibido en su nombre. Hugo le dirigió una rápida sonrisa y un guiño, que la despertaron de su aturdimiento. Incluso ahora, cuando ambos sabían que él estaría en un barco con rumbo al otro lado del mundo, cuando se pusiera el sol, Hugo tenía el poder de hacerla sonrojar con apenas una mirada.

¡Pobre chica! Probablemente, ella acabaría con Clark solo para enseñarle su dulce cuerpo y todas las maravillosas sensaciones, que podía dar y recibir. Esto era una verdadera lástima.

Hugo apartó la mirada de la de ella, y vio al hombre en cuestión.

Clark había colocado sus carnosos puños sobre las caderas y miraba fijamente al vulgar agente de la ley. Hugo sintió un respeto a regañadientes por él, en ese momento, sin importar que fuera un imbécil moralizador y aburrido. Al menos, él defendía a la señorita Pringle y se comportaba como un caballero debe comportarse, cuando se trata de la mujer que ama. No es que Hugo supiera mucho sobre esas cosas.

Repentinamente, a Hugo lo asaltó una visión no deseada de Martha y Clark, en una habitación oscura, Clark levantando el camisón de franela de Martha solo hasta la cintura antes de cubrir ese pequeño cuerpo con el suyo más grande, y embistiendo contra ella con toda la delicadeza de un jabalí.

Todo el respeto que Hugo tenía por el otro hombre se disipó como un pedo, en el viento, arrastrado por la furia repentina, que lo invadió, ante la visión imaginaria.

“O quizás son celos lo que sientes, Hugo... ¿Celos? ¡Celos!”

¡Ja! Nunca había sentido celos en su vida, y mucho menos cuando se trataba de sexo, que para él no representaba nada más que dinero.

—Está bien, está bien, retroceda —le dijo McCoy a Clark con un gesto despectivo.

Una vez que Clark se hubo apartado, McCoy señaló con el dedo a Albert Franks:

—El único convicto pelirrojo de esta lista oficial tiene unos cuarenta años, un poco más

que usted, diría yo. Si no está en mi lista, no me pagarán por usted. Eso significa que no lo quiero. —Levantó una mano, cuando Franks abrió la boca—. Y antes que usted pregunte, no, no lo llevaré al continente. No soy barquero.

Él se apartó de Franks y su mirada marrón fangosa se posó en Hugo.

Hugo reconoció el brillo en los ojos de McCoy: era la mirada de un hombre que disfrutaba infligiendo dolor por el mero placer de hacerlo. Hugo sabía que su interacción terminaría con él, encadenado o humillado públicamente, o probablemente con ambas cosas.

—Ahora bien, señor Buckingham, bueno, usted es un poco más difícil de descartar: cabello oscuro, ojos oscuros, muy alto. —Se encogió de hombros—. En general, no es nada descartable ni destacado.

Hugo se odiaba a sí mismo por sentirse insultado, en la manera casual, en que aquel patán desestimaba su apariencia, más aún porque creía que era preciso: en realidad, él no era especial.

No lo era, hasta que se quitó la ropa.

—No coincide con ninguna de las descripciones... exactamente, pero se acerca lo suficiente a uno, tal vez a dos, de los hombres como para merecer una mirada más de cerca. —Echó un vistazo a la lista, aunque Hugo estaba seguro, que él ya había memorizado tanto los nombres como las descripciones, y simplemente estaba haciendo alarde de su poder para su audiencia—. Veamos... el primero al que se parece es a James Assent. Encaja con la descripción física y parece tener más o menos la misma edad. —Levantó la mirada—. ¿Y qué edad tiene usted, señor Hugo Buckingham?

—Treinta y dos.

McCoy entrecerró los ojos, ante el tono monótono de Hugo, y se recordó a sí mismo que debía actuar con humildad. O no lucir como muy inteligente. O mostrarse humilde y no muy inteligente.

Hugo fijó una expresión fatua en ese rostro y añadió:

—Señor.

McCoy asintió, visiblemente apaciguado. Parecía un matón crédulo y estúpido.

—Dice que tiene el pelo corto y castaño. —Examinó a Hugo con exagerado cuidado—. Supongo que el suyo podría considerarse un poco largo...

—Sí, señor —dijo Hugo, dispuesto a lamer las botas del hombre (o cualquier otra cosa que quisiera que le lamiera), si eso era lo que hacía falta para mantenerlo alejado del próximo barco de convictos.

Los labios de McCoy se curvaron en una sonrisa petulante, ante el tono obsequioso de Hugo. —Aquí dice que el señor Assent tiene una cicatriz de una herida de cuchillo en la nalga derecha. —Sonrió—. Es bastante divertido... señor Assent —repitió, por si acaso había alguien entre la multitud que necesitara que se lo explicaran.

Pero su ingenio no le valió ninguna risa entre los cada vez más sombríos isleños, por lo que McCoy continuó:

—Esto debería ser lo suficientemente simple como para que se baje los pantalones, y echemos un vistazo.

La multitud estalló y una voz familiar atravesó el ruido:

—Seguro que no pretende que lo haga aquí mismo.

Todas las miradas se dirigieron al vicario, que se abrió paso entre la multitud. Parecía completamente despierto, y sus ojos azules brillaban de ira.

Las rodillas de Hugo casi se doblaron del alivio.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó McCoy.

—Soy Jonathan Pringle, vicario de St. Andrews —dijo el vicario con una voz, que Hugo supuso que debía ser la del púlpito del anciano.

—¡Eh! —dijo McCoy, y su arrogancia se atenuó bajo la mirada del Antiguo Testamento del vicario.

Pero entonces alguien del público se rió entre dientes, y McCoy frunció el ceño, apretando los labios hasta formar una línea obstinada. Dijo en voz alta y de manera beligerante:

—Si nadie quiere ver el trasero de este hombre, que cierre los ojos. Ahora, Buckingham, de la vuelta y tírese al suelo.

Hugo estaba vagamente consciente que Clark intentaba llevarse a Martha a toda prisa, pero estaba demasiado preocupado por obedecer la orden de McCoy, como para no preocuparse. Además, Martha había visto mucho más que su trasero, en esa mañana.

Clark había atado las manos de Hugo con tanta fuerza que este tuvo que manipular torpemente la cuerda, que sostenía sus pantalones. Un terror abyecto lo atravesó, cuando no pudo aflojar el nudo ensangrentado. Se imaginó a sí mismo nuevamente encadenado simplemente porque no pudo bajar sus malditos pantalones con la suficiente rapidez. Impulsado por ese miedo, desgarró el nudo y la raída prenda cayó al suelo, antes que pudiera agarrarla.

Varios jadeos agudos de la multitud le indicaron a Hugo que más de una mujer se había quedado a mirarlo.

—Suave como el trasero de un bebé, sin heridas de cuchillo. —La voz de McCoy rebosaba de una fea diversión—. Está bien, Buckingham, vístase.

Hugo se inclinó para recoger sus pantalones, acción que le valió unos cuantos jadeos más, antes de girar para mirar a McCoy, atando torpemente la cuerda a su cintura.

—¿Usted está convencido, señor? —preguntó el señor Pringle.

McCoy se encogió de hombros.

—Todavía no estoy muy seguro.

La multitud rugió, ya no estaba divertida por el espectáculo.

—Estoy de acuerdo en que no es el señor Assent —aclaró McCoy con una sonrisa burlona—. Pero hay otro nombre en esta lista, que encaja con su descripción.

—Me gustaría hablar con usted, señor McCoy. —La voz del vicario era severa, aunque no era fuerte.

—¡Eh! —McCoy parpadeó.

—No tomará más que un momento.

McCoy respiró profundamente y miró a la multitud inquieta.

—Muy bien, pero solo puedo dedicarle un minuto o dos.

—Entre en la iglesia, si quiere.

Todas las miradas siguieron a los dos hombres, mientras desaparecían en la iglesia. Y luego las mismas volvieron hacia Hugo.

Él dejó que su mirada vagara por los rostros. Algunos estaban sonrojados, otros lo juzgaban, y los demás lucían divertidos.

Y luego estaba Clark, que irradiaba furia y disgusto.

Hugo le guiñó un ojo, y después observó a Martha, a quien deliberadamente había dejado para el final.

Incluso desde donde estaba, Hugo podía ver que sus ojos se habían oscurecido. Estaba sonrojada y su pecho subía y bajaba más rápido de lo que debería hacerlo una persona en reposo. Hugo le sonrió.

Clark se colocó frente a él, bloqueando la agradable vista de Hugo.

—No sé qué tienes planeado, Buckingham, pero no me engañas. Puedo oler la podredumbre en ti.

—¿Estás seguro que no es tu propio labio superior el que estás oliendo?

Varios isleños se rieron.

Hugo vio venir el puño de Clark y pudo agacharse, esquivando lo que seguramente habría sido un golpe doloroso.

—¡Señor Clark!

La voz horrorizada de Martha debió haber superado la ira de Clark porque su segundo golpe nunca llegó a concretarse. En cambio, pareció sacudirse y dejó caer el puño a un costado, con el rostro, en llamas, al darse cuenta de lo que había hecho.

Una silenciosa desaprobación se escuchó entre los isleños allí reunidos:

—¿Qué clase de hombre golpea a alguien que tiene las manos atadas?

La puerta de la iglesia se abrió y todos dieron la vuelta, al unísono, olvidándose por un momento de Clark. La expresión de McCoy, mientras se acercaba a Hugo era difícil de interpretar, pero Hugo habría jurado que el hombre parecía... asustado.

McCoy se detuvo frente a Hugo y le dijo:

—Súbase la manga izquierda.

Cuando Hugo obedeció, McCoy asintió.

—No tiene tatuaje, no es el hombre de mi lista. —Giró sobre sus talones, como si no pudiera soportar mirar a Hugo ni un segundo más—. Deje ir al señor Buckingham y al señor Franks.

El corazón de Hugo latía con fuerza en sus oídos. ¡Era libre! ¡Era libre!

Ahora todo lo que tenía que hacer era quitarse las cicatrices y los tatuajes, regresar a Londres, y matar a la perra que le había hecho esto.

CAPÍTULO ONCE

A instancias de lo que parecía ser la mitad de la población de la isla, Hugo, Albert, el señor Pringle y Martha se quedaron en el Greedy Vicar, después que McCoy y sus prisioneros regresaron al continente.

Hugo no pudo evitar notar que el señor Clark no estaba entre quienes celebraban la liberación de Hugo y Albert.

Los tres hombres disfrutaron de una pinta de cerveza y una rebanada de pastel de cordero, cortesía de Joe Cameron, mientras Martha bebía una pequeña taza de chocolate y mordisqueaba una rebanada de pan untada con mantequilla y mermelada de fresa. Hugo nunca había visto a una persona disfrutar tanto de un dedal de chocolate. Orgásmica, esa era la única palabra para describir esa expresión femenina.

Al final de su comida, y menos de dos horas después de haber expuesto su trasero desnudo a los ciudadanos de Stroma, Hugo había recibido cinco ofertas de trabajo. O bien los isleños estaban impresionados con lo que veían o, mucho más probablemente, apoyarían a cualquier persona, que consiguiera engañar a la policía local.

La mejor oferta, consideró Hugo, fue la del señor Abel Stogden, quien era un anciano rudo, que se ganaba la vida cortando losas de piedra y vendiéndolas a un comprador, en el continente. Hugo pensó que su trabajo parecía el más prometedor, pero eso podría deberse, a que no entendió bien la mayoría de los otros.

Sospechaba que Martha había escuchado las conversaciones, aunque permanecía inusualmente callada, y esperaba que ella pudiera servirle de orientación, a la hora de traducir las otras ofertas.

Por desgracia, Martha ya no le dirigía las miradas de anhelo, que le lanzaba, cuando creía que se iba al otro lado del mundo. Ahora miraba a Hugo, como si fuera un problema, que no estaba segura de estar interesada en resolver.

En cualquier caso, Hugo estaba lleno de buena comida y cerveza, siendo optimista sobre el futuro por primera vez, en semanas, mientras seguía a los Pringle y a Albert de regreso a la sala de reuniones.

—Puedes quedarte en la sala de reuniones todo el tiempo que necesites —dijo el señor Pringle, cuando llegaron a la cabaña de piedra. Miró a su hija—. Pero tendrás que ponerte de acuerdo con Martha, en lo que respecta a la comida o la lavandería, y si ella tiene tiempo para proporcionar esos servicios. —El señor Pringle le dio una palmadita en el hombro a su hija, antes de subir los escalones de piedra—. Ha sido un día agotador, querida. Los dejaré a ustedes, jóvenes, a su suerte.

Hugo casi le pidió un minuto de su tiempo, pero el anciano parecía tan agotado, que él decidió esperar hasta mañana para preguntarle sobre el misterioso favor, que ahora le debía.

Una vez que la puerta se cerró detrás de él, Albert volteó hacia la señorita Pringle.

—Por favor, debes decirme qué puedo hacer para ayudar, no por un futuro con alojamiento y comida, ya que los Wilson me ofrecieron un trabajo con ambas cosas, sino por todo lo que ya has hecho por mí.

Su sonrisa era dulce y gentil y Hugo no pudo evitar notarlo. Esta no era una expresión que ella pusiera normalmente en su rostro.

—Ha sido un día muy largo, señor Franks. ¿Quizás podamos hablar del asunto, después de la iglesia?

—Por supuesto, señorita —dijo sonriendo tímidamente—. Y... gracias por todo. —Dio la vuelta y desapareció en el interior de la sala de reuniones.

—Y tú, señor Buckingham...

—Estamos en intimidad, pero no tanto como esta mañana. —Hugo sonrió.

La mandíbula de Martha se hundió.

—Necesito preguntarte algo —dijo Hugo apresuradamente, antes que ella le diera una bofetada, entrara furiosa a la casa y cerrara la puerta de un portazo—. No es nada obsceno —le aseguró, cuando ella dio un paso atrás.

—Mmm.

—¿Eso es un sí?

Ella se cruzó de brazos.

—Continúa con eso...

—¿Has oído mis conversaciones con... eh...? —Se estrujó el cerebro para recordar los nombres que había memorizado, cuando no entendía nada de lo que decían—. El señor Craig, el señor Donald, el señor Smith y... eh... creo que otro señor Smith... Brian, ¿tal vez? Y el señor Stogden.

—Ah, ¿te refieres a esas conversaciones en las que todos los isleños se desvivían por darte trabajo?

Hugo se rió entre dientes.

—Lo hicieron. Parecen tenerme un cariño desmesurado, ¿no?

—Es más bien que desprecian a McCoy y a todos los hombres, como él.

—¡Qué amable de tu parte evitar que me engañen, señorita Pringle!

—Ya llego demasiado tarde para eso. ¿Sabes lo que es una grúa?

Hugo parpadeó ante el cambio de tema.

—Eh... ¿algo que destroza cosas?

Ella le dirigió una mirada que podría arrancar los percebes del casco de un barco.

—Los naufragadores son gente de la costa, que atrae a los barcos hacia su perdición y luego recogen la carga.

—¡Ah! Pero, ¿no será la gente de aquí?

—No voy a poner en entredicho a nadie, señor Buckingham. Además de los destrozos, también está el problema de las bebidas alcohólicas ilegales. Un buen número de isleños elaboran cerveza para complementar sus ingresos. Es comprensible que desconfíen de cualquiera que pueda estar en connivencia con los recaudadores de impuestos.

—Ya veo —dijo Hugo, sintiéndose un poco estúpido por no haberlo percibido antes. Así que por eso estaban enojados con Clark.

—Mmm... Pero creo que tenías una pregunta.

—De esas ofertas de trabajo, ¿cuál me aconsejas aceptar?

—¿Por qué me preguntas? —preguntó ella con no poca sospecha.

Se rascó la cabeza e hizo una mueca. Él estaba decidido a lavarse el pelo esa noche, incluso si tenía que hacerlo con agua salada helada.

—Eh, principalmente porque el único, al que pude entender, aunque solo un poco, fue el señor Stogden. —Él pensó que eso podría tener una sonrisa tirando de sus labios.

—El señor Craig te ha ofrecido trabajo en su yole, es su barco —dijo ella al ver esa expresión perpleja—. El señor Smith, el señor Smith y el señor Donald son pescadores y agricultores, y necesitan ayuda en sus granjas.

—Gracias —dudó Hugo—. Sabes que nací y crecí en la ciudad. ¿Podrías contarme un poco sobre lo que implican estos trabajos?

—El trabajo del señor Craig probablemente será el menos extenuante físicamente, aunque los días serán largos. El trabajo de agricultor es continuo y trabajarás desde el amanecer hasta el anochecer, requerirá cierta habilidad con los animales: ovejas, cerdos, aves de corral, tal vez con una mula. Habrá que limpiar mucho los recintos de los animales y cosas así. En cuanto a cortar losas, bueno... —Dejó que su mirada se posara sobre él y luego tragó saliva, mientras el rubor que tanto le gustaba a él subía por su cuello—. Estoy segura que puedes adivinar que es un trabajo excesivamente duro, pero el señor Stogden paga casi el doble que los demás.

Hugo consideró la información. El señor Craig sin duda mataría y arrojaría a Hugo por la borda de su bote pesquero, antes que transcurriera una hora, a menos que al hombre le gustara limpiar el vómito de su yole. Y el trabajo en la granja sonaba muy... maloliente.

Hugo asintió.

—Entonces, es el señor Stogden. Gracias.

Las expresivas cejas de ella se arquearon.

—¿Por qué parece sorprendida?

—No me parece el tipo de hombre que realice trabajos muy extenuantes.

Hugo se sintió extrañamente insultado.

—¿Estás diciendo que crees que me falta fuerza física, señorita Pringle?

Una capa de rojo cubrió el rosado que ya teñía sus mejillas. Ella agarró una de las manos de Hugo y la giró con la palma hacia arriba, mientras las ásperas yemas de esos dedos femeninos trazaban la palma de él.

Ella levantó la mirada, esos ojos muy azules contrastaban con el rojo de su rostro.

—Tu piel es tan suave que es obvio, que nunca has trabajado honestamente en tu vida.

Hugo dio un paso hacia ella, acortando la distancia entre ellos.

—Vaya, señorita Pringle, qué observadora de tu parte, al fijarte en mi... piel.

Ella apretó los labios.

—Y te sorprenderá gratamente saber lo mucho que puedo esforzarme, y trabajar, cuando estoy debidamente motivado.

Ella soltó esa mano, como si la misma la quemara, dio un paso atrás, golpeó su talón contra el escalón, y se habría caído sobre su trasero, si Hugo no la hubiera agarrado. Debería haberla soltado, una vez que la hubo estabilizado, pero el cuerpo de Hugo quería lo que quería, y ahora mismo deseaba sentir a la señorita Pringle.

Aunque ese cuerpo estaba firme y musculoso por todo el trabajo físico, esos senos eran pequeños y deliciosamente suaves, y se apretaban contra la camisa raída, calentándole el pecho. Tenía unas caderas bonitas y femeninas, al menos hasta donde él podía decir sin un examen más minucioso.

Hugo imaginó lo atractivo que se vería ese trasero inclinado frente a él, con sus dedos clavándose en esas caderas, y su polla deslizándose dentro de ese cuerpo.

Eso fue todo lo que se necesitó para que él se endureciera contra ese vientre plano.

La consciencia, ralentizada por su propia excitación animal, apareció gradualmente en los ojos de ella. Se le abrió la mandíbula y sus labios besables temblaron: ira, deseo, confusión y una docena de otras emociones revolotearon por su rostro, más rápido que un vuelo de golondrinas.

Y entonces su cuerpo se puso rígido, como una tabla, y lo empujó hacia atrás.

Hugo la liberó inmediatamente.

Ella apretó las mandíbulas, se sacudió la parte delantera del vestido, inhaló lo suficiente para tensar su sencillo vestido hasta el límite, y dijo:

—La iglesia comienza a las ocho en punto... En punto.

Se fue en un torbellino de faldas, antes que Hugo pudiera decirle que no asistiría a la iglesia mañana. Ni ningún otro día, de hecho.

Él ajustó su palpitante erección, antes de caminar hacia la sala de reuniones, donde encontró a Franks, mirando algo en el banco, a su lado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

El joven se sobresaltó.

—¡Oh! Señor Buckingham.

—Llámame Hugo.

Franks se posó en la parte delantera de los delgados y obscenamente ajustados pantalones de Hugo, y se sonrojó casi tan hermosamente como la señorita Martha. Hugo vio la verdad en los grandes ojos verdes del muchacho, que estaban clavados en su polla. ¿Malditamente maravilloso? Justo lo que necesitaba en ese momento: un cachorro enamorado.

—¿Y bien? —insistió Hugo.

Franks parpadeó y levantó la mirada para encontrarse con la de Hugo.

—Eh, ¿qué fue eso, otra vez?

—¿Qué hay en el banco a tu lado?

—Oh, estoy calculando cuánto dinero necesitaré para volver a Londres —dijo Franks, mientras garabateaba, en un pequeño trozo de papel, con una barra de grafito.

Hugo se dejó caer a su lado.

—¿Qué haces en Londres, Franks?

—Llámame Albert. —Su intento de sonar como Hugo era adorable.

—Muy bien, ¿qué haces en Londres, Albert?

—Soy empleado en una oficina de abogados. Al menos lo era.

—Vaya. ¿Qué diablos hiciste para acabar en ese barco?

La sonrisa de Albert desapareció.

—Creo que mi empleador es responsable de mi secuestro.

—Tan mal empleado eras, ¿no?

—¿Qué? —Arqueó las cejas—. No, claro que no.

—¡Oh! Estaba hablando en broma. —Hugo se rió entre dientes—. Sí.

—Eh, inventé algo y le pedí que me ayudara con el proceso de la patente —dijo, mirándolo tímidamente—. Soy un hombre de ciencia, no un abogado. Solo acepté el puesto para ganar dinero, mientras desarrollaba mi invento.

—¿Qué inventaste? Si no te importa decírmelo, claro está.

—Por supuesto que no me importa decírtelo.

—Tal vez deberías hacerlo. Mira lo que pasó la última vez que compartiste la información.

Albert se quedó mirando fijamente y Hugo se sintió mal por burlarse del muchacho, pero, en serio, uno pensaría que Franks ya había aprendido la lección. Y esa lección era: debes proteger cualquier información, que involucre dinero, con tu vida.

—Normalmente soy un excelente juez de carácter. —Debió haber visto la mirada escéptica de Hugo porque agregó—, excepto esa única vez... pero él era mi jefe. —Parecía sorprendido, como si los empleadores ladrones fueran una rareza en este mundo—. Pero, mi corazón me dice

que puedo confiar en ti.

Hugo sospechó que lo guiaba algún otro órgano, uno más cercano a su cintura, pero guardó esa observación para sí porque el joven Albert tenía el aspecto de un hombre, que aún no había identificado sus propias inclinaciones sexuales. En cambio, él dijo:

—Pensé que los hombres de ciencia solo confiaban en su intelecto... Aspiro a ser un hombre del Renacimiento.

—¡Ah! —expresó Hugo—. Eso tiene algo que ver con usar tanto la ciencia como el arte para informar el pensamiento, ¿no es así?

—Así es —replicó Albert, luciendo extraordinariamente complacido.

—Admirable. Entonces, continúa, ¿de qué se trata? ¿Esa invención tuya?

□ □ □

Varios minutos después, Hugo levantó la mano.

—Es suficiente, gracias.

—Pero estoy llegando a la parte interesante. —Los ojos de Albert brillaron de entusiasmo.

—No entendí ni una palabra de lo que acabas de decir, Albert, así que tampoco podré entender la parte interesante.

El rostro de Albert decayó.

—Vamos —dijo Hugo, sintiéndose como un ogro por quitarle el viento a sus velas—. Debes estar acostumbrado a que la gente no comprenda esto... esto, bueno, sea lo que sea.

—Sí, desde que dejé la escuela, ha sido difícil encontrar hombres de ciencia con ideas afines.

Hugo quería decirle al muchacho que se olvidara de la ciencia, y fuera a buscar a un hombre que pensara como él para que le moliera el maíz, pero no lo hizo.

—Anímate —dijo, dándole una palmada en el hombro a Albert—. Ahora eres un hombre libre. Háblame de esos Wilson con los que te vas a mudar.

Albert se animó.

—La señora Wilson necesita ayuda, mientras el señor Wilson está pescando. —Hizo una pausa, con expresión pensativa—. Nunca he estado en una granja, aunque, por supuesto, entiendo el concepto subyacente. ¿Y tú?

—No. Nací y crecí en la ciudad. —Hugo se levantó del banco.

—¿Qué crees que me pedirá la señora Wilson que haga? —preguntó Albert con una mueca de preocupación entre los ojos.

—Probablemente parto de vacas, matanza de cerdos... cosas de esa naturaleza —dijo Hugo.

Los ojos de Albert amenazaron con salirse de sus órbitas.

—No, ¿de verdad lo crees?

Hugo se dio la vuelta para ocultar su sonrisa.

—¡Oh! Me atrevo a decir que te acostumbrarás en poco tiempo.

Dejó al chico con sus preocupaciones y fue a investigar los bancos, donde habían dormido Devlin y Parker. Los dos hombres habían dejado sus sábanas, así que ahora tenía dos mantas más y podía hacer una almohada con una de ellas.

Cuando regresó a su banco, vio que Albert estaba enrollando sus mantas.

—¿Ya te estás escapando hacia la libertad? —Hugo se rió—. Estaba bromeando sobre lo de las vacas y los cerdos. La señorita Martha me dijo que se trata principalmente de alimentar ovejas y aves de corral, palear mucho estiércol y recoger la cosecha.

El muchacho se desplomó aliviado, pero siguió enrollando la manta.

—Esta noche tengo que ir a la granja de los Wilson. La señora Wilson dijo que habrá trabajo que hacer temprano por la mañana, antes de la iglesia. —Se metió las mantas bajo el brazo y se puso de pie—. Pero te veré mañana, en la iglesia.

En lugar de decirle a Albert que no estaría cerca de la iglesia, Hugo se limitó a sonreír.

—Buena suerte, Albert. —Observó al joven irse, y estaba feliz de estar solo por primera vez en semanas.

El ambiente era sofocante en la sala de reuniones, que había estado cerrada, durante buena parte del día, así que Hugo dejó la puerta abierta. El sol apenas empezaba a ponerse.

Un enorme bostezo le deformó el rostro. Esa noche se iría a la cama temprano, pero no antes de lavarse, cosa que no le habían permitido hacer esa mañana, antes que lo metieran a la fuerza en una ropa maloliente, y lo sacaran a rastras.

La primera orden del día fue transportar agua.

Podía lavarse el cuerpo con agua fría, pero la ropa requería estar tibia, si quería quitarle a la camisa y al pañuelo el hedor del sudor rancio de otro hombre. ¿Y el chaleco que Martha le había encontrado? Bueno, era mejor no lavarlo, ya que parecía estar unido por hilos. Todavía no tenía un abrigo, pero eso estaba bien porque el clima era muy cálido, aunque le habían dicho que refrescaría rápidamente, en las próximas semanas. Hugo planeaba irse mucho antes de eso.

Desenterró el bolsillo enterrado de brasas, en el pozo de fuego, donde Martha calentó el gran caldero de lavado y le añadió un poco de hierba seca y un poco de turba hasta que tuvo una llama lo suficientemente grande para calentar el agua.

Mientras eso se calentaba, tomó un balde de agua fría y se fue a la sala de reuniones, se desnudó y usó su camisa arremangada, como paño. No fue el mejor baño que había tenido en su vida, pero se sintió de maravilla, después del mismo. Hugo no soportaba la suciedad, especialmente en su cuerpo.

Una vez que se lavó el cabello (dos veces), se envolvió una de las mantas, alrededor de la cintura, y sacudió las otras.

Fue una pena que no tuviera algunos de los copos de lejía, que Martha había usado para lavar la ropa, pero hizo un trabajo digno de encomio, usando una planta arbustiva que tenía flores de lavanda y olía bastante bien.

Una vez que las prendas viejas estaban lo más limpias posible, las exprimió para secarlas y las colgó afuera.

Los cinco hombres habían dejado rastros de suciedad en la sala de reuniones, así que Hugo encontró una escoba y un recogedor. Su intención era barrer únicamente la zona cercana a su saco de dormir, pero una vez que había empezado, le pareció prudente continuar.

Cuando terminó con el piso, hizo su cama sobre las losas, en lugar de prepararla sobre el banco, en el que le resultaba difícil girarse sin caerse.

Tanto fregar y barrer le habían hecho sudar, así que dejó la puerta abierta. Ya casi estaba oscuro y dudaba que alguien viniera, así que se quitó la manta de las caderas y la dobló, como una almohada, antes de acostarse, en la cama, sin molestarse en cubrirse, dejando que la brisa fresca lo secara.

Estar tumbado allí desnudo, en el suelo, le recordó aquella mañana y sonrió. Su polla se contrajo al recordar la mirada atónita, pero hambrienta, de Martha mientras lo miraba: ¡él se encontraba desnudo y erecto!

Hugo podía detectar la lujuria en Martha con la misma facilidad con que lo hacía en Albert. No era una gran habilidad después de treinta años de vida, pero era, además de

prostituirse, trenzar látigos y blandirlos, prácticamente todo lo que tenía para mostrar.

De todos modos, no importaba si Martha lo quería o no. El señor Pringle había salvado la vida de Hugo, así que lo último que iba a hacer era agradecerse, desflorando a su hija.

Sin embargo, eso no significaba que no pudiera poseerla, como quisiera en la privacidad de su propia cabeza. Sonrió ante la idea y se inclinó hacia abajo, su pene se alargó, mientras revivía la sensación de esos senos presionados contra su pecho.

Se dio un tirón largo y pausado, disfrutando del lento engrosamiento de su miembro y prolongando esta fase de excitación, dispuesto a esperar su primer orgasmo en semanas, y hacer que durara. Su raja suspiraba profusamente, como si estuviera compensando las oportunidades perdidas, produciendo rápidamente la humedad suficiente para cubrir su miembro.

Sus dedos se apretaron, mientras reflexionaba sobre la atracción inesperada, que sentía por la joven, que le había proporcionado esa impresionante erección. Martha Pringle era muy bonita, y era una de las pocas mujeres jóvenes, que había visto en las últimas semanas, así que supuso que era natural que ella figurara en su fantasía.

Hugo suspiró. Eso era mentira. O al menos una simplificación exagerada.

La atracción que sentía por ella no era solo por conveniencia. También disfrutaba de sus intercambios verbales y adoraba hacer que su rostro severo se curvara en una sonrisa.

Y luego estaban las miradas inocentemente lujuriosas, necesitadas y deseosas que él había captado, que ella lanzaba en su dirección.

Esas miradas ansiosas, de ser deseada con tanta ferocidad, eran como un afrodisíaco. Sus pesados párpados se cerraron y se apretó los puños con movimientos lentos y firmes, mientras recordaba esa mañana y la forma codiciosa en que la mirada de ella se había deslizado hacia sus caderas y luego se había vuelto a levantar. Y después se había deslizado hacia abajo, una y otra vez, en esos pocos y preciosos segundos.

El recuerdo de su deseo crudo hizo que sus testículos se tensaran. Abrió las piernas y metió la mano entre sus muslos, tirando de su saco con su mano libre, aferrándose fuertemente al recuerdo de esos ojos abiertos, esas mejillas sonrojadas, y esos labios regordetes, que imaginaba envueltos alrededor de su polla, chupándolo tan fuertemente.

Hugo se lanzó al éxtasis, arqueando la columna hasta que le dolió. Sus hombros y talones estuvieron en el suelo, sus nalgas se apretaron y fue empujando, mientras bombeaba con embestidas salvajes, follando su puño, como si fuera ella.

Se esforzó tanto que cintas de semen caliente le atravesaron el pecho y los hombros. Incluso después que no saliera nada más, siguió ordeñándose hasta que el tacto le dolió, y la mezcla de dolor y placer le hizo sentirse vivo.... Realmente, ¡vivo y libre!

Saciado y sin huesos, bajó su cuerpo exhausto hasta la manta, y exhaló un enorme suspiro de satisfacción.

Estaba sumido en un placentero aturdimiento post orgásmico, cuando un sonido lo sobresaltó. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Pero no había nada, solo la brisa que sacudía suavemente las puertas abiertas sobre las bisagras.

Hugo disfrutó de un largo y lánguido estiramiento, antes de levantar la esquina de la manta inferior y limpiar el vapor refrescante de su piel. Lavaría la manta al día siguiente.

Había comenzado a tener piel de gallina, así que caminó lentamente hacia las puertas, y cerró ambas, antes de envolverse la manta más liviana, alrededor de las caderas, para estar decente, en la mañana.

Después de todo, pensó con un enorme bostezo, no serviría de nada sorprender a la hija del vicario, durante dos días seguidos.

CAPÍTULO DOCE

Martha no había visto a Hugo, desde hacía una semana, cuando él salió de la sala de reuniones, el lunes por la mañana, rumbo a su primer día de trabajo.

Ella lo había observado, desde la seguridad de la casa, por la ventana de la cocina y espiándolo como a un ladrón furtivo, consumiéndolo con sus ojos, mientras él se iba, con sus pocas posesiones, en un ordenado bulto bajo el brazo, a un paso alegre.

Todos los días ella esperaba, que él la llamara, o al menos que pasara por allí de camino al Greedy Vicar, donde Albert le dijo que había visto a Hugo entregarle una carta a Joe Cameron, quien recogía el correo para el continente.

De martes a viernes, ella se dijo a sí misma, que probablemente él estaba demasiado exhausto por su primera semana de trabajo extenuante, como para hacer mucho más que comer y dormir.

Pero cuando Martha fue al Greedy Vicar, el sábado por la noche, con el pretexto de comprar alguna cosa, se enteró que Hugo había estado allí antes, no en la taberna, sino para comprar algunos artículos, en la pequeña tienda.

Y aún así, él no había pasado por su casa.

Martha se dijo a sí misma que estaba agradecida por su ausencia, la cual había sido bienvenida. Además, el señor Clark venía a verla, frecuentemente, y la había invitado a salir a caminar, varias veces. Martha hubiera deseado estar más emocionada por su atención, pero todavía le disgustaba su disposición a exponer a sus vecinos, a un posible proceso judicial, simplemente para fastidiar a un hombre que resultó ser inocente. Bueno, al menos inocente de lo que lo había llevado a ese barco. Tenía la fuerte sospecha que Hugo Buckingham era culpable de muchas otras cosas.

Cuando se trataba de Robert, Martha se había recordado a sí misma, que no era su lugar juzgar a sus semejantes, y entonces había ido a caminar con él y discutieron los temas de los que siempre habían hablado: el trabajo, el día, la hermana y madre de él, el padre de ella, todo el tiempo evitando cuidadosamente cualquier mención del hombre, que ahora se interponía entre ellos.

Aunque Martha no veía a Hugo, durante el día, lo observaba, para su eterna mortificación, todas las noches, en sus sueños.

Lo que había presenciado, el sábado por la noche, en la sala de reuniones, había sido impactante. Pero seguramente una visión así debería haberse vuelto mundana, después de la quincuagésima vez, que la había revivido, o al menos la centésima. Sin embargo, las imágenes grabadas, en su mente, no habían perdido su potencia. De hecho, se habían vuelto más poderosas, escapando de los confines de sus sueños para extenderse a sus horas de vigilia.

Como sucedía ahora mismo.

Se suponía que debía estar limpiando la sala de reuniones, pero en cambio, ella estaba de pie, inmóvil, con la mente llena de imágenes de Hugo tendido de espaldas, desnudo, con los últimos rayos sombríos del sol, tiñendo sus músculos ondulantes y su piel pálida de un rojo opaco y diabólico. Los gruesos músculos de sus bíceps y antebrazos se abultaban mientras se

acariciaba, y el movimiento de sus caderas era primario y salvaje.

Para su vergüenza, ella había empezado a sentir un hormigueo y una hinchazón entre los muslos. Había apretado las piernas para detener el hormigueo, pero eso solo lo intensificó.

Un apretón había llevado a otro. Y a otro. Hasta que pronto ella se encontró apretándose, al ritmo de sus embestidas.

Cada embestida la había tensado como una llave de reloj, que hace girar un resorte, su cuerpo increíblemente duro se arqueó hasta que su espalda ya no tocó el suelo, sus movimientos se volvieron menos controlados, sonidos guturales escapaban de su boca abierta, y su cabeza estaba echada hacia atrás con los ojos cerrados en éxtasis...

Y entonces, el placer se apoderó de Martha, las intensas sensaciones físicas la doblaron por la mitad hasta que su frente descansó sobre el frío escalón de losa. Una parte de su mente, la pequeña parte que no se entregaba a la gratificación sensual, le gritó que se fuera, que corriera, que se alejara antes que Hugo viniera y la viera.

Había orado, incluso mientras continuaba flexionando sus músculos internos para extraer el placer, suplicando que Hugo no la viera, y prometiendo no volver a hacer algo así.

Martha sabía, incluso mientras hacía la promesa, que esto era una mentira.

Se había echado hacia atrás a cuatro patas y, cuando estuvo segura que no la verían, se puso de pie y siguió retrocediendo hacia la casa. Fue entonces cuando chocó contra un cajón de turba, vacío, y lo tiró al suelo; el suave ruido la hizo huir la corta distancia, que la separaba de la casa de piedra, como si los perros del infierno le estuvieran pisando los talones.

Una vez dentro de la casa se desplomó contra la puerta. Una rápida mirada a su reloj le indicó que apenas habían pasado diez minutos, desde que había salido a ver de dónde provenía el humo.

Su mundo entero había cambiado en apenas diez minutos.

Casi no había dormido esa noche. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía de nuevo. La deliciosa explosión había ocurrido dos veces más, por más que ella intentaba evitarlo.

Desde entonces, todas las noches había ocurrido lo mismo. Martha ya no tenía esperanzas: estaba perdida por completo para los placeres de la carne: era hija de Onán, por así decirlo, aunque nunca había sospechado, que eso se aplicaba a las mujeres.

—¿Martha?

Ella chilló y saltó al oír la voz de su padre, apretando la escoba contra su pecho. ¿Sabría él lo que estaba pensando con solo mirarla?

—¡Aquí estoy padre! —gritó con voz temblorosa.

La puerta se abrió y el vicario estaba en el umbral.

—Hola, querida. Solo quería avisarte que volví de visitar al joven Lorn.

—¿Cómo está él?

—Pasaré un tiempo hasta que su pierna se recupere, pero la señora Sutherland ya lo instaló en la antigua habitación de Denny, y Lorn probablemente estará demasiado regordete para moverse, cuando se haya curado.

—Me alegro mucho de oírlo. —Miró su reloj y vio que eran más de las dos—. ¿Quieres que entre y te prepare algo?

—No, gracias —dijo, dándose unas palmaditas en su inexistente barriga—. La señora Sutherland prepara un banquete bastante bueno al mediodía. Estaré trabajando en mi sermón en mi oficina por si me necesitas.

Martha miró esos ojos azules descoloridos y no vio ninguna condena hacia ella, ningún asco porque ella fuera una libertina inmoral. ¿De verdad era tan fácil ocultar pensamientos, que

ardían como fuego, dentro de su cuerpo? ¿Era eso lo que hacían otras personas, mientras paseaban por la isla?

Martha suspiró y cerró los ojos, apoyando la frente contra la fría pared de piedra. Pero Hugo estaba allí, esperándola.

CAPÍTULO TRECE

Pronto Hugo descubrió que regresar a Londres no iba a suceder tan rápido como esperaba.

Una vez que la euforia de la libertad se disipó, se encontró en la misma situación que antes: necesitaba ganar dinero o robar para regresar al sur.

Dado su reciente problema con el transporte, no tenía ningún interés en infringir la ley.

Así que le quedaba trabajar, al menos hasta que pudiera enviar una carta a Melissa y pedirle que le adelantara suficiente dinero para su viaje. Pero antes de poder enviar una misiva, necesitaba dinero para comprar papel, tinta y una pluma. Sabía que el vicario le habría dado todo esto, pero estaba cansado de depender del pobre anciano y de su hija para todo, desde la comida que consumía hasta la ropa que llevaba puesta.

Afortunadamente, era la época del año de más actividad en Stroma y se necesitaban espaldas fuertes. Mientras los hombres pescaban tantas horas, como podían, las mujeres se ocupaban de las granjas, cuidaban del ganado, y recogían la cosecha sin la ayuda de los hombres, en muchos casos.

Los agricultores de Stroma cultivaban patatas, heno, avena, y una variedad de verduras, pero sobre todo maíz. La mayoría de los agricultores tenían gallinas ponedoras y otras aves, un cerdo, una o dos ovejas, y algunos incluso una mula, aunque en la isla no se utilizaba el arado.

Curiosamente, la isla no tenía ni un solo árbol. La principal fuente de calor, la turba, la tenían que importar. Llevar el combustible blando a la isla era el principal gasto de la mayoría de los isleños, por lo que gran parte de la economía local se basaba en el trueque, una habilidad que Hugo dominó rápidamente. Tenía dos (bueno, en realidad, tres) habilidades valiosas, pero una de ellas probablemente lo haría morir de un linchamiento. Así que vendió su fuerte espalda y sus cuerdas trenzadas.

Una vez que se propuso ganar dinero en lugar de robarlo, trabajó cada hora, que estuvo despierto. Pasaba sus días trabajando para el señor Stogden, quien le permitió a Hugo usar una estructura, en su terreno, que se parecía a un cobertizo, pero más sólida y construida de piedra. Nunca serviría como vivienda, en invierno, pero Hugo esperaba irse, antes que hiciera demasiado frío.

A Hugo le agradaba el señor Stogden, el anciano era reservado y no tenía interés en socializar, a diferencia de casi todos los demás, en la maldita isla.

No es que a Hugo no le gustase charlar de vez en cuando con prostitutas, ladrones, pregoneros y demás gente de ese estilo, pero, ¿de qué diablos iba a hablar con un pescador o un granjero?

¿Intercambiarían historias?

Si alguno de los isleños se enterara que había ganado dinero, atendiendo a las esposas de otros hombres, o recibiendo sexo anal, probablemente lo expulsarían de la isla con horcas y lámparas.

Ese conocimiento flotaba en el fondo de su mente, como un espectro, y hacía que evitar socializar con gente decente fuera una decisión fácil.

Además, no tenía tiempo. Después de su largo día en la cantera, Hugo trabajaba trenzando

cuerdas. Primero terminó la cuerda de la campana del vicario, sin cobrar nada, y luego recibió un flujo constante de pedidos de otros isleños. Para poder pasar las tardes trenzando con luz proveniente del fuego, obviamente, necesitaba comprar turba.

Por suerte, el señor Stogden tuvo la amabilidad de adelantarle el sueldo de la primera semana, después que hubiera trabajado solo dos días. “*Veo que valdrá la pena el dinero,*” había dicho el anciano, cuando Hugo mostró su sorpresa. Naturalmente, la amabilidad de Stogden lo había hecho trabajar aún más duro. Así que tal vez el anciano era simplemente un astuto hombre de negocios.

Hugo utilizó el anticipo para comprar combustible y algunos artículos de primera necesidad (como una pluma, tinta y pergamino) en la pequeña tienda. Pronto se dio cuenta que debía agregar al Greedy Vicar a la corta lista de lugares, que debía evitar en la isla.

Otro era la casa del vicario, que Hugo evitaba diligentemente por si su curioso gallo lo metía en problemas: concretamente con la hija del señor Pringle.

Pero no se podía culpar a su polla por tener que mantenerse alejado del pequeño pub. No, eran los propios isleños quienes lo mantenían a raya. No por crueldad, sino porque también lo querían. ¡Y mucho! Cada vez que aparecía en el pequeño bar, alguien insistía en invitarle a una pinta.

Lo que significaba que Hugo tenía que corresponder.

No era que fuera un tipo con el puño cerrado (bueno, bueno, era un poco tacaño con el dinero), pero estas no eran unas vacaciones. Hugo necesitaba dinero para largarse de allí. Regalarles pintas a desconocidos (por muy amables que fueran) no iba a ayudarlo a alcanzar su objetivo más rápido. Así que solo había ido a la ciudad, un par de veces, aunque estaba ansioso por ver si el barco del correo había traído una carta para él.

Acababa de terminar su duodécimo día de trabajo, en la cantera, cuando el señor Stogden se acercó, caminando al cobertizo.

—Tengo algo para ti, señor Buckingham.

Hugo levantó la vista de su ropa, lo que hacía todos los días, y se secó las manos con el trapo, que había echado sobre su hombro. El hombre mayor sostenía un sobre color crema, que parecía costoso.

Hugo sonrió: “*¡Melissa!*”

—Por tu expresión puedo ver que es una buena noticia —manifestó Stogden.

—Espero que sean buenas noticias, señor. El sobre ha sido franqueado por el suegro de Melissa, el marqués de Darlington... Bueno, eso sí que es interesante.

—Es el primero que he visto.

Hugo supuso que se refería a un documento franqueado por un aristócrata.

—Lord Darlington... es un marqués, ¿no? —preguntó Stogden.

—Sí, pero esta carta es de su nuera, que es una conocida mía.

El rostro arrugado del anciano era difícil de leer.

—Mmm... Bueno, si te vas, ¿me avisarás? No tengo a otro hombre que ocupe tu lugar... al menos no a uno tan trabajador como tú.

El rostro de Hugo se calentó, ante el raro cumplido del hombre reservado.

—Por supuesto, señor. ¿Le bastaría con una semana?

—Suenan bastante bien. Bueno, te dejo para que disfrutes de tu carta.

—Gracias por traerla —replicó Hugo, recordando ahora sus modales.

El anciano simplemente hizo un gesto con la mano y siguió caminando.

Hugo sintió una extraña combinación de alivio, esperanza y arrepentimiento, al mirar la

misiva. Se sintió aliviado de saber que no estaba completamente aislado del mundo exterior, esperaba que Mel tuviera algo de dinero para él y, de hecho, sintió un poquito de arrepentimiento por tener que irse pronto.

Ese último pensamiento lo hizo reflexionar:

“¿Desde cuándo me gusta realizar trabajos físicos extenuantes, desde el amanecer hasta el anochecer, dormir en un recinto de animales, vestirme con ropa usada y cocinar mis propias comidas, que son escasas?”

Cortar losas podía ser físicamente agotador, pero al menos no había empleados perezosos ni clientes quejándose, y podía dejar el trabajo atrás, al final del día.

Hugo aprendió rápidamente que dirigir un negocio propio no era todo cerveza y bolos.

Eso no significaba que tuviera intención de quedarse en Stroma. Incluso la gente, nacida y criada en la isla, quería irse de allí. Aún así, la sencillez de la vida en la isla tenía su atractivo.

El bello rostro de Martha Pringle pasó por su mente, pero la desterró rápidamente. Odiaba admitir, incluso ante sí mismo, lo difícil que había sido evitarla. Cuanto antes, él se alejara de Stroma, mejor sería para esa joven inocente.

Si se iba a ir pronto, tendría que pasar por la casa de los Pringle y hablar con el vicario sobre el favor, que todavía le debía. Pero ahora mismo, necesitaba dejar a un lado su carta y terminar de lavar la ropa, todavía no se había ido de la isla, y preferiría no trabajar con ropa sucia, al día siguiente.

Después de tender la última prenda a secar, recogió su misiva y se sentó a la sombra del viejo abrevadero de piedra. Hugo deslizó el dedo por debajo de la gruesa capa de lacre, desdobló la carta y sonrió: había cuatro hojas con una escritura demasiado grande. Melissa debió de disfrutar, haciendo que el marqués pagara por un documento tan costoso.

En cambio, la misiva de Hugo había sido escrita y luego cruzada con palabras tan pequeñas, que Melissa habría necesitado una lupa para leerla. Había comprado solo una hoja de papel, un pequeño frasco de tinta y una pluma deshilachada, en la tienda de Joe Cameron.

Entre la tercera y la cuarta página había dos giros bancarios: uno por veinte libras esterlinas y otro por doscientas.

Hugo sonrió. Mel había estado ahí para ayudarlo, tal como sabía que lo haría.

Las veinte libras eran lo suficientemente pequeñas como para que Joe Cameron pudiera darle la mitad en bienes y la otra mitad en efectivo. Y las doscientas libras eran una suma escandalosa, y tendría que llevarla a un banco de camino a Londres.

No había querido pedir prestado tanto, pero no tenía idea del lío, que lo esperaba en Londres ni cuánto tiempo le llevaría recuperar el control de Solange.

Extendió la misiva.

“Querido Hugo:

Recibí tu carta la misma mañana, en que nos disponíamos a pasar un mes con la familia de Magnus, en su casa. Sí, ahora me invitan a su casa. Nunca creí que sucedería, pero después de dar a luz a un nieto absolutamente encantador (y otro niño en camino), mis suegros se han vuelto casi receptivos a la prostituta con la que se casó su hijo.”

Hugo resopló. Nada se sentía tan bien como poner a un compañero de rodillas, algo que sabía por experiencia personal.

“¡Qué vida tan dramática llevas: secuestrado, deportado y luego naufragado! Puede que incluso superes a Joss, en cuanto a dramatismo, aunque tal vez, no en escándalo.”

Hugo resopló ante la mención de su antigua némesis de la casa Solange, un prostituto llamado Joss Gormley. Hugo sospechó durante mucho tiempo que Melissa había permitido que Gormley se acostara con ella (aunque mucho antes que Hugo la conociera), y por esto, él nunca superó del todo la chispa de envidia, que sentía por ese hombre.

“Deberías vender tu historia a los periódicos, Hugo, aunque nadie jamás la consideraría cierta.”

—Muy gracioso, Melissa.

“Recibí una carta de Daisy, solo una semana, antes que la tuya, y estaba absolutamente llena de chismes sobre Solange.”

Daisy era una conocida en común, que había trabajado en Solange, cuando todavía se llamaba The White House. Daisy ahora dirigía una posada en Francia con su esposo, pero mantenía contacto con varias mujeres, que todavía trabajaban en Solange.

“Daisy mencionó cómo todos en casa Solange quedaron atónitos, cuando Laura les dijo que habían decidido tomar unas vacaciones prolongadas y ver los maravillosos lugares de interés, en Europa.”

—Esa maldita perra —le susurró al periódico, apretándolo tan fuerte, como le gustaría apretar el cuello de Laura Maitland.

Hugo oyó un ruido y levantó la vista. Cailean se cernía inseguro, a unos pasos de distancia. Hugo estaba tan absorto en su carta, que no había oído la llegada del chico. Como siempre, él llevaba a Lily alrededor de su cuello.

Hugo aún no se había acostumbrado a la enorme rata, pero ya él no chillaba, como un niño, cuando la veía.

Le sonrió al dulce gigante.

—Bueno, mira quién vino a verme. —Le hizo un gesto con la mano para que se acercara —. Ven aquí, hermanito.

Cailean sonrió y se acercó a él, arrastrando los pies, deteniéndose lo suficientemente cerca de Hugo para que pudieran chocar los hombros. Esta era la forma preferida del chico de demostrar afecto. El gesto acercó peligrosamente la cara de Hugo, al trasero de la nutria, pero supuso que eso era mejor que esa cara de dientes afilados.

Hugo sabía que Cailean podía hablar, pero, aparte de aquella primera noche, no lo había oído pronunciar palabra alguna. El chico le hacía compañía junto a la hoguera, casi todas las noches, y también le mostraba algunas de las calas secretas de la isla, y cómo acceder a las pequeñas y apartadas playas.

Hugo había querido ver el sistema de cuevas que los isleños llamaban Gloup, pero Cailean se puso a temblar, cuando él lo sugirió, así que esto era algo que él todavía no había explorado.

—¿Terminaste de trabajar? —le preguntó Hugo.

Cailean hacía trabajos ocasionales como transportar turba, llevar carga a barcos que iban al continente, o cualquier cosa que requiriera una espalda fuerte.

El chico asintió.

—Bueno, eso es algo para celebrar, ¿no? Ve a mirar en el cobertizo. Hay una bolsa de papel que podría interesarte. Hugo había comenzado a guardar algunos dulces para el muchacho, después de darse cuenta que Cailean no recibía pago por su trabajo. Más bien, el dinero iba a parar a su tía, quien lo cuidaba.

Esto no parecía justo, sobre todo porque solo se necesitaban unos pocos centavos para hacer feliz a Cailean. Hugo no estaba de acuerdo con el consenso general que Cailean estaba trastornado. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más creía Hugo que lo contrario era cierto.

Al principio, pensó que el hombre más joven tenía veinticinco años (por su tamaño y constitución), pero se sorprendió al descubrir que solo tenía dieciséis.

Cailean aprendió rápidamente nuevas habilidades: Hugo le había preparado una cuerda para trenzar y él lo estaba haciendo muy bien, incluso con sus enormes dedos. Cailean también tenía una memoria casi perfecta y podía contar cartas mejor que nadie, que Hugo hubiera conocido. ¿Quién sabía de qué más sería capaz el chico con un poco de educación?

Cailean regresó del cobertizo con la bolsa en la mano, demasiado educado para abrirla, y se la ofreció a Hugo.

—Es para ti, hermanito —dijo Hugo—. Lamento que no haya mucho, pero cuando termine de leer mi carta, podemos ir a Vicar, y revisar el gabinete de dulces del señor Cameron. ¿Suenan bien?

Cailean sonrió.

—Bien, ve a relajarte a mi lujoso palacio y no te cobraré ni un céntimo —dijo Hugo, esperando a que Cailean desapareciera en el cobertizo. Era probable que Hugo maldijera un poco más, antes de terminar la carta, y las demostraciones de mal genio aterrorizaban al gentil muchacho.

Volvió hacia las hojas de papel arrugadas.

“Daisy también dijo que Laura hizo algunos cambios bastante desagradables, uno de los cuales fue incorporar a Bevan Davies como socio.”

—¡Maldita prostituta hipócrita! —Hugo tembló de furia—. ¡Maldito Bevan Davies! De todos los cabrones viscosos de Londres, ¿por qué tenía que ser Bev?

El hombre fue una fuerza a tener en cuenta en St. Giles, cuando Hugo era un muchacho y se había vuelto más poderoso, en los últimos quince años. Era codicioso, brutal y despiadado. Y ahora, al parecer, era copropietario del negocio de Hugo... o de todo... Él quería llorar a lágrima viva.

“No sé qué piensas hacer, Hugo, pero ya sabes cuál es mi postura sobre el asunto de Solange. Si tienes algo que decir al respecto, te recomiendo que lo cierres, e inviertas tu dinero en otra cosa.”

—Eso está muy bien para ti, ¿no, Mel? —le preguntó irracionalmente al periódico.

La frustración y la furia amenazaban con volarle la cabeza. El hecho que Melissa se hubiera casado con un hombre extremadamente rico, y pudiera permitirse sus elegantes principios morales no significaba que Hugo pudiera hacerlo.

Había trabajado como un perro, desde que se convirtió en copropietario del burdel. A diferencia de Laura, no había dejado de aceptar clientes. De hecho, aceptaba más que nunca.

Si bien había logrado ahorrar algo de dinero en el banco, durante los últimos tres años, había invertido la mayor parte de sus ganancias en Solange. Simplemente no tenía suficiente dinero ahorrado para dejar de trabajar. Tenía suficiente para vivir modestamente, durante unos años, si era frugal, pero él no quería vivir modestamente, ya que había pasado la mayor parte de su vida de rodillas para poder vivir bien.

“Aunque sé que lo negarás, dedicarse al comercio de la carne es un negocio que destruye

el alma.”

—¡Ja! Eso lo dices ahora, pero así fue tu vida durante años, Mel. ¡Qué típico de la gente juzgar a los demás, cuando su propia situación es agradable y segura!

El hecho de que Mel sintiera de repente remordimientos de conciencia no significaba que Hugo también los sintiera. No tenía conciencia, nunca la tuvo.

—Malditos moralizadores —murmuró.

“Te conozco, Hugo. Tienes la fachada de un hombre frío, despiadado y egoísta, y muchas veces puedes ser ese hombre. Pero también te he visto dar dinero a los niños de la calle y alimentar a un gatito hambriento.”

—Cielos —murmuró—. ¿Nunca superaré ese maldito incidente del gatito? ¿Quién demonios no alimentaría a un gatito, si apareciera en su puerta, Mel?

La carta no le respondió.

Hugo solo había tenido la intención de darle un poco de leche a la pequeña bestia sarnosa, antes de ahuyentarla, pero, por supuesto, alguna prostituta (todas ellas con bocas grandes) lo sorprendió alimentando, a la cosa, y contrató a un maldito pregonero para que difundiera la noticia.

Entonces, las malditas mujeres tomaron al gato como una especie de mascota. El gato, que tuvieron el descaro de llamarlo “Hugo”, todavía vivía en la cocina, tan gordo y perezoso, que era más probable que un ratón lo atrapara, que al revés.

Hugo lo llamaba “Tigre”, pero solo cuando no había nadie más cerca. Por la forma en que Tigre se animaba a su alrededor, se dio cuenta de que el gato recordaba, que había sido Hugo, quien lo había alimentado primero.

O tal vez se animó porque Hugo era el único que sabía lo mucho que le gustaba a Tigre, que le rascaran su barbilla gorda.

Hugo puso los ojos en blanco, ante sus estúpidos pensamientos, y volvió a la carta.

“Sé que la perspectiva de una nueva forma de vida debe resultarte intimidante, pero no te faltan amigos, Hugo. Joss y su esposa están hablando de patrocinar otro orfanato, y Magnus y yo también necesitamos urgentemente personas amables y de confianza, que nos ayuden con nuestra nueva escuela para niños mayores.”

Hugo resopló con rudeza.

—Lo haré justo después de tirarme un pedo, Mel. ¿Yo, Hugo dirigiendo un orfanato? ¿Qué se te ocurrirá a continuación?

“Serás bienvenido en Stanwyke Park (al menos de parte mía), si deseas visitarlo en tu camino hacia el sur. Te pido que me envíes una carta para informarme, que has recibido los giros bancarios, y también para informarme de tus planes.

Cuídate, amigo mío,

Mel.”

Hugo se rió entre dientes, ante la idea de pasar por la gran finca de un marqués. No lo haría, por supuesto, pero se sintió aliviado, al ver que Melissa no se había vuelto tan formal, como para no disfrutar de hacer travesuras.

Hugo se quedó mirando los giros bancarios. Así que, después de haberle dado el aviso al

señor Stogden, podía marcharse. Todo lo que tenía que hacer era visitar al vicario y saldar cuentas con él.

Ignoró el latido en su pecho, y más abajo, al pensar en ver a Martha.

“No... Vas a ver al vicario, no a su hija.”

—Está bien —se quejó consigo mismo—. No voy a ir allí a verla.

Sonrió, mientras doblaba la misiva. El hecho que no fuera a verla no significaba que no pudiera disfrutar de su estancia, si ella estuviera allí.

¿Lo haría?

CAPÍTULO CATORCE

—Martha está en el grupo de costura de damas de esta noche —le informó el señor Pringle—. Me temo que no volverá a casa hasta muy tarde.

Hugo quedó atónito, ante la oleada de decepción que lo invadió. ¿Cuándo había empezado a extrañar tanto a esa mujer mandona y de lengua afilada?

Esto no era bueno. ¡Nada bueno! ¿Cómo podía ser tan tonto?

Dejó a un lado sus preocupaciones. Podría reflexionar sobre su atracción no deseada hacia la señorita virgen, más tarde, en su viaje de seiscientas millas hacia el sur.

—Eh, solo pasaba para avisarte que me voy la semana que viene. —Sin la esperanza de un buen altercado verbal con Martha, en el horizonte, ni la posibilidad de hacerla sonrojar, Hugo solo quería terminar rápidamente su asunto con el señor Pringle.

Pero el vicario tenía otros planes.

—Estaba a punto de poner la tetera al fuego. —Dio un paso atrás y le hizo un gesto a Hugo para que entrara.

Hugo nunca había estado, en esa casa, y no esperaba que fuera tan pequeña y... austera. Era casi monástica, aunque Hugo no tenía ningún conocimiento personal de los monjes.

—¿Nos vas a dejar tan pronto?

—Sí, señor. Pero antes de irme, quiero saldar mi deuda contigo.

—¡Ah! Bueno, es muy amable de tu parte haber venido.

Su vaga respuesta hizo que Hugo se preguntara, si el hombre había olvidado por completo el favor que le había exigido.

Hugo se debatía con su conciencia, si debía recordarle o no al vicario, cuando el anciano le dijo:

—Debes hablar en serio sobre el favor, que me prometiste.

Hasta ahí llegó la pésima memoria del vicario.

—Sí, señor.

—De hecho, estaba pensando en visitarte. —El señor Pringle hizo una pausa, sus ojos azules se nublaron y su frente se arrugó—. Aunque debo admitir que no sé dónde podría encontrarte estos días, ya que no te estás quedando en la sala de reuniones. —Parpadeó como un búho hacia Hugo, dio la vuelta y luego se tambaleó hacia una pequeña cocina.

—Me quedo en casa del señor Stogden.

—¡Ah! Sí. Es cierto, ¡es cierto! Ahora lo recuerdo. Abel me lo dijo cuando pasé a ver cómo te iba.

Hugo frunció el ceño.

“¿Él me vigila? ¿Qué diablos significa eso?”

Se encogió de hombros y le quitó importancia a ese pensamiento, más preocupado por la mala memoria del anciano. ¿Cómo había olvidado dónde vivía y trabajaba Hugo?

Bueno, eso no era de su incumbencia.

—Y ahora, ¿dónde habrá puesto Martha la tetera? —preguntó el vicario.

En la cocina, Hugo vio el hornillo más pequeño que había visto en su vida. Había una

tetera encima y salía vapor a borbotones del caño.

—Eh, creo...

—¡Ah! Ahí está. —El señor Pringle miró la estufa, como si nunca la hubiera visto—.

Vaya, parece que el agua ha hervido. Excelente, excelente —murmuró para sí mismo. Tomó una Brown Betty de tamaño mediano de la encimera y echó oro negro en la olla con una cuchara. Era suficiente para dos, según pudo ver Hugo.

Hugo contuvo la respiración, mientras el señor Pringle cogía la tetera y vertía el agua. Parte del agua hirviendo cayó en la tetera y más en la encimera y el suelo, casi sin tocarle los pies.

—Eh... ¿puedo ayudarte en algo, señor?

—Ah, sí... Martha hizo unas galletas, el otro día. —El vicario volvió a dejar la tetera sobre el fuego con un fuerte ruido metálico, y regresó con una expresión traviesa, en el rostro—. Ella cree que soy demasiado tonto para saber que gasta dinero en azúcar para mis dulces, en lugar de en una cinta nueva, o una baratija para ella misma. Pero yo me doy cuenta. —Se dio un golpecito en la frente para demostrar su agudeza mental—. La lata está en ese armario, tráela a la mesa. —Llevó la Brown Betty a la mesa pequeña, la pequeña tetera parecía pesar como una piedra, en sus frágiles y ancianas manos—. Coge dos platos y tazas, mientras estás en eso.

Estando de espaldas, Hugo apartó rápidamente la tetera del fuego, donde volvió a salir vapor.

Cuando regresó a la mesa con los artículos solicitados, el vicario tarareaba suavemente, mientras levantaba la tapa para examinar el té, que acababa de verter en la tetera. A pesar de lo distraído que parecía, Hugo se preguntó por qué Martha lo había dejado solo en la casa.

“Esto no es asunto tuyo, Hugo.”

Cierto. Se iría de esta isla y de esta vida, en una semana. Hugo sacó los platos y las tazas, desportilladas y desparejadas, antes de abrir la vieja lata abollada. El aroma que le invadió le hizo agua la boca.

Hugo levantó la vista y se encontró con la mirada expectante del vicario.

—Galletas.

El vicario sonrió, cuando el estómago de Hugo gruñó.

—Adelante, agarra un trozo ahora, antes del té.

Hugo dudó un instante.

—Bueno, si insistes...

Ambos se rieron, como si estuvieran disfrutando de algo culpable, y luego se sentaron y masticaron las dulces y mantecosas porciones, en silencio.

Hugo ya casi había terminado su pieza y miraba con nostalgia el recipiente. Podría comerse la maldita lata entera, él solo. Tenía debilidad por los dulces. Pero no, no podía pedir más... Eran para un anciano, que tenía muy pocos placeres en la vida.

Se metió el último trozo en la boca, decidido a saborearlo.

—¿Encuentras atractiva a mi hija?

Hugo intentó atrapar el trozo de galleta, que salió volando de su boca, pero ya era demasiado tarde. Agradeció que el trozo de galleta cayera en la pared, detrás del vicario, y no en la cara de su anfitrión.

—¡Maldita sea! —dijo Hugo, y luego expresó—. ¡Oh, lo siento! —Le ardían la cara y el cuello, y tardó un momento en identificar la sensación extraña: ¡era vergüenza! ¿Cuándo fue la última vez que algo lo había avergonzado?

—No debería haberlo dicho así, fue culpa mía. —El vicario se rió entre dientes.

Hugo estuvo de acuerdo.

El vicario sirvió el té, mientras Hugo se preparaba para lo que fuera que viniera después. Ya no tenía apetito ni siquiera para las deliciosas galletas de mantequilla.

—Me estoy muriendo, Hugo.

—¡Oh, no ahora! —Hugo levantó la cabeza de golpe y, una vez más, el anciano se rió entre dientes.

—Me alegra oírte, señor. —Resopló—. Estoy haciendo un pésimo trabajo, al intentar demostrar mi punto de vista.

Una vez más, Hugo asintió en silencio.

—No quiero que mi hija lo sepa, pero la última vez que estuve en tierra firme fui a ver a un médico. Me dijo que mi corazón estaba débil y podía fallar, en cualquier momento. De hecho, parecía sorprendido que hubiera durado tanto. Dijo que cualquier cosa que elevara mi pulso podría ser mi fin. —Sus labios se torcieron en una mueca y miró a Hugo con enojo—. Te pregunto, ¿por qué querría una persona vivir, si tuviera que evitar todo lo que acelera su corazón?

Hugo tampoco le veía mucho sentido a ese tipo de vida.

—Eh...

—He tenido dolores en el pecho —confesó el vicario, ahorrándole a Hugo la palabra—. Cada vez es más difícil recuperarse de uno que del anterior, y resulta imposible ocultárselos a Martha. Dudo que sobreviva este invierno.

A Hugo le picaron la nariz y los ojos. Tuvo que tragar saliva varias veces. ¡Maldita sea! ¿Qué diablos le pasaba? El aire salado debía estar pudriéndole el cerebro.

Dejó la taza con un golpe, y el té se derramó por los bordes.

—Me han dicho que el ambiente en invierno es brutal —dijo, esperando que el vicario no notara su voz ronca.

—Sí, lo es. Mi esposa pasó aquí nuestro primer invierno. Martha aún no tenía dos años. No es una vida fácil.

Hugo pensó que eso era el eufemismo de la década. Incluso a principios del otoño, las condiciones eran inhóspitas.

—¿No puedes ir al sur, señor?

—No tengo a dónde ir.

—¿Y qué pasa con los lugares que se supone que son buenos para la salud, como: Bath o Harrogate?

—No tengo medios para ir a esos lugares.

—¿Seguramente la iglesia debería ocuparse de tales cosas, después de toda una vida de servicio?

El vicario hizo un gesto con la mano para quitarle importancia, visiblemente aburrido del tema de su salud.

—Sé que recibiste una carta con franqueo del marqués de Darlington.

Hugo parpadeó.

El vicario se rió.

—No puedes mantener en secreto noticias tan emocionantes, como esa, en una isla pequeña. Mencionaste que te marcharías pronto.

—Eh, sí, eso es correcto, señor.

—Ya debes haber trabajado duro para ahorrar suficiente dinero.

—Mi amiga, Lady Magnus, me envió un cheque bancario. Ella es la nuera de Darlington.

—Mmm, mm, mm —asintió—. ¿Y cuánto cuesta eso?

La pregunta le provocó una carcajada.

El vicario sonrió y levantó una mano.

—Ten paciencia, Hugo. Tengo un punto que quiero plantear, además de entrometerme en tus asuntos.

—Doscientas libras. —No mencionó el billete más pequeño.

—Doscientas libras —repitió el señor Pringle con un tono de asombro.

Hugo se retorció. Sabía que esa cantidad parecía una fortuna para un hombre como Jonathan Pringle (de hecho, para cualquiera en esta isla), pero él comerciaba con esas sumas a menudo. Como prostituto, había exigido precios más altos. Y como había comprado la mitad del burdel, había ganado aún más.

—¿Sabes lo que me dice eso, Hugo, de recibir una carta con un monto de ese tamaño?

—No, señor.

—Que eres un hombre al que gente poderosa le enviará una gran suma con solo una solicitud.

Hugo se preguntó qué diría él, si supiera que la firma del giro era la de una ex madama.

—Es un préstamo y tendré que devolverlo, señor Pringle.

—Sí, sí, por supuesto. Pero, puedes devolverlo, ¿no?

—Eh, sí, señor. —Él esperaba poder hacerlo.

—¿Y no solo porque eres un hombre adinerado, sino porque te sientes moralmente obligado a pagar tus deudas?

—Por supuesto.

—*¿Cómo diablos la conversación llegó a un rumbo tan extraño?*—

—Hugo, sé que has amasado tu riqueza de formas cuestionables.

Hugo se quedó boquiabierto y el señor Pringle se rió entre dientes.

—En realidad, no lo sabía hasta que vi tu reacción. Solo estaba especulando. Tu expresión me dice que adiviné correctamente.

Ahora le tocó a Hugo reírse:

—Eres astuto como un zorro.

—No estoy completamente libre de malicia —admitió el vicario, mientras su sonrisa se desvanecía poco a poco—. No te preguntaré qué hiciste para ganarte el dinero. No es tu pasado lo que me preocupa, sino tu futuro.

Hugo pensó en poner a prueba la fe del vicario con sus propias palabras y revelar que ganaba dinero con la sodomía, la mamada y el acostarse con las esposas de otros hombres. Podía imaginar el efecto que esas palabras tendrían en el frágil corazón del anciano.

No, no sería Hugo Buckingham el responsable de esto. En lugar de eso, dijo:

—Le pido perdón, señor, pero, ¿por qué debería preocuparte algo de mi vida?

—Creo que puedes adivinar la respuesta a eso, Hugo.

La única razón que se le ocurrió a Hugo fue tan descabellada, que se negó a pronunciar esas palabras en voz alta y darles significado.

—No puedo.

En los ojos de color azul pálido del vicario se reflejó una mirada divertida.

—Volveremos a eso, en un momento. Lo que quiero saber es si volverás a ganarte la vida por medios ilegales, o si seguirás como lo has hecho, en estas últimas semanas, en Stroma: como un hombre trabajador y digno de confianza.

—No es tan sencillo, señor Pringle.

—¡Ah! ¿Y eso por qué?

—Tengo mucho que proteger, y eso significa que quizás tenga que hacer cosas que no me gustan para proteger mis propiedades.

—Lo veo.

Hugo apartó la vista de esa mirada penetrante

—Si le dijera lo contrario, estaría mintiendo, señor. No se imagina las cosas que he hecho para ganarme el dinero.

—Sin duda tienes razón en eso. No soy un hombre de mundo. Sin embargo, sentí que algo sucedió en tu corazón el día que McCoy no te llevó de regreso con los demás. Un cambio fundamental. ¿O me equivoqué?

Era cierto que Hugo se sentía diferente ahora, pero probablemente eso se debía a que trabajaba día y noche, y estaba demasiado exhausto para pensar en otra cosa, que no fuera su próxima comida. La vida en esas remotas rocas era tan diferente de la vida en Londres, como lo sería en la luna.

—No sé si he cambiado, señor Pringle. Pero lo que sí sé es que, aunque siga el camino correcto, durante el resto de mis días, en el fondo, no soy un buen hombre. Me gobiernan impulsos egoístas, codiciosos y adquisitivos, y no puedo cambiar mis modales. Me gusta... no, tache eso... me encantan... las comodidades y las posesiones materiales son lo que anhele. Anhele un entorno lujoso, ropa fina, comida excelente y todos los demás placeres hedonistas, que el dinero puede comprar. Fui pobre una vez, y no quiero volver a serlo nunca más.

—Pero no eres solo eso, Hugo: un conjunto de necesidades y deseos. Eres un buen hombre, tengo pruebas de ello.

“¡Ay! ¿Simplemente, por qué no me dice lo que quiere?”

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cansancio, cuando recuperó el control.

—Has sido amable y gentil con Cailean Fergusson, un chico que no puede darte ninguna de las cosas, que enumeraste anteriormente.

—Él me salvó la vida, señor.

—Entonces, ¿por qué no le envías dinero cuando llegues a Londres, tal como te ofreciste a hacer conmigo esa noche, en lugar de hacerte su amigo?

Hugo farfulló.

—Dije que era egoísta, no un monstruo. Lo aprecio y solo he sido amable con él, eso no me cuesta nada. Estoy haciendo algo de la nada. Me conoces, como soy aquí, señor Pringle, en un lugar donde mis opciones se han limitado a trabajar o robar. ¿Has olvidado que mi primera opción era robar? —El rostro de Hugo ardió y levantó las manos, desplomándose en su silla. Odiaba mencionar sus defectos—. ¿Podemos pasar al meollo del asunto, señor Pringle? ¿Por qué me preguntaste si encontraba atractiva a tu hija? —Aunque Hugo tenía más que una sospecha furtiva.

—Soy un padre que quiere lo mejor para su hija, su única hija.

Bueno, eso era muy fácil.

—Lo mejor para tu hija es, por mucho que me duela decirlo... Robert Clark. El hombre es un mojigato insoportable, pero es estable, confiable, y ya se ha propuesto proteger a Martha. —Las palabras eran como ácido en su lengua, pero necesitaba decirlas—. Tu hija sabe en qué se está metiendo con un hombre así. Él la cuidará y nunca le dará motivos de preocupación.

—Estoy de acuerdo. Robert Clark es el hombre más decente y moralmente recto.

Esas palabras fueron inesperadamente dolorosas para Hugo.

—Pero no estoy seguro que lo que Martha necesita es al más decente y moralmente

honesto. Mi hija es muy vivaz y le encanta que la desafíen. Creo que poco a poco irá perdiendo su luz con el señor Clark. No por crueldad de su parte, sino simplemente porque es un hombre prosaico y sin imaginación, que no apreciará la inteligencia y la pasión por la vida que Martha posee.

Hugo quería argumentar que Martha era bastante prosaica, pero luego recordó cómo le ardían los ojos, cuando creyó que él y Albert estaban a punto de ser arrestados con grilletes en las piernas. Y cómo le mintió a Clark para rescatar al joven Lorn. Y cómo tuvo que contener una sonrisa, cada vez que sus hermosos labios pronunciaban la estúpida palabra “Higgenbotham”.

Hugo reprimió un gemido de irritación. ¿Qué importaba todo eso? ¿Y qué si ella era vivaz y apasionada? ¿Qué le importaba a él?

Se encontró con la mirada pálida del anciano.

—Si crees que Clark apagará su... eh... luz, no necesita casarse con él. Estoy seguro que debe haber otros jóvenes, buenos y trabajadores, aquí. O tal vez en el continente.

—No es solo eso, Hugo, es también que la vida en esta isla es muy, muy dura. —Se inclinó sobre la mesa y agarró la mano de Hugo, quien jadeó al sentir esos dedos helados—. La vida en Stroma mató a mi esposa, Hugo. No quiero que pase lo mismo con Martha. Quiero saber que el futuro de mi Martha está asegurado, que está con un hombre que la cuidará, pero también la desafiará. He visto la forma en que la miras.

Sorprendentemente, el rostro de Hugo se calentó.

El anciano sonrió.

—No solo esas miradas, Hugo, sino las que tú le lanzas, cuando crees que nadie te está mirando.

—¡Ah! ¿Y qué miradas son esas? —Hugo quiso burlarse, pero la pregunta salió como una súplica. Acaso, ¿la miraba de alguna manera que no se daba cuenta? ¿Era posible que su atracción por ella fuera algo más que simplemente querer follarla?

—Ella te fascina.

Hugo abrió la boca para negar las palabras del vicario, pero se dio cuenta que eran ciertas. Estaba fascinado por la bondad y vivacidad de esa mujer. Nunca había conocido a nadie tan generosa, cuya pasión parecía hacer que los demás se sintieran seguros, amados y cuidados.

—Y he visto las miradas que ella te lanza.

Hugo se mordió la lengua para no hacer el ridículo y rogarle al viejo que le contara más. Lo último que necesitaba Pringle era que lo animaran en el plan loco, que estaba tramando.

Sin embargo, el vicario fue implacable.

—Estas últimas dos semanas te has mantenido alejado de ella, a propósito, ¿no es así? Lo has hecho porque no querías jugar con su afecto.

Hugo se encogió de hombros, aunque sabía que esto era infantil y grosero.

—Sé que lo has hecho. Pero mantenerte alejada está lastimando a mi hija. Cada día los ojos brillantes de Martha se vuelven un poco más apagados. Me duele el corazón. Por ella, tú sabrás cómo es cuando tengas un hijo propio. Quieres verlos felices y moverás cielo y tierra para que así sea. Y me parece que tú, Hugo, eres lo que ella quiere para ser feliz.

A Hugo le daba vueltas la cabeza, como si acabara de beberse una pinta de ginebra. Aquel hombre no podía estar diciendo lo que Hugo estaba oyendo. Quería decirle que se callara, que dejara de hacerle fantasear. Hugo abrió la boca para decirle que le enviaría dinero para expresarle su gratitud, y esa era su última oferta.

Pero esos dedos fríos y huesudos se apretaron alrededor de su mano con una fuerza sorprendente, y el señor Pringle se inclinó más cerca.

—Vi la forma en que Martha te miró, cuando pensó que McCoy podría llevarte lejos. Eso le habría roto el corazón. Lo mismo sucederá cuando te vayas dentro de una semana: ¡le romperás el corazón! No quiero pensar en lo doloroso que será mirar a mi hermosa y amable hija, una vez que su corazón esté roto. —Apretó la mandíbula—. Haré todo lo que esté a mi alcance para asegurarme que eso no suceda.

Hugo se quedó mirándolo y ladeó la cabeza, su expresión se suavizó.

—Ustedes dos ya se quieren, y creo que podrían convertirse en algo más, si se les da la oportunidad.

“¡Cielos! ¿Acaso el hombre realmente cree que por estar con él, esto sería favorable para que ella fuera la esposa de un pescador? Él debió haber hecho que aquel médico examinara algo más que su corazón.”

Hugo se mordió la lengua. No podía decir nada de eso. En lugar de eso, expresó:

—¿No tienes ningún familiar con quien pueda acudir?

—No. No hay familia de ninguna de las dos partes. Su madre era huérfana y yo... Bueno, mis hermanos eran mayores y todos fallecieron. Yo soy todo lo que tiene.

Hugo apretó los dientes y sus pensamientos revolotearon en su cabeza, como polillas atrapadas en una lámpara.

—¿Qué te hace pensar que me aceptará, si me ofrezco por ella?

“¿De dónde diablos salieron esas palabras? ¿Qué haré yo con una esposa? ¡Nunca he tenido una amante durante más de una semana!”

Hugo quiso aullar. ¿Por qué le había preguntado semejante cosa al hombre?

Por la leve sonrisa del vicario, pudo ver que sabía que ese hombre había clavado el anzuelo profundamente. El viejo era un cabrón muy astuto.

—No sabrás la respuesta hasta que se lo preguntes, Hugo.

Hugo se quedó boquiabierto, su cerebro giraba como un engranaje sin dientes. Pero entonces el engranaje se enganchó en algo.

—Señor, sabes que ella nunca se marcharía de Stroma sin ti, y yo tengo que irme. Si no vuelvo pronto a Londres, puede que no haya nada a lo que pueda regresar.

Se miraron fijamente y Hugo tuvo que admitir que el hombre habría sido un buen jugador de cartas.

El vicario asintió.

—Eso déjame a mí, Hugo.

Hugo gimió, sin importarle que sonara como un niño malcriado.

—Por favor, déjame instalarte en una cabaña, en algún lugar con una asignación generosa, donde quieras. De esa manera Martha no necesita casarse con Clark ni conmigo, ni con nadie más. Es lo menos que puedo hacer para agradecerte por salvarme. Si no fuera por ti, señor, estaría pasando los próximos siete años encadenado.

—Pero no quiero dinero. —Las cejas blancas como la nieve del señor Pringle se alinearon—. Me prometiste un favor... ¿o ya lo olvidaste, señor Buckingham?

Hugo retrocedió. El anciano parecía verdaderamente aterrador. De hecho, lucía como un ser espiritual. O al menos, como Hugo imaginaba que lo sería.

—Sí, claro que lo hice. Eso es lo que intenté...

—¿Sientes algo por Martha? ¿O he malinterpretado lo que he visto?

Hugo miró fijamente a los ojos claros del otro hombre. Si decía que no, estaba seguro que el vicario lo liberaría de su obligación.

Abrió la boca para decir exactamente eso, pero sus labios se negaron a formar la palabra.

En cambio, dijo:

—Me gusta, señor Pringle, pero... —Fue como si alguien más se hubiera apoderado de su boca. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Por qué decía eso? ¿Por qué...?

—Continúa, hijo —lo instó el vicario.

Hugo miró fijamente al señor Pringle, buscando las palabras adecuadas... o cualquier palabra, en realidad. Le gustaba Martha, pero no creía que la lujuria fuera lo que el vicario tenía en mente. Y la lujuria era prácticamente todo lo que Hugo tenía para ofrecerle a una esposa.

“¿Esposa?”

Se contuvo para no reírse histéricamente. Debía estar loco por estar discutiendo esto.

—Haré un trato —propuso el señor Pringle.

—¿Otra ganga? —preguntó Hugo.

El vicario lo ignoró.

—¿Tenías pensado irte la semana que viene?

—El próximo martes o miércoles, a más tardar.

—Quédate dos semanas, solo catorce días. Quédate y cortéjala, todos los días, como harías con cualquier jovencita. Si al cabo de dos semanas, todavía no deseas casarte con ella, o ella no quiere nada contigo, consideraré que tu deuda conmigo está saldada por completo.

Hugo sabía que Martha lo encontraba atractivo, o al menos lo deseaba de maneras que no entendía, incluso de maneras físicas. Pero ella era pragmática, bastaba con ver cuánto tiempo llevaba Clark cortejándola. Nunca aceptaría nada en catorce días. Especialmente con Hugo.

Podría quedarse dos semanas, saldar su deuda, y dejar a Stroma libre. En todos los sentidos de la palabra.

—¿Eso es todo lo que quieres de mí? —preguntó.

—Lo único que tienes que hacer es demostrar que tienes buena fe, a la hora de cortejar a mi hija. —Sus ojos azules se endurecieron—. Yo diría que pasar dos semanas con una chica guapa es un intercambio justo por siete años en Nueva Gales del Sur.

El viejo sabía cómo apretar las tuercas. Hugo había hecho una promesa y la cumpliría.

—Muy bien, señor Pringle. Me quedaré dos semanas y haré todo lo posible para, eh, cortejar a Martha.

La sonrisa petulante del señor Pringle le indicó a Hugo que él nunca había tenido dudas al respecto. Luego, la sonrisa del anciano se atenuó levemente.

—Eh, te pido que no le cuentes nada de esto.

—No soy estúpido, señor Pringle. Valdría la pena que perdiéramos la vida los dos, si ella se enterara que estás sobornando a un hombre para que la corteje.

El vicario hizo una mueca.

—No te preocupes, puedo mantener la boca cerrada. Cortejaré a tu hija, aunque no estoy muy seguro de lo que eso significa.

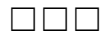
Sin embargo, la idea de Hugo de cortejar a Martha sería desnudarla y lamer cada parte de su cuerpo. De alguna manera, no pensó que eso era lo que el vicario tenía en mente.

—Estoy seguro que se les ocurrirán varias actividades que ambos disfrutarán —dijo Pringle.

Hugo se rió a carcajadas. ¡Ah! Sí, no le faltaban ideas, cuando se trataba de entretenerse con Martha.

Suspiró al pensar en posponer su regreso a Londres. Bueno, ¿qué importaba una semana más? Sospechaba que le aguardaría el mismo desastre, si regresaba en dos semanas, como en dos meses.

El vicario le tendió la mano, como para sellar el acuerdo.
—Ya verás, Hugo, no necesitarán ni dos semanas para aprender a amarse.
Hugo simplemente asintió y estrechó su mano.
Debería haberle dicho al anciano, que él ya había perdido. Hugo nunca había amado a nadie excepto a sí mismo, y nunca lo haría.



Cuando Hugo entró en el pequeño pub, unos minutos después, vio fácilmente una cabeza de color rojo fuego, que le resultaba familiar.
—Ah, ahí estás, Albert, esperaba verte esta noche.
Albert levantó la vista del pequeño folleto, en el que siempre parecía tener la nariz hundida y su rostro se iluminó con una gran sonrisa, cuando vio a Hugo.
—Pensé que te había extrañado, escuché que estabas aquí antes.
Hugo se dejó caer en el taburete, que estaba a su lado.
—Pasé por aquí con Cailean, antes de ir a hablar con el vicario sobre algo, pero quería hablar contigo y pensé que podrías estar aquí.
—No te he visto en días. Te has convertido en un auténtico ermitaño últimamente.
—Sí, bueno, esos días ya terminaron. —Hugo le hizo un gesto con la cabeza a Joe, quien levantó un vaso y señaló el grifo de cerveza—. Por favor, Joe... y otra para Albert, ya que estás ahí, por favor.
—¡Oh, gracias! —murmuró Albert—. Tu carta es lo único de lo que hablan los lugareños —dijo, mirando a Hugo con curiosidad.
—¡Cielos! La leí hace apenas unas horas.
—Bueno, ya sabes cómo son las cosas por aquí. ¿Así que me han dicho que es de una duquesa?
Hugo se rió.
—Casi... Mi amiga está casada con el hijo menor de un marqués.
—¡Ah!
Joe dejó las pintas sobre la mesa.
—Gracias, Joe. Sírrete una, cuando tengas oportunidad. Y, por favor, agrégalas a mi cuenta.
El posadero sonrió, claramente complacido que Hugo fuera a gastar una buena parte de la pequeña cantidad en su bar.
—Gracias, Hugo.
Hugo le pasó la cerveza a Albert por la barra y levantó su vaso.
—Brindo por salir de la isla —dijo en voz baja.
Albert levantó su pinta y chocaron sus vasos.
—Brindaré por eso, aunque todavía me falta un tiempo.
—Ya no. Tengo suficiente para enviarnos a los dos a casa, Albert.
—¡Oh! Pero no puedo aceptar tu dinero.
—Es solo un préstamo, y sé que estás dispuesto a aceptarlo. —La virtud emanaba de Albert, darle un préstamo era tan seguro como depositarle dinero en un banco.
Los ojos verdes de Albert se abrieron de par en par.
—¿En serio? Quiero decir, ¿estás seguro? No podré pagarte... no de inmediato, así que...
—Vamos a recuperar esa patente tuya, Albert. Te convertirás en un hombre increíblemente rico, y luego podrás pagarme el dinero.

Albert sonrió y levantó su copa de nuevo.

—Ahora sí que puedo brindar. ¿Cuándo quieres irte?

—¿Cuándo puedes ir?

—Mmm —Albert se rascó la cabeza—. Los Wilson me pidieron que les avisara con una semana de antelación.

—Bien, díselo esta noche. Tengo que esperar dos semanas, pero al menos podemos ponerte en camino.

—¿Podría esperar?

No había ninguna razón para que Albert esperara una semana más solo porque Hugo tenía que hacerlo.

“Sin mencionar que espero quedarme aquí un poco más de tiempo. Tal vez incluso el tiempo suficiente para hacer lo que el señor Pringle quiere que haga...” Ese pensamiento nunca había pasado por su mente. *“¡Mentiroso!”*

Hugo aplastó brutalmente cualquier idea de un futuro con Martha, al menos cualquier futuro más allá de las próximas dos semanas. Lo que el vicario quería y creía no era más que la fantasía de un anciano. La realidad era que Hugo dejaría Stroma, como hombre soltero, una vez que hubiera pagado su deuda con el señor Pringle.

—Albert, no tienes por qué esperarme. Y no tardaré más de una semana en llegar. —Dio un largo trago a su pinta con tristeza.

CAPÍTULO QUINCE

Martha estaba sentada, en la sala de reuniones, remendando uno de los calcetines de su padre, cuando Hugo apareció en la puerta abierta.

Al principio pensó que lo había imaginado, pero luego recordó que la única forma en que aparecía en su mente esos días era sin ropa. ¡Y en un estado de excitación animal!

Hoy vestía una camisa, un pañuelo, unos pantalones que le llegaban hasta los tobillos, unas botas a juego y un chaleco, que ella nunca había visto. Parecía que su pelo había crecido más desde la última vez, que lo había visto, aunque sabía que esto era casi imposible, en dos semanas. Su piel ya no estaba tan pálida por haber estado encerrado en la bodega de un barco, sino de un marrón dorado. Estaba más delgado y parecía un sátiro más que nunca. Cortar losas era un trabajo brutal y ella sabía que los hombres necesitaban comer casi constantemente para realizar ese trabajo. Dudaba que comiera lo suficiente.

Se reprendió a sí misma por preocuparse.

—Buenas tardes, señorita Pringle. Es un placer encontrarte aquí.

Como siempre con Hugo, ella se refugió en el sarcasmo:

—Bueno, pero si es el mismísimo señor Buckingham.

Él entró tranquilamente, en la sala de reuniones, como si fuera su dueño.

—A sus órdenes, dama. —Hizo una reverencia ridículamente elegante—. Me gustaría preguntarte cómo te ha ido, pero veo que estás radiante.

—¿Necesitas algo? —preguntó ella, fríamente.

Él metió las manos en los bolsillos del pantalón y se apoyó contra el marco de la puerta, más tranquilo de lo que debería.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¡Por supuesto que no! —manifestó ella, furiosa—. Simplemente no esperaba volver a verte. —Hizo una mueca—. ¿Podría sonar más como una idiota enamorada y encaprichada, si lo intentara?

—Creo que me extrañaste.

Si Martha hubiera confiado en su puntería, le habría arrojado la aguja de zurcir, a la cabeza.

Él se acercó y bajó su largo y poderoso cuerpo sobre el banco junto a ella, sentándose tan cerca que sus piernas, casi se tocan.

—¿Qué estás haciendo?

—Siéntate. —Su expresión era tan inocente como la de Cailean—. Me preguntaba, Martha, si...

—No te di permiso para usar mi nombre.

En un momento, él estaba sentado a su lado y al siguiente estaba de rodillas, frente a ella, tomándole la mano (la que tenía el calcetín en lugar de la aguja).

—Te ruego, señorita Pringle —dijo con ojos oscuros y conmovedores—. Que me concedas el inestimable privilegio de usar tu nombre de pila.

Ella apartó la mano de golpe.

—Eres incorregible, pero sospecho que ya lo sabes.
—Sí, lo sé —admitió, levantándose con gracia, sacándose los pantalones y sentándose de nuevo en el banco—. Pero quizás con tu influencia pueda volverme... corregible.
—No estoy segura que esa sea la palabra...
—Tiene que serla.
—¿Por qué tiene que ser así?
—Bueno, hay otras: indiferente y diferente, insolente y solente.
—Sé que no existe la palabra solente. —Martha resopló.
—Si eso es cierto, deberías sentirte honrada.
—¿Y por qué es eso, dime?
—Cualquier hombre puede traerte flores o adornos, pero no cualquier hombre puede crear una nueva palabra para ti.
Martha ignoró esa tontería y lo miró con los ojos entrecerrados.
—Veo que tienes pantalones, zapatos y un chaleco nuevo.
Lo miraba hacia el chaleco y él acarició la solapa con sus dedos largos y afilados, que ya no eran blancos ni suaves. Martha no pudo evitar notar las ampollas de sangre en un pulgar.
—Mi otro chaleco se deshizo, mientras lo lavaba, así que le compré este a la esposa de Willy MacLeod. Ella dijo que su esposo había comido demasiados dumplings, como para que le cupiera.
—No recuerdo un momento en el que Willy pudiera haber encajado en eso.
—Bueno, la pérdida de Willy es mi ganancia... o tal vez debería decir que la ganancia de Willy es mi ganancia. —Sonrió y ella tuvo que morderse el labio para no sonreír. Sus párpados se abrieron y sus fosas nasales hicieron ese leve movimiento, que le provocó un revoloteo en el estómago. Aunque, honestamente, la mayoría de las cosas que hacía el irritante hombre le hacían revolotear el estómago—. Dime, Martha, ¿me queda bien?
Martha frunció los labios y tiró del hilo de zurcir con una fuerza innecesaria.
—Sabes que así es.
—Entonces, ¿quizás te gustaría salir a caminar conmigo y mi chaleco, y que te vieran paseando con nosotros?
—Habría pensado que estabas demasiado ocupado, planeando tu viaje al sur, como para molestarte en caminar. —Una vez más, ella quiso morderse la lengua.
—¿Me extrañarás cuando me haya ido, Martha? —Él sonrió.
—No.
Él se rió.
—¿Cuándo te vas?
—No hasta dentro de dos semanas.
La alegría le saltó en el pecho, pero la reprimió de inmediato. No importaba cuánto tiempo estuviera allí, de todos modos, él se marcharía.
—Pero no hablemos de mi partida. Ven a dar un paseo, hace una tarde demasiado bonita para zurcir calcetines.
—No dirías eso si fuera tu calcetín, el que estuviera zurciendo.
Hugo se levantó la pernera derecha del pantalón para dejar al descubierto unas botas hasta el tobillo sin medias a la vista. También mostró una hermosa y musculosa pantorrilla, en el proceso, aunque no era nada, que ella no hubiera visto antes.
—Yo evito los calcetines. —Se inclinó hacia ella, cuando lo ignoró—. Hablo en serio, Martha, ¿por qué no vienes a caminar conmigo?

—Porque ella ya aceptó salir conmigo —lo dijo otra voz.

Martha se sobresaltó. Había estado tan concentrada en Hugo, que no había notado nada más. Sospechaba por la sonrisa maliciosa, que curvaba sus labios, que Hugo sabía que el señor Clark estaba cerca, y él quería que escuchara la invitación.

—Deberías irte, Buckingham —expresó el señor Clark, acercándose a Martha y tomándola de la mano.

Martha frunció el ceño, ante ese gesto posesivo. Él estaba más interesado en frustrar a Hugo, que en caminar con ella, de eso estaba segura.

A juzgar por el brillo divertido y cómplice en los ojos de Hugo, él también lo había adivinado.

Martha miró severamente al señor Clark, y luego volteó para darle a Hugo una sonrisa tensa.

—Regresa mañana por la noche, señor Buckingham. Caminaré contigo, entonces.

□ □ □

Hugo estaba esperando en la escalera de la casa, cuando Martha, abrió la puerta, a las siete de la noche del día siguiente.

En lugar de la ropa nueva, que había llevado el día anterior, vestía la ropa que ella había conseguido para él. Era una vergüenza llamarla ropa, pero las prendas andrajosas estaban impecablemente limpias.

—¡Oh, estás aquí! —dijo ella, tontamente.

—Llegué unos minutos antes, pero no quería parecer demasiado ansioso, así que esperé afuera.

—Pero pensaste que me dirías que estabas demasiado ansioso, por si acaso no me daba cuenta.

—Me conoces tan bien. —Él sonrió.

—Ja.

—Pensé que podríamos dar un paseo hasta el Greedy Vicar, si me dejas invitarte a un chocolate caliente.

—Eres un derrochador, señor Buckingham. No tienes por qué endeudarte por mi culpa.

—¡Oh! Créeme, jamás se me ocurriría pensar eso. Todo lo que hago, lo hago para mi propia satisfacción.

—Mmm. —Le dirigió una mirada especulativa. Como todos los demás en la isla, ella sabía que un aristócrata le había enviado una carta que contenía un giro bancario, tan grande, veinte libras, que Joe no había podido cobrarlo.

—Me sorprende que no te hayas ido ya. Pensé que estabas ansioso por salir de la isla y volver a... Bueno, a lo que sea que hagas.

Martha empezó a caminar, antes que él le ofreciera el brazo, que era lo que siempre hacía el señor Clark, pero ella sospechaba que no podría pensar ni caminar, si tocaba alguna parte de Hugo.

—He decidido darle al señor Stogden dos semanas para conseguir otro empleado.

—Eso es considerado de tu parte.

—La consideración no tiene nada que ver con esto. Mi comportamiento es completamente egoísta.

—¿Cómo es eso?

Él le dirigió una mirada cálida.

—Significa que puedo pasar más tiempo contigo. La vida es demasiado preciosa y breve para negarnos cada momento sensual. Un placer, ¿no te parece?

La cara de Martha se calentó, ante esa insinuación descarada.

—Eso suena a la filosofía de un hedonista.

—¡Por supuesto! Mi objetivo es el placer sin límites.

—En otras palabras, no te preocupas por nadie —sugirió ella.

Él le dirigió una mirada de fingida sorpresa.

—Vaya, señorita Martha, me parece que me conoces mejor que yo mismo.

—Mmm... Hablé con Albert esta mañana. Me dijo que tú estás pagando su transporte a Londres, y le diste el nombre de un amigo, que lo hospedará, cuando llegue a la ciudad.

Hugo frunció el ceño.

—¿Lo hizo? —Esa no era una pregunta.

—Dice que has sido generoso con él. Se podría decir que... casi desinteresado.

La boca de Hugo se torció hasta formar una mueca.

—El señor Franks debe guardarse sus opiniones para sí mismo.

—¿Por qué quieres fingir que solo te preocupas por ti mismo?

—No es una farsa, créeme.

Martha podía ver por la tenacidad de esa mandíbula, que no llegaría a ninguna parte con ese tema.

—Dime, señor Buckingham...

—Insisto en que me llames Hugo.

—Dime, señor Buckingham, ¿qué es lo que haces en Londres?

—Gestiono diversas cuestiones empresariales.

—Eso suena considerablemente menos agotador que cortar losas. —También sonaba muy vago.

—¿Te preguntas cómo mantengo un físico tan magnífico, mientras realizo un trabajo tan sedentario?

—No me pregunto tal cosa. —La cara de Martha ardió.

—Un hombre siempre puede tener esperanzas. —Se rió entre dientes.

¡En serio! Esto era así. ¿O era una amenaza para la paz mental de una mujer? ¿Por qué ella disfrutaba tanto de su compañía, si siempre la hacía sentir tan nerviosa?

¿Y por qué no le creía, cuando afirmaba ser egocéntrico? ¿Qué clase de persona diría eso, si no fuera cierto? ¿Por qué insistía en creer que en él había algo más que frivolidad y egoísmo? ¿Y por qué, para ella, él era mucho más fascinante que el señor Clark, de quien sabía que era un buen hombre, al menos, en la mayoría de los aspectos?

¿Qué sucedía? ¿Ella era como una urraca, y Hugo el objeto nuevo y brillante que atraía su atención? ¿De verdad podía ser tan superficial?

Martha había aceptado, a regañadientes, que gran parte de sus sentimientos hacia él eran de naturaleza física. Pero eso no era todo. Había algo en él que parecía llamarle la atención.

Todos sus instintos le decían que debía despedirlo con una pulga en la oreja, pero no podía obligarse a hacerlo. Las dos largas semanas que él la había evitado habían sido lúgubres, aterradoras, y ella no tenía prisa por volver a esos días tediosos.

Además, él solo estaría aquí por un corto tiempo y luego se iría. Para siempre. Seguramente, ¿no habría ningún daño en disfrutarlo antes que se fuera?

La idea que Hugo se fuera para siempre le revolvía el estómago, como si acabara de comer pescado en mal estado.

Se mordió el labio para no quejarse de su propia estupidez. ¿Qué le pasaba? ¿Cómo era posible que se hubiera encariñado tanto con aquel hombre, en tan poco tiempo? ¿Realmente, corría peligro de enamorarse de él?

O peor aún, ¿ya había caído?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Hugo llegó tarde.

También estaba sucio, lo cual le desagradaba. Había planeado lavarse y cambiarse de ropa, antes de salir con Martha (la séptima noche que pasaban juntos de las últimas diez), pero el día había sido caótico y largo.

El perforador con el que trabajaba, Gerry Boyle, había sufrido un accidente, que le había aplastado el brazo. Hugo y uno de los otros hombres habían llevado al herido, en una camilla hasta Nethertown. Cuando llegaron, el señor Stogden tenía un barco, esperando para llevar a Gerry al médico, en el continente.

Todo el proceso había dejado a Hugo sucio, exhausto y asustado por Gerry. Le gustaba lo que sabía de este hombre trabajador, que tenía esposa y tres hijos pequeños. Los Boyle tenían un pequeño trozo de tierra, pero no sería suficiente para mantenerlos sin el dinero que Gerry obtenía de la tala de piedras. Hugo imaginó que, además del dolor físico, Gerry probablemente estaba preocupado por su familia, en ese momento. Eso era lo que sucedía, cuando alguien se permitía cuidar de otras personas: se convertían en una carga.

Mientras Hugo se dirigía hacia la cabaña de Pringle, pensó en lo que el vicario había dicho sobre la vida en Stroma y las personas mayores.

En las colonias se estaba produciendo un gran envejecimiento, pero Stroma tenía que enfrentarse a un clima brutal, además del aislamiento geográfico.

Gerry debió llegar a tierra firme hoy porque el clima había cooperado. ¿Qué habría sucedido si hubiera habido tormenta y el barco no hubiera podido cruzar? Una persona podría morir tan fácilmente, mientras la ayuda estaba a solo unas pocas millas de distancia.

Las luces estaban encendidas, en las ventanas de la cabaña de los Pringle, y Hugo hizo una mueca, al darse cuenta de lo tarde que era. No le sorprendería que ese maldito Clark se hubiera aprovechado de la situación, y le hubiera ganado la delantera.

Levantó la mano para llamar pero la puerta se abrió.

—¡Oh, Hugo! —dijo Martha con expresión ansiosa.

—Lo siento, llego tarde...

—Calla... No tienes por qué disculparte. —Le tomó la mano y le dio un suave apretón—. He oído que ayudaste a traer al pobre Gerry a Nethertown. —Lo hizo pasar y lo condujo hacia la pequeña mesa, donde había tomado el té con el señor Pringle—. ¿El señor Stogden fue con él, al continente?

—Sí —dijo Hugo, más que un poco distraído por la sensación de esa pequeña mano áspera sobre la suya. Era tan pequeña físicamente y, sin embargo, tan... potente.

Ella lo soltó para alcanzar la tetera, pero Hugo la extrañó de inmediato.

—¿Quieres un poco de té?

Su cerebro aturdido tardó un momento en traducir sus palabras.

—Eh, por favor. Me encantaría un poco.

Hugo tomó su mano de la mesa y la apoyó en su regazo, cubriendo su polla medio dura, más que un poco alarmado por lo que un simple toque de ella le hacía a su cuerpo.

Martha se movía por el pequeño espacio con mucha más eficiencia que su padre.

Hugo miró a su alrededor. “¿Dónde está el señor Pringle?”

—¿Tu padre está aquí?

—No, fue a acompañar a la esposa de Gerry, Adele.

Incluso un prostituto, como Hugo, sabía que no debía estar solo en la casa con una joven soltera, a menos que quisiera destruir su reputación.

—Debo esperar afuera —dijo, mientras giraba para colocar tazas y platos en la mesa.

Martha sonrió.

—Nadie pensará mal de mí por darte una taza de té y unas galletas, después del día que has tenido.

—Pero...

—Si te hace sentir mejor, puedo abrir la puerta principal.

Cuando ella salió del salón, Hugo se maravilló de lo rápido que habían cambiado sus roles. ¿Desde cuándo era él un caballero protector? Pero él sabía la respuesta a eso: no quería pagar la bondad del señor Pringle con un escándalo.

“*Tampoco quiero obligarla a casarse.*” El pensamiento lo hizo ponerse de pie justo cuando Martha entró en la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Preferiría tomarme una pinta —mintió—. Si no te importa que me vean con toda mi suciedad, me gustaría ir a Vicar, como habíamos planeado.

—No me importa.

—Bien, te esperaré afuera. —Hugo salió corriendo por la puerta, antes que ella pudiera detenerlo.

Estaba caminando de un lado a otro y dándose un sermón sobre el tema del comportamiento apropiado, cuando Martha abrió la puerta de la cabaña.

Se detuvo a mitad de camino y la miró. Ella había recogido su hermoso cabello bajo un viejo sombrero de paja, y se había echado un chal azul de crochet sobre los hombros.

Ella era la cosa más hermosa que Hugo jamás había visto.

—¿Hugo?

—¿Mmm? —Él se sobresaltó.

—Estoy lista.

Se pusieron en marcha.

—¿Qué hiciste hoy? —preguntó Hugo sin querer pensar en su propio día.

—Transcribí el último sermón de mi padre.

—¿Lo transcribiste?

—Sí, él lleva un registro de todo, un libro encuadernado en cuero solo para ese fin, pero su letra es pésima, así que se lo copio en el libro. También es una oportunidad para leer sus palabras. A veces, los domingos, hay cosas que me distraen.

Hugo sintió una punzada de culpa, ante sus palabras, ya que nunca había escuchado hablar al padre de ella, en la iglesia.

Allí estaba otra vez, otro extraño sentimiento que lo asaltaba: ¡la culpa! Hugo siempre había sido la persona más libre de culpa en Gran Bretaña y ahora era...

—¿Martha?

Hugo y Martha giraron y encontraron a la señora Fergusson, la tía de Cailean, corriendo hacia ellos.

—¿Qué sucede, señora Fergusson? —preguntó Martha.

La expresión de la anciana era tensa y apretada.

—Es Cailean el Pequeño.

—¿Y qué pasa con Cailean? —preguntó Hugo, antes que Martha pudiera hablar.

—No regresó anoche y tampoco volvió esta noche.

—¿Quién lo vio por última vez?

—Eh, mi muchacho Hamish.

Hamish Fergusson era uno de los principales torturadores de Cailean. Hugo ya le había dado una severa reprimenda, a ese chico, por burlarse de su gigante pero gentil primo.

—¿Tu hijo le hizo algo? —preguntó Hugo sin molestarse en ocultar su disgusto.

—¡Oh! Los chicos son chicos, ya sabes. No es nada que...

—¿Dónde fue visto por última vez? —Martha miró a Hugo con preocupación.

—Estaba buscando a Lily.

—¿Qué le pasó a Lily? —preguntó Hugo con el miedo acumulándose en su pecho.

—Bueno, los chicos estaban jugando y...

—¿Qué le hicieron?

La anciana se estremeció, ante la fría amenaza en su tono.

Martha le puso una mano en el hombro.

—Hugo, tal vez deberías...

—No, Martha. Quiero la verdad. —Miró a la señora Fergusson con el ceño fruncido—. ¡Y la quiero ahora!

—Hamish dijo que persiguieron a Lily hasta el Gloup —soltó la señora Fergusson.

—¡Maldita sea!

—Pero no querían decir...

Hugo dio la vuelta, antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

—No he estado en las cuevas porque Cailean les tiene miedo —le admitió a Martha—.

¿Crees que se enfrentó a su miedo, si Lily está allí?

—Cailean conoce toda la isla, como la palma de su mano, Hugo, incluido el Gloup. —Volteó hacia la mujer mayor—. ¿Qué marea hay esta noche?

—Es casi una holgura baja.

—Eso es un poco de suerte, Hugo. El único momento en que se puede acceder a la cueva es cuando hay poca nieve —explicó Martha.

—Entonces, ¿podemos irnos ahora? —dijo Hugo, intentando no pensar en el chico y su maldita rata, asustados o heridos en algún lugar.

“¡Maldita sea! Debí haber sabido que algo andaba mal, cuando Cailean no apareció, ayer por la tarde.”

—¿Lo has buscado en otro lugar, señora Fergusson? —preguntó Martha.

—Tengo a Hamish y a los muchachos, buscándolo por Swilkie Point y...

—Es poco probable que responda a las mismas personas que lo llevaron a esconderse.

La señora Fergusson se encogió, ante la ira de Hugo.

—¿A quién conoces que no haya salido esta noche? —preguntó Martha, suavemente, dándole a Hugo una mirada de reprimenda.

Hugo sabía que se refería a los barcos pesqueros. Casi todos los pescadores de la isla estaban en el agua, aprovechando algún tipo de temporada de pesca.

—Jem Packard no está afuera. Vi a Louise en la playa. —La señora Fergusson miró preocupada a Hugo.

Por supuesto que ella debería sentirse así.

—Hugo y yo iremos a buscar lámparas de aceite y nos dirigiremos a Gloup. Tú pregúntale a Jem, si él puede llevar a Louise, a ver algunos de los lugares favoritos de Cailean.

—Sí —asintió la señora Fergusson—. Haré que Hamish me lleve, a donde ya han buscado y buscaremos de nuevo. No tendrá miedo, si lo llamo.

—Bien —dijo Martha—. Ahora vete. Te responderemos, en cuanto hayamos echado un vistazo.

Martha volteó hacia él, mientras la señora Fergusson se alejaba apresuradamente.

—La última vez que Cailean durmió en las cuevas, recibió una reprimenda, después que toda la isla lo buscara. Probablemente, por eso estaba demasiado aterrorizado, como para mostrártelas. Aún así, buscar a Lily lo habría hecho tragarse el miedo. Y tal vez quedó atrapado allí por la marea.

—Pero, ¿dos noches?

—Ven, vamos a buscar las lámparas. —Le sonrió—. No te preocupes, Hugo. Sé que lo amas y...

—No lo amo —se apresuró a negar Hugo—. Quiero decir, lo quiero, por supuesto. Solo pienso que, eh, bueno. —Hizo una mueca—. El hombre me salvó la vida... ¿lo sabías? Si no me hubiera encontrado esa noche, habría muerto. Y sé que no le gusta estar a oscuras, cuando está solo... —Miró a Martha con vergüenza—. Le gusta que lo acompañe a casa desde la casa del señor Stogden, cuando no hay luna —explicó. Se pasó una mano por el pelo—. Ama a esa maldita rata. Puedo verlo arriesgando su vida por ella.

—Está bien preocuparse, Hugo. Eso es lo que hacemos con las personas que nos importan: preocuparnos por ellas. —El tono de Martha era de suave diversión.



Hugo llenó dos lámparas, mientras Martha le dejaba una breve nota a su padre. No creía que llegara a casa hasta tarde, ya que la pobre Adele había estado casi histérica por Gerry, pero no quería que se preocupara, si regresaba y la encontraba desaparecida.

—Cuéntame sobre estas cuevas —preguntó Hugo, mientras se dirigían hacia el Gloup.

—El Gloup se ha utilizado para el contrabando durante años —replicó—. Por lo que sé, podría estar en uso ahora mismo.

—¿Contrabando de qué? No habría pensado que aquí nadie pudiera permitirse los productos que se suelen contrabandear.

—Y tienes razón. Se utiliza principalmente para almacenar bebidas alcohólicas, que se elaboran aquí, antes de llevarlas al continente. También hay artículos recolectados de, eh, bueno...

—Los naufragos almacenan su botín en las cuevas —supuso.

—A veces.

—¡Cielos! ¿Por qué alguien llevaría cosas hasta una cueva, a la que solo se puede acceder durante una hora al día?

—Se puede llegar en cualquier momento, en barco.

—¿Podría ser peligroso para Cailean, para ti, bajar allí?

—Ninguno de los lugareños le haría daño a Cailean.

—Excepto su propio primo.

—Son solo niños, Hugo.

Su expresión era escéptica, pero no discutió.

Llegaron al sendero rocoso inclinado, que conducía a las cuevas, y tuvieron que caminar en

fila india, cada uno sosteniendo una lámpara, mientras descendían.

—Las cuevas se bifurcan en varios puntos —explicó ella—. Seguiremos por la que va hacia el norte.

—¿Por qué esta...?

—Las demás se vuelven muy pequeñas. —Su voz rebotó en la dura roca, que ahora estaba a tres lados de ellos.

—¿Cuánto tiempo tenemos, antes de tener que irnos? —Hugo sostuvo su lámpara, cuando ella necesitó ambas manos para trepar por una pila de rocas. Una vez que estuvo abajo, le entregó ambas luces para que él pudiera hacer lo mismo.

—Podemos quedarnos en la cueva principal para siempre sin ahogarnos. Solo se bloquea porque parte del pasaje se llena de agua.

Él tomó de nuevo su lámpara y continuaron.

—Me sorprende que jóvenes emprendedores, como Hamish, no estén aquí haciendo travesuras.

—Saben que no deben jugar con los hombres, que usan estas cuevas —dijo ella, mientras se acercaban a la entrada del túnel.

Hugo levantó la lámpara y miró fijamente hacia la penumbra, que había frente a él.

—Yo iré primero.

—Una vez que llegues a la sección, que está sumergida diariamente, las rocas estarán resbaladizas por las algas, así que debes tener cuidado.

Los ojos oscuros de Hugo brillaron, a la luz amarilla de la lámpara.

—¿Estás preocupada por mí, señorita Martha Pringle? —bromeó. —Sabes lo que significa preocuparse por alguien, ¿no? —preguntó, volviéndole la mirada hacia las palabras de ella.

—No me preocupas tú, señor Buckingham. Pero la lámpara que tienes en la mano es la favorita de mi padre. No me gustaría que tropezaras y la rompieras.

Él se rió entre dientes, y el sonido resonó inquietantemente en la oscuridad, que tenía por delante.

El terreno era escarpado y rocoso con zonas lisas y arena llena de guijarros.

—¿Marcaste la hora, cuando bajamos? —preguntó Hugo.

—Tenemos poco menos de una hora, y tardaremos unos diez o quince minutos, en llegar a la cueva principal.

—Lo haremos por poco.

—Sí, pero no tendremos más tiempo, en el siguiente nivel más bajo.

El aire estaba tan húmedo que era como respirar agua.

—No puedo creer que alguien haya venido hasta aquí solo para destilar un poco de ese miserable licor de maíz.

—¡Oh! Ya has probado un poco de eso, ¿no?

—Desafortunadamente.

Martha se rió entre dientes ante ese evidente desagrado.

—Tendrás que endurecerte, si quieres ser un isleño, Hugo Buckingham.

Una pausa incómoda siguió a esas palabras, recordándole que él se iría pronto y nunca se convertiría en un isleño.

—Cuéntame un poco sobre dónde vives, tu casa en Londres —preguntó ella con la esperanza de distraerlo de la tarea en cuestión.

Dudó tanto que ella pensó que no respondería. Había notado que él era reservado, cuando se trataba de asuntos personales, aunque ciertamente no le importaba hacerles preguntas a otras

personas.

—Compartí casa con otras personas.

—¿Tienes una oficina cerca de... dónde dijiste que trabajabas? ¿En la bolsa?

—Sí.

—Pensé que una persona necesitaba mucho... —La cara de Martha se puso roja, cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de preguntar—. Eh... no quise...

Él se rió entre dientes.

—¿Estás tratando de discernir si soy un hombre rico, señorita Pringle?

—Por supuesto que no.

Se detuvo tan de repente que Martha chocó contra él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Él se agachó y luego giró, con expresión sombría, mientras se movía para que ella pudiera ver lo que estaba mirando: era sangre seca, y mucha, salpicada sobre el suelo rocoso del túnel.

Martha se llevó una mano a la boca.

—¡Oh, no! ¿Tú...?

Pero Hugo ya estaba caminando por ahí.

CAPÍTULO DIECISIETE

Había un zumbido molesto en la cabeza de Hugo. O tal vez fuera de su cabeza.

De cualquier manera, el mismo era enloquecedor. Una visión del tranquilo y gentil Cailean con la cabeza abierta pasó por su mente y el zumbido se intensificó.

—Hugo. ¿Hugo? ¡Hugo! —La voz entrecortada de Martha llegó desde atrás de él.

—¿Qué? —ladró.

—No sabemos si es sangre de Cailean.

—Tampoco sabemos si no lo es.

—No seremos de ayuda para nadie, si nos hacemos daño, antes de llegar allí. —La mano de ella se posó sobre ese hombro—. Por favor. —Estaba jadeando, así que Hugo se detuvo—. Gracias.

Se quedaron allí un momento, mientras Martha recuperaba el aliento.

—Esa sangre podría ser cualquier cosa, Hugo. Sé a ciencia cierta que el perro de Bridget Simpson ha estado robando gallinas. Y luego está...

—Está bien, Martha. Ya me he calmado. —Le dedicó una sonrisa dubitativa, que Hugo le devolvió—. ¿Seguimos? —Caminaron en silencio durante un rato.

—Mencionaste otros túneles —dijo Hugo poco después—. ¿Deberíamos revisarlos primero, o ir directamente al principal?

—Si fue en busca de Lily, es posible que haya entrado por cualquiera de los pasadizos y no hasta la cueva tranquila.

—¿Y dices que esto ya no se utiliza? —preguntó, más por escuchar esa voz, que por un interés real en la elaboración de cerveza en la isla.

—No después que algún agente de aduanas o funcionario de impuestos especiales lo encontrara hace mucho tiempo. Lo destruyeron, pero quedó esto.

—¿Los isleños no lo reemplazaron?

—No. Las cuevas se utilizan para el contrabando, pero ya no hay nada tan permanente como la elaboración de cerveza.

Hugo no podía imaginarse pasar tiempo allí, por mucho dinero que pudiera ganar. El hedor a algas, pescado y podredumbre, que impregnaba todo lo que había en la isla, era especialmente fuerte.

—Justo enfrente está el primer túnel que se bifurca —dijo Martha.

El túnel en cuestión parecía más bien un agujero. Habían avanzado apenas unas tres yardas, cuando el pasaje se estrechó drásticamente.

—Este sería un lugar terrible para un hombre tan alto como Cailean —murmuró Hugo, ya casi encorvado.

—¿Por qué no me dejas ir primero?

A Hugo no le gustó la idea. En absoluto.

—Puedo ir un poco más lejos. —Por desgracia, eso era todo lo que podía hacer. Se puso en cuclillas y volteó hacia Martha, que todavía estaba erguida. Hugo le sonrió—. Vaya, eres una cosita.

—Mido cinco pies, una y tres cuartos de pulgada.
—¡Ah!
Ella frunció sus labios pecaminosos y lo miró por encima de su pequeña y recta nariz.
—Entonces, ¿cambiaste de opinión acerca de dejarme ir primero?
—Está bien, pero ten cuidado y ve despacio. Si te resbalas y te tuerces un tobillo, será difícil...

—¿Por qué, Hugo? ¿Estás preocupado por mí? —Ella le estaba sonriendo sin muecas.
—No, me preocupa el dolor que me causaría la espalda, al tener que cargarte.
Ella se rió.
—Continúa —dijo con brusquedad.
—Sí, señor Buckingham.
—¡Qué obediente eres, señorita Pringle! Me gusta cómo suena eso.
Ella lo esquivó y se adentró en la oscuridad.
—No me acostumbraría a esto, señor Buckingham —dijo por encima del hombro.
La luz de su lámpara desapareció demasiado rápido.
—Sigue hablándome, Martha.
—¿Ya me extrañas? —Su voz sonó hueca y rebotó en las paredes, como un eco extraño y húmedo.
—¿Te gusta vivir en Stroma o te gustaría irte algún día?
—Podría defender cualquiera de las dos opciones. —Su voz era demasiado débil para su gusto.
—¿Martha? ¿Hasta dónde...?
—¡Oh, Hugo! ¡Oh, no!
—¿Qué pasa? ¿Martha? ¡Martha! —Hugo agarró la lámpara y la siguió con las rodillas dobladas, mientras avanzaba casi a rastras—. Ya voy. Solo...
—No estoy herida, pero encontré una nutria muerta.
Hugo se dejó caer en cuclillas aliviado, con la sangre latiendo en sus oídos.
“Gracias... ¡Maldita sea! ¡Qué infierno!”
—¿Hugo?
—¿Qué pasa, cariño? —La palabra se le escapó, y el silencio que siguió fue como el de un embarazo de ocho meses.
—Esta no es Lily.
—¿Puedes diferenciar una nutria de otra?
—¿Puedes distinguir entre un perro y otro? ¿O entre dos gatos?
Eso era cierto, él reconocería a Tiger en cualquier parte.
—¡Oh, cielos! —dijo, lo más cerca que Martha estuvo de maldecir—. ¡Es espantoso, tiene tantos cortes y heridas! No puedo creer que la pobre criatura haya llegado tan lejos.
—¿De un cuchillo o de otro animal?
—Mmm, no lo sé. Podría ser cualquiera de las dos cosas.
—¿Hay algún animal que pudiera haber hecho esto?
—Bueno, las nutrias macho pueden ser bastante feroces. —Hizo una pausa—. Creo que este es un macho.
Hugo escuchó su mortificación por tener que articular tal cosa, y no pudo evitar reírse.
—No eres un buen hombre.
—Lo sé —convino él—. Ahora vuelve aquí.

Cuando salieron de la cueva de la nutria muerta, habían pasado más de veinte minutos.

—Tenemos que darnos prisa, Hugo —dijo Martha, frunciendo el ceño, al ver el reloj cerca de su corpiño.

—¿La siguiente cueva es así?

—Aún más estrecha.

—Creo que deberíamos llegar primero a la caverna principal y, de regreso, mirar las más pequeñas, si tenemos tiempo. ¿Qué opinas?

—Podríamos dividirnos...

—No lo hagas. Ni siquiera lo digas.

—¿Tienes miedo de estar solo?

—No me gustan en absoluto las cuevas ni los animales muertos, ni una marea a punto de entrar y ahogarnos.

Ella se rió.

—Me encantaría entretenerte, señorita Pringle. ¿Cuánto falta?

—No más de unos minutos.

Hugo se detuvo. Martha no se lo esperaba y se tambaleó. Él la agarró, poniéndole una mano en la cintura para estabilizarla.

Martha nunca había estado tan cerca de él. Era como un horno. Y muy, muy... duro.

—Escucha —dijo en voz baja, inclinándose hacia ella—. Creo que tienes razón en lo de separarnos. Es posible que quien haya matado a esa nutria todavía esté aquí abajo.

—¿Quién lo haría...?

—No sé, quizás alguno de los contrabandistas que mencionaste.

—No lo puedo creer. Probablemente fue otra nutria.

—Tal vez, pero no quiero correr ningún riesgo. Quiero que te quedes atrás. Si hay alguien, eh, bueno, desagradable, adelante, quiero que corras y traigas ayuda.

Martha dudó, pero luego asintió. Este era un plan sólido.

—Está bien. —Pero la idea de dejarlo era... dolorosa.

Su expresión severa se transformó en una dulce y gentil sonrisa que Martha nunca hubiera creído que sus malvados labios fueran capaces de formar.

—Un beso para la suerte.

Y entonces, él bajó su boca sobre la de ella y la sensación física la inundó. Sus labios eran cálidos y firmes; su aroma era una mezcla terrosa de sudor masculino y aire fresco; y su cuerpo se sentía enorme y duro contra el de ella.

La punta de su lengua, suave y resbaladiza, rozó esos labios apretados y ella se relajó bajo la suave caricia. Él emitió un sonido sordo y retumbante, en su pecho, y luego se apartó. Martha se balanceó hacia él con su cuerpo siguiendo el de él.

—Lamento que nuestro primer beso haya sido tan rápido y torpe, cariño —murmuró con voz ronca—. Pero tenía que probarte. Ahora quédate aquí. —Dio la vuelta y se fue en un instante.

Martha lo miró fijamente con la mandíbula colgando. Había dicho que ese era su primer beso. Eso implicaba que habría más, ¿no?

□ □ □

El corazón de Hugo latía con fuerza, en parte por la preocupación por la seguridad de Martha y el paradero de Cailean, pero sobre todo por una lujuria incómoda, como el infierno.

Estaba disgustado consigo mismo. ¿Cómo podía ser duro, en un momento como ese?

Debía haber algo profundamente perverso en su carácter: se estaba metiendo en una situación potencialmente peligrosa, adoptando una postura abierta.

Su boca se curvó en una sonrisa. Bueno, ¿por qué no? Después de todo, haría todo lo que podía con una erección, ¿no?

La cueva se ensanchó de repente, hasta llegar a ser casi el doble de ancha y varias veces más alta que el pasadizo. Hugo contuvo el aliento. ¡Cielos! Era como una catedral. La luz de su lámpara proyectaba sombras espeluznantes en todos los rincones, recovecos, algunos de los cuales parecían lo suficientemente profundos como para ser túneles u otras cuevas.

Un sonido de arrastre resonó en la cueva, y Hugo giró con su mano derecha apretada en un puño, y lista para atacar.

Martha saltó y gritó:

—¡Soy yo! Lo siento...

—Está bien —susurró, aunque dudaba que alguien que estuviera al acecho, en las cuevas, no hubiera podido oír su grito—. Ven y quédate cerca. Asegurémonos que estamos solos.

Se necesitaban unos buenos diez minutos para revisar cada una de las cuevas.

No fue hasta que entraron al tercer sistema de túneles, que encontraron evidencia de presencia humana. Alguien había extendido mantas tejidas, donde la arena profunda cubría el duro suelo de roca.

—Esas deben ser las mantas que la señora Mason dijo que desaparecieron.

Hugo señaló una pila de lo que parecían ser huesos de pollo.

—Tal vez no fue el perro el que se llevó las gallinas de la señora Simpson, después de todo.

En la siguiente cueva encontraron los restos de una hoguera.

—¿Cómo es posible que alguien haya encendido una hoguera aquí? —preguntó Hugo con un eco inquietante, en su voz.

Martha levantó la lámpara y ambos miraron hacia arriba. El techo subía y subía, estrechándose como una chimenea, antes de desaparecer en la oscuridad.

—Sé por dónde sale esto —dijo Martha—. Hay una grieta en la tierra.

Hugo esparció las cenizas de la hoguera con su bota.

—Me pregunto si aquí es donde se escondieron los convictos, antes de salir de la isla.

—Si así fue, eso sin duda significa que los isleños los ayudaron.

Eso es lo que Hugo había sospechado desde el principio.

—Bueno, nada de eso importa ahora —dijo, y luego hizo una pausa—. ¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

Se puso un dedo sobre los labios y ambos se quedaron congelados, escuchando.

Martha reconoció el sonido primero.

—¡Oh, no, Hugo, eso es agua!

Hugo le agarró la mano y ambos corrieron.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Había alrededor de ocho pulgadas de agua, en el túnel que salía de la cueva principal.

—¿Podremos hacerlo? —preguntó Hugo. Sin embargo, él se mordió el labio y frunció el ceño, cuando llegó una ola, que duplicó el nivel del agua, en un abrir y cerrar de ojos.

—No creo que valga la pena correr el riesgo.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—Mmm, doce horas.

Hugo dijo algo sorprendentemente vulgar.

—Lo siento —murmuró distraídamente.

—Alguien podría venir a buscarnos en barco, cuando la señora Fergusson le diga a la gente dónde hemos ido. —Martha no añadió que eso era extremadamente improbable con la migración del arenque en curso. Ninguno de los pescadores de Stroma interrumpiría la colocación de sus redes de deriva para rescatar a dos personas, que estaban perfectamente a salvo.

Bueno, excepto Robert.

Si se enteraba que ella estaba en el Gloup con Hugo, iría a buscarlos... o al menos a Martha. Hizo una mueca, ante esa idea.

Hugo recorrió un pequeño circuito de la caverna, frunciendo el ceño.

—Me alivia que Cailean no esté aquí abajo, pero me hubiera gustado, que hubiéramos tenido tiempo de mirar, en ese otro túnel.

—Lo sé, Hugo, pero no pudimos.

Para sorpresa de ella, él se rió entre dientes.

—Muy bien, dejaré de preocuparme como una gallina con su polluelo. Estamos aquí por un tiempo y eso es todo. Supongo que deberíamos apagar una de las lámparas para tener suficiente aceite para salir. ¿Cuánto suelen durar estas cosas?

—Estaban llenas, así que quizás falten cuatro o cinco horas más. —Ella se estremeció, estarían completamente a oscuras, si apagaban ambas.

—¿Qué pasa, señorita Martha? ¿Tienes miedo a la oscuridad? —preguntó, su burla era un eco de su anterior provocación.

—Eres muy gracioso, señor Hugo Buckingham. —Martha apagó una lámpara y la colocó contra la pared de la cueva—. Debería acortar la mecha —le dijo.

Por alguna razón eso lo hizo reír, pero giró la perilla en forma de llave hasta que la luz fue un mero resplandor.

Señaló hacia el lugar donde el agua lamía suavemente la orilla arenosa de la cueva.

—¿Qué altura alcanzará?

—¿Quizás un pie?

—Entonces, quedémonos aquí.

—¿Traemos las mantas para sentarnos y buscar un poco de agua de esa cueva más pequeña?

—Buena idea. —Levantó la lámpara y abrió el camino.

Martha encontró un trozo de una jarra de barro y la colocó bajo el riachuelo de agua, que

goteaba desde la oscuridad que había sobre ellos.

—Es fresca —dijo, ofreciéndole un poco a Hugo.

Miró la pared de la cueva, que estaba viscosa, e hizo una mueca.

—Tomaré un poco, cuando me desespere.

—¿Así son todos los habitantes de la ciudad? ¿Quisquillosos?

—Así es este habitante de ciudad, pero sírrete tú misma.

Martha lo hizo. Una vez que hubo bebido lo suficiente, regresaron a la cueva principal.

—¿Y aquí? —preguntó Hugo, señalando la arena más profunda.

—Será mejor que las dupliquemos —dijo—. Esta arena está húmeda.

Una vez que colocaron mantas, una sobre la otra, Hugo hizo un gesto con una amplia reverencia.

—Después de ti, dama.

Martha acarició su chal, preguntándose si debería dejarlo en algún lugar, no tan cerca de Hugo.

—Vamos, no te morderé. —Su sonrisa expuso los puntiagudos colmillos, que Martha había notado antes y parecían perfectos para morder.

Pero sería de mala educación discutir (¿a dónde más se suponía que debía ir?), así que se sentó en el borde más alejado de la manta, deseando haberse puesto la capa. El aire en las cuevas se enfriaba, gracias al agua del océano. Serían doce horas frías.

Hugo se sentó a su lado con un suave golpe, y sacó un paño encerado del bolsillo de su gastado abrigo.

—¿Qué suerte tienes? —Desenvolvió una de los pasteles fritos, que los pescadores llevaban al agua—. Está un poco aplastado por vivir en mi bolsillo todo el día, pero los mendigos no pueden elegir.

Martha lo miró a la cara y deseó no haberlo hecho. Estar tan cerca le recordó su breve beso, y se preguntó si él la besaría otra vez.

Él ladeó la cabeza.

—¿Martha?

—¿Mmm?

—¿Un poco de pastel?

—¡Oh! Gracias —murmuró ella, tomando el trozo de pastel que él le ofrecía.

Masticaron en silencio, hasta que Martha no soportó la tensión ni un momento más.

—¿Estás deseando irte de Stroma?

—¡Ay, sí! —Él resopló.

Martha se estremeció, ante ese tono ferviente.

Él hizo una mueca.

—Lo siento. No quise decir que me alegrara de alejarme de la gente... de, eh... de ti, Cailean, de tu padre —añadió, mostrándose un poco cobarde—, solo quise decir que tengo asuntos que necesitan desesperadamente mi atención.

—Albert me dijo que cree que su empleador pagó para que se lo llevaran. Nunca me has explicado qué te pasó.

—No estoy seguro de quién pagó para que me secuestraran, encarcelaran, acusaran falsamente y luego me transportaran.

—¿No estás seguro? —repitió ella con aspereza—. ¿Cuántas personas querrían hacerte eso?

Él sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Sospecho que fue mi, eh, socio comercial.
—¿Por qué tu socio comercial habría hecho tal cosa?
—Creo que ella quiere...
—¿Socia? ¿Ella?
Él tomó un gran bocado de pastel y masticó. Su mirada especulativa se posó en ella.
—Mmm, mmm.
—Eso es... eh... raro, ¿no? ¿Una mujer que se dedica a los negocios?
Él siguió masticando, pero sus labios se curvaron en las comisuras.
—¿Qué? —El rostro de ella estaba ardiendo—. Solo estoy manteniendo una conversación educada contigo.

Él tragó saliva y su sonrisa se transformó en una mueca.

—Eres un hombre muy molesto.

—Eso me han dicho muchas veces.

—¿Quién?

—Cualquiera que me conozca, gente que acaba de conocerme... La lista es larga.

—Lo creo. —Martha abrió la boca, pero luego la cerró.

—¿Qué? —preguntó él, guardando el paño vacío en su bolsillo.

—¿Qué, qué? —repitió ella.

—Veo que te mueres de ganas de preguntarme algo. ¿Qué es?

—No me muero por preguntarte nada.

—Como quieras. —Él se quitó el abrigo.

—¿Qué estás haciendo?

Él hizo una mueca, ante el tono estridente de ella.

—No te preocupes, solo me estoy quitando el abrigo.

—¿Por qué? Hace frío aquí.

—Porque lo voy a usar como almohada.

—¡Oh! ¿Te vas a dormir?

—Ha sido un día muy largo, Martha —suspiró.

Martha miró las manchas oscuras, bajo esos llamativos ojos, y sintió una punzada de culpa por negarle un poco de sueño. Se acercó lo más discretamente posible a la parte exterior de la manta.

Él sonrió.

—No tienes por qué preocuparte. No haré nada, eh, inapropiado.

—No estoy preocupada —mintió.

Resopló y se dejó caer boca arriba, metiéndose el abrigo bajo la cabeza. Luego bostezó y cerró los ojos.

¿Cómo era posible que él pudiera dormir, en esa situación? Era evidente que la proximidad de ella no significaba nada para él. Al menos no lo que significaba para ella. Sin embargo, la piel de ella se comportaba de forma extraña: se ponía caliente y después permanecía húmeda y fría. Y no parecía poder respirar con normalidad. Y aún así, él estaba completamente relajado.

Ella lo observó a la tenue luz de la lámpara. No era un hombre de una belleza clásica como Robert, pero era el hombre más atractivo que ella había visto en su vida.

Al igual que su cuerpo, su rostro era cincelado y estaba compuesto de planos duros y marcados. Su nariz era grande, un auténtico pico, y su boca de labios finos estaba permanentemente curvada, en una especie de sonrisa. Desde tan cerca de él, ella podía ver las curvas en forma de media luna, que enmarcaban sus labios.

Sus pestañas eran espesas y negras, como su pelo, y se extendían sobre su piel bronceada por el sol. Debió haberse comprado una maquinilla de afeitar, porque el vello de su rostro apenas empezaba a crecer, como si se hubiera afeitado esa mañana. El pañuelo que llevaba al cuello apenas cubría su garganta. Martha vio que él se afeitaba hasta el cuello, igual que su padre.

Su rostro y su garganta lucían húmedos (la humedad constante en Stroma tenía algunos beneficios) y ella sabía que su piel tendría un sabor salado, tanto por el sudor como por el aire del mar.

Se le hizo la boca agua al querer lamerlo. Justo ahí, en ese hueco...

Martha tuvo que tragar varias veces más para no babear, como una loca.

La mirada de ella se desvió hacia abajo. La camisa estaba raída y sucia. Era evidente que no había tenido tiempo de ir a casa a limpiarse, o de cambiarse la ropa de trabajo ese día.

El fino algodón no lograba ocultar las ojeras de sus pezones. La camiseta le quedaba demasiado pequeña para sus anchos hombros y su poderoso pecho, y se le había salido del pantalón, dejando al descubierto una franja de algunas pulgadas de musculatura abdominal.

El pulso de Martha se aceleró, mientras examinaba las fascinantes crestas de ese vientre inferior. No había ni una onza de grasa en el hombre. Los músculos se flexionaban ligeramente con cada respiración. Introdujo un dedo en ese vientre. Era suave, con apenas un rastro de músculo.

Los dedos de ella se crisparon para palparlo, para trazar la vena prominente que latía bajo la fina piel, para explorar la fascinante línea que comenzaba justo por encima de la cadera y se abría en diagonal, delineando los suaves músculos de su flanco desde ese abdomen estriado, para acariciar el intrigante rastro de vello negro, que desaparecía debajo de la cintura baja de...

“No mires. Esto es perverso, Martha.”

Ni un equipo de bueyes habría podido impedir que su mirada se aventurara más abajo.

Su mandíbula se hundió, ante la inconfundible cresta que sobresalía de la fina tela, y sus ojos se dirigieron bruscamente hacia ese rostro.

La miraba con los ojos entrecerrados y una expresión casi... severa.

—¿Qué estás haciendo, Martha? —preguntó con voz grave y grave.

—N-nada. —Una de sus cejas se arqueó.

—Solo estaba mirando —corrigió ella. Como para demostrarlo, sus ojos voluntariosos se deslizaron hacia esas caderas.

Sí, él todavía estaba erecto.

Martha estaba tratando de apartar la mirada, cuando él palmeó la dura cresta y la apretó. Un pequeño gemido escapó de sus labios entreabiertos.

Los músculos de ese antebrazo se tensaron, cuando él flexionó los dedos. El contorno de ese órgano era... bueno, ella sabía cómo se veía en carne y hueso, por supuesto, pero pensó que tal vez había exagerado sus dimensiones en las semanas transcurridas, desde que lo había visto... Pero, no era así.

—Martha.

Ella tragó saliva y miró hacia arriba.

—No deberías mirarme así, mientras me esfuerzo tanto por comportarme.

—¿Comportarte?

Él asintió lentamente, sus rasgos se transformaron en algo casi salvaje, mientras su brazo se flexionaba y bombeaba, solo una vez, antes que su mano volviera a caer a su costado.

—Sí, me estoy comportando como un caballero y tú estás...

Ella resopló.

—¿Llamas a lo que acabas de hacer comportarte como un caballero?
—Estoy intentando comportarme como un caballero —corrigió—. Pero, no me lo pones fácil, mirándome así.
—¿Cómo qué?
—Como si quisieras lamer cada pulgada de mi cuerpo.
Ella soltó un grito de indignación y su rostro, que probablemente brillaba más que la lámpara, se escaldó al ver esa expresión divertida y cómplice.
—¿Cómo te atreves...?
Él puso los ojos en blanco de forma odiosa y desdeñosa.
—No te molestes en negarlo. Reconozco el deseo cuando lo veo.
Por un momento, Martha se quedó boquiabierta, abriendo y cerrando la boca, como un pez que jadea, en busca de aire. Se esforzó por encontrar una respuesta cortante (o incluso una que no cortara), pero no se le ocurrió nada. Y entonces miró (lo observó de verdad) esos ojos oscuros. La verdad la trituroó como un golpe en la cabeza.
—Tú también me deseas —soltó ella.
Él solo se quedó mirando.
—Me b-besaste antes.
La mandíbula de él se tensó y una emoción inidentificable se dibujó en su rostro.
—No debería haberlo hecho.
—¿Por qué? ¿Tienes una novia en Londres? ¿O una esposa?
—No. Y yo tampoco quiero una.
Martha se encogió de hombros, ante esa mirada fría y ese tono cortante.
—No te preocupes, no estaba sugiriendo que quisiera ese puesto.
—Bien.
El dolor y la ira le revolvieron el estómago a ella.
—¿Por qué has estado saliendo conmigo? ¿Solo para jugar conmigo?
—Lo hago porque...
—¿Por qué? —insistió ella.
Dudó tanto que ella dejó de esperar una respuesta, cuando finalmente dijo:
—Porque me gusta pasar tiempo contigo. —Las palabras eran cálidas y reconfortantes, pero su mirada era... sombría.
—Si te gusta pasar tiempo conmigo, ¿por qué te ves tan infeliz?
—Porque lo que quiero no puede llevarme a nada bueno.
—¿Qué qu-quieres?
Él emitió un gemido agonizante y frustrado.
—Quiero follarte, Martha, eso es lo que quiero de ti. Eso es todo lo que quiero.
—¿Cómo te atreves!
Él la agarró de la muñeca, antes que pudiera ponerse de pie.
—Lo siento, nunca debí haber... —Se detuvo, murmuró algo que ella no pudo oír y sacudió la cabeza—. No, no voy a disculparme por lo que soy.
—¿Quieres decir que eres vulgar y odioso? —Tiró de su brazo, pero él no la soltó.
Él tuvo la temeridad de sonreír, aunque fue por poco tiempo.
—Entre otras cosas. —La mirada que le dirigió fue penetrante y directa—. Escucha lo que tengo que decirte, no te vayas corriendo.
Ella apretó los dientes, desesperada por ampollarle los oídos.
Pero entonces recordó que había empezado todo esto, mirándolo como una persona

depravada. Suspiró exageradamente y asintió.

—Bien.

Él le soltó el brazo.

—No soy quien crees que soy. —Sus labios se curvaron en una mueca—. O tal vez sí lo soy. —Sacudió la cabeza, como para desestimar el comentario—. Lo que intento decir es que tal vez no haya sido culpable del crimen que me llevó a ese barco, pero he hecho muchas cosas, mucho peores que robar.

—¿Te refieres a lo que le hiciste a Graybow?

Las cejas oscuras de Hugo se juntaron de golpe.

—¿Cómo lo supiste? ¡Ah! Albert te lo dijo. Espera a que lo vuelva a ver...

—No le echas la culpa, por favor. Me lo contó la primera noche. Dijo que lo que hiciste le salvó la vida a él y a muchos otros hombres también. Así que, si te referías a ese tipo de cosas malas, entonces, salvaste la vida de otras personas.

—Es cierto, pero no tuve que matarlo para hacer eso. Podría haberlo estrangulado hasta dejarlo inconsciente. —Su mandíbula se tensó—. Pero elegí matarlo.

—Albert dijo que él ya había matado a otros hombres, a varios más.

—Si hubiera estado tu padre en ese barco, ¿crees que habría matado a Graybow, o simplemente lo habría dejado aturdido?

Martha abrió la boca, pero luego la cerró.

—Eso pensé —dijo—. De todos modos, esa es la menor de las cosas malas que he hecho. Y haré más cuando me vaya de esta isla. Está en mi naturaleza ser egoísta, Martha. Fue el egoísmo lo que me hizo besarte antes. —Bajó la voz—. No hay futuro para nosotros, Martha. Alguien como tú necesita...

—¿Alguien como yo? ¿Qué significa eso?

Él gimió y se le escapó una grosería.

—No seas grosero, Hugo.

—¿Ves? —dijo—. Esa es solo una de las muchas razones por las que nunca podré ser el hombre que quieres o realmente necesitas.

Martha frunció el ceño, esperando ocultar su dolor.

—Presumes demasiado, señor Buckingham... Nunca pensé en ti... de esa manera.

—¿En serio? —Sus labios se curvaron en una sonrisa incrédula.

—A pesar de lo que parece pensar, no estoy tras de ti. Me había olvidado casi por completo de ti hasta que comenzaste a aparecer de nuevo.

—¿Así es?

—Así es —insistió ella, más que enfurecida por ese tono sarcástico y burlón.

Él resopló.

—Solo fui amable, cuando acepté salir contigo —aclaró ella—. Después de todo, estoy comprometida con Robert Clark.

Los ojos de Hugo se abrieron de par en par.

Martha se mordió el labio con mucha fuerza. ¿Por qué había dicho algo así? Robert nunca le había pedido que se casara, y tampoco estaba segura que él lo fuera a decir ni que ella aceptara.

Quería gritar... o golpear algo. O a alguien. ¿Qué diablos diría Robert si se enterara de lo que acababa de decir?

Martha abrió la boca para retractarse de su falsa afirmación.

—Enhorabuena a los dos —dijo Hugo con desdén—. Estoy seguro que se harán muy

felices, el uno al otro.

Ella se estremeció, herida por ese tono desagradable y condescendiente.

—¿Pero señor Buckingham? ¿No estás celoso?

—¡Ja! No son celos, cariño, fue un sarcasmo. Y más que un pequeño alivio. Creo que son perfectos el uno para el otro.

Martha se negó a dejarle ver lo mucho que esas palabras la hirieron.

—Piensa lo que quieras en la privacidad de tu propia mente —replicó—. Pero te agradecería que no le mencionaras esto a nadie. Es un asunto privado.

Él soltó una carcajada grosera.

—Por difícil que te resulte creerlo, el tema de Robert y tú, rara vez surge en mis conversaciones.

—Bien. Ahora, si no te importa, me gustaría dormir un poco.

Él se levantó de la manta, sacudiéndose el abrigo, antes de ponérselo. En lugar de ir a acostarse en otro lugar, volvió a encender la otra lámpara.

—¿Qué estás haciendo?

—De repente no tengo sueño —dijo con brusquedad. Empezó a caminar por la arena, pero se detuvo y dio la vuelta—. ¿Estarás bien aquí sola?

“Entonces, ¿él quiere alejarse de mí? ¡Bien!”

—Me sentiré mejor sola. —Le dio la espalda—. Por favor, no me molestes cuando regreses.

Los oídos de Martha se aguzaron, buscando algún sonido, pero no había nada más que el suave chapoteo del agua.

Las lágrimas que había contenido se liberaron de repente.

“Di algo, Hugo... No te vayas así. Dime... algo.”

Pero la luz en la cueva parpadeó y se volvió más tenue.

Y entonces, Martha se quedó sola.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—Bien hecho, imbécil —murmuró Hugo en voz baja, una vez que salió de la cueva principal.

Se detuvo y miró fijamente las paredes de roca, que lo rodeaban.

¿Qué diablos estaba haciendo? Lo último que quería hacer era andar a escondidas por esas malditas cuevas. Aún así, era mejor que sentarse junto a Martha, después de enterarse que estaba comprometida con Clark.

Hugo apretó las mandíbulas con tanta fuerza, que le dolieron los dientes. Quería golpear y romper algo.

¿Por qué diablos se lo había dicho ahora, después que él pasó diez días, haciendo el ridículo por ella? Si ella hubiera admitido que estaba comprometida, cuando él le había pedido que pasara un tiempo con él, podría haberle pasado el mensaje al vicario, y ahora mismo estaría en Londres.

“Tal vez le tomó unos días convencerse que Clark es la opción más atractiva.”

Hugo resopló con desdén. A él le parecía bien. ¡Como si alguna vez hubiera querido cargar con una esposa! Y, además, con la hija de un vicario.

“¡Mentiroso!”

Hugo ignoró la risa burlona, que se escuchaba en su cabeza, y avanzó a paso lento por el túnel, que se alejaba del agua (y de Martha) y se adentraba más en la isla. No llegó muy lejos, antes que la cueva se redujera hasta el diámetro de un agujero de tejón.

Bueno, bien. Como no tenía ganas de alejarse, solo necesitaba separarse de Martha, antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Sus crudas palabras, sobre querer follársela, volvieron a él de golpe.

Hugo frunció el ceño. Bien, él se retiró antes de decir algo más de lo que luego se arrepentiría.

—¡Maldita sea! —Se agachó hasta el suelo rocoso, pero seco de la cueva, y se apoyó contra la pared, haciendo una mueca por el frío, que penetraba incluso a través de su abrigo y la camisa.

Apartó sus pensamientos de Martha, solo para que se deslizaran en otra dirección, aún más desagradable: Cailean.

¿Dónde diablos estaba el chico? Conocía esta isla como la palma de su mano. Si no estaba, entonces, algo andaba mal. Hugo debería haber adivinado que Cailean no estaba allí. Independientemente de lo que dijera Martha, Cailean se había mostrado genuinamente aterrorizado, cuando Hugo había sugerido explorar las cuevas.

Le daba asco pensar que su primo Hamish y su grupo de matones encontrarían al chico, mientras Hugo estaba atrapado allí. No podía hacer absolutamente nada, excepto preocuparse inútilmente por el muchacho, durante las siguientes malditas doce horas.

“Hablando de cosas sin sentido, ¿qué hay de esa discusión de la que huiste como si fueras una mosca en la masa?”

Hugo apretó los dientes, pero no intentó discutir. Por una vez, la voz en su cabeza tenía razón: su desacuerdo había sido tonto y sin sentido.

Pero también lo había hecho la inútil esperanza, que alguna vez pudiera haber algo entre ellos. Lo único que sentía por ella era atracción animal. Él sabía mejor que nadie que la atracción física podía darse entre desconocidos, e incluso entre personas que se odiaban. No tenía nada que ver con los sentimientos más nobles, que conducían al amor o al matrimonio.

Hugo solo podía estar agradecido de haber guardado para sí sus lamentables sentimientos hacia ella.

—Sentimientos —se burló, cogiendo distraídamente un puñado de arena y dejándolo escurrir entre sus dedos. ¿Desde cuándo le importaban (o incluso se daba cuenta) otros sentimientos que no fueran el deseo de dinero, la seguridad y el placer físico?

El hecho de estar en esa maldita isla y fuera de su elemento era lo que lo hacía comportarse como un imbécil. Una vez que regresara a Londres, de nuevo en el único entorno, al que realmente pertenecía (un burdel), podía olvidar toda esa pesadilla, que había sucedido.

Pero primero tenía que superar los cinco días siguientes, gracias a la estúpida promesa, que le había hecho al vicario, de prolongar su estancia. No podía creer que hubiera permitido que el señor Pringle lo convenciera de cortejar a Martha. Había disfrutado de pasar tiempo con ella, en estos últimos días, por supuesto, pero esto había sido inútil.

Bueno, no del todo inútil. Sus labios se curvaron en una sonrisa petulante. Había disfrutado enormemente de molestar a Clark con su presencia.

Pero la diversión que le produjo esa idea duró poco. Tiró el puñado de arena, al suelo, y se sacudió la palma de la mano, antes de recostarse y cerrar los ojos. Estaba exhausto. Este había sido uno de los peores días que recordaba. No tan malo, como el día en que su padre lo había vendido, ni tan aterrador como ser secuestrado y arrojado desnudo a la bodega de un barco de convictos, pero aún así era el tipo de día, que no quería volver a vivir.

Quedarse atrapado en esta cueva, mientras Cailean podía resultar herido, en algún lugar, era muy malo, pero enterarse que Martha y Clark estaban comprometidos había empeorado las cosas mucho más. ¿E imaginarse a Martha casada con Clark y él haciéndole el amor?

Hugo frunció el ceño. No, no podía soportar pensar en eso.

“Duerme. O al menos descansa un poco,” se ordenó a sí mismo.

Pasaron varios minutos. Su cuerpo se negaba a relajarse y su mente seguía trabajando a toda velocidad.

“Vuelve allí, discúlpate y deja de enfurruñarte.”

Hugo abrió los ojos. Se negó a regresar allí, arrastrándose con el rabo entre las piernas y...

“Estás desperdiciando aceite de lámpara precioso, si te quedas sentado aquí.”

Hugo se animó. Sí, por eso necesitaba volver. No porque quisiera estar cerca de ella, sino para conservar el aceite de la lámpara.

Martha estaba acurrucada de lado sobre la manta, lo más cerca del borde que le era humanamente posible. Decidió no ofender su sensibilidad, acostándose a su lado. Encontró un lugar que tenía más arena que rocas y se acomodó.

—¿Hugo?

Estaba a punto de apagar la luz, pero se detuvo.

—¿Sí?

—Lo siento si fui brusco contigo.

Hugo dudó y luego dijo:

—Yo también lo siento.

—No hace falta que te acuestes ahí en la arena. Podemos compartir la manta.

Abrió la boca para decirle que estaba bien, pero luego se dio cuenta que ella temblaba.

—Martha, ¿tienes frío?

—S-Solo un poco.

Hugo se levantó, quitándose el abrigo, y colocándole la raída prenda sobre los hombros.

—¿Qué estás haciendo?

—No tengo frío —mintió.

El cuerpo de ella permaneció tenso por un momento, pero luego se relajó.

—Gracias.

Hugo cogió la lámpara y apagó la luz.

La oscuridad era tan completa, que casi resultaba tangible. Y también hacía un frío terrible. Hugo se abrazó el torso, cerró los ojos, e intentó escuchar el sonido del agua, en lugar del caos de sus pensamientos.

“¿Dónde está Cailean? ¿Alguien le hizo daño a él o a Lily? ¿Martha estará feliz con Clark? ¿Solange seguirá siendo mía, cuando regrese a Londres? Quiero...”

Hugo debió quedarse dormido, en algún momento, porque algo cálido, suave y fragante lo despertó y lo empujó contra su costado.

—¿Martha? ¿Qué pasa?

—Tengo mucho frío, Hugo. —Las palabras de Martha fueron interrumpidas por el sonido de unos dientes castañeteando.

Hugo se despertó al instante. De hecho, se sorprendió de haber dormido alguna vez con tanto frío.

—¿Hemos dormido mucho? —preguntó.

—No he dormido nada, pero quizás haya pasado una hora, desde que apagaste la lámpara. —Ella sonaba miserable.

—Puedo darte calor, pero necesito abrazarte. —Soltó una carcajada—. Sé que eso suena como si yo fuera...

—Entiendo.

Hugo se giró hacia un lado y ella inmediatamente presionó su espalda contra el pecho de él, y su trasero contra la entrepierna.

Hugo apretó los dientes, agradecido de no tener una erección, pero no estaba seguro de poder mantener su estado de sueño por mucho tiempo. Aún así, la acercó más y la acurrucó contra su pecho.

—Levanta la cabeza —le dijo. Cuando ella lo hizo, deslizó sus bíceps debajo de ella—. Adelante, puedes usarme como almohada.

—¿No será demasiado incómodo?

—Si es así te lo diré.

Después de un momento de vacilación, ella bajó la cabeza hasta su brazo.

—¿Mejor?

—Mucho. —Después de unos instantes, el cuerpo de ella dejó de temblar violentamente—. Gracias, Hugo.

—Tú también me mantienes caliente.

“¡Qué bien está esto!”

—Debes estar helado sin tu abrigo. ¿No...?

—Estoy bien. —Hugo se acurrucó un poco más cerca—. No habría pensado que haría tanto frío.

¿Encontraste algo interesante en las otras cuevas?

—No, los túneles son tal como dijiste y demasiado pequeños para la gente.

Hubo un largo silencio.
—No puedo dormir, Hugo.
—Tal vez, cuando te calientes.
—No, es más que eso.
—¿Qué pasa? —insistió.
—No lo sé. Simplemente me siento... inquieta.
—Bueno, estar atrapado en una cueva puede tener ese efecto en una persona.
—Me sentía así, antes que nos atraparan. Me he estado sintiendo... —La sintió encogerse de hombros—. Sonará tonto.
—Dímelo de todas formas.
—Supongo que la mejor palabra para describirlo es *fey*.
—No conozco esa palabra —admitió.
—Simplemente significa que tienes una sensación de temor inminente: que algo anda mal.
—No parece una buena sensación. —Hugo se preguntó si lo que ella percibía era la mala salud de su padre. Pensó que el señor Pringle le debía a Martha advertirle, pero no era asunto suyo.

—¿Te importaría hablar un rato?
—¿No es eso lo que estamos haciendo?
—¿Sobre asuntos personales? —Ella se rió entre dientes.
“¿*Qué puede ser más personal que admitir un sentimiento de fatalidad inminente?*”
—No tienes que hacerlo, si no quieres —dijo ella rápidamente.
Hablar de asuntos personales solo significaba mentir, pero, ¿qué importaba a estas alturas si él le decía más mentiras? Se iría en poco tiempo y nunca más la volvería a ver.
—¿Qué quieres preguntarme? —dijo.
—Simplemente, tengo curiosidad por saber cómo es crecer en Londres.
“*¡Ah! Eso es más fácil de lo que pensaba.*”
—No se parece en nada a esto.
—Ya me lo imaginaba. Cuéntamelo.
—¿Decirte qué?
—Mencionaste que trabajabas para un fabricante de látigos. ¿Qué edad tenías?
—Catorce.
—¿Tuviste que dejar la escuela?
Él podía percibir la desaprobación en esa voz.
—Sí, pero eso no es inusual en mi país. La mayoría de la gente deja la escuela mucho más joven, a los diez u once años, para empezar a trabajar.

Ella chasqueó la lengua.
—Supongo que no es muy diferente a aquí, muchos niños trabajan en los barcos o granjas de sus familias, pero la mayoría puede ir a la escuela, en invierno. ¿Tu padre te puso de aprendiz con él?
—Sí, eso es exactamente lo que pasó. —Hugo sonrió levemente.
—Dijiste que te había golpeado. ¿Fue...?
Ella sonaba tan angustiada, tan triste, por él, que lamentó haber mencionado la predilección de Caton por los azotes.
—No pasaba a menudo —mintió—. No era un mal hombre, solo... impaciente.
“*Excepcionalmente excitado para un hombre de su edad.*” Por supuesto, Hugo decidió omitir ese detalle.

Ella hizo una pausa, y él sospechó que deseaba no haber mencionado nunca la fabricación de látigos.

—Eh... ¿tienes hermanos y hermanas?

Este era un tema en el que Hugo no solía pensar.

—Sí, ocho.

—¡Oh, cielos! ¿Ocho?

—Mmm. Mmm.

—Deben ser muy unidos, si son una familia tan numerosa.

Hugo intentó recordar la imagen de alguno de sus hermanos y hermanas, pero no pudo evocar ningún rostro, lo cual era extraño, considerando que no había sido tan joven, cuando se fue de casa. Pero sus hermanos eran mucho mayores y todo lo que podía recordar era que lo consideraban una molestia.

—Eh, ya no somos tan cercanos, como solíamos serlo.

—¡Oh!

Ella sonaba tan decepcionada que él corrigió:

—Principalmente porque todos vivimos muy lejos. Pero nos visitamos.

—Eso suena muy bien. —Sonaba mucho más feliz, pero también melancólica—. ¿Tienes algún favorito?

—¿Favorito?

—Hermano.

—¡Oh! —Los rostros y nombres vagaban por su cabeza, nada más que fragmentos de un guiso insulso y sin sabor de recuerdos—. Eh... Susan. —Al menos creía que había existido una Susan.

—¿Es mayor o menor?

—Más vieja. Todos son mayores.

—¿Se fueron? ¿Pasó algo?

—No, no, no pasó nada. Es solo una forma de hablar.

—El más pequeño de nueve hermanos. Apuesto a que te malcriaron muchísimo.

—Sí, me malcriaron —asintió.

—¿A qué se dedicaba tu padre? ¿También era un hombre de negocios?

El padre de Hugo era a quien mejor recordaba. Tal vez fuera porque era el último al que Hugo había visto. Aún podía verlo en su mente. Tenía el pelo fino y rubio, y una cara demacrada. Sus hombros redondeados se habían hundido, cuando tomó el dinero, que le dio el señor Caton. Y luego dio la vuelta, y se alejó sin decir una palabra ni mirar atrás.

—¿Hugo?

—¿Mmm?

—¿Tu padre, qué hacía?

—Vendía cosas.

—¿Cosas? ¿Quieres decir que era comerciante?

—Algo así.

—¿Tus padres viven en Londres?

—Sí.

—Deben estar muy preocupados por ti. —Esa voz latía con simpatía por la mítica, amorosa y preocupada familia de Hugo.

—Están acostumbrados a que trabaje duro, y a que no tengan noticias mías durante largos periodos de tiempo. —Dieciséis años, en realidad—. Dudo que estén preocupados. —Esto último

era totalmente cierto.

—Debes haber trabajado mucho para tener tanto éxito. Tu familia debe estar muy orgullosa de ti.

Hugo hizo un ruido evasivo:

—¿Ya estás más caliente?

—Sí, estoy bastante cómoda. —Su trasero se movió adorablemente y peligrosamente contra la ingle de Hugo—. ¿Y tú?

—Mucho mejor. Háblame de tu familia —dijo él, intentando no pensar en su pene, que estaba acurrucado entre esas nalgas, y mostraba signos que le gustaba estar allí.

—No hay mucho que contar. Mi madre no tenía hermanos y mis padres eran mayores. Somos solo papá y yo —dudó un momento y luego dijo—. Siempre he anhelado una familia grande.

—Entonces serás feliz con Clark. Tiene una familia numerosa, ¿no? —Eso se ocupó de cualquier erección incipiente, que pudiera haberle preocupado.

—Eh, sí. —El cuerpo de ella se puso rígido.

Estuvo en silencio tanto tiempo que él pensó que se había quedado dormida.

Pero entonces, ella expresó:

—Antes dijiste que no tienes novia en Londres. ¿Por qué? —Su voz era tan suave que él apenas la oyó, incluso en el silencio de la cueva.

—Trabajo demasiado —respondió.

“*Y nadie, excepto otro prostituto, entendería y aceptaría la naturaleza de mi trabajo.*”

—Pero como vienes de una familia numerosa, ¿seguro que algún día querrás tener tus propios hijos?

—¡Ay, no! —Él resopló.

—¿No te gustan los niños? —Ella sonaba horrorizada.

—No es que me disgusten los niños, pero nunca me he imaginado a mí mismo como padre. —“*Tampoco puedo imaginarme el ruido de los piecitos subiendo y bajando por los pasillos de Solange.*” —¿Y tú? —preguntó él, adivinando de antemano su respuesta.

—Sí, quiero tener muchos hijos.

Hugo podía imaginarse a su descendencia imaginaria: fornidos niños de cabello rubio rojizo y expresiones bovinas, como las de Clark, y niñas rubias de ojos azules con los ojos brillantes de su madre y ese entusiasmo por la vida.

¿Por qué la imagen lo dejó tan completamente exhausto?

Esperó más preguntas, pero nunca llegaron. En cambio, el cuerpo de ella se fue suavizando, poco a poco, contra el suyo y esa respiración se volvió profunda y regular, hasta que supo que estaba dormida.

Hugo miró fijamente la oscuridad: nunca se había sentido tan despierto, en toda su vida.

□ □ □

—¡Hugo!

Los ojos de Hugo se abrieron de golpe y entrecerró los ojos, ante la luz cegadora.

—¿Qué...?

Algo enorme cayó sobre él, algo cálido y retorcido con codos afilados. Hugo luchó por respirar.

—¡Hugo! —Cailean le gritó al oído.

—Cailean, lo estás aplastando. —La voz de Martha parecía venir desde muy lejos.

—Deja que el amo... Sube, muchacho —le ordenó una voz masculina.

Cailean se apartó de él, lo agarró por las axilas y lo puso de pie de un tirón.

—Gracias —jadeó Hugo, mirando a Cailean, y luego al hombre que sostenía la lámpara—. ¿Señor Packard? —dijo estúpidamente.

—Sí.

De repente, se le ocurrió algo y giró la cabeza.

—¡Estás a salvo, hermanito! ¡Estaba muy preocupado por ti!

Cailean rodeó a Hugo con sus brazos y lo apretó.

—Ugh, Cailean... —Hugo le dio unas palmaditas en el enorme hombro, y se retorció hasta que Cailean lo soltó.

El muchacho atrapó a Martha, en un abrazo similar, y la hizo girar en un círculo, levantando arena.

—¡Cailean! ¡Déjame morir!

—Estaba muy preocupado por ustedes dos —dijo Packard. O al menos eso es lo que Hugo creyó oír. Aún le costaba entender a la mayoría de los isleños.

—¿Sabías dónde estaba Cailean? —preguntó Hugo, frotándose los ojos para quitarse el sueño.

—Escondido con Lily, en una de las cuevas del lado este.

—¿Por qué?

—No lo dijo.

—¿Qué hora es? —Hugo bostezó.

—Apenas amaneció. —Esa mirada se desvió hacia Martha con unos ojos azules agudos y especulativos.

—Aquí no ha pasado nada —se apresuró a asegurar Hugo—. Sé que nos viste durmiendo sobre la manta, pero...

—Sí, sí... Vengan ahora.

Hugo no pudo evitar pensar que el hombre tenía un aspecto un tanto sombrío. Bueno, probablemente estaba perdiendo buenas horas de pesca para rescatarlos.

Doblaron las mantas, ayudaron a Martha a subir al bote, y luego Hugo y Cailean lo empujaron. Cailean fue el último en subir. Hugo había imaginado que la cueva estaba más al interior, pero resultó que el túnel era sinuoso, en lugar de largo. Afuera hacía una hermosa mañana, el agua alrededor de Stroma parecía cristal, y el sol apenas asomaba por el horizonte.

Martha se ocupó distraídamente de su cabello y su vestido, sin duda preguntándose qué le diría a su padre sobre haber pasado la noche, en el Gloup, con Hugo. Giró y vio que Cailean la observaba con adoración.

—¿Está Lily a salvo?

Cailean asintió, pero su mirada se volvió preocupada, y miró a Jem y luego a Martha, claramente queriendo decir algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo.

Pero Jem simplemente sacudió la cabeza y Cailean miró hacia otro lado. ¿Qué estaba pasando? ¿Los isleños realmente se sentirían tan ofendidos por el hecho que Martha y él se hubieran quedado atrapados, mientras buscaban a Cailean?

Hugo se erizó ante la idea, y desafiaría a cualquiera a mirar de reojo a Martha. Especialmente a Clark, el hombre del que debería tener cuidado.

Hugo hablaría personalmente con el vicario y le aseguraría que no había sucedido nada inapropiado. Afortunadamente, podía hacerlo con la conciencia tranquila. Aparte de un beso

casto, se había comportado como un completo caballero por primera vez, en su vida. Fue tan placentero como siempre había sospechado que sería.

También podría contarle al vicario lo del compromiso de Martha, lo que pondría fin a cualquier otra tontería. Hugo no le diría nada al vicario, ahora, pero le enviaría algo de dinero, cuando regresara a casa, solo para agradecerle todo lo que Martha y él habían hecho por Hugo.

Se necesitaron menos de diez minutos para llegar desde las cuevas a la playa de Nethertown, donde un gran número de yoles estaban en la arena.

Hugo frunció el ceño. “¿Hoy es domingo?”

—¿Por qué no sale ningún barco? —preguntó Martha.

La mandíbula de Jem se movió hacia adelante y atrás. Su mirada era furtiva.

Martha miró a Hugo y él se encogió de hombros.

Solo entonces Hugo se dio cuenta que todas las personas estaban paradas en la parte superior de la playa.

—¡Cielos! —murmuró Hugo, en voz baja. Parecía que toda la población de la isla, incluso Gerry Boyle, se había reunido para saludarlos. Tragó saliva. ¿De verdad estaban Martha y él, en tantos problemas?

—¿Jem? —La voz de Martha sonaba anormalmente alta.

Robert Clark se situó al frente de la multitud. Él y otros dos hombres se adelantaron para atrapar el yole.

Antes de llegar a la orilla, Cailean recogió a Martha y saltó al agua helada, que le llegaba hasta las rodillas.

Hugo se apresuró a llegar a la proa, mientras los dos hombres encallaban el bote.

—¿Qué diablos...?

—Bájala ahora mismo, Cailean —ordenó Robert Clark con expresión severa. El enorme muchacho se sobresaltó.

—Está bien, Cailean —lo tranquilizó Martha—. Puedes dejarme en el suelo.

Así lo hizo y luego se alejó de Clark, visiblemente preocupado.

—Lo has asustado. —Martha miró a su prometido con el ceño fruncido—. No hay motivo para...

—Hubo un accidente, Martha.

Ella miró a la multitud.

—¿Alguien está herido? Mi padre... ¿dónde está...? —Sus ojos se movieron como locos, antes de fijarse de nuevo en Clark—. ¿Dónde está mi padre?

Clark se aclaró la garganta.

—Hubo un incendio en tu cabaña y... Bueno, lo siento, pero tu padre estaba allí. Debía estar durmiendo cuando...

—¡No! —Sacudió la cabeza con violencia, alejándose de Clark, como si la estuviera atacando—. ¡No! Estás mintiendo... —Se tambaleó, y Hugo se abalanzó hacia delante para atraparla.

Martha se retorció entre sus brazos con lágrimas corriendo por su rostro, mientras lo miraba fijamente.

—¡Hugo, dile que está mintiendo!

Él la rodeó con sus brazos sus delgados y temblorosos hombros, con la mirada fija en Clark. Por una vez, el rostro del otro hombre solo reflejaba tristeza, sin desagrado ni miedo.

—¿Qué pasó? —preguntó Hugo, mientras acariciaba la espalda de Martha.

—Quizás se cayó una vela o el vicario puso algo a cocinar y se olvidó de ello. —Clark se

encogió de hombros—. Es difícil decirlo.

Hugo pensó en lo distraído que había estado el señor Pringle, el día que lo invitó a tomar el té. Y luego pensó en la expresión del vicario, cuando Hugo le dijo que Martha nunca se iría de la isla sin él.

“*Me encargaré de esto,*” se dijo a sí mismo.

A Hugo se le revolvió el estómago, como si hubiera comido algo podrido. ¿Había sido esa la manera que tenía el señor Pringle de solucionar las cosas?

—No puede ser así, ¿cierto, Hugo? —Los dedos de Martha se clavaron en su cintura.

—No creo que el señor Clark te mienta, cariño —dijo, en voz baja.

Pero Martha no parecía oírlo.

—No puede haberse ido. Estuvo aquí hace apenas unas horas. No puede haberse ido tan rápido, no sin algún tipo de... advertencia o la oportunidad de decir adiós. No es así como se supone que debe suceder, ¿no?

Hugo buscó frenéticamente, en su mente, algo que pudiera consolarla, pero, según su experiencia, eso es exactamente lo que les sucede a las personas que a uno le importan: se van cuando uno menos lo espera, y sin previo aviso.

Clark puso una mano sobre el hombro de Martha.

—Ven, Martha. Mi madre y mi hermana te están esperando en la casa. Te cuidaremos.

Hugo sintió que su cuerpo se ponía ligeramente rígido y le sostuvo la mirada, buscando alguna pista sobre lo que ella quería o necesitaba.

Esos ojos le suplicaban, le rogaban que hiciera o dijera algo, que le quitara el dolor y le devolviera la vida, como había sido ayer, cuando su padre aún vivía.

Pero él no podía darle eso. Nadie podía hacerlo.

Martha bajó la mirada y permaneció allí sin ofrecer resistencia, mientras Clark deslizaba su brazo sobre los hombros de ella.

Hugo se tambaleó hacia ella, cuando Clark la alejaba. Sus manos temblaban para agarrarla de nuevo. Pero ella no era suya para consolarla, ¿o sí? Le había contado solo horas antes sobre su compromiso.

Martha rodeó con un brazo el gran cuerpo de Clark y se aferró a él, sus pies se tambalearon, mientras la multitud se abría paso para despejarles el camino. Ella sollozó, como si se le estuviera rompiendo el corazón.

Hugo sospechaba que así era, y no había absolutamente nada que pudiera hacer para ayudarla.

CAPÍTULO VEINTE

Hugo se secó la cara con lo que solía ser su segundo mejor chaleco, pero ahora era su toalla de manos, y luego lavó el trapo en el agua, que se enfriaba rápidamente, y lo colgó para que se secara.

Ya estaba. Ahora estaba listo para trabajar mañana. Su último día de trabajo, de hecho.

Al día siguiente, sábado, Packard transportaría a Hugo al continente, donde alquilaría una habitación en la posada, compraría algo de ropa y zapatos, y luego arrendaría una silla de posta que lo llevara al sur. Un asiento en el correo sería mucho más barato, pero Hugo se negaba a que lo amontonaran, en un espacio reducido, con demasiadas personas.

Vació el agua de lavado y puso la olla boca abajo, mirando al vacío, mientras intentaba ignorar la sensación de pesadez, que se apoderaba de él, cada vez que pensaba en abandonar esa miserable isleta. Pero no había motivo para demorarse más. Ya había prolongado su estadía, una semana más, porque no le había parecido bien irse, justo después del funeral del señor Pringle.

Se había quedado tanto tiempo, que se marchaba el mismo día de la maldita boda de Martha. Estaba muy tentado de ir a ver al señor Stogden esa noche, y decirle que no iría a trabajar al día siguiente, que se marcharía de Stroma, un día antes.

Hugo caminaba con dificultad hacia la casa de Stogden para hacer exactamente eso, cuando recordó que había prometido comer su última cena en la isla con Cailean, mañana en el Greedy Vicar.

Hugo murmuró una palabra vulgar y regresó hacia su maldito cobertizo.

Estaba deseando ver a Cailean y a algunos de los otros isleños, por supuesto, pero no tenía muchas ganas de encontrarse con Martha y Clark juntos. Había estado evitando al Greedy Vicar porque Martha se había alojado en la pequeña habitación de invitados de la posada hasta que se casara.

No era que no pudiera soportar ver a Martha feliz, aunque eso podría haber sido difícil, sino que ella ni siquiera parecía ser la misma de siempre.

Él sabía que ella estaba de luto por su padre, por supuesto, pero debajo de ese dolor Hugo vio una especie de resignación, como si la vida ahora le hubiera revelado todo, y su futuro no deparara sorpresas ni secretos.

Hugo sospechaba que así sería exactamente ese matrimonio con Robert Clark: tendrían hijos, él pescaría, ella trabajaría su pequeño trozo de tierra y cuidaría de su familia, y ellos sobrevivirían.

Era un futuro sombrío, en opinión de Hugo.

No es que estar casado con un prostituto fuera color de rosa.

“Le prometiste al vicario que lo intentarías.”

Hugo apretó los dientes, ante el familiar y molesto estribillo, era como si un coro griego se hubiera instalado, en su cráneo ensangrentado.

La mujer había estado comprometida en secreto con Clark. ¿Qué se suponía que debía hacer, golpearla en la cabeza y arrastrarla a Londres? Si el vicario hubiera sabido que su hija ya estaba enamorada de él, o si hubiera sabido la verdad sobre Hugo, no habría querido que Martha

estuviera cerca de él...

Algo grande y cálido aterrizó en su hombro. Hugo gritó y giró.

Cailean se encogió, sus ojos eran tan redondos, como ruedas de carruaje.

—Oh, perdón por gritar, hermanito, me asustaste. —Hugo forzó una sonrisa tranquilizadora, pero luego frunció el ceño, cuando vio que las mejillas de Cailean estaban húmedas y sus ojos enrojecidos—. ¿Qué pasa? —Entrecerró los ojos—. ¿Hamish te ha estado molestando otra vez?

Cailean meneó la cabeza violentamente.

Hugo gruñó.

—Bien. —Le habría dado una buena paliza a Hamish Fergusson por burlarse de Cailean—. ¿Qué pasa, entonces?

Cailean extendió la mano, tan indeciso como un niño, y tomó el brazo de Hugo.

—¿Quieres que vaya contigo?

Cailean asintió.

Hugo lo siguió, pero el muchacho no le soltó la muñeca. El chico se había pegado más que nunca a él, desde que Lily lo abandonó. Resultó que la nutria hembra tenía un interés amoroso: un macho que, por lo que Hugo podía ver, tenía un carácter bastante desagradable. Hugo había llamado a la nueva nutria Joss, ya que el bastardo grande y de aspecto brutal le recordaba a Hugo, a su némesis de los viejos tiempos: Joss Gormley.

Hugo le había transmitido ese pequeño detalle a Mel en su última carta, seguro que ella se divertiría y lo compartiría con Joss, en su próxima misiva al otro hombre.

Sabía que debería sentirse mal por ponerle el nombre de Joss, a una rata de agua de dientes torcidos, cuando el verdadero Joss le había ofrecido a Hugo el uso de la casa de Lady Selwood, su esposa, en Londres, mientras Hugo arreglaba sus asuntos.

El gesto fue amable y Hugo se mostró agradecido. Sin duda, debería demostrar su gratitud, tratando a Joss con más respeto.

Pero Hugo no estaba dispuesto a cambiar el tono de su relación, en ese momento. Además, dudaba que Joss supiera cómo tratar a un Hugo educado.

Cailean tiró del brazo de Hugo, y casi lo hizo caer al suelo.

—Ve más despacio, hermanito. No hay prisa.

Hugo miró a su alrededor. Cailean lo llevaba en una dirección que ya conocía: hacia el Gloup. Pero él quería correr en dirección contraria.

“Por favor, no otra noche en el Gloup.”

Pero el Cielo no lo estaba escuchando.

Cailean comenzó a descender por el sendero, que parecía un barranco y conducía a las cuevas. Hugo se mantuvo firme.

—Cailean, no creo...

Cailean tiró del brazo de Hugo con tanta fuerza, que tenía que elegir entre seguirle la corriente o perder una extremidad.

—Está bien, está bien. Pero tendrás que soltarme la mano para que pueda...

Hugo dejó escapar un graznido indigno, cuando una nutria apareció desde una grieta en la pared hacia ellos.

Bueno, quizás “perder” fue un poco exagerado, pero aún así...

—¿Qué pasa? —le preguntó a Cailean.

El muchacho señaló las hierbas y las algas secas, que había detrás de Lily. Un pequeño riachuelo bajaba por la pared de la cueva, lo suficientemente cerca como para que la nutria

bebiera, o se mojara el pelaje, algo que parecía gustarles.

Hugo entrecerró los ojos y se inclinó para acercarse.

—¿Es eso...? —Se echó hacia atrás, cuando un mechón de hierba seca se movió—. ¡Cielos! Lily tiene bebés. Eran dos pequeños bultos marrones, y Lily estaba tratando de empujarlos más adentro de la grieta/nido.

Hugo le dio una palmadita a Cailean en el hombro.

—Felicidades, Cailean, eres tío. Entonces, ¿cómo se llaman los cachorros, las crías, las crías recién nacidas?

El ceño de Cailean se frunció.

—¿Qué pasa? ¿No estás feliz por Lily y, eh, Joss? Al menos supongo que él es el padre. Hugo miró a su alrededor en busca de la nutria macho, aunque, afortunadamente, no lo vio.

Cailean se inclinó, como para tocar a los bebés, y Lily emitió un sonido de enojo, con una expresión decididamente hostil. Cailean miró a Hugo con profunda tristeza.

—Todo estará bien, Cailean —dijo Hugo—. Es solo una madre primeriza. Dale un poco de tiempo y...

Se oyó un estridente parloteo desde la izquierda y Hugo dio la vuelta rápidamente: era Joss.

Estaba de pie sobre sus patas traseras con la boca abierta y sosteniendo una almeja en sus manos con garras afiladas. O patas.

—Esta cosa tiene dientes —murmuró Hugo, agarrando el brazo de Cailean—. Vámonos. Los estamos molestando, hermanito. Será mejor que...

Cailean dio la vuelta y salió corriendo por el camino.

—¡Cailean, espera! —gritó Hugo, mientras el muchacho subía por el sendero, sollozando. Joss mostró los dientes y trotó hacia Hugo, pareciendo más una comadreja, que una nutria marina.

—¡Maldita sea! —Hugo retrocedió, no le gustaba darle la espalda a la criatura, sus pies resbalaban sobre el pedregal.

La nutria gruñó.

—¡Oye! —gritó Hugo.

La criatura se sobresaltó, ante el fuerte sonido y se detuvo.

—Así es —espetó, señalando con el dedo al animal—. ¡Cuida tus modales! Y tú también. —Volteó hacia Lily, pero la hembra había desaparecido más adentro del nido. Hugo frunció el ceño hacia Joss, que avanzaba lentamente hacia él, mostrando una vez más los dientes—. Ten cuidado, muchacho —le advirtió.

Y luego dio la vuelta y huyó como un cobarde.

Cailean no estaba a la vista, cuando Hugo finalmente llegó a la cima. Ya casi era de noche y Hugo se rompería el cuello, si lo seguía de noche. Más bien, lo buscaría por la mañana, antes de ir a trabajar.

Mientras Hugo regresaba a su cobertizo, pensó en Cailean y en cómo sería su vida sin su nutria. Lily había estado con el chico, durante casi tres años. Antes que llegara Hugo, la nutria era su única amiga. Y ahora Hugo se iba.

—Cállate, Hugo —se ordenó a sí mismo, mientras se acercaba a su campamento.

Él se detuvo y frunció el ceño. Las solapas del cobertizo estaban bajadas. Pensó que las había dejado levantadas, lo que solía hacer hasta que se iba a dormir.

Se acercó al cobertizo y abrió la trampilla.

—Martha —dijo, sin aliento, para sus propios oídos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hola, Hugo.

Ella estaba sentada en el saco de dormir, gastado pero limpio. El señor Stogden le había dado una almohadilla rellena de brezo para que la colocara debajo de las mantas, y el pequeño cenador de Hugo era cómodo y fragante.

Él dio un paso atrás.

—¿Clark sabe que estás aquí?

—No es asunto suyo.

Hugo soltó una carcajada poco divertida.

—No estoy de acuerdo. Estoy seguro que él también lo estaría. Martha...

—Le dije que no podía casarme con él.

La alegría y el miedo saltaron en el pecho de Hugo.

—¿Ah, sí?

—Pensé en lo que dijiste aquella noche, en el Gloup.

—¿Qué dije?

—Que no eras un buen hombre. Que habías hecho cosas malas y que probablemente las volverías a hacer.

—Eh...

—Eso no me importa.

—¿Qué es lo que no te importa?

—Sobre lo que solías hacer.

—Pero no sabes lo que he hecho.

—No.

Hugo sintió que estaban teniendo dos conversaciones diferentes.

—Uh...

—Mi padre guardaba sus diarios, en total eran cinco, en la iglesia, debajo de la caja fuerte. Había un hueco en el suelo de piedra, donde guardaba los demás objetos de valor de la iglesia.

Hugo sabía todo eso porque había robado el dinero de la iglesia. Se guardó esa información para sí mismo.

—¿Y? —insistió.

—Al principio, no quería leerlos. Sabía que sería demasiado doloroso. Pero hoy sentí... —Sacudió la cabeza—. No importa lo que sentí. Los leí. Bueno, no todos, obviamente, pero empecé por los más recientes y retrocedí varias semanas... hasta la noche del naufragio. Hay entradas que te mencionan.

—Sí, robé el dinero, pero...

—Lo sé —dijo en voz baja—. También sé que mi padre se ofreció a ayudarte, si te quedabas. Y que te ayudó con el señor McCoy.

—Eso es cierto.

—Quería un favor a cambio.

El pequeño fuego de turba enviaba sombras, que bailaban sobre el rostro de ella.

—Sí —lo dijo con cuidado.

Pero cuando ella habló, no fue lo que él temía.

—Dijo que eras un buen hombre, aunque tu pasado fuera, eh, accidentado. —Tragó saliva y pareció que iba a ser un trabajo duro—. También dijo... —Se le quebró la voz y se aclaró la garganta—. También dijo que pensaba que podrías, eh, quererme.

Hugo abrió la boca, pero no pudo pronunciar ninguna palabra.

Ella lo miró fijamente.

—¿Y tú?

Fue el turno de Hugo de tragar saliva, varias veces.

—Eh... —En ese momento experimentó una sensación muy extraña, como si se estuviera viendo a sí mismo desde algún lugar fuera de su cuerpo. No le impresionó lo que vio: tenía la boca abierta, los ojos desorbitados y parecía un idiota. Uno aterrorizado.

—No importa. —Ella se puso de pie y lo empujó para pasar.

Hugo la agarró del brazo con suavidad y la sostuvo.

—Solo... espera un momento, Martha. —Estando tan cerca de ella, pudo ver que ese rostro estaba de color escarlata.

—¿Esperar qué? ¿A que se te ocurra algo? Tienes que ver la expresión en tu cara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, aunque lo sabía.

—Pareces horrorizada y aterrorizada.

Esa fue una apreciación acertada. Afortunadamente, Hugo no lo dijo en voz alta.

Ella tiró de su brazo.

—Simplemente, déjame ir.

Hugo la sujetó.

—Me preocupo por ti, Martha. Pero tú no entiendes...

—¿No entiendo qué?

“¡Ay! ¿Por qué regresé a mi cobertizo? Si hubiera ido a buscar a Cailean podría haber evitado este enfrentamiento. ¿Por qué no...?”

—¿Dices que te preocupas por mí?

Él asintió tontamente.

—Entonces, ¿por qué te quedaste de brazos cruzados, mientras me casaba con Robert?

—Porque es mejor hombre. Eh, para ti —añadió, simplemente porque no podía soportar que ella pensara que quería decir que Clark era mejor en general.

—¿Cómo sabes eso?

—Umm...

Hizo un ruido sorprendentemente similar, al que había hecho Lily antes.

—El hecho que no tenga mucha experiencia con... Bueno con la vida, supongo... no significa que no comprenda mis propios sentimientos. ¿No debería ser yo quien decida quién es mejor para mí?

—Simplemente, creo que ahora, tan pronto, después de la muerte de tu padre, no es el mejor momento para tomar decisiones importantes.

—¿Es por eso que me empujaste a casarme con Robert? —se burló ella.

Ahora era el turno de Hugo de sonar como una nutria enojada.

—Espera un momento, Martha. No hice tal cosa. Me dijiste que estabas comprometida en secreto. ¿O ya lo olvidaste?

Ella se mordió el labio inferior, el mismo que él había soñado con morderle incontables veces.

—Lo inventé.

—¿Qué?

—Pensé que tal vez dirías o harías algo, si te dijera eso.

—¿Qué esperabas exactamente que dijera o hiciera, después de haberme dicho que estabas comprometida con otro hombre? —balbuceó—. ¿Retarlo a un duelo?

—¡Oh, no te hagas el inocente! —Retiró el brazo de golpe—. Sabías que Robert quería casarse conmigo, y aún así me seguiste, pidiendo que pasara tiempo contigo. ¿O era solo para

provocarlo?

—No, claro que no.

Aunque realmente él disfrutaba provocando a Clark, y coqueteando con Martha era la forma más rápida y fácil de hacerlo, no podía decir eso, al menos no sin destruirla.

—Esto fue diferente —agregó sin convicción.

—¿Diferente en qué sentido?

Hugo parecía haberla abandonado.

—Um, te pedí que pasaras tiempo conmigo porque no pensé que estuvieras comprometida.

—Bueno, ya no estoy comprometida.

—Martha, toda la isla vendrá a tu boda, en menos de dos días.

—Ya no.

Él se sentía como si estuviera en uno de esos sueños, en los que intentaba correr, pero no parecía poder llegar a ninguna parte.

“Si realmente quieres deshacerte de ella, todo lo que tienes que hacer es decirle quién eres en realidad, y luego verla correr de regreso hacia su buen hombre.”

La náusea le subió a la garganta, al pensar en confesar quién era. Lo que él era.

Hugo apretó los dientes. Su propia vergüenza lo enfurecía. Nunca le había mentido a nadie sobre quién era ni se había sentido avergonzado por lo que hacía para ganarse la vida.

Y aún así, no podía dejar de mentirle a Martha.

—Lo lamento —se adelantó ella.

Hugo la miró a los ojos afligidos.

—¿Por qué?

—Por tu expresión veo que estás buscando una forma amable de rechazarme. Que simplemente no quieres hacerme daño.

Ella le estaba ofreciendo una salida, y Hugo abrió la boca para aprovecharla.

Pero no salió nada.

Ella tragó saliva y sus ojos se pusieron vidriosos.

—No debería haberte puesto en esta posición. Es mi culpa que...

—¡Oh, diablos! —murmuró Hugo, mientras un suave sollozo se escapaba de ella—. Ven aquí. —La atrajo hacia sus brazos—. Shh, shh. —Le dio unas palmaditas en la espalda, tratando de ignorar la forma en que esos senos presionaban contra su pecho. ¿Qué clase de cerdo pensaba en pezones suaves y hermosos, cuando una mujer estaba angustiada mentalmente?

Hugo la abrazó, dejándola que llorara, frotándole la espalda, como había visto a la gente calmar a los niños, que lloraban.

Cerró los ojos. Ella se sentía bien en sus brazos, encajaba, como si perteneciera allí. Como si su cuerpo hubiera sido hecho para él.

Hugo dejó a un lado sus pensamientos insidiosos, pero los mismos siguieron abriéndose paso.

No había forma que pudiera llevársela con él. Estar con ella en Stroma era una cosa (era un lugar fuera del tiempo, donde no tenía que ser Hugo Buckingham), pero, ¿en Londres? No podía ocultar quién era, lo que hacía, de dónde venía. Allí, simplemente...

—Lamento ser una regadora, pero extraño mucho a mi padre, Hugo —susurró las palabras, en el desgastado material de su chaleco, y su aliento caliente le provocó escalofríos a él, en todo el cuerpo.

—Lo sé —dijo, aunque no lo sabía. ¿Cuándo había amado a alguien como Martha había amado a su padre? Nunca. Ni siquiera de cerca.

—Parece que no puedo dejar de sentirme sola.

—Estoy segura que eso es normal, querida... eh... Martha. Después de todo, viviste con él toda tu vida.

—Me siento sola, cuando estoy con Robert, y me siento aún más sola, cuando imagino que estoy casada con él —murmuró algo entre sus ropas.

—Eh, lo siento, no escuché...

—Dije eso y luego pensé en ti, Hugo.

—Umm...

—Me di cuenta que la última vez que me sentí segura y feliz fue en Gloup.

—¡Oh! Bueno, es natural, ya que no sabías nada sobre tu padre en ese entonces y...

—No, es más que eso. —Se acercó más con su cuerpo suave, curvilíneo y delicioso—. No puedo dejar de pensar en ti.

Y Hugo no podía dejar de pensar en esos senos, y en la forma en que se frotaban contra él. Ella los empujaba contra él.

“Solo un bastardo verdaderamente egoísta y desconsiderado se pondría duro ahora mismo, Hugo.”

Hugo apretó los dientes y ni siquiera se molestó en defenderse. Él era un bastardo.

La rigidez de esa espalda le indicó que ella había notado el repentino endurecimiento de su miembro.

—¡Ah, Martha...! —Siguió con unas groserías.

Ella se estremeció, ante su lenguaje vulgar.

—Lo siento —dijo apresuradamente—. Estoy... eh... Bueno...

Hugo intentó mantenerla a distancia, pero ella se aferró a él, como un percebe, demasiado inocente para darse cuenta de lo que le estaba haciendo.

—Um, deberías dejar que te lleve de vuelta a tu habitación en el Greedy Vicar, cariño. Esto no es un...

Ella se acercó más, sus caderas estaban presionando con fuerza contra las de él.

Hugo gimió y puso los ojos en blanco.

—Martha...

—Está bien, Hugo, sé lo que quieres.

Él abrió su boca.

—Yo... yo también te deseo, Hugo. No necesitas hacer eso otro esta vez... quiero quedarme.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Las palabras ni siquiera habían salido de su boca, cuando Martha quiso arrebatárselas.

Hugo la tomó por la cintura y la colocó firmemente, a la distancia de sus brazos.

—¿Qué otra cosa?

“Quiero decírselo, admitirlo.” La vergüenza la inundó, pero no pudo negarlo.

Hugo provocó en su cuerpo sensaciones que ella nunca había soñado experimentar... y eso que apenas la había tocado.

Ella solo le había contado la verdad parcial sobre por qué había roto con Robert. Sospechaba que a él no le gustaría la historia completa: realmente, Robert la acompañó a su pequeña habitación, en el Greedy Vicar, y Martha lo invitó a entrar.

Él dudó, tratando de ser un caballero, pero Martha insistió. Necesitaba saber qué se sentía, al besarlo y tocarlo.

No le había parecido nada... Bueno, eso no era del todo cierto, se había sentido avergonzada, como si estuviera besando a su hermano.

—Martha. —La mano cálida y callosa de Hugo se deslizó bajo su barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos. Había aparecido una muesca entre los elegantes arcos de sus cejas—. ¿Qué otra cosa?

Cada segundo que ella dudaba, él fruncía aún más el ceño. Ahora que había despertado su curiosidad, no iba a dejarlo así.

Martha lo miró a los ojos oscuros y supo, con cada partícula de su ser, que si no le decía algo, antes que se fuera de Stroma, se arrepentiría de ello por el resto de sus días. Sería mejor hablar y enfrentar el rechazo, que permanecer en silencio y nunca saber.

—Te vi aquella noche en la sala de reuniones, después de lavar tu ropa, y tenías una manta envuelta alrededor de ti y...

La comprensión llegó tan lentamente, como el amanecer, y esa mirada silenciosa y especulativa hizo que el rostro de él se calentase cada vez más.

—Mmm... Parece que esta conversación se disfruta mejor sentados. —Señaló el saco de dormir, donde ella lo había esperado.

Ella se sentó, apoyada contra la pared de piedra, y él se sentó a su lado.

—Entonces, me estabas espiando.

—No te estaba espiando.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo?

—Estaba... me preguntaba... —Su sonrisa crecía con cada balbuceo. Aunque Martha cerró la boca.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —Él parecía genuinamente perplejo.

No podía decirle la verdad, ¿no? Que no podía dejar de pensar en él, que era su rostro lo que quería ver, cuando Robert la besó. Que las manos de Robert sobre su cuerpo la hacían sentir peor que inmovible, la hacían sentir como si estuviera siendo... infiel.

—¿Martha? —insistió.

Ella no podía decirle nada de eso porque era una cobarde. En cambio, dijo:

—Me siento culpable. —Eso no era del todo mentira...

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué te sientes culpable? —preguntó él con paciencia—. Después de todo, no es tu culpa si me viste “eso”. De hecho, la mayoría de la gente diría que no debería estar luciendo “eso”, en ningún lado, y mucho menos, en medio de la sala de reuniones con las puertas abiertas de par en par. —Se detuvo de repente y frunció el ceño—. Dime, ¿cuánto tiempo te quedaste para mirar?

—Mmm.

—¿Te quedaste ahí? ¿Cuánto tiempo estuviste ahí, Martha? ¿Más de un minuto? ¿Menos de una hora? —Su voz era baja y convincente, casi amenazante.

“Solo díselo. Sabes que lo quieres.”

—Eh... hasta el final.

—¿No dirás nada? —La expresión de él era inescrutable.

—¿Pensaste en mí después? ¿Cuándo estabas sola en tu cama?

—¿Qué? —gritó ella, retrocediendo.

—Me escuchaste.

—Pero...

—Sin peros. —Las líneas duras de su rostro eran severas e intensas—. Querías que supiera que me observabas, no lo niegues. Si no hubieras dicho nada, nunca lo habría sabido. Ahora me lo has dicho. Así que ahora responde a mi pregunta: ¿pensabas en mí, cuando estabas en la cama?

Ella respiró profundamente, cerró los ojos con fuerza y asintió.

Él soltó una risita satisfecha y le ahuecó la mandíbula.

—Mírame, Martha.

Ella abrió los ojos y descubrió que él ya no estaba apoyado contra la pared, sino que estaba frente a ella.

—Viniste aquí para seducirme esta noche, ¿no?

Ella abrió la boca para negarlo, pero no salió nada.

—Está bien, no hace falta que respondas a eso. —Le acarició la mejilla con expresión pensativa—. Me excita pensar en ti, observándome, cuando estaba desnudo y erecto.

Ella respiró profundamente, ante esas palabras provocativas.

—Me gusta especialmente imaginarte pensando en mí más tarde, cuando estabas sola. ¿Te tocaste?

La mandíbula de Martha se desplomó.

Esas palabras cortaron los hilos invisibles, que la mantenían unida, y ella comenzó a desmoronarse. Le costaba mucho trabajo respirar, y no había forma que pudiera formar una palabra.

Pero a él no parecía importarle una respuesta.

—Recuerdo lo que pensaba esa noche, mientras me daba placer. ¿Quieres saberlo?

Martha tuvo que respirar por la boca para obtener suficiente aire.

—¿Tú?

Ella asintió con la cabeza de forma brusca.

—¡Quiero que lo digas!

—Hugo, ¿qué estabas pensando, mientras yo me acariciaba hasta llegar al orgasmo? —Un chillido estrangulado salió de la boca abierta de ella.

Hugo deslizó el pulgar suavemente sobre el labio inferior de ella, sintiendo la piel salada sobre la tierna carne.

—Adoro tu boca, Martha. —Su mirada permaneció fija en esos labios, mientras su pulgar se movía de un lado a otro—. ¿Quieres que te diga lo que estaba pensando esa noche sin hacerte suplicar? ¿Te gustaría?

Sus miradas se cruzaron y la expresión de él era dura, casi cruel.

Ella asintió.

—Estaba pensando en ti y en esa boca tuya. —Apretó la mandíbula y se le dilataron las fosas nasales—. Me he dado placer casi todas las noches, pensando en ti, en tu boca, en tu cuerpo.

Él podía oír esa respiración agitada incluso por encima del latido del pulso.

—Solo mirarte me excita y me hace querer... —Le acarició la comisura de los labios—. Viste lo duro que estaba esa noche, ¿no? Eso fue culpa tuya. —Se mordió el labio inferior con sus afilados dientes y sacudió la cabeza—. Últimamente, una vez no es suficiente. A veces se me pone duro, durante el día.

Él repetía mucho esa palabra: “duro”. Él le estaba haciendo cosas al cuerpo de ella, cuyos pulmones se esforzaban y el lugar entre los muslos palpitaba tan fuerte, que incluso podía oír: “thud, thud.” Eran golpes sordos.

Cuando él bajó su boca sobre la de ella, Martha sintió como si la hubiera estado esperando toda su vida.

Sus palabras eran crudas, pero su boca era tan suave, tan gentil. Él bebió un sorbo de esos labios, acariciando esa mandíbula, barbilla y garganta con sus dedos ásperos.

—Mmm —murmuró, mordisqueando el labio inferior, y luego chupándolo dentro de su boca.

La cabeza de Martha daba vueltas, como si estuviera borracha.

Él le soltó el labio y le dio besos de mariposa, en la carne hinchada.

—Sabes tan bien como te ves. Me gustaría comerte.

Martha se quedó boquiabierta, sin duda se parecía a un pez piedra, sacado de una gran profundidad.

Hugo deslizó su mano detrás de la cabeza de ella.

—Recuéstate, cariño, necesito besarte como es debido, apropiadamente...

“¡Ay! ¿Hay algo más? Esto no se parece en nada al beso de Robert.”

—¿Apropiadamente?

—Bueno, quizás “yo” sería una palabra más adecuada para describir este. —Se rió entre dientes y fue el tipo de sonido bajo y gruñón que Martha imaginó, que haría una peligrosa pantera de la jungla justo, antes de abalanzarse—. Y, por favor, respira, no quiero que caigas inconsciente.

Fue un alivio dejar que la cabeza de ella cayera hacia atrás, permitirle sostenerla y acunarla en sus brazos, mientras su boca reclamaba la de ella.

—Relájate y déjame complacerte —murmuró. La besó y lamió la comisura de la boca—. Ábrete —susurró. Su lengua invadió esos labios entreabiertos y la exploró, con ligeros toques provocativos en los labios, la lengua e incluso en los dientes.

Martha luchó por seguir el ritmo de sus besos que dispersaban su ingenio, pero la sensación la inundó, abrumando su cuerpo y mente.

Cuando finalmente se apartó, su respiración era tan agitada como la de ella y sus ojos ardían.

—Hace tanto tiempo que quiero tocarte. —Sus labios perversos se curvaron de una manera, que siempre presagiaba algo escandaloso o provocador—. Bueno, tal vez no esa primera noche, cuando fuiste tan cruel conmigo, pero...

—¿Fui cruel contigo? No fui...

—Pensé en ti aún más, en los días siguientes. —Hizo un chasquido con la lengua—. Buenos pensamientos, en su mayoría, aunque me hiciste limpiar bacinillas.

Ella abrió la boca y él le puso un elegante dedo sobre los labios.

—Shhh —susurró, acariciándola gradualmente, desde la mandíbula hasta la garganta, donde se detuvo, su mano de dedos largos la abrazó con facilidad y la apretó con suavidad. Sus ojos se habían vuelto vagos, como si estuvieran en otro lugar, mientras sus dedos acariciaban la tela de ese vestido de cuello alto, y las ásperas yemas se enganchaban en el algodón desgastado, “scritch, scritch.” Cada rasguño sonaba.

El sonido pareció sacarlo de su ensoñación, levantó la mano y miró su palma con una sonrisa irónica en la boca, mientras alzaba la mirada hacia ella.

—Mis manos ya no son tan suaves y blancas, ¿cierto?

Martha tomó una mano entre las suyas, y le acarició las suaves ampollas y los callos endurecidos.

—No, pero siguen siendo hermosas.

Sus labios se curvaron ligeramente, ante ese cumplido.

—¿Puedo desatar tu capa... antes que te estrangule?

—Puedo hacerlo —dijo y con una mano temblorosa tomó la tela gastada.

—No, déjame a mí. Será una novedad para mí quitarte la capa, mientras que tú puedes hacerlo todos los días.

Una risa ahogada se escapó de ella, ante las tontas palabras. Y de alguna manera, esa caprichosa respuesta calmó sus nervios, en carne viva.

—Eso está mejor —dijo él, abriendo hábilmente el nudo, que efectivamente estaba presionando contra la garganta—. Besarse, tocarse y explorar el cuerpo del otro no es un asunto serio, Martha, hay que saborearlo y celebrarlo. —Le colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja, sin dejar de acariciarla con los dedos, que la calmaban e incitaban—. Tienes un pelo precioso, tan brillante y espeso, no muy diferente de la textura sedosa de Lily.

Ella se rió de nuevo.

—¿Acabas de compararme con una nutria? ¿Las mismas criaturas a las que llamas ratas? Él sonrió.

—Soy terrible, ¿no? —Estando tan cerca de él, ella podía ver que tenía las pupilas hinchadas—. Tendrás que pensar en alguna forma de castigarme.

Sus palabras eran inocentes, pero ella intuía que había otro significado detrás de las mismas, y ansiaba descubrirlo, explorando a ese hombre complejo y confuso. Pero ella era tan miserablemente ignorante, que ni siquiera podía pensar en cómo emprender esa exploración.

—Me porté muy bien, esa noche, en el Gloup, ¿no? —preguntó, y la cuestión irrumpió en sus pensamientos—. Tenía muchas ganas de tocarte.

—Eh, ¿lo hiciste?

—No recuerdo un momento en el que me haya negado lo que quería, especialmente cuando te deseaba tanto.

Esas palabras parecían salidas de un sueño. ¿La había deseado? Martha abrió la boca.

—Me contuve, pero cada hombre tiene su límite, Martha. —Bajó la mirada hacia la boca de ella y sus pupilas se dilataron. Y luego volvió a levantar la mirada—. Y creo que viniste aquí

esta noche para hacerme superar el mío.

Una vez más, ella comenzó a hablar, pero él se apartó, hasta que no se tocaron.

—Te estoy dando la oportunidad de irte... ahora. No tienes que volver con Clark. No tienes que casarte con él ni con nadie más. Me aseguraré que te cuiden bien. Es un favor que le hago a tu padre, no a ti, así que no tienes por qué sentirte en deuda conmigo. Al menos eso es lo que le debo a él. —Hizo una pausa y luego añadió—, no tienes por qué entregarte a mí, Martha.

El cerebro aturdido de Martha procesó torpemente lo que él acababa de decirle. Se estaba ofreciendo a cuidarla, no a casarse ni a pasar el resto de su vida con ella. Se sentía obligado a ayudarla... por su padre.

Lo que no había dicho, pero que Martha había oído de todos modos, era que desearla físicamente, tanto ahora como aquella noche, en el Gloup, no tenía nada que ver con el amor ni el matrimonio. Si ella quería cualquiera de esas cosas de él, debía irse. Ahora.

Entonces, si ella se entregaba a él, debía ser por razones propias. Porque si se quedaba, si sucumbía a su deseo por él, sería una paloma sucia, a los ojos de los hombres decentes. Hombres como Robert.

Pero, se entregara a Hugo o no, Martha sabía, sin lugar a dudas, que nunca querría casarse con nadie más: lo amaba a él. No podía dejar de amarlo solo porque él no sintiera lo mismo.

Entonces, ella podía tomar solo una pequeña parte de él y arruinarse, o podía no tomar nada en absoluto. La decisión fue sorprendentemente fácil.

Martha le agarró la cabeza y lo tiró hacia abajo.

Por un instante, uno que duró años, el cuerpo de Hugo no se rindió ante ella, más bien permaneció rígido e insensible. Y entonces, ella murmuró algo vulgar y reclamó la boca de él, introduciendo su lengua cálida y sedosa entre esos labios.



Hugo sabía que unas pocas palabras suyas, la verdad sobre quién y qué era, la alejarían para siempre. Si realmente le importaba, entonces debía hablar y salvarla.

Pero él era codicioso, lujurioso y egoísta. ¿Por qué debería sorprenderle eso?

Hugo no solo la quería a ella, quería asegurarse que nadie más pudiera tenerla. Quería arruinar sus posibilidades con Clark o cualquier otro hombre decente. Quería dejarle solo una opción: ¡Hugo!

Y entonces bajó su boca sobre la de ella.

Ella se abrió debajo de él, suave, dispuesta y dulce, y él se hundió en ella, profunda y ásperamente, queriendo que ella supiera a qué clase de bestia se estaba entregando: no a un hombre amable y gentil, sino a uno bruto y lujurioso.

Él deseaba que ella se apartara y los salvara a ambos, que le diera una bofetada, en la cara, y se fuera sin mirar atrás.

En lugar de eso, ella agarró su cabello aún más fuertemente, y gimió suavemente, invitándolo a entrar más profundamente, confiando inocentemente en el peor hombre, a millas de distancia.

Hugo los había condenado a ambos.

Él recompensó su confianza, devastándola hasta dejarla sin aliento y gimiendo. Tomó y tomó y tomó, y ella siguió ofreciéndole más. Cuando su lengua acarició tentativamente la de ella, Hugo no detuvo su pillaje, e inclinó la boca, abriéndola más para darle acceso, invitándola a unirse a su caída.

¿Había disfrutado alguna vez tanto de un beso? Su alegría al descubrirlo le hizo darse

cuenta, que nunca había besado a una mujer por el mero hecho de besarla. Después de todo, a los prostitutas no se las contrataba por sus habilidades para besar, ¿o sí?

Se imaginó la expresión de ella cuando supiera que él era un prostituto, y se echó hacia atrás.

—¿Hugo? —Martha lo miró parpadeando—. ¿Pasa algo?

Esa mirada azul y femenina, de ojos muy abiertos, era como la peligrosa belleza de un remolino, y Hugo se dejó arrastrar hacia abajo. Esos ojos eran, sin duda, los más expresivos que había visto, y, en ese momento, sus pupilas estaban enormes de deseo. Por ella.

“Aún puedes salvar esto,” se burló una voz pícara. *“Es solo un beso. Hasta ahora.”*

No quería solo un beso. La quería por completo. Realmente, ¿sería tan malo tomarla para sí mismo, no solo por esa noche, sino por todos los días y noches que le esperaban?

Después de todo, el señor Pringle quería que Hugo sacara a su hija de esas malditas rocas. Era el deber de Hugo hacer lo que el vicario quería, y casarse con ella. Le había dado su palabra al hombre.

“¡Ja! Es la palabra de un prostituto.”

El señor Pringle había visto bondad en Hugo.

“Pero, él no me conoce, ¿cierto, Hugo?”

No, el vicario no tenía idea en qué clase de hombre había confiado a su hija.

Hugo se movió hasta que ya no la tocaba. No podía pensar con claridad con ella entre sus brazos.

—¿Por qué accediste a casarte con Clark, Martha?

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque hace poco lo deseabas lo suficiente como para casarte con él. Sin embargo, ahora estás conmigo. Sientes dolor, estás confundida. ¿Qué pasaría si...?

—Me equivoqué al aceptarlo.

—¿Y si te vuelves a equivocar? Si existe la más mínima posibilidad para ti y Clark, entonces deberías irte. —Las palabras le dolían en la boca.

—¿Estás diciendo que...?

—Lo que digo es que quedarte conmigo esta noche no significa solo esta noche, Martha. No le haré eso a tu padre. —Sabía que su rostro se había deformado en una mueca de desprecio—. Puede que sea un ser podrido hasta la médula, pero al menos puedo cumplir mi palabra. Y si te quedas, significa que te casarás conmigo, Martha.

—¿Estás... estás diciendo que me a-amas?

No era la pregunta que Hugo esperaba. Más tonto que él. ¿Qué joven no soñaba con enamorarse?

La miró a los ojos, que sangraban emoción, y supo que podía mentir sobre todo lo demás en su vida (y lo haría muy bien si ella lo aceptaba), pero no sobre esto.

Hugo la deseaba intensamente, más de lo que jamás había deseado a nadie en su vida. Sus deseos siempre habían sido el dinero y lo que este podía comprarle: seguridad y protección. Desear dinero era fácil: simplemente había que encontrar la manera de conseguirlo.

—¿Deseas a otra persona? Bueno...

—No tengo mucha experiencia con el amor, Martha... ¡Diablos, no tengo ninguna experiencia con él! Dudo que lo reconociera, si se me subiera por la pernera del pantalón y me mordiera en... Bueno, estoy seguro que entiendes lo que quiero decir. Me gustas mucho y disfruto de tu compañía más que de la de cualquier otra persona. Y te encuentro deseable... muy

deseable. —Ella se puso de un atractivo tono rosado, tal como él había sabido que lo haría—. ¿Pero el amor? —Sacudió la cabeza—. Si no sé lo que es eso a los treinta y dos años, dudo que lo sepa alguna vez. No...

—Te amo, Hugo.

La mandíbula de Hugo se hundió.

—Eso es lo que descubrí después de leer el diario de mi padre, cuando me permití sentir, en lugar de hacer simplemente lo que pensé que mi padre hubiera querido, y casarme con Robert. ¡Te amo!

Un gemido se escapó de él, ante esa declaración, y ella se estremeció.

Hugo la tomó de los hombros, cuando ella se iba a dar la vuelta.

—No gemía porque dijiste, bueno, ya sabes... —Hugo ni siquiera podía pronunciar las palabras sangrientas—. ¡Ay! —murmuró con otras groserías, y luego hizo una mueca, cuando ella se sobresaltó—. Lo siento.

Sí. A ella le molestaba su costumbre de pronunciar groserías. Pero esto no era nada ante las demás faltas de Hugo, quien no tenía intención de confesarle los crímenes de su vida.

Aún así, ella debería saber qué clase de hombre era.

—He ganado mucho dinero de maneras que son ilegales e inmorales. No soy un buen hombre, Martha. Mi naturaleza me lleva a conseguir lo que quiero por cualquier medio. Así he sido siempre y no creo que vaya a cambiar.

—Estas... estas cosas que has hecho, ¿estás diciendo que harían que no quisiera casarme contigo, si las supiera?

Hugo soltó una carcajada sin gracia.

—Creo que lo que he hecho haría que ni siquiera quisieras mirarme.

—¿Por qué no me lo dices?

“Sí, Hugo, dile por qué no puedes compartir la verdad. Dile que es porque nadie en tu vida te ha amado nunca ni te ha mirado como ella, y quieres ver cuánto te quiere y si te aceptará sin saber la verdad.”

Hugo no podía negar todo eso, pero difícilmente iba a admitirlo.

—No me avergüenzo de lo que he hecho, Martha, pero también me niego a exponer mi pasado para que lo inspeccionen, el tuyo o el de cualquier otra persona.

—Eso no es justo, ¿cierto?

—Esa es otra cosa: no soy justo.

—¿Has asesinado a alguien, eh, no en defensa propia?

—No —dijo.

—¿Estás casado?

Hugo se rió, genuinamente divertido.

—El asesinato y el matrimonio están íntimamente relacionados en tu mente, ¿no?

Ella no se rió con él.

—No, no estoy casado ni lo he estado nunca. *“Jamás creí que lo estaría.”*

—¿Tienes hijos?

—No.

—¿Eres cruel con los niños o los animales?

Hugo parpadeó.

—Ni siquiera recuerdo la última vez que estuve cerca de un niño. Pero no, nunca he sido deliberadamente cruel con un niño... Bueno, al menos no desde que yo era un niño. Y tampoco con los otros.

Ella lo miró con la misma intensidad ardiente que el día que McCoy llegó a llevar a los prisioneros de regreso al barco: ¡con el corazón en los ojos!

—Mencionaste cómo hiciste dinero. ¿Piensas volver a hacer las cosas que hiciste...?

“¿Cómo debo responder a eso? ¿Volvería a prostituirme?”

El solo hecho de pensar en regresar a esa vida y prostituirse, siete días a la semana, cansaba a Hugo. Pero si Laura destruyó todo por lo que él había trabajado, entonces haría lo que fuera necesario para ganar dinero. Siempre lo había hecho.

—A menos que asesine o abuse de niños y animales, no te haré ninguna promesa. Haré lo que sea necesario para cuidar de mí, y de todos los que estén bajo mi protección. Eso es lo que puedo ofrecerte, Martha.

Ella lo miró solemnemente, durante un largo momento, y luego puso su mano sobre su antebrazo y ambos se quedaron mirándose, como si hubiera una mariposa exótica posada entre ellos. La mano de Hugo temblaba, mientras la deslizaba por el bíceps, sobre el hombro y hasta el cuello de ella, sin detenerse hasta que ahuecó esa mandíbula. Sus dedos estaban tan endurecidos por el trabajo y eran callosos.

La emoción cruda, ese amor, en su mirada, lo hizo sentir humilde. Hugo prometió que haría todo lo humanamente posible para asegurarse que ella fuera feliz, y estuviera bien cuidada.

Lo único que no haría sería decirle la verdad, una que, de todos modos, solo la lastimaría. ¿No era eso suficiente? Tendría que ser así.

Hugo le besó la palma de la mano.

—¿Quieres casarte conmigo, Martha Pringle?

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Su cuerpo se tensó bajo la mano de Martha. A ella le emocionaba poder hacer sentir tan profundamente a un hombre fuerte y poderoso.

Pero también le dolía que él no la amara ni confiara en ella lo suficiente como para decirle la verdad sobre sí mismo. Pero la idea de vivir sin él, sin importar lo que hubiera hecho o pudiera hacer en el futuro, la dolía aún más.

—Sí, me casaré contigo, Hugo Buckingham.

Un minuto estaban sentados, uno al lado del otro, y al siguiente Martha estaba acostada boca arriba, con Hugo inclinándose sobre ella, con sus manos plantadas a ambos lados de esos hombros.

—Martha —susurró, sacudiendo ligeramente la cabeza, perplejo—. Necesitas... para entender lo que vas a conseguir. ¿Qué me viste hacer esa noche? ¿Fisting conmigo mismo? Ese soy yo, Martha. Soy grosero y terrenal y me gusta ser así. No soy un caballero, pero no soy... tan grosero. No me gustan los encuentros furtivos en la oscuridad, me gusta follar en todas las formas.

Ella jadeó.

Hugo asintió, como si ella hubiera dicho algo.

—Y a mí me gusta decir la palabra “joder” ... y otras palabras más crudas. No seré el tipo de marido, que te visite cada semana, y te monte en la oscuridad. Quiero conocer cada parte de tu cuerpo, íntimamente, y quiero que tú aprendas todo sobre el mío.

Los ojos de ella recorrieron su rostro.

—Nunca he tenido una amante antes. —Él se rió entre dientes, cuando ella abrió los ojos de par en par—. No, no quiero decir que sea virgen. Lo que quiero decir es que nunca he estado con nadie que me importara, nadie que me importara.

El corazón de Martha dio un vuelco. Preocuparse por alguien no era amor, pero era mejor que nada. ¿Acaso era patético? Tal vez, pero ella aceptaría lo que pudiera conseguir.

—Sé cómo eres, Hugo. ¿Crees que no lo sé? Eres irreverente, inteligente y, sí, vulgar, pero me gustas tal como eres. No tienes por qué...

Él le aplastó la boca con la suya, dándole un beso salvaje y hambriento. Martha se abrió para él, quien deslizó sus manos entre ese cabello grueso y áspero. La besó hasta que ambos se quedaron sin aliento, y luego le acarició el mentón para inclinarle la cabeza hacia atrás, bajando la boca hasta la base de su garganta y succionándola.

Ella se apretó contra él, incapaz de acercarse lo suficiente, una mano le estaba agarrando el cuello, tirando con fuerza, mientras la otra acariciaba las líneas increíblemente duras de los hombros y espalda. Solo cuando el cabello de ella le hizo cosquillas en la parte superior del pecho, él se dio cuenta que había desabrochado los botones de madera de su vestido.

—Súbete un poco —le dijo, mientras le bajaba el corpiño y la camisola por los hombros. Ella se estremeció, y no solo por el aire fresco de la noche—. Te calentaré —murmuró, y luego hizo algo indescriptiblemente suave, acariciándole el pezón—. Martha. —La palabra fue un susurro húmedo y caliente contra el fruncimiento apretado de la carne.

Un suave gruñido de placer se escapó de su boca mientras él le chupaba el pezón, sin detenerse hasta que se convirtió en un brote duro y necesitado. Su cuerpo se arqueó en una invitación lasciva, el puro placer ahuyentó cualquier timidez.

—Tócame.

Ella le tomó la muñeca y le pasó la mano por debajo de la camisa, que llevaba por fuera del pantalón. Los dedos de Martha rozaron la piel caliente y sedosa que se estiraba tensa sobre músculos tan duros y esculpidos, como los barcos de madera, que construían los isleños.

Él siseó y se flexionó bajo esos dedos inquisitivos.

—¡Qué rico! —la elogió, lamiendo, mordisqueando y chupándola a ella—. Desabróchame el chaleco —le ordenó suavemente, sus dientes estaban rozando la fina piel sobre esas costillas.

Sus manos trabajaban torpemente entre los cuerpos, y cuando llegó al último botón, él se sentó, extendió la mano por encima de su hombro, y se sacó el chaleco y la camisa por la cabeza.

Martha había visto antes la parte superior de su cuerpo, pero nunca tan de cerca ni con la invitación de tocarlo. Lo acarició desde el vientre tentadoramente duro hasta ese pecho suave.

Él gruñó y se dejó caer sobre los codos, capturando esa boca. Sus besos se volvieron frenéticos y lo mismo hicieron las manos de Martha, mientras exploraba la amplia y poderosa figura de esos hombros, que se estrechaban hasta la firme torsión de músculos de su cintura. Y debajo de eso...

Él flexionó sus caderas, mientras empujaba contra ella, la acción provocó que los globos de carne increíblemente apretados se endurecieran aún más.

—Quiero tocarte, Martha.

El miedo y la expectación se arremolinaron en el estómago de ella. Tragó saliva.

—¿Quieres decir que quieres...?

La boca de él se curvó hacia un lado y sus ojos se entrecerraron.

—Lo guardaremos para nuestra noche de bodas. Pero, esta noche... esta noche quiero explorarte y darte placer.

“¿Qué quiso decir él?”

Su expresión hambrienta se volvió casi amable, mientras besaba la punta de la nariz de ella.

—Está bien si prefieres esperar hasta que estemos...

—No... Quiero que me toques, Hugo.

Él se puso de rodillas y su mirada bajó hasta el pecho, que de alguna manera ella había olvidado que estaba descubierto, y ahuecó esos senos con sus grandes y cálidas manos.

Martha se mordió el labio, justo a tiempo para captar un gemido.

—Eres tan hermosa. —Sus ojos oscuros se movieron más abajo.

La mortificación por lo que ella estaba viendo se desmoronó bajo el deseo crudo, en esa mirada, y el calor se acumuló en su vientre.

—¿Hugo? ¿Deberíamos... cerrar la solapa...?

—No. Sin la luz del fuego estaría demasiado oscuro. Necesito verte.

Martha sabía que debía insistir: ¿y si alguien los veía?

Pero ella también quería verlo.

Él la miró fijamente, mientras acariciaba con despreocupación esos pezones ya duros, cada toque enviaba descargas dolorosamente placenteras, a esos muslos fuertemente apretados.

Un sonido gutural se escapó de la boca de ella, quien empujó el pecho hacia él, mientras bajaba la boca. Él no succionó, como lo había hecho antes, sino que le dio besos frustrantemente suaves, acariciándola con una mano, mientras con la otra tiraba de la tela abultada que la rodeaba

por el abdomen, cada vez más abajo.

—Levanta el trasero, cariño.

Ella obedeció y él le bajó el vestido y la camisola, descendiendo su mirada hacia el triángulo de rizos oscuros. En lugar de tocarla allí, le frotó el estómago en círculos. Su boca se curvó mientras la acariciaba, los círculos se hicieron cada vez más grandes y más bajos hasta que...

Martha se puso rígida, cuando él le rozó el montículo y se detuvo. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella.

—¿Quieres que pare?

—No.

Sus párpados se abrieron y sus labios se curvaron en una sonrisa débil, pero complacida.

—Abre tus muslos para mí, Martha.

Los músculos de esas piernas se sacudieron y saltaron para obedecer sus órdenes, la vergüenza se mezcló con el deseo, mientras se abría a él. Hugo acarició ese vientre y ese montículo, arrullando la comisura de los labios inferiores, pero la presión que ejercía nunca era suficiente para tocar esa parte exquisitamente sensible de ella.

Martha empujó la pelvis hacia arriba, en la siguiente brazada.

Él se rió entre dientes, su mano no cesaba su magnífica labor. En la siguiente caricia, la punta de su dedo se deslizó entre esos labios, y ella gimió.

—Tan húmeda e hinchada, y toda para mí, ¿no es así, Martha?

Martha no estaba en condiciones de hablar.

Sus caricias se volvieron rítmicas.

—Tu pequeño capullo está hinchado, necesitado —gruñó Hugo—. Joder, quiero poner mi boca sobre ti.

Todo el cuerpo de ella se estremeció ante su lenguaje crudo (no estaba tan perdida en el placer como para no notar sus groserías) y sus palabras impactantes.

“¿*Mi boca?*”

—He estado soñando con esto todas las noches. —Acarició desde la parte que él llamaba capullo hasta la entrada, y luego empujó un dedo dentro de ella.

Martha jadeó y su cuerpo se tensó.

—Estás tan apretada, cariño. —Comenzó a trabajarla con suaves caricias, ese pecho retumbaba con un sonido, que era notablemente parecido a un ronroneo.

Finalmente, él tocó el núcleo sensible.

Martha no pudo evitarlo. Gimió, su cuerpo se volvió líquido, cuando ese pulgar hizo círculos alrededor de la fuente de su placer, mientras introducía otro dedo junto al primero, el estiramiento era a la vez incómodo y tremendamente erótico.

—¿Alguna vez te has venido por dentro? —La bombeó más fuerte y profundamente, como para demostrar a qué interior se refería.

Un sonido ahogado escapó de los labios entreabiertos de ella, y él se rió entre dientes.

—Lo tomaré como un no. Te sientes como terciopelo caliente y resbaladizo por dentro, Martha. No puedo esperar a verte explorar tu cuerpo. —Hizo algo con los dedos que la hizo gemir y sacudirse—. Estás tan cerca —dijo, llevándola hacia el clímax con una facilidad sorprendente. Martha intentó contenerse, para prolongar el placer, pero ella no era rival para esa mano mágica.

—Desábrete para mí, Martha.

Ella explotó, ante esa orden, y se perdió en un éxtasis absoluto, apenas vagamente

consciente de su ronco y desesperado lamento, y de esa voz tranquilizadora, mientras se dejaba llevar.

Fue el cosquilleo del pelo, en el vientre, lo que la hizo volver en sí.

Se incorporó, apoyándose en los codos, con los brazos temblorosos y débiles.

—Hugo... ¿qué...?

—Voy a usar mi boca en ti. —La abrió con sus pulgares.

—¡Hugo! Eso es...

—¡Oh, Martha! —dijo con un tono reverencial—. Tienes la vagina más bonita, que he visto en mi vida.

El grito mortificado de Martha se convirtió en un gemido, cuando él bajó su boca sobre el ya estimulado manojo de nervios, destrozándola con el suave calor húmedo de su boca.

—Hugo —susurró, con algo más que un poco de reverencia en su tono.

La necesidad de entregarse al placer, de derrumbarse y cerrar los ojos, era casi abrumadora, pero ella necesitaba ver y ser testigo de esa exquisita perversidad. La cabeza oscura de él se balanceaba entre los muslos abiertos, mientras la lamía con la parte plana de su lengua, una y otra vez.

Martha comenzó a estremecerse, a medida que el placer ahora familiar aumentaba, incitado no solo por la sensación física, sino también por la pura depravación del acto, sabiendo que Hugo estaba tocando un lugar tan íntimo y privado con su boca.

El clímax la golpeó como un rayo y su espalda se arqueó, sus talones estaban clavándose en la ropa de cama, mientras se frotaba contra su boca, gruñendo y maullando y casi sollozando.

—Así es, cariño, déjalo ir y venir.

El cuerpo de ella se tensó y soltó, más de una vez, hasta que quedó flácida y escurrida como un trapo.

Cuando Hugo se apartó, ella abrió los ojos mareada. Él se había puesto de rodillas, con una mano en la parte delantera de los pantalones. En lugar de desatar el cinturón improvisado, se acarició el bulto obsceno sobre la fina tela, mientras los músculos de sus antebrazos estaban tensos y rígidos.

—Me llevará mucho tiempo conciliar el sueño, Martha.

Ella extendió la mano para alcanzar ese cinturón, pero él meneó la cabeza y se apartó.

—Esta noche no, cariño. Deberíamos vestirnos, y te acompañaré de regreso al Greedy

Vicar



Hugo no podía creer que esas palabras acababan de salir de su propia boca.

Nunca se había sentido tan excitado en toda su vida. ¿Qué diferencia habría si la tomaba a ella? Especialmente, después de lo que acababan de hacer. Se iban a casar, ¿realmente importaba si él tenía su virginidad ahora, o dentro de dos días?

Y aún así...

—¿Hugo?

—¿Mmm?

—Tengo una pregunta.

Su cuerpo se puso rígido, y no de una manera placentera. Las preguntas, según su experiencia, nunca eran buenas.

—Sí —dijo con cautela.

—¿Por qué me evitaste durante dos semanas, después de aceptar el trabajo para el señor

Stogden, y luego regresaste de repente?

—Traté de mantenerme alejado para no caer en la tentación de hacer algo como lo que acabamos de hacer. —Soltó una risa áspera y sin gracia—. Está claro que no tuve demasiado éxito.

—¡Oh! —Ella bajó la mirada hacia su propio cuerpo, vio que estaba desnuda y tiró del borde de la manta para cubrirse.

Hugo no era un hombre religioso, pero incluso él conocía la historia bíblica de Eva, y cómo ella se cubrió el cuerpo por vergüenza. Además, algo que Hugo acababa de decir había avergonzado a Martha.

—¿Qué te dije para hacerte daño? —preguntó.

—Nada.

—Martha, mírame, amor. —Esos ojos femeninos, que hacía poco tiempo habían estado nublados de placer, ahora estaban cubiertos de dolor—. ¿Recuerdas lo que dije antes, sobre que no tengo experiencia en este tipo de cosas?

Ella asintió de mala gana.

—Eso significa que tienes que decirme, cuando digo algo grosero o hiriente. Esa no era mi intención, pero parece que sucedió.

Martha llenó sus pulmones y exhaló lentamente, antes de responder.

—Es solo que... Bueno, parece que no querías agradarme.

Y eso, como dice el refrán, dio en el clavo.

Incluso Hugo, tan inconsciente como era, sabía que no podía decir eso.

En cambio, dijo:

—Simplemente creí que estarías mejor con Clark.

Los surcos de la frente de ella se hicieron más profundos.

Hugo lo intentó de nuevo;

—No fue fácil mantenerme alejado de ti, Martha. —Eso, al menos, no era mentira—. ¿No puedes simplemente aceptar que estaba tratando de hacer lo correcto por ti?

Las emociones se reflejaban en ese hermoso rostro de Martha, como una manada de caballos. No pudo identificar cuál de ellas finalmente se calmó, pero al menos asintió. Luego se llevó la mano de él a la boca y le besó la palma.

La tierna acción lo dejó a él sin aliento.

—Tus pobres manos —murmuró ella, besándole los dedos. Se detuvo sobre la gran ampolla que tenía en el pulgar, la besó y luego—. Que se salven. —La lamió con su lengua de gatita.

—¡Ay, Martha!

Ella dejó caer esa mano, como si fuera un carbón caliente.

—Lo siento mucho, ¿te lastimé?

Hugo tomó su mano y la colocó sobre su palpitante polla, en respuesta.

—¡Oh! —Esos labios regordetes se abrieron por la sorpresa, lo que, por supuesto, lo puso a él, aún más duro—. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte así...?

—Mucho tiempo —le aseguró. Su capacidad para mantener la erección, durante horas, además de su notable tiempo de recuperación, eran algunas de las cosas que lo habían convertido en un hombre tan exitoso, en su negocio.

Sus dedos se apretaron alrededor de su miembro, y él apretó los dientes y levantó su mano.

—Necesitamos llevarte de regreso a tu habitación en el Greedy Vicar.

“Por mi propia cordura.”

—¿No puedo quedarme un poco más? —Se inclinó hacia él, suspirando de una manera, que le apretó el pecho.

—Solo un poquito —dijo él con voz ronca.

Hugo se acostó a su lado, y ella se colocó la manta bajo los brazos.

—Me siento culpable.

—¿Sobre lo que hicimos?

—¡Oh, no! Por supuesto que no.

Era desconcertante lo mucho que esas palabras lo aliviaron a él.

Ella le besó la mano otra vez.

—Me encantó lo que hicimos. No puedo esperar a hacerlo de nuevo. Y otras cosas también.

La mandíbula de Hugo se desplomó. ¿Esta era la señorita Martha Pringle? Mientras su cerebro se aturdía, ante las palabras que salían de esa boca, su pene latía alegremente. Nunca en toda su vida había deseado tener sexo con alguien, así saliera mal.

Hugo no estaba seguro de estar del todo contento con eso...

—Eh... ¿qué te hace sentir culpable, entonces? —preguntó, cuando vio que ella lo estaba mirando.

—¿Es malo de mi parte querer dejar Stroma?

Él resopló.

—Yo diría que es un signo de inteligencia. —Le acarició suavemente el pómulos con el pulgar—. ¿Por qué crees que tu padre vino aquí en primer lugar?

—Dijo que quería estar en algún lugar donde sus servicios fueran necesarios.

—¿A tu madre le gustaba estar aquí? —Hugo sospechaba que la esposa de un vicario tenía que ir a donde su marido pudiera conseguir trabajo.

—No recuerdo a mi madre. Mi padre dijo que nunca estuvo del todo fuerte después que yo nací, pero que fue ella quien quiso venir a la isla. Se resfrió y se agravó. Las tormentas fueron terribles, en ese invierno, y no pudo llevarla a un médico a tiempo.

—¿Nunca has conocido a ninguno de los parientes de tu madre?

—Mi padre dijo que ella era huérfana —vaciló—. He estado pensando en tu familia, Hugo. Esas palabras le provocaron una punzada de ansiedad en el pecho.

—¿Ah, sí?

—¿No querrán verte casarte? Quiero decir, no conozco a todos, pero tal vez pueda conocer a uno o dos.

Había olvidado por completo que había hablado de su familia aquella noche, en las cuevas. “¿Qué diablos le dije?”

—¿Quieres esperar hasta que puedan venir para casarte?

Hugo tuvo que morderse la lengua para no reírse: tendrían que esperar mucho tiempo.

—No son precisamente gente que viaje mucho. —Solo después de decir eso recordó que le había dicho que todos ellos se habían mudado de Londres. Realmente, necesitaba aclarar sus mentiras.

—Eh... ¿no es necesario que se lean las amonestaciones? —preguntó con la esperanza de desviar el tema de su familia.

—No, en Escocia una pareja voluntaria puede casarse sin tales formalidades.

—Bueno, entonces el cura va a venir a Stroma para una boda, creo que deberíamos darle una.

Su expresión, comprensiblemente, estaba tensa.

—O podemos esperar, Martha. Siempre puedo ir a Londres y volver cuando...
—No, el sábado es la mejor idea. ¿Querrás irte inmediatamente después?
—Preferiría pasar nuestra noche de bodas en otro lugar que no sea este cobertizo ni el dormitorio de invitados del Greedy Vicar.
Ella se mordió el labio.
—¿Qué es?
—¿Has pensado en Cailean el Pequeño? Te extrañarás, se ha encariñado mucho contigo. Pero, su tía, bueno...
—¿Qué estás diciendo, Martha?
—Su tía lo cuida, pero ella no...
—Ella no lo trata como a una persona —terminó Hugo por ella. Más bien como a un perro. O como a un animal de tiro.
—Ella hace lo mejor que puede, pero no creo que él sea feliz aquí.
Hugo gimió.
—Martha. ¿Estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo?
—¿Tu casa en Londres es demasiado pequeña?
Se rió, antes de poder contenerse. El apartamento de Solange era enorme y tenía muchas habitaciones.
Martha frunció el ceño.
—¿Por qué es gracioso?
—El problema no es que haya suficiente espacio —dijo—. ¿Por qué dices eso? ¿Cailean te contó lo de Lily?
—Cailean realmente no se comunica conmigo ni con nadie, como lo hace contigo.
Hugo reprimió una oleada de orgullo.
—¿Qué te dijo de Lily? —preguntó ella.
—Lily tiene una familia y no se mostró muy amigable al incluir a Cailean.
—Bueno, eso tenía que pasar tarde o temprano. Pensé que se habría ido hace mucho tiempo.
—No puedo imaginar que Cailean sea feliz en Londres, Martha.
—¿Por qué no?
—Es ruidoso, hay mucha gente y no hay el tipo de lugares que parecen gustarle: playas, el mar, muchos campos para explorar.
—Creo que pasa tanto tiempo vagando porque no le gusta estar en la casa de su tía.
Hugo sospechó que ella tenía razón.
Aún así, cuando intentó imaginar al joven tímido y gentil de Londres, simplemente no pudo hacerlo. Sin embargo, cuando intentó imaginar a Cailean en Stroma sin Lily, Martha o Hugo, no quiso pensar en ello.
—¡Cielos! Martha. ¿Qué vamos a hacer con Cailean?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Hugo no esperaba tener que enfrentar ninguna pregunta sobre Martha hasta después del trabajo, cuando aceptó reunirse con ella en el Greedy Vicar.

Pero la gente de Stroma lo sorprendió una vez más.

—Eres un buen muchacho —dijo Stogden, una vez que terminó su último día—. Si alguna vez necesitas trabajo, serás bienvenido de nuevo aquí.

—Eh, gracias, señor. —Hugo se sintió humilde, ante el cumplido.

—Tengo entendido que te casarás con Martha Pringle.

Hugo se quedó boquiabierto.

El señor Stogden se rió entre dientes.

—Incluso un ermitaño, como yo, recibe noticias como esta rápidamente. —Su rostro se volvió severo—. Sé que el vicario te tenía en alta estima, Hugo. Hubiera estado encantado con esto —dijo Stogden, sorprendiendo a Hugo—. Clark es un hombre sólido, pero el señor Pringle quería lo mejor para Martha. Y la vida en Stroma... Bueno, digamos que animé a mis hijos a buscar trabajo en otro lugar. —Hizo una pausa, sus ojos repentinamente se volvieron tan duros y pétreos como la piedra de su cantera—. Asegúrate de hacer un buen trabajo con ella, Hugo Buckingham.

—Haré lo mejor que pueda, señor.

Stogden le entregó un fajo de monedas.

—Aquí tienes tu paga. —Sonrió y le guiñó el ojo—. Espero verte en Greedy Vicar, más tarde para poder invitarte a una cerveza de felicitación.

—Me gustaría eso, señor.

Hugo no tardó mucho en arreglarse y ponerse su mejor conjunto de ropa, y pronto se dirigió al pequeño pub. Si bien no estaba ansioso por el interrogatorio, al que probablemente se enfrentaría, no podía dejar que Martha respondiera todas las preguntas sola.

—Buenas noches, vete...

Giró y encontró a Jem Packard caminando lentamente hacia él.

—Hola, señor Packard.

—Supongo que no podré llevarte mañana tan temprano, ¿no?

Hugo resopló y reanudó su caminata.

—¿Todos en la isla lo saben?

—Sí, y probablemente también en tierra firme. —Jem se puso a caminar a su lado—. Martha dice que se casarán, cuando llegue el cura mañana.

Hugo no percibió ningún juicio, en su tono.

—Sí, es cierto. Necesitaré que nos acompañes, después del banquete de bodas, si el clima lo permite, por supuesto.

Jem no respondió inmediatamente.

Caminaron en silencio.

—Sí, creo que puedo hacerlo. ¿Hablaste con Clark?

Hugo miró al hombre mayor. Jem nunca había hablado tanto con él antes.

—No. ¿Por qué debería haberlo hecho?

—No hay razón. —Jem se encogió de hombros.

Hugo sospechaba que había una, pero era demasiado tonto para adivinarla.

—Tengo que pasar por casa de la señora Fergusson —aclaró Hugo, mientras se acercaban a la pequeña casa de piedra donde Cailean vivía con su tía y su prima—. ¿Vas a ir a Vicar? —Esa era una pregunta estúpida, ¿a dónde más podría ir?

—Sí.

—Dile a Martha que llegaré en breve.

Jem parecía querer decirle algo, pero simplemente asintió y continuó por el camino.

Hugo respiró profundamente y luego tocó a la puerta de la señora Fergusson. Escuchó a la mujer gritar dentro de la casa, y un momento después la puerta se abrió.

Le sonrió a Cailean.

—¡Ah! Justo el hombre que estaba buscando. —Cailean entró en la casa sin mirarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo. —¿Cailean? —Pero el chico entró, arrastrando los pies en la pequeña cocina con la mirada baja, dejando que Hugo lo siguiera.

—¿Quién es? —preguntó bruscamente la señora Fergusson, sin apartarse de la cocina donde estaba cortando patatas para echarlas a la olla.

Hugo se irritó por ese tono. “*¿Por qué tiene que hablarle a su sobrino con tanta dureza?*”

—Buenas noches, señora Fergusson.

Ella dio la vuelta, nerviosa.

—Oh, Mester, tú, vete, eh, yo no...

—Quiero llevarme a Cailean conmigo —soltó Hugo, impulsado por la ira y su necesidad de hablar sin rodeos. Hugo volteó hacia el muchacho—. Lo siento, debería haberte preguntado antes...

Cailean lo abrazó.

—Cailean. —Hugo resopló, golpeando la espalda del otro hombre, cuando este no pudo pronunciar ninguna palabra—. Déjalo ir, a Cailean. —Él regañó la anciana.

Cailean soltó la tenaza y Hugo inhaló una bocanada de aire. Sí, definitivamente tenía una costilla magullada.

—Tienes razón, Mester ¿Eres tú?

Él se encontró con la mirada preocupada de Cailean.

—Estoy bien. —Sonrió para demostrar que lo decía en serio—. ¿Supongo que es un sí?

Cailean asintió vigorosamente.

Hugo miró a la tía.

—¿Señora Fergusson?

Ella tragó saliva, ante esa dura mirada, y vio a su sobrino. Hugo reconoció el arrepentimiento, en el rostro de ella, y supo que extrañaría al muchacho, aunque lo viera como una carga.

—Cuidarás de él, ¿no?

—Lo haré.

La señora Fergusson le dijo algo en escocés a Cailean, aunque Hugo entendió la palabra “Martha”, así que obviamente ella ya sabía de su inminente matrimonio.

Cailean asintió, ante lo que ella dijo, y la anciana se dirigió hacia Hugo:

—Le dije que fuera un buen muchacho, que te cuidara a ti y a Martha.

Hugo sospechaba que no era necesario que Cailean le dijera eso, pero comprendió que probablemente era la forma de la anciana de demostrar que le importaba.

—Si no le gusta estar en Londres, me aseguraré que regrese contigo, sano y salvo —le prometió.

A su lado, Cailean saltaba sobre las puntas de sus pies, mirando a Hugo, como si fuera un dios.

“¡Maldita sea!”

—¿Quieres venir a ver a Martha en Vicar? —preguntó Hugo, más que un poco avergonzado por la mirada de adoración de Cailean.

Cailean salió corriendo de la cocina y Hugo le sonrió a la anciana.

—Supongo que eso también es un sí —dudó por un momento y luego agregó—, espero que venga y disfrute de una copa de jerez para celebrar con nosotros, señora Fergusson.

Ese rostro envejecido se arrugó más, en una sonrisa.

—Sí, gracias. Iré en un momento.

Hugo se fue satisfecho de sí mismo por haberle ofrecido la rama de olivo.

Greedy Vicar ya estaba lleno, cuando llegaron Hugo y Cailean. Por un momento, todo quedó en silencio, y Hugo sintió el peso de varias docenas de miradas.

Pero entonces, alguien gritó:

—¡Hugo!

La gente del salón estalló en un cálido y ruidoso caos, mientras las personas, que había llegado a conocer, durante las últimas semanas gritaban felicitaciones, le daban palmadas en el hombro y, en general, se burlaban de él por sus inminentes nupcias.

Martha se sentó en la mesa más cercana a la pequeña barra, y Hugo se dirigió hacia ella, teniendo que detenerse con frecuencia para recibir buenos deseos y felicitaciones.

—Buenas noches, señora Pringle —bromeó.

Ella le dirigió una sonrisa tímida con las mejillas sonrosadas.

—Señor Higgenbotham.

Hugo se rió.

—Hola Cailean. Espero que... —Martha se mordió el labio y miró a Hugo.

—Cailean ha aceptado unirse a nosotros.

La sonrisa de ella era gloriosa.

—¡Oh! Estoy tan feliz de escuchar eso.

Hugo le sonrió a Cailean, que parecía a punto de estallar.

—¿Por qué no le dices a Joe lo que quieres beber, Cailean? Y me traes una pinta de cerveza amarga, si no te importa.

El muchacho asintió y corrió hacia la barra.

Hugo se dejó caer en la silla, junto a Martha, suspirando.

—Estoy tan feliz que venga con nosotros, Hugo. —Esa mirada de adoración le hizo a Hugo querer pavonearse como un idiota.

—Bueno, yo también —dijo con brusquedad—. Entonces —expresó, cambiando de tema—. ¿Fue un día difícil?

—No tan malo como temía.

—Todos con los que hablé ya lo sabían —le dijo—. Debes haber estado ocupada.

—Solo tuve que decírselo a Joe y Mary, y ellos hicieron el resto —dudó por un momento y luego agregó—, pero el día se me hizo interminable, me alegro que estés aquí.

Al oír esas palabras, él sintió una calidez, que se extendió por su interior.

—Yo también —dijo en voz baja, y luego notó la ligera tensión en esos ojos y frunció el ceño—. ¿Hubo alguien que fuera cruel con nuestra decisión de casarnos tan rápido?

“Como Clark.”

—No, en absoluto —le aseguró—. Es solo que, bueno, yo... yo hablé con el señor Clark primero... sentí que él merecía saberlo, antes que nadie. Fue un perfecto caballero y me deseó todo lo mejor.

—Por supuesto que lo es. —Hugo frunció el ceño, ante la oleada de celos, que sintió en su vientre.

—Todos entienden por qué lo hacemos de esta manera. —Ella sonrió tranquilizadamente—. La gente te quiere y te respeta, aunque no te conozcan desde hace mucho tiempo, y se preocupan por mí, y están felices por nosotros.

Hugo no estaba tan seguro de esa valoración, pero, a medida que avanzaba la noche y más gente acudía a felicitarlos, se dio cuenta que ella tenía razón. La gente de Stroma veía a Hugo como un hombre que fue perjudicado por la ley, y que había trabajado duro, durante las últimas semanas. Además, muchos de ellos todavía no habían perdonado a Robert Clark por la ayuda, que le había brindado a McCoy. La parte cínica de Hugo (la más grande) sospechaba que esa era la verdadera razón por la que tanta gente parecía feliz con la decisión de Martha de casarse con Hugo.

Cualquiera fuera la razón, a Hugo le dolía la cara de tanto sonreír, en el momento en que el pequeño salón comenzó a vaciarse.

—¿Necesitas una antorcha? —preguntó Martha, mientras Hugo la acompañaba escaleras arriba, hacia la única habitación de huéspedes de la posada.

—No, ya hay suficiente luna. —Hugo abrió la puerta del pequeño dormitorio.

Ella le dirigió una mirada furtiva.

—Bueno, buenas noches, entonces.

Hugo la agarró del brazo, antes que pudiera escabullirse.

—¿Seguro que puedo darte un beso?

Ella se sonrojó adorablemente.

—Bueno...

Hugo le dio un casto beso, en su mejilla sonrojada.

Ella frunció el ceño.

—¿Eso es todo?

Hugo se rió y reclamó sus labios suaves, como pétalos con un beso de verdad.

—Duerme bien, Martha. Te veré mañana. —Le guiñó un ojo—. En nuestra boda.

Él había recorrido apenas un corto trecho por el camino, cuando notó que alguien con una antorcha se acercaba, desde un grupo de cabañas.

Hugo se detuvo.

—Buenas noches, Clark.

Él no paró de caminar hasta que prácticamente se paró sobre los dedos de Hugo.

—Te estaba esperando, Buckingham.

Si Clark pensaba que su comportamiento era intimidante, estaba profundamente equivocado.

En lugar de dar un paso atrás, Hugo dio un paso adelante.

—Vaya, Robert —ronroneó sugerentemente—. No sabía que esto te importaba.

Clark se echó hacia atrás tan rápido, que tropezó, y Hugo lo atrapó del brazo, antes que pudiera caerse sobre su trasero.

Clark apartó el brazo de un tirón.

—Hay algo podrido en ti, Buckingham. —Él resopló—. Hasta tu nombre suena falso.

Al menos en eso él tenía razón.

—Creo que lo que estás tratando de decir es: “¡felicitaciones, Hugo!”

La mandíbula de Clark se movió de un lado a otro, y sus manos se cerraron en puños a los costados.

Hugo permaneció tenso, mientras esperaba el ataque del otro hombre.

Pero entonces los hombros de Clark se hundieron y toda la rabia pareció desaparecer de él. Sacudió la cabeza con una expresión de resignación y disgusto.

—No puedo culpar a Martha por elegirte. Es solo una simple muchacha de campo, que perdió a su padre y está confundida y asustada. La vida en la isla es dura, y estoy seguro que Londres debe sonar exótico y atractivo para ella. Pero su lugar está aquí con gente que la cuidará. Creo que ya lo sabes, Buckingham. Si te preocupas por ella, entonces debes pensar en lo que más le conviene. No le hagas esto, no la alejes del único hogar que ha conocido.

Las amenazas de Clark solo lo habían divertido, pero, ¿la súplica de Clark?

Bueno, eso era otro asunto. Tal vez sus palabras no hubieran sido tan conmovedoras, si Hugo no hubiera estado completamente de acuerdo con el otro hombre.

—Martha es una mujer adulta —dijo—. Puede tomar sus propias decisiones.

—¿Acaso la amas?

—Lo que yo siento por ella no es asunto tuyo.

—Bueno, yo la amo —dijo Clark.

La furia y algo más (muy parecido a la envidia) estallaron en su interior, ante la afirmación de Clark y la facilidad con que lo hizo. Hugo se burló.

—¡Qué bueno para ti, Clark! Pero Martha no te ama a ti... Más bien, me ama a mí. Y eso es lo que importa, ¿no?

Clark lo miró con tristeza.

—No la amas, ¿cierto? Eres el tipo de hombre que no puede amar a nadie más que a ti mismo. Porque si lo hicieras, harías lo mejor para ella y la dejarías en paz. —Clark giró sobre sus talones y se dirigió hacia la pequeña cabaña de piedra, que Hugo sabía que él compartía con su madre, su hermana viuda y sus hijos.

Hugo abrió la boca para gritar algo, burlarse del otro hombre y obligarlo a volver a pelear, pero cerró la boca sin emitir sonido alguno, porque estaba de acuerdo con la acusación de Clark.

Si realmente amaba a Martha, desearía que ella tuviera lo mejor. Y Hugo no era lo mejor para nadie, especialmente para una mujer.

En lugar de dejarla aquí con un hombre que la amaba, iba a tomarla como su esposa sin decirle nunca la verdad: que él era un prostituto mentiroso, incapaz de amar.

Si él fuera mejor hombre, robaría un barco, remaría hasta el continente y desaparecería de su vida.

Pero él no era un mejor hombre, y de ninguna manera iba a dejar ir a Martha.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

—Entonces, señora Buckingham.

Martha le sonrió a su marido. Apenas llevaban cuatro horas de casados.

—Bueno, señor Buckingham.

Hugo le devolvió la sonrisa con una expresión alegre y juvenil, que no era habitual en él.

—Lamento que nuestra boda haya sido tan apresurada —dijo él, mientras caminaban desde el Norseman Inn and Public House hacia Wick's High Street.

—Durante la cosecha siempre hay demasiado trabajo como para que nos lleve más de unas horas —confirmó ella—. Por eso la mayoría de las bodas se celebran en invierno o primavera.

—Tengo que admitir que me alegro de haber llegado a Wick, antes que cerraran las tiendas. No estoy seguro de cuánto podremos conseguir hoy.

Para la boda, el señor Stogden le había prestado un abrigo y un pañuelo, aunque él se había cambiado de ropa, justo antes de partir.

La ropa de Martha (todo, menos lo que llevaba puesto la noche en que quedó atrapada en el Gloup con Hugo) se había quemado en el incendio, junto con todas sus pertenencias, por lo que las mujeres de la isla habían contribuido a su atuendo de boda. Si bien el gesto fue amable, su expresión era horrible. Aún así, incluso vestida con harapos que no le quedaban bien, se sentía más feliz que en toda su vida.

La culpa había intentado abrirse paso en su día, una y otra vez, desde que se había despertado, sintiendo alegría, ante la idea de convertirse en la esposa de Hugo.

¿Cómo se atrevía a sentir tanta felicidad, cuando su padre había muerto menos de dos semanas antes?

El dolor agudo, que acompañaba a ese pensamiento, era suficiente para dificultarle la respiración. Pero cada vez que empezaba a caer en la desesperación, oía la voz de su padre:

“Te amo demasiado como para querer que alguna vez sufras por mí, Martha.”

Jonathan Pringle había despreciado la insistencia de la sociedad en imponer períodos de duelo.

“¿Por qué lamentar la muerte de nuestro ser querido, cuando deberíamos celebrar la alegría, que trajo a nuestras vidas?”

Martha había recordado las palabras de su padre repetidamente a lo largo del día.

La boda se había celebrado temprano y el desayuno nupcial, que ofrecieron Joe y Mary, fue más bien como un té nupcial. En opinión de Martha, este había sido encantador y perfecto, y tuvieron el tiempo justo para evitar que se acumularan emociones sentimentales.

Y luego los tres se subieron al Louise, y Jem Packard los llevó a través del fiordo hasta Wick Bay.

Y ahora Hugo quería llevarla de compras.

—¿Estás seguro de que puedes permitirte comprarnos ropa a todos, Hugo? Las mujeres fueron muy generosas y yo...

—No me costará nada comprarte unos cuantos conjuntos de ropa. —Le apretó la mano y ambos hicieron una mueca de dolor, cuando Cailean, demasiado ocupado mirando los

escaparates de las tiendas, casi se estrella contra un poste de luz—. Se va a hacer daño si no tiene cuidado —murmuró Hugo.

Martha se comportaba como una insensible, al quedarse boquiabierta.

“¿Cuándo fue la última vez que puse un pie en un pueblo de verdad? ¿Y qué decir de comprarme un vestido nuevo? Bueno, eso nunca había sucedido antes.”

—Si estás seguro, Hugo —dijo ella.

—Estoy seguro, cariño. Te verías preciosa con un saco de arpillera, pero los tres nos parecemos más que un poco a un trío de espantapájaros. —Ladeó la cabeza y la miró—. ¿Cómo se llama a una colección de espantapájaros?

—Mmm... ¿Un susto? —sugirió.

Su risa baja le calentó el cuerpo, aunque el viento era un poco frío.

—¿Qué tal un susto? No, espera, eso se llama lo mismo. ¿Un sobresalto?

Martha sonrió burlonamente.

—¿Los andrajosos?

Hugo se rió.

—Me rindo. Pensé...

—¿Hugo?

Ambos dieron la vuelta, al oír la voz de Cailean, que estaba pegado a la pequeña ventana de una tienda de dulces.

—Pasa y dile al dependiente lo que quieres —le dijo Hugo, mientras Martha se acercaba a mirar el escaparate de la tienda de libros, que estaba justo al lado. Ella se atragantó con la vista de estanterías y estanterías de libros.

—¿Martha?

—¿Estaría bien, si miro adentro? —Cuando él no respondió, ella volteó. Él le estaba sonriendo con una mirada extraña, casi tierna, en sus ojos.

—Iré a buscarle dulces a Cailean y nos sentaremos en ese banco de ahí. —Él señaló un banco frente a una tienda de juguetes—. Y te esperaremos.

—¿Estás seguro? No quiero...

—Estoy seguro.

—Prometo que no será más que...

—Toma —dijo, y sacó varias monedas de una gruesa bolsa de cuero y se las tendió—. ¿Será suficiente para comprar uno o dos libros?

—¡Hugo! Eso es demasiado, nunca podría...

Él cerró los dedos de ella alrededor de las monedas y levantó su mano hasta su boca.

—Tómate todo el tiempo que quieras, cariño. —Su voz le provocaba sensaciones, perturbadoras y excitantes, al cuerpo de ella. Le besó los dedos, y ella sintió el calor de esos labios, incluso a través del grueso algodón de los guantes—. Estaré aquí afuera dándome un festín de delicias turcas, si me necesitas.



Martha miró las cajas apiladas en la esquina de su habitación hacia la pila de tres libros, en la mesita de noche, y se sintió casi mareada.

Y de inmediato se sintió avergonzada de disfrutar tanto de las posesiones materiales. Pero hacía mucho tiempo que no tenía un libro, que no estuviera con las esquinas dobladas ni manchado, o algo que no hubiera sido leído una docena de veces.

¿Y en cuanto a sus vestidos nuevos? Esta era la primera vez, en su vida, que tenía no uno,

sino cinco vestidos nuevos, ninguno de los cuales había cosido. También tenía dos pares de zapatillas, dos sombreros, una capa nueva, cuatro pares de guantes, y así sucesivamente.

Ella había quedado demasiado sorprendida, como para hacer algo más que quedarse boquiabierta, mientras Hugo daba órdenes a la eufórica vendedora, mientras la pila de ropa crecía y crecía.

Aunque Hugo se había comprado pocas prendas de vestir.

—Tengo mucha ropa en Londres. —La irritación se reflejó en sus rasgos—. Ojalá.

Cailean se había mostrado mucho menos interesado en las prendas nuevas, que en el libro que Martha le había comprado. Era un manual de lectura con las imágenes más hermosas que había visto en su vida. Ella estaba decidida a enseñarle a leer, ahora que ambos tendrían tiempo.

Habían rematado el día mágico con una deliciosa cena, en el único salón privado de la pequeña posada. Después, Hugo y Cailean bajaron a la taberna.

Y ahora Martha estaba esperando que su marido viniera a verla.

Sí, su marido.

Martha se abrazó a sí misma y sus dedos acariciaron su nuevo camisón de muselina suave como una pluma. Era una de las pocas prendas que había elegido para sí misma, siendo demasiado tímida para permitir que Hugo eligiera algo tan íntimo para ella.

Se había cepillado el pelo hasta que brilló y le caía en una espuma rubia pálida hasta las caderas. Martha sabía que esa era su única belleza. No era ni bonita ni fea, sino normal, salvo por su pelo sedoso, como el maíz. Pero la forma en que Hugo la había mirado, esa noche, en el cobertizo la había hecho sentir hermosa.

Se oyó un ligero golpe y luego la puerta se abrió. Hugo entró y la vio. Se quedó paralizado, sus expresivos ojos oscuros recorrieron el cuerpo de ella, de arriba abajo, antes de posarse en el rostro. Cerró la puerta sin apartar la mirada de ella.

No estaba acostumbrada a verlo con el pelo tan corto ni a llevar ropa que se ajustara y favoreciera su magnífico cuerpo.

Se veía atractivo y viril con un cómodo traje de piel de ciervo, un abrigo negro, que se amoldaba a sus anchos hombros, y una corbata blanca, que contrastaba atractivamente con su rostro bronceado.

—Te ves preciosa —dijo, acortando la distancia entre ellos, en dos pasos.

Se detuvo tan cerca que Martha tuvo que estirar el cuello para mirarlo. Podía oler humo y licor. Debajo de eso se percibía un leve aroma terroso y masculino, que parecía ser claramente el propio olor de Hugo.

Él levantó una mano y le acarició la mejilla.

—Estaba deseando que llegara esta noche.

—Yo también.

—Espero que no te importe que solo haya tomado un dormitorio para nosotros.

—Eh... ¿me importaría?

—Muchas parejas casadas no comparten la misma habitación, al menos no más allá de unas pocas horas, en determinadas noches. —Su boca bien formada se curvó en una sonrisa, que hizo que su respiración se acelerara—. Pero te querré en mi cama toda la noche. Todas las noches. —Se inclinó hacia ella y susurró—: Querré hacerte el amor a menudo.

Los labios de Martha se separaron, pero no salió nada.

—Tendremos nuestras propias habitaciones, dondequiera que vivamos, por supuesto, pero siempre dormiremos juntos.

Ella se humedeció el labio inferior, que sentía inexplicablemente seco.

La mirada de Hugo se posó en la boca de ella, y sus ojos se oscurecieron.

—Desvísteme, Martha.

Martha se sobresaltó, ante la orden silenciosa.

—¡Oh!

Él asintió con la cabeza para animarla, esperando pacientemente. Cuando esas manos temblorosas buscaban los botones de su abrigo y los desabrochaba, él le pasó los dedos por el pelo.

—Tienes el pelo más bonito que he visto en mi vida.

Ella había escuchado cosas similares, en el pasado, pero nunca unas simples palabras habían provocado que todo su cuerpo se calentara.

—Respira, cariño.

Ella le lanzó una rápida mirada, molesta y excitada, al mismo tiempo, por la confianza perezosa en su mirada encapuchada.

Una vez desabrochado el último botón, él ahuecó ese rostro entre sus manos, y bajó su boca sobre la de ella.

Sus besos eran suaves y provocadores, y olía y sabía tan bien que Martha se sintió embriagada. No se dio cuenta que la había convencido para que abriera la boca hasta que sintió el suave roce de su lengua contra la suya. Se estremeció y agarró ese bíceps, queriendo... no, necesitando... más.

En lugar de acercarla más, él dio un paso atrás. Sus ojos brillaban con una suave diversión y algo más. ¿Eran sus deseos?

—Ayúdame a quitarme el abrigo.

La prenda le quedaba ajustada, pero no ridículamente, y ella pudo quitársela de los hombros, cuando él los encogió. Martha la colocó sobre el tendedero, al pie de la cama, y dio la vuelta para encontrarlo, esperándola.

Ella se abrió paso a tientas entre los botones de su chaleco, muy consciente de su mirada silenciosa. Cuando alargó la mano para coger su corbata, se arriesgó a mirarlo.

Ya él no se divertía, más bien ardía.

—Mi esposa —murmuró, sonando aturdido. Se quitó la corbata de un tirón y la arrojó a un lado, sus movimientos ya no eran lánguidos, sino abruptos e impacientes—. Quería tomarme mi tiempo y seducirte lentamente, como es debido. —Se sacó la camisa por la cabeza y la unió a su pañuelo de cuello—. Pero te deseo demasiado, Martha. —Dio un suave resoplido, que sonaba a incredulidad, y extendió la mano. Estaba temblando—. ¿Ves eso?

Antes que ella pudiera responder (aunque no sabía qué decir), él dejó caer la mano sobre el borde que cubría sus pantalones de cuero y presionó la palma de la mano contra el mismo, haciendo una mueca de dolor.

—Sube a la cama.

El sexo de ella, ya sensible e hinchado, palpitaba ante esa orden baja y áspera, mientras se apresuraba a obedecerlo.

Él se sentó en el banco, frente al pequeño tocador, y se quitó las botas nuevas con unos cuantos tirones bruscos, tirándolas al suelo con fuertes golpes, antes de bajarse las medias y ponerse de pie.

Sus miradas se cruzaron, mientras él abría los cierres y rápidamente desabrochaba los cuatro botones, que estaban por debajo. Sus movimientos eran prácticos, pero sensuales, como si se hubiera desvestido frente a mujeres innumerables veces, y se sintiera cómodo, exhibiendo su cuerpo.

Martha no quería pensar en cuántas amantes tuvo para ganar tanta confianza y competencia en el dormitorio.

Él se bajó los pantalones y los calzones con un movimiento elegante, y cuando se levantó, su erección sobresalía larga y gruesa de sus estrechas caderas.

Sabía que ella tenía la boca abierta, pero no podía cerrarla.

Hugo se acercó a ella, a grandes zancadas, moviendo su miembro y agarró el dobladillo del camisón de ella. Martha levantó las caderas sin que nadie se lo dijera, y él le levantó la prenda por encima de la cabeza, arrojándola para que se uniera a los otros vestidos.

Sus ojos brillaban, mientras recorrían ese cuerpo, deteniéndose en los pezones rígidos.

—Eres tan hermosa —murmuró, mientras subía a la cama—. Acuéstate boca arriba, Martha.

Cuando ella obedeció, él le separó los muslos y se arrodilló entre esas piernas.

—Me haces esto —dijo, deslizando la palma de la mano alrededor de su erección, con un tono casi contemplativo. Ambos bajaron la mirada, mientras él se bombeaba, y una gota de humedad apareció en la punta.

Martha tenía miedo del tamaño de la polla, pero el cuerpo de ella la ansiaba desesperadamente, y le dolía esa necesidad.

Los labios de Hugo se curvaron en una diminuta y petulante sonrisa, como si pudiera ver el contenido de su propia mente perversa. Pasó la otra mano, caliente y callosa, por la parte interior de ese muslo, hurgando en esos rizos, cuando llegó a la parte superior. Trazó sus labios y sus caricias eran demasiado enloquecedoramente ligeras.

Tal como lo había hecho la otra noche, Martha abrió más las piernas, y levantó las caderas, en una súplica silenciosa.

Él gimió, se soltó y bajó el torso con gracia, abriendo aún más las piernas de ella para acomodar sus anchos hombros.

—Me estás volviendo loco —murmuró y luego la abrió con los pulgares, y la punta de su lengua estaba asomándose entre esos labios. Hizo un ruido que sonaba, como si estuviera sufriendo, y luego bajó la boca sobre ella.

Ella cerró los ojos con fuerza, ante el insoportable placer de esa boca caliente y húmeda y esa lengua acariciadora. Esos antebrazos mantuvieron los muslos inmovilizados y separados, mientras él la trabajaba sin piedad hasta llevarla al clímax.

Martha se encabritó, empujó y se retorció, desvergonzada en su pasión.

Y luego él empujó su lengua dentro de ella.

—¡Hugo! —gritó, sorprendida y excitada, a partes iguales, por la invasión erótica.

Él no se detuvo, el ritmo primitivo de sus embestidas era una promesa de lo que estaba por venir.

El segundo orgasmo llegó, antes que pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo. A diferencia del impulso precipitado del primero, este fue un golpe brutal de intenso placer que la destrozó.

Él deslizó un dedo dentro de ella, quien jadeó, cuando sus músculos internos se contrajeron a su alrededor.

—Mmm. —Él besó y mordisqueó la tierna piel donde ese muslo se unía al sexo y luego se movió hacia ella, hasta que estuvieron cadera con cadera, y reclamó su boca.

Martha jadeó. ¿Era ella misma lo que sentía en su lengua?

—Eres dulce, ¿no? —Succionó ese labio inferior y lo introdujo en su boca, mientras frotaba su erección contra esa cadera—. Tócame, Martha.

Martha había soñado con tocarlo durante semanas. Nunca había esperado la asombrosa suavidad sedosa de su piel. Ni su calor.

Él cerró su mano alrededor de la de ella, y emitió un gruñido bajo de aprobación.

—Así, cariño, bien apretado. —Le soltó la mano y le acarició el montículo, apretando suavemente ese sexo—. Mío. —Empujó dos dedos dentro de ella, trabajándola con lánguidos empujones—. Todo mío.

Con cada caricia de su mano, ella esparcía más y más humedad por su miembro, hasta que quedó resbaladizo. Él gruñó y empujó esas caderas, moviéndose con su puño apretado y húmedo.

Fue un desafío ignorar su propio placer y concentrarse en llevarlo a su liberación, pero ella quería verlo desmoronarse.

—¡Qué bien! —murmuró él. Y luego le hizo algo con el pulgar y una sensación de felicidad la invadió una vez más.

Martha se encabritó y gritó:

—¡Hugo!

Él gimió.

—¡Oh, Martha! Ojalá pudieras ver lo hermosa que estás ahora mismo —dijo con voz ronca, mientras su mano se detenía y ella se estremecía, sin huesos por el éxtasis.

Él esperó hasta que ella volviera en sí, antes de retirar su mano flácida de su erección, haciéndola darse cuenta que había dejado de acariciarla.

Martha se acercó a él, otra vez.

—Quiero...

—No. —Sus mandíbulas estaban tan apretadas, que ella podía ver los músculos y tendones debajo de la piel—. No puedo esperar más para entrar en ti. —Posicionó su cuerpo sobre el de ella y le dirigió una rápida mirada preocupada—. Solo te dolerá un momento, cariño, y luego te prometo que te haré sentir maravillosamente. —Su cabeza resbaladiza y caliente presionó contra su entrada, dura e insistente—. ¿Me deseas, Martha?

—Sí... por favor, Hugo —suplicó, como si algún libertino hubiera tomado el control de su boca.

La penetró con un empuje rápido y firme, y ella gritó, más de sorpresa que de dolor, aunque había una incomodidad considerable.

Jadeaba como si hubiera estado corriendo, con las pupilas dilatadas.

—Mmm, Martha. Tan húmeda y apretada para mí —gruñó contra esa sien con los bíceps abultados, mientras se mantenía quieto.

Martha se retorció bajo ese cuerpo mucho más grande, mientras él se estiraba para acomodarse. Su miembro era grande y dolía más de lo que ella esperaba. Pero lo deseaba, deseaba esto, sin importar lo incómodo que fuera.

—¿Puedes llevarte el resto de mí? —preguntó él con voz tensa.

Ella se mordió el labio e inclinó las caderas.

—Buena chica, ábrete para mí —la elogió, mientras esas rodillas se abrían más.

Él le dio su longitud lentamente, entrando en ella, pulgada a pulgada, sin detenerse hasta que los músculos estriados de su abdomen presionaron contra ese estómago, y sintió como si estuviera pinchándole la columna.

—Relaja tus músculos y deja que tu cuerpo se adapte. Estarás bien en un momento. —La tranquilizó, besándola en la sien—. Y respira, cariño, respira.

Martha respiró profundamente y luego otra vez. Tenía razón: el dolor inicial había desaparecido, más bien, lo que quedaba era solo un dolor vago y la sensación de plenitud. A

pesar de la incomodidad, Martha se deleitó con esa unión. Para eso habían sido diseñados los cuerpos de ambos. En ese momento, se sintió más esposa que antes, ese día, cuando había pronunciado sus votos.

La besó en la frente otra vez.

—¿Mejor?

—Es encantador. —Y así fue.

Él sonrió y su eje se flexionó dentro de ella.

Martha entreabrió los labios.

—¿Tú hiciste eso?

—¿Quién más lo haría, cariño? —Se flexionó una y otra vez, sacudiéndose contra esa hinchada vagina.

Martha tensó sus músculos internos, la acción envió ondas de placer a través de su cuerpo.

Hugo gimió.

—Aprendes rápido, cariño. ¿Estás tratando de partirme en dos?

—¿Te lastimé?

—Solo de la manera más deliciosa. Voy a entrar en ti, ahora mismo.

Martha pudo respirar más tranquila, cuando él se retiró, pero inmediatamente lo extrañó.

Él se deslizó hacia adentro, más rápido esta vez, enterrándose hasta la empuñadura.

—¡Qué rico! —murmuró. Y entonces, empezó a moverse, sus embestidas eran lentas y medidas, cada una dejando más placer, a su paso, que la anterior. Los largos y esbeltos músculos de su flanco se tensaron, bajo sus manos, mientras, la llenaba, una y otra vez, a ese cuerpo, en cierto ángulo, de tal manera que rozaba ese centro con cada embestida.

—Vente una vez más, por tu marido —dijo, y luego metió la mano entre sus cuerpos, y la llevó hacia otro clímax.

Él gimió cuando ella se contrajo a su alrededor, sus embestidas se volvieron menos controladas, hasta que esas caderas lo golpearon con la fuerza desenfrenada de una tormenta invernal.

Martha forzó sus pesados párpados a levantarse, desesperada por ver, mientras él se entregaba a su clímax.

Él apretó la mandíbula, y sus ojos oscuros se clavaron en los de ella.

—Me voy a venir —gruñó, y luego se hundió profundamente, sujetándola en un abrazo castigador, mientras la mantenía llena y empalada, y su eje seguía palpitando y espesándose, mientras la inundaba con una oleada caliente de semen.

Martha se dejó llevar por un momento, deleitándose con la sensación de ese cuerpo duro y caliente encima y dentro de ella. Un cuerpo que gradualmente se fue haciendo cada vez más pesado, hasta que él ya no pudo sostener su peso sobre sus brazos. En cambio, la aplastó contra el colchón, respirando profunda y uniformemente.

Se había quedado dormido.

Ella sonrió y lo rodeó con sus brazos, disfrutando de un momento de completa felicidad.

—Te amo, Hugo —susurró.

□ □ □

Hugo se movió para estar más cómodo y algo debajo de él gimió.

Abrió los ojos y miró directamente a los ojos de color azul cielo de su esposa.

—¿Me quedé dormido encima de ti? —murmuró con voz ronca, mientras se daba la vuelta a un lado.

—Solo por un minuto. Fue... agradable. —Esa voz era entrecortada y aguda, nada parecida a la Martha que él conocía.

“Eso es porque para ella esto no era solo un polvo, idiota. Fue su primera vez. Tienes que comportarte como un amante.”

Hugo frunció el ceño.

“¿Cómo diablos una persona puede actuar como un amante? ... Háblale, consuélala... asegúrate de no haberle hecho daño.”

Fue ese último pensamiento el que lo despertó de su estupor.

Hugo giró de costado y se incorporó apoyándose en un codo. Ella tenía la cara vuelta hacia el otro lado, así que la tomó del mentón y le dio la espalda.

—¿Martha?

Ella estaba muy sonrojada, pero también sonrió.

—¿Hugo? —dijo en tono burlón.

Si ella estaba sonriendo y burlándose de él, no podía haber sido tan malo.

“¿O así fue?”

—¿Te hice daño? Quería ir más despacio, ser más...

—No, no me hiciste daño, excepto por un momento o dos, al principio.

Supuso que era demasiado esperar que ella lo hubiera disfrutado.

“¿Las vírgenes disfrutan de su primera vez?” Las vírgenes no eran un tema con el que él tuviera mucha experiencia.

—¿Arrepentida? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Bien, porque no puedes deshacer esto.

—No quiero.

—Bien —repitió, porque no podía pensar en nada más.

Ella bostezó.

—Lo siento mucho —dijo ella, sonrojándose—. ¿Esto fue grosero?

—Te perdonaré esta vez.

—No sé por qué estoy tan cansada.

—Porque te agoté, cariño. Lo tomaré como un cumplido. —La tapó con las mantas.

—Mmm... Gracias, Hugo. —Giró de lado y se acurrucó entre las sábanas, presionando su trasero contra la ingle de él.

—Duerme un poco, cariño.

Él esperó hasta que su respiración se normalizó. Luego dio la vuelta y se quedó mirando el techo de yeso amarillento.

Su mandíbula se tensó al recordar lo que había hecho: se había gastado dentro de ella. Nunca había hecho eso antes, al menos no dentro de una mujer. Había sido un descuido, sin importar que estuvieran casados.

“¿Por qué? Estás casado. Eso es lo que hacen las personas casadas: tener hijos. ¡Casado! ¡Hijos!” Hugo se tragó una risa histérica. ¡Maldita sea! Aún no podía aceptar la idea de tener una esposa y, desde luego, mucho menos podía aceptar la idea de tener a una niña malcriada.

“Será mejor que empieces a envolverlos porque los querrás. Muchos.”

Esas habían sido sus palabras internas.

Su pene medio duro se estremeció, ante la idea de poner un bebé dentro de ella. Hugo resopló. Bueno, al menos una parte de su cuerpo estaba emocionada.

La vergüenza lo inundó, ante ese pensamiento sarcástico e indigno.

Los niños eran necesarios para la felicidad de Martha, y él ya había prometido hacer todo lo que estuviera en su poder para asegurarse que ella nunca se arrepintiera de su decisión de casarse con él. Eso significaba tener hijos.

Además, si bien era cierto que en el pasado no había querido tener hijos, podía imaginarse teniéndolos con Martha. Tal vez no tuviera la capacidad de amar, pero podía apoyar y cuidar a los niños, y asegurarse que ninguno de ellos se sintiera indeseado. Y Martha sería una madre tan maravillosa, que compensaría sus deficiencias emocionales.

Volteó para mirarla dormida, emocionado por saber que era su esposa. Podría tenerla todas las noches, tan a menudo como ambos quisieran, y usaría todas sus habilidades para asegurarse que ella lo quisiera a menudo.

Sonrió al pensarlo. Casarse no iba a ser nada malo.

“Piensa eso ahora: imagina lo sabio que te sentirás, cuando ella descubra cómo ganas dinero... Ella no lo hará, me aseguraré de ello.”

En poco tiempo, Hugo tendría motivos para recordar esas palabras.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Hugo tuvo que admitir que el viaje hacia el sur con sus dos compañeros fue divertido y revelador. Aunque él no había viajado mucho, había visto más del país que Martha y Cailean juntos.

Sucesos y vistas que normalmente no habría notado, como un carruaje de correo volcado al costado del camino, un pastizal para vacas lleno de cientos de pájaros blancos de patas largas y una feria de pueblo, con una tropa teatral itinerante, cautivaron a sus compañeros.

A pesar que había alquilado una silla de posta (un gasto que molestó a su frugal esposa), el viaje había sido largo y agotador.

Incluso sus entusiastas compañeros de viaje estaban cansados y exhaustos del camino, cuando el carruaje finalmente llegó a Londres, cinco días después.

Hugo había disfrutado el viaje, especialmente la manera inocente en que Martha y Cailean se regocijaron, pero sus preocupaciones sobre Londres y lo que encontraría en Solange nunca habían estado lejos de su mente.

Sin embargo, ahora que estaba en Londres, y más cerca de descubrir lo que sucedía con cada milla transcurrida, no podía evitar desear estar todavía de nuevo en Stroma.

Tal vez deberían seguir adelante. Podrían ir a Dover, subirse a un barco y explorar el continente, durante unos años. Ahora que la guerra había terminado, muchos ingleses estaban viajando.

Hugo se animó al pensarlo. ¿Por qué no? Si iban a un lugar nuevo y fresco, Martha nunca tendría que saber nada de su pasado ni de lo que hacía para ganarse la vida. No era rico, pero había ahorrado lo suficiente en el banco para unos cuantos años.

“Si Laura no hubiera logrado robarme de esta forma.” Hugo apretó los dientes y desechó ese pensamiento. En cambio, regresó al viaje de ensueño por el continente, que acababa de construir, en su mente.

“Un día el dinero se acabará y entonces necesitaré ganar más.”

Su imagen de un cuento de hadas empezó a parpadear y a desfigurarse.

“Y solo conozco una manera de ganar dinero.”

La fantasía brilló y luego se disipó como una bocanada de humo.

Para un hombre como él no había escapatoria ni forma de huir de quién era. La verdad ineludible era que podía ser dueño de un burdel, o trabajar en uno.

Necesitaba quedarse y luchar por lo que era suyo. Si podía recuperar el control de Solange, no tendría que ganar dinero a sus espaldas.

“Puedes ganarlo simplemente a costa de otras personas.”

Eso era cierto y Hugo se negó a sentirse mal por ello.

En lugar de pensar en Solange, se obligó a disfrutar el último tramo de su viaje, observando el rostro expresivo de Martha, mientras atravesaban la ciudad, viendo las calles cada vez más limpias, las casas más grandes y la gente más adinerada en cada calle, que pasaban.

Cuando salieron de David Street y entraron en Berkeley Square, Martha puso los ojos en blanco.

—Cielos —suspiró, mirándolo rápidamente—. Seguro que no nos vamos a quedar...

El carruaje se detuvo suavemente, interrumpiendo sus palabras.

Ella miró boquiabierta por la ventana.

—¿Quiénes son esos amigos tuyos, Hugo?

Hugo simplemente sonrió.

La puerta principal de la monstruosa casa de Lady Selwood se abrió, y el propio Joss bajó trotando los escalones de entrada.

Hugo saltó del carruaje sin molestarse en bajar los escalones.

—¡Jocelyn, mi querido muchacho! —Agarró el brazo de Joss, que tenía el diámetro de un árbol adulto, y lo apartó de la silla de posta—. Ni una palabra sobre mis asuntos o los de Solange —dijo con los dientes apretados.

Joss, un hombre flemático hasta el punto de parecer una escultura de madera más que un ser humano, simplemente arqueó una ceja y se dirigió hacia el carruaje. Bajó los escalones, mientras hacía un gesto con la cabeza al postillón, que se había apeado, para ayudar a descargar el equipaje.

—Mis sirvientes se encargarán de esto —dijo, sonando más como un señor de la mansión, que como un boxeador convertido en prostituto y mozo de cuadra.

Dos lacayos vestidos de librea corrieron hacia el carruaje, y comenzaron a retirar las pocas piezas del equipaje.

Una sonrisa encantadora transformó los rasgos duros, casi brutales, de Joss y le ofreció una mano a Martha.

—Hola, debes ser la señora Buckingham.

Las mejillas de Martha estaban de un atractivo tono rosado, cuando Joss la ayudó a bajar del carruaje. Estaba tan radiante y hermosa con su traje de viaje azul cielo, que Hugo apenas podía mirarla sin querer arrancarle la ropa y marcarla como suya.

El impulso posesivo, que había experimentado con frecuencia, durante la última semana, lo sacudió hasta lo más profundo, pero ya no intentó luchar contra él.

—Y debes ser el señor Gormley —replicó Martha, sonriendo de una manera que dejó al descubierto ese dulce hoyuelo en su mejilla—. Hugo me ha contado todo sobre ti.

Joss miró a Hugo y se rió entre dientes.

—¿Lo hizo?

—Solo las cosas buenas. —Hugo no se pudo resistir a añadir esto, pero tardó como dos minutos, en decirlo .

—¡Hugo! —lo reprendió Martha.

—Él es Cailean Fergusson —dijo Hugo, mientras el enorme joven bajaba del carruaje, estirándose y bostezando.

Joss se movió y Hugo sonrió. Dudaba que el hombre enorme tuviera que mirar a otra persona muy a menudo.

—Bienvenido, señor Fergusson —dijo Joss. El título hizo que Cailean se sonrojara tanto como Martha. Joss le tendió el brazo a Martha. —¿Me concedes el honor?

—Por supuesto.

Hugo y Cailean los siguieron por los escalones de mármol. Un sirviente vestido con el atuendo oscuro y sobrio de un mayordomo estaba de pie, en el rellano, con expresión reservada pero acogedora.

—Este es Butterbank —dijo Joss, mientras entraban en un vestíbulo, que podría haber albergado la casita de Martha dos veces—. Pensé que les gustaría refrescarse primero. Hemos

adelantado un poco la cena porque estoy seguro que todos estarán hambrientos.

—¿Cena antes de las ocho? ¡Qué barbaridad! —dijo Hugo con una sonrisa burlona—. Pero gracias, apreciamos tu consideración. Ve con Butterbank —le dijo a Martha—. Necesito hablar con Joss, subiré enseguida.

Ella asintió con la cabeza y los ojos muy abiertos, como si no quisiera perderse ni un ápice del esplendor que los rodeaba.

Una vez que subieron las escaleras, Hugo volteó hacia Joss.

—Melissa dijo que te habrías ido, cuando llegáramos —lo expresó rudamente.

Joss le dirigió una de sus miradas opacas, de esas que siempre le molestaban a Hugo.

—Te pido disculpas por seguir en mi casa, Hugo. ¿Te gustaría tener esta conversación en el vestíbulo, o tal vez podríamos ir a mi estudio?

—¡Oooh! —Hugo se burló con picardía—. Tu estudio.

Joss giró sobre sus talones y se alejó sin decir palabra.

Hugo tuvo que trotar para seguir el paso del hombre imponente.

—¿A dónde vamos? ¿Tienes tu estudio en la planta baja?

—No, pero por aquí es más rápido, así que tomaremos las escaleras de servicio.

—De todos modos, probablemente te sientes más cómodo, en este camino, ¿no? —Hugo se rió, mientras pasaban por una puerta anodina hacia una escalera angosta y funcional.

—No puedo decirte cuánto te he extrañado —dijo Joss, mientras subía los escalones con una gracia inusual en un hombre tan grande.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Hugo.

—No te preocupes, he reservado un pasaje en un paquete para el miércoles.

Bueno, eso al menos era bueno, solo tendría que soportar a ese hombre insufrible durante unos días.

Una vez que llegaron al segundo piso, Joss lo condujo por un elegante pasillo. Una criada salió de una habitación, los vio, hizo una reverencia, y luego se apresuró hacia las escaleras de servicio.

A Hugo le molestaba la rapidez y la facilidad con que Joss se había adaptado a una vida de riqueza y lujo. No solo se había casado con una de las mujeres más ricas de Londres (una heredera estadounidense, que también era la viuda del conde de Selwood), sino que su nueva esposa era una de las mujeres más hermosas que Hugo había visto en su vida. Había conocido a Lady Selwood, cuando ella se había acercado al lado femenino de Solange varios años atrás.

Hugo había estado a punto de desnudar a la encantadora condesa, cuando Joss irrumpió y arruinó toda su diversión. Hugo sospechaba que Joss todavía guardaba algo de rencor por ese accidente.

Joss abrió una puerta magnífica y delicadamente tallada, e hizo un gesto a Hugo para que entrara en una habitación que lo dejó sin aliento: alfombras de vibrantes tonos de joyas, paredes cubiertas de libros, muebles de cuero, pesados y cómodos, y una chimenea lo suficientemente grande, como para asar a un buey entero.

—¿Qué es lo que estudias aquí, viejo Joss?

Joss ignoró la pregunta.

—¿Algo para beber?

—Tomaré lo que tú tomes.

—Eso casi me tiente a ingerir veneno —murmuró Joss.

—¡Ja! ¡Ja! Estás tan gracioso como siempre.

Hugo inspeccionó el magnífico paisaje, que colgaba sobre la chimenea, mientras Joss les

servía las bebidas.

—¿Qué estás haciendo en Londres, por cierto?

—Visitando a mi nueva sobrina y comprobando varios asuntos de negocios de mi esposa.

Hugo aceptó la copa de cristal, que Joss empuñaba con su enorme mano y bebió un sorbo.

—Muy bien, entonces —dijo, una vez que ambos estuvieron sentados—. ¿Has ido a Solange?

—Lo hice —respondió Joss.

—¿Vas a obligarme a sacarte las palabras? —suspiró Hugo.

—Vi a Laura. No le dije que había tenido noticias tuyas. Solo le pregunté cómo estaban las cosas.

—¿Y?

—Ya me había dado cuenta de cómo eran las cosas —admitió Joss, clavando en Hugo su mirada desconcertantemente penetrante—. Supongo que Melissa te contó lo de Bev Davies.

—Sí, son socios. —Hugo apretó los dientes.

—Ya no.

—¿Qué?

—Por lo que pude ver, ella ya no es dueña de nada. Solo está trabajando allí. Aunque dudo que tenga muchos clientes... Se ve enferma.

—No me importa si está a las puertas de la muerte —espetó Hugo—. ¿Me estás diciendo que perdió todo el maldito lugar por culpa de Bev? ¿Mi mitad y la suya?

—Eso parece. Asociarse con el hombre que dirige los peores casinos de la ciudad no es una decisión inteligente para nadie, pero especialmente para una mujer con las inclinaciones de Laura.

—¿Está tomando ginebra otra vez? —adivinó Hugo.

—Sí.

—¿Y los de Solange? ¿Los empleados?

La expresión de Joss era sombría.

—Nadie parece feliz. No he estado por aquí en varios años, así que tal vez eso explique la falta de caras conocidas, pero no conozco a ninguno de los sirvientes. De hecho, la única persona que reconocí fue a Laura.

Solo había una razón para despedir a los mejores sirvientes, y era contratar a otros más baratos. Algunos de ellos habían trabajado en Solange, durante más de veinte años, y fueron empleados que habían estado en el lugar con cuatro propietarios diferentes.

—Maldito cabrón —murmuró Hugo—. Eso fue obra de Davies.

—El lugar ya luce... Bueno, solo han pasado unos meses, pero luce muy mal.

Hugo quería gritar, pero en lugar de eso, hizo una pregunta que temía:

—Sé lo de las otras casas de Bev. Por favor, dime que no ha empezado a echar a las vírgenes de Solange.

—Según Laura, ya no lo son.

—¿Le crees?

—No lo sé —admitió Joss—. ¿Qué vas a hacer, Hugo? Ya sabes cómo es Davies: no tiene socios. Al menos no por mucho tiempo. Laura tiene suerte de seguir entre los vivos. No sé qué le dijo sobre tu mitad del negocio, pero apuesto a que no vas a sacarle dinero.

Hugo se tragó la bilis, que amenazaba con ahogarlo. Sabía que Joss tenía razón: ahora que Bev controlaba el lugar, nunca lo dejaría pasar. Lo mataría, antes de darle siquiera un centavo.

Hizo girar el vaso en la mano y contempló abstraído el líquido. Como todos los galeses de la ciudad, Hugo conocía a Bev Davies desde siempre. Bev había empezado como proxeneta en St. Giles y, en los cuarenta años siguientes, había ampliado rápidamente sus operaciones al resto de la ciudad. Ahora era dueño de más de una docena de burdeles, casas de juego y tabernas de ginebra. Si un negocio era ilegal, Bev tenía algo que ver con este.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Joss de nuevo.

—No voy a apresurarme. Ahora mismo tengo la ventaja que Laura no sabe que he vuelto. Ninguno de los dos lo sabe.

Joss asintió.

—Bueno, dime si necesitas ayuda.

Esa oferta lo sorprendió.

—Gracias. —Las palabras casi lo ahogaron—. Supongo que me llevará algún tiempo desentrañar este lío, antes de tomar una decisión.

—¿No quieres simplemente confrontar a Laura?

—Esa mujer es una mentirosa.

—Está en una situación muy difícil. Bev la ha puesto a trabajar con una agenda muy apretada.

Hugo quería sentir un placer malicioso, ante la noticia que Laura estaba de nuevo boca arriba, pero lo único que sentía era rabia. La mujer era demasiado mayor para realizar ese trabajo. No solo sería duro para ella, físicamente, sino que no ganaría mucho dinero: es una triste pero innegable verdad que la mayoría de los hombres no quieren prostitutas viejas.

Hugo sabía, sin lugar a dudas, que Bev la despediría, y que dentro de un año o dos, ella estaría trabajando en los callejones.

Se prohibió sentir lástima por ella porque todo ese desastre era culpa suya.

—¿Necesitas dinero? —Joss pronunció las palabras rápidamente, como si pensara que Hugo se sentiría ofendido.

En cambio, Hugo se sintió extrañamente conmovido por la generosidad del otro hombre.

—Tengo algunos reales escondidos, a menos que Laura haya logrado acceder a mi cuenta bancaria.

Él había dejado más monedas escondidas, en su suite de habitaciones, en Solange, pero dudaba que Laura hubiera dejado eso.

—Bueno, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Alicia quería que supieras que nos harías un favor, ya que una casa vacía siempre parece desmoronarse más rápido.

—Por favor, dale las gracias de mi parte —dijo, logrando por una vez evitar cualquier tono despectivo. La mujer ni siquiera lo conocía, pero parecía decidida a mostrarle amabilidad.

—Ella mantiene un personal mínimo aquí sin importar si el lugar está vacío u ocupado, pero siéntete libre de contratar más sirvientes, si los necesitas.

—¿Aunque ella no venga de visita?

—Sospecho que ella mantiene este lugar solo para mis infrecuentes visitas a ver a mi hermana y hermanos. Odia Inglaterra y probablemente nunca regrese. —Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica—. Afirma que no quiere vender porque el mercado actual es malo. —Se encogió de hombros—. No discuto, ya que ella es mucho más inteligente y tiene más conocimientos sobre esos temas.

Hugo podía oír el orgullo, en la voz de Joss, mientras se jactaba de su genial esposa.

—Supongo que tu esposa no sabe nada de tus planes, ¿no? —preguntó Joss.

—Ninguno de los dos lo sabe —dijo con dureza—. Y pienso que así seguirá siendo.

Joss soltó una carcajada incrédula.

—¡Cielos! Hugo. ¿Cómo puedes ocultarle algo así? ¿No crees que...?

—Si no recuerdo mal, Joss, ¿tú tampoco tenías mucha prisa en contarle a tu esposa sobre tu pasado como prostituto?

—Las situaciones fueron muy diferentes. En primer lugar, no me casé con Alicia sin decirle la verdad. En segundo lugar, no estábamos casados, mientras yo trabajaba en Solange, así que ya no hacía ese tipo de trabajo.

—Tampoco pienso hacer ese tipo de trabajo —replicó Hugo.

Joss ladeó la cabeza con expresión interrogativa.

—¿Qué? —preguntó Hugo, aunque no había dicho nada—. ¿No crees que puedo manejar el lugar? —Resopló—. Eso suponiendo que pueda volver a entrar sin que Bev me mate.

—Me pregunto: ¿tus clientes te permitirán simplemente administrarlo?

—No pueden obligarme a follarlos, ¿cierto, Joss?

—¿Qué harás si un determinado... regresa y exige tus servicios? —Joss tosió las palabras “duque real”.

Hugo apretó los dientes.

—Se lo voy a explicar, me he retirado.

—¿Y crees que aceptará un no por respuesta?

—Tendrá que hacerlo.

—Será una conversación interesante.

El duque real en cuestión era cliente de Hugo desde hacía mucho tiempo. El hombre no visitaba a Hugo más de unas pocas veces al año, pero cuando lo hacía, esperaba que Hugo lo dejara todo, incluidos los pantalones, y obedeciera su llamado.

Habían pasado seis meses desde la última vez que había tenido noticias de Su Alteza Real. Los periódicos afirmaban que se encontraba en algún lugar del continente. Con suerte, se quedaría allí. Tal vez Hugo tuviera suerte y pudiera resolver este problema sin tener que involucrar a la realeza.

Resopló y entonces se dio cuenta que Joss lo estaba mirando.

—¿Y ahora qué?

—Incluso si no aceptas clientes, aún así serás...

—No es asunto tuyo, Joss. —Hugo frunció el ceño.

—No me gustas mucho, Hugo, y sé que yo tampoco te gusto mucho a ti.

—Algo menos que mucho y que disminuye rápidamente, cuanto más pontificas.

—No estoy pontificando. Solo estoy señalando que semejante engaño no se producirá sin un costo. Ella parece una joven inteligente y encantadora y...

—Y tú no sabes nada de ella. —Hugo dejó el vaso con un golpe—. No es tan sofisticada como tu esposa. Este tipo de cosas la destrozarían. ¡Por el amor a la bondad, su padre era un maldito vicario!

—Y el marido de Mel es un vicario.

—Esto no me importa. —Hugo se puso de pie—. Aprecio que nos hayas permitido usar tu casa, pero si viene acompañada de tus consejos, llamaré a un coche de alquiler y podremos mudarnos a un hotel, ahora mismo.

Joss levantó las manos en un gesto de apaciguamiento.

—No te pongas nervioso, Hugo. Por supuesto que no diré ni una palabra. Pero, ¿y si me preguntan dónde trabajamos juntos?

—Cailean no te preguntará nada, el muchacho no habla mucho. En cuanto a Martha,

puedes decirle que nos conocimos a través de un asunto de intercambio.

Joss se rió.

—No sé nada sobre compra y venta de acciones.

—Ella tampoco, así que no te preguntará detalles.

—¿Planeas mentirle por el resto de tu vida?

—Si es necesario.

—Está bien, Hugo. Lo que quieras. Solo espero que sepas lo que estás haciendo —suspiró

Joss.

Hugo también lo hizo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—Hola, Laura.

El grito de Laura fue el sonido más satisfactorio que Hugo había escuchado en meses.

Ella se retorció en los brazos de Hugo, pero él la sostuvo con facilidad, mientras le metía un trapo en la boca. Estaba sorprendido por cuánto peso ella había perdido, ya que sostenerla era como agarrar un montón de perchas.

Una vez que sus mejillas se hincharon por la tela, Hugo agarró sus dos muñecas, levantó sus brazos y luego asintió con la cabeza hacia Kenny, que estaba parado cerca con una capa gruesa.

La enrollaron, como si fuera una alfombra, y Hugo la cargó hasta el viejo y decrepito carruaje, que había alquilado. La bajó hasta el asiento y se sentó a su lado, sujetándola para que se mantuviera erguida.

Kenny cerró la puerta, subió y las ruedas empezaron a girar.

Hugo se quitó la capa lo suficiente para poder ver la mirada amplia y enrojecida de Laura. Chasqueó la lengua y con cuidado colocó un poco de su frágil cabello rubio detrás de las orejas.

—No esperabas verme de vuelta aquí, ¿cierto? —Hugo sonrió con sorna, cuando ella intentó hablar con la boca llena de trapo—. No, no, no necesitas hablar todavía. Habrá mucho tiempo para eso en breve. —Él se rió entre dientes—. Algún día, no esta noche, por supuesto, tendré que contarte sobre el hermoso viaje que hice gracias a ti. Pero por ahora, ten la seguridad que he vuelto y no voy a ninguna parte. Tú, sin embargo... pero, me he adelantado. Te he estado observando estos últimos días y noches, cariño, porque quería ver el estado de las cosas en Solange, antes que tuviéramos nuestra pequeña charla.

Los ojos de Laura se abrieron y empezó a hacer ruidos.

—Lo que descubrí me sorprendió, y no fue una sorpresa agradable. Parece que no solo te jugaste tu mitad del negocio, sino que también lograste transferir mi mitad a Bev Davies, un hombre cuyos pasatiempos incluyen torturar y matar personas. Parece que la única forma en que volveré a trabajar en Solange será de espaldas.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas de ella, lo que solo enfureció aún más a Hugo.

—Quince años de duro trabajo, que no han dejado rastro. Bien hecho, ¡maldita perra! —Hugo la apartó de un empujón. Nunca había golpeado a una mujer antes, y estaría condenado, si permitía que Laura lo hundiera aún más.

Cabalgaron en silencio, durante un rato, mientras Hugo miraba fijamente por la ventana hacia la noche de Londres y luchaba por controlarse.

Cuando el carruaje se detuvo, un cuarto de hora más tarde, él estaba casi tranquilo. Se dirigió hacia Laura, que sollozaba en silencio detrás de su mordaza.

Hugo experimentó una punzada de remordimiento.

Y luego inmediatamente quiso darse un puñetazo en la cara.

“¿Cómo te atreves a sentir pena por esta desgraciada borracha, obsesionada con las cartas y tramposa?” se preguntó a sí mismo, dando rienda suelta a un gruñido de furia ahogado,

antes de abrir de golpe la puerta del carruaje.

El aireapestaba a pescado podrido y al hedor repugnante del Támesis durante la marea baja.

—Llévala adentro —le dijo Hugo a Kenny, mientras caminaba por el adoquín combado, pasando debajo de un letrero de madera destrozado que proclamaba: “*Drunken Duck Tavern, fundada en 1687*”.

La puerta principal se abrió, antes que Hugo llegara y apareció un joven, casi dolorosamente atractivo, llamado Daniel Charters. Al igual que Kenny, también había trabajado en Solange, antes que Laura lo despidiera a él, y a una docena de sirvientes más, en su afán por ahorrar dinero.

—Todo está listo, señor Hugo.

—Gracias, Daniel.

La posada había sido una de las más concurridas, a orillas del río, durante décadas, pero había cerrado, cuando el cieno hizo que esta parte del río fuera inaccesible para los grandes barcos. El propietario se había mostrado lamentablemente agradecido de poder alquilar el edificio abandonado a Hugo por unas noches, sin hacer preguntas.

Solo una de las habitaciones de la posada, en el segundo piso, estaba iluminada y Hugo entró, complacido de ver que Daniel había cubierto la ventana, como se lo había pedido.

Hugo había estado tentado de arrojar a Laura a Newgate, desnuda, como ella había hecho con él, y dejarla patear sus talones, en un lugar verdaderamente miserable y espantoso, pero el factor decisivo había sido su aversión a visitar la rancia cárcel para hablar con ella.

—Ponla en el palé —le dijo a Kenny.

En el momento en que el hombre gigante bajó a Laura, ella comenzó a agitarse. Hugo se apoyó contra la pared, cruzándose de brazos y esperando a que ella se liberara de la capa.

Una vez que ella lo hizo, él le sacó el trapo de la boca y presionó esa espalda contra la pared. Esos ojos inyectados en sangre iban de Hugo a Kenny y a Daniel, como un animal acorralado.

—Si no fuera por mí, estarías muerto —dijo con la voz ronca de tanto gritar en la mordaza—. Él quería...

—¡Cállate! —gritó Hugo, más que un poco sorprendido, cuando ella lo obedeció. Señaló con la cabeza a Daniel—. Daniel me contó algunas cosas muy interesantes.

Ella frunció el ceño al apuesto joven lacayo. Hugo sabía a ciencia cierta que Daniel no se dirigía hacia las damas, así que eso debió haberlo condenado en lo que a Laura respectaba.

—No puedes creerle, Hugo. Está enfadado porque lo despedí.

—Porque vendiste el maldito lugar, a un bastardo demasiado tacaño para pagar un salario decente, ¡prostituta borracha y desgastada! —replicó Daniel.

Laura abrió la boca para discutir.

—¡Cállate, Laura! —dijo Hugo de nuevo—. Deberías estar agradecida de estar aquí, en esta pequeña habitación sucia, y no flotando en el Támesis, encerrada en Newgate, o en camino a climas más cálidos. —Entrecerró los ojos—. Ahora, dime cuánto... ¿Cuánto le costó a Bev poner sus manos en mi maldito negocio?

Laura se mordió el labio inferior.

—No lo sé exactamente...

—Una estimación.

Laura nombró una cantidad.

—¡Ay! —gritó Hugo. Él sintió, como si todas las pesadillas, que había experimentado en

toda su vida, hubieran regresado de repente—. ¿Estás loca? ¿Cómo diablos te las arreglaste para perder tanto?

Las lágrimas se deslizaron por esas mejillas destrozadas.

—Me dejó apostar por el dinero, ¿no? Y antes que me diera cuenta... —Sus hombros se hundieron—. Al principio dijo que aceptaría pagos en cuotas. Pero también hubo intereses. Le di casi todo, y aún así no fue suficiente. Y... y...

—¿Y seguiste visitando sus garitos de juego? —adivinó Hugo.

Ella se encogió de hombros.

—Él quería que siguieras jugando, ¿no?

Ella no necesitaba responder.

—Entonces, una vez que ya no podías más, ¿te dio la opción de deshacerte de mí y luego ceder el negocio?

Ella se mordió el labio agrietado y descamado, lanzándole una mirada rápida y astuta.

Hugo la señaló.

—No me mientas, Laura. Porque si me entero que me has mentido...

—Fue idea de Cowan conseguir tu mitad.

Hugo soltó una risa fea.

—¿Quieres decir que estaba fingiendo la gran pasión que decía sentir por ti?

—Sí, ¡me utilizó! —Su rostro se torció en una mueca—. ¿Eso te hace feliz?

—De hecho, sí que lo hace. Entonces, el muy tonto pensó que podrías venderle Solange, si yo no estaba, ¿no? Debió haber sido un gran shock para él cuando se enteró, que estabas endeudada hasta el cuello.

—Es peor que eso.

—¿Qué quieres decir?

—Él es uno de los bastardos de Bev.

—¿Y qué? No es algo que se parezca a nada raro. Tengo entendido que Bev tiene más mocosos por ahí, que cualquier rey de los tiempos antiguos.

—Resulta que Bev está hablando de envejecer —expresó Laura—. Está hablando de elegir un heredero, y elegirá al que más le impresione.

—¡Ah! —expresó Hugo, al comprenderla—. Cowan podría tomar casa Solange y presentársela a su querido padre. —Examinó ese rostro abatido—. Pero tú no sabías nada de eso, ¿cierto?

—No. Al menos no hasta que... Bueno, no hasta que lo hizo.

—Eres una maldita idiota.

Laura no se molestó en negarlo.

—Continúa —le ordenó.

—Cowan dijo que si podía deshacerme de ti, conocía a un falsificador, que podría ayudarme con las escrituras. Dijo que una vez que todo fuera mío, podría vender el lugar, pagarle el dinero a Bev, me sobraría algo, y podríamos casarnos. Dijo que ganaba lo suficiente, trabajando con Bev, como para que yo nunca más tuviera que trabajar.

—Supongo que no era el plan de Cowan... Arrestarme, ¿no?

—No, él quería que murieras. —Lo miró a los ojos—. Fui a sus espaldas y arreglé esto con un tipo que conocía. No pude hacerlo, Hugo. No pude hacer que te mataran.

—Estoy conmovido... Termina la historia.

—Las cosas no salieron como dijo Cowan.

Hugo soltó una risa amarga.

—El falsificador no manipuló todos los documentos a mi nombre, utilizó el de Bev. —Ese rostro se contrajo, esos ojos se llenaron de angustia—. Cuando me enteré, busqué a Cowan. Se rió de mí... las cosas que dijo... —Se atragantó con un sollozo—. Amenacé con decírselo y... y... —Tragó saliva convulsivamente—. Me golpeó tan fuerte que oriné sangre, durante una semana.

Hugo meneó la cabeza con disgusto.

—Así que te fuiste, Bev es dueño de tu mitad sin que nadie pudiera disputarlo, y yo todavía le debía todo ese dinero. Le cedí mi mitad dos días después.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpida, Laura? ¿No creías que...?

—¡Creía que Cowan me amaba! —Sus palabras resonaron en la húmeda habitación—. Pensé que tal vez finalmente había tenido suerte. ¿Por qué no? No era como si Cowan fuera algo especial. Melissa se casó con un maldito lord y se salió del negocio, tanto ella como Joss se casaron con alguien de la aristocracia. ¿Estaba pidiendo demasiado, al casarme con el hijo bastardo de un criminal? —Atrapó a Hugo con su mirada desolada—. ¿Lo estaba?

Hugo apretó los dientes, ante la compasión que lo apuñalaba. Ella no merecía nada de él, salvo una retribución de tierra arrasada.

Según lo que él había observado las últimas noches, mientras rondaba por Solange, los clientes ya habían empezado a dispersarse. Era físicamente doloroso ver cómo el negocio, en el que había invertido su vida durante años, se desmoronaba.

Y todo por culpa de ella.

Él se burló.

—¿Así que ahora trabajas para él?

—Solo trabajo dos noches a la semana, y me deja vivir allí, aunque tuve que mudarme a una habitación más pequeña. Dijo que me dejaría quedarme, mientras pudiera hacer mi parte.

Lo cual, a juzgar por su palidez enfermiza, sus temblores significativos y los huesos presionando su piel grisácea, no sería mucho.

Él se metió la mano en el pelo y lo tiró hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. La cabeza le daba vueltas. “¿Qué puedo hacer para salvar algo de esto?”

—¿Hugo?

—¿Qué? —Tuvo que obligarse a mirarla.

—Si Bev se entera que has vuelto, um, bueno...

—¿Por qué crees que no he entrado en Solange? —Hugo resopló—. Por supuesto, no tenía ni idea de hasta qué punto me habían destruido hasta que hablé contigo, cariño.

Las pálidas mejillas de Laura se sonrojaron levemente, haciéndola parecer un cadáver febril.

—¿Sabes el nombre del hombre que falsificó mi nombre? —preguntó.

Ella tragó saliva y asintió de nuevo.

—Pero si me pones delante de un juez, diré que fuiste tú quien firmó, Hugo. —Soltó una risa ligeramente histérica—. No sobreviviría el día, si alguna vez intentara arrastrar a Bev, o a uno de sus hombres a un tribunal. Incluso si no me matara, nunca sobreviviría a un viaje, en el vientre de un barco de convictos.

Ella tenía razón en ambos aspectos.

Hugo tuvo que apretar las manos tras la espalda para no agarrarla y sacudirla.

—En mi habitación había una...

—La caja fuerte que está debajo de las tablas del suelo —concluyó ella—. La agarré. Lo siento —afirmó con voz apagada.

Hugo cerró los ojos y apretó los dientes para contener la rabia impotente, que amenazaba

con desbordarse. Había guardado quinientas libras en billetes, en esa caja, por no hablar de una gran cantidad de joyas y otros objetos de valor, todo lo cual había escondido a mano, en caso de emergencia. Esto se había ido. Todo se había ido. Se rió débilmente y abrió los ojos para encontrar a Laura mirándolo.

—¿Qué vas a hacer, Hugo?

—No tengo ni la menor idea.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Martha soñaba que vivía en una casa con más de cien gatos.

—¿Cariño? —dijo uno de los gatos.

Una mano cálida se deslizó sobre su vientre y el contacto la despertó de golpe. Abrió los ojos, y vio a Hugo sonriéndole.

—Vamos a quitarnos esto, Martha. Siéntate un poco, cariño.

Su cuerpo respondió, aunque su cerebro todavía estaba medio dormido.

—Estaba teniendo un sueño muy extraño —dijo, levantando primero las caderas y luego los brazos, mientras él le alzaba el camisón por encima de la cabeza.

Se quitó la bata y esta se deslizó hasta el suelo con un suave silbido. Martha había dejado una vela encendida sobre una mesa, junto a la puerta, y era la única luz, que iluminaba el enorme dormitorio. Deseaba que hubiera encendido más. Por poco modesto que esto fuera, adoraba mirarlo, cuando hacían el amor.

—¿De qué se trataba tu sueño? —preguntó, mientras subía la escalera acolchada, que necesitaban para la cama alta.

—Soñé que vivía en una casa con más de cien gatos.

Hugo se rió entre dientes con un sonido bajo y sensual.

—Tal vez fue una premonición. Yo diría que Cailean se está moviendo en esa dirección.

Abre tus muslos para mí, cariño.

Martha obedeció al instante, su sexo ya palpitaba, al pensar en lo que él estaba a punto de hacer.

Él le acarició los muslos y rozó ese montículo con los dedos.

—Te extrañé hoy —dijo él con voz extrañamente tensa.

Martha se incorporó, apoyándose en los codos, intentando verle la cara.

—¿Está todo bien, Hugo? —La vela estaba detrás de él, proyectando su rostro en la sombra. La voz de él no fue convincente.

—Todo está bien, cariño. —Hugo le abrió las piernas, y le sujetó los muslos con los antebrazos, antes de abrirla. Él emitió un gruñido bajo—. Más que bien —murmuró.

Y luego procedió a provocarle orgasmo tras orgasmo, en ese cuerpo.

En algún momento entre el cuarto y el quinto, Martha lo agarró del pelo, y tuvo que tirar con fuerza para detenerlo.

—¡Hugo!

Ella le permitió que le echara la cabeza hacia atrás, pero aún así le acarició los labios hinchados con los dedos.

—¿Qué? —gruñó.

Martha no podía ver ese rostro, pero podía sentir esa mirada.

—¿Qué está mal?

—No pasa nada.

Él le metió dos dedos y los fue estirando.

Martha gritó ante el exquisito estiramiento, sus caderas se sacudieron, pidiendo más.

—¿No te estoy dando placer, Martha?
—Por supuesto que me estás dando placer, pero...
—Pero, ¿qué? —Él comenzó a bombearla con embestidas profundas y deliberadas.
—Pero... —Martha jadeó, cuando un dedo tocó algo exquisitamente sensible dentro de ella.

—Eres tan hermosa y receptiva, Martha. Me hace feliz darte placer, darte orgasmos. Por favor, déjame hacernos felices a los dos.

Martha quería decirle que parara, quería saber qué le molestaba, pero su deseo egoísta de querer más y más era mayor que el dominio sobre su cuerpo.

Él añadió un tercer dedo, hundiéndola con más fuerza. Ella se levantó para recibir cada embestida, siendo penetrada más profundamente. La sensación en su interior era sutilmente diferente, a cualquier otra que hubiera experimentado: más visceral y lenta de desarrollar.

Martha se mordió el labio inferior, pero no pudo contener los agudos y primitivos ruidos, que brotaban de su boca, mientras él la conducía implacablemente hacia la felicidad.

—Déjame escucharte —dijo él entre dientes, respirando con dificultad por la pura fuerza física de lo que le estaba haciendo—. No te contengas. Grita y chilla, deshazte para mí.

Esas palabras fueron la gota que colmó el vaso, y ella se hizo añicos.

—Síííí —susurró él, mientras ella perdía el control—. Vente por tu marido, cariño.

Martha perdió la noción del tiempo y se dejaba llevar perezosamente por una nube de placer, cuando Hugo la giró suavemente sobre su estómago, y luego la levantó hasta dejarla en cuatro patas.

—Ponte de rodillas para mí, cariño.

Una vez que ella obedeció, él le abrió las piernas con la rodilla.

—¡Qué hermosa! —Su voz era casi febril, pero sus manos eran tan firmes y autoritarias como siempre—. Descansa la cabeza y los hombros sobre la cama para mí —dijo, presionándola suavemente hacia abajo—. Sí, así de fácil.

Él nunca la había tomado de esa manera antes (como se aparean los animales), y ella se sentía perversa y primaria por estar tan abierta y expuesta a él.

—Me gustaría que pudieras verte a ti misma, Martha —dijo, como si leyera la mente de ella—. Eres fascinante. —Acarició los suaves pliegues de ese sexo con sus caricias casi hipnóticas—. Me duele por ti, amor.

Martha se estremeció, ante esas palabras y la pura carnalidad de esa pose. Él la sondeó con la punta de un dedo, y ella arqueó la espalda, mientras empujaba descaradamente su trasero contra él, abriendo más las rodillas y ladeando las caderas.

Él se rió entre dientes oscuramente.

—Es una cosita muy necesitada, ¿no?

Martha deseaba demasiado lo que él le ofrecía, como para preocuparse por su orgullo o su modestia.

—Sí, Hugo, te necesito.

Él empujó su pulgar dentro de ella, y acarició algo que la hizo gemir.

—Mmm... Tan apretada y húmeda, lista para ser llenada.

El cuerpo de ella se tensó, ante las palabras sucias, y él gruñó su aprobación, antes de reemplazar su pulgar con algo mucho más grueso y caliente.

—Me encanta tanto esto, Martha. —Sonaba casi... angustiado—. Quiero que sepas —dijo, entrando en ella solo con su coronilla y pulsando suavemente sus caderas para penetrarla, una y otra vez—. Que nunca me he sentido así con ninguna otra amante.

El placer y los celos se arremolinaron, en el vientre de ella, ante esas palabras. Le encantaba ser especial para él, pero odiaba la idea que él hubiera hecho esto con otras personas.

Él le acarició las caderas, mientras se abría paso, pero aún esto no era suficiente. La oleada de deseo, que ella sentía por él, de ser tomada y dominada por ese cuerpo mucho más grande y fuerte, la sorprendió. Más tarde, cuando no estuviera presa de la pasión, la violencia de sus emociones la preocuparía. Pero en ese momento, lo necesitaba con un hambre, que amenazaba con consumirla.

—Por favor, Hugo.

Él se impulsó con un empujón largo y fuerte.

Martha respiró hondo, ante la profundidad de esa penetración.

—Así se siente diferente, ¿no? —La acarició desde la cintura hasta los hombros, y la caricia enfatizó esa posición inclinada y sumisa, mientras la mantenía estirada y llena—. Más profundo y más... primitivo.

Él tenía razón en ambos aspectos. Y aunque el placer rayaba en el dolor, a Martha le encantaba y necesitaba más.

—Seré egoísta y te tomaré ahora —le advirtió—. Duro y rápido.

Martha pensó en los múltiples orgasmos, que él acababa de liberar de su cuerpo, y se preguntó cuál era la definición de “egoísmo”, que Hugo consideraba.

—Dime que lo quieres —le pidió, mientras se retiraba lentamente, pulgada a pulgada—. Ruégalo.

—Por favor, Hugo, quiero... —Esas palabras fueron como la mecha que se enciende en la chimenea.

—Cogerte —dijo él, embistiéndola con fuerza suficiente para hacerla subir por la cama.

Martha gimió.

—Más, por favor.

—Tómalo todo —gruñó, dándole toda su longitud con cada embestida salvaje.

Sus caderas tamborileaban más rápido, más fuerte, sus gruñidos y rugidos se volvían enloquecedores, mientras la reclamaba, una y otra vez. A estas alturas ya habían hecho el amor con tanta frecuencia (a menudo tres o cuatro veces por noche), que ella conocía las señales de una inminente crisis.

Sus embestidas se volvieron más salvajes y menos controladas.

—Martha... necesito... —Sus dedos la agarraron con tanta fuerza, que al día siguiente él tendría moretones—. Necesito... —Y entonces, ella gritó ese nombre y se enterró, mientras el cuerpo de ella se sacudía con cada chorro de semen caliente.

Ella cerró los ojos y se deleitó con esa reivindicación primordial.

Los espasmos fueron disminuyendo, poco a poco, y se volvieron cada vez más espaciados, hasta que él se quedó quieto. Entonces, suspiró profundamente y se relajó.

Martha se deslizó hacia adelante hasta quedar boca abajo con Hugo despatarrado encima de ella. Era pesado, pero no demasiado. Los músculos duros y sudorosos de su estómago y su pecho se le amoldaban a la espalda, y su miembro todavía estaba enterrado dentro de ella, medio erecto.

Era... el paraíso.

Ella se movió levemente, exhaló (el sonido era de profunda satisfacción), y luego quedó sin huesos por el sueño.

—¿Hugo? —susurró.

Él ni siquiera se movió.

Martha no pudo evitar sonreír, aunque estaba más que un poco nerviosa por ese comportamiento casi frenético. Él siempre había sido un amante enérgico, también vulgar y sin pudor, pero nunca antes había sido tan frenético.

Algo le había pasado hoy. Martha no tenía ni idea qué, ya que apenas lo había visto, durante las horas del día, desde su llegada a Londres hacía una semana.

Él desaparecía todas las mañanas, antes que ella despertara, y solo regresaba a casa, después que ella se hubiera ido a la cama, deslizándose a su lado, mientras dormía, y despertándola con su habilidad y pasión, al hacer el amor.

—Lo siento, cariño —le había dicho la tercera noche, después que ella le hubiera preguntado, si volvería a cenar con ella—. Las cosas deberían calmarse... pronto.

—¿Te reuniste con tu socia de negocios? —Ella quiso preguntarle el nombre de la mujer, pero decidió que eso no era asunto suyo. Si él quería que lo supiera, se lo diría.

—Todavía no, pero pronto. Te prometo que no siempre será así. ¿Por qué no exploran Cailean y tú juntos, por ahora, y luego, la semana que viene, contrataré a un agente inmobiliario para que nos muestre algunas propiedades?

En los primeros días, Martha y Cailean se habían ocupado de descubrir Londres, caminando millas, y visitando lugares históricos, que ella nunca había imaginado poder ver en la vida real.

Pero dos días atrás, cuando bajó a desayunar, se enteró por Richard, el lacayo, que Cailean se había ido incluso, antes que Hugo, esa mañana.

Martha había estado muy preocupada hasta que Cailean regresó, antes de la cena, con una gata sucia, maltratada y sangrante en sus brazos. Martha amaba a los animales, a todos los animales, pero la felina sarnosa tenía una cara que solo su madre, o Cailean, podían amar.

Le faltaba la mitad de una oreja debido a una antigua herida y la curvatura de una de sus patas traseras no estaba del todo bien. Lo más intimidante era su ojo derecho, completamente blanco, que parecía mirar directamente al alma de Martha, mientras ella ayudaba a Cailean a bañar a la bestia.

Nunca había bañado a una gata y no volvería a hacerlo. Sus brazos parecían como si hubiera trepado por una docena de rosales. Cailean, que había soportado la peor parte de la ira de la gata, tenía un aspecto aún peor.

Una vez que el animal estuvo libre de suciedad, su pelaje era en realidad de un atractivo color carey, negro y gris. Pero eso era lo único llamativo que tenía.

Butterbank localizó un pequeño botiquín y Martha curó las heridas de la pobre criatura.

Limpia, seca y llena de leche y con un poco de hígado, la gata había dormido profundamente frente a la chimenea de la cocina. Hasta el día siguiente Martha no se enteró que durmió, a un lado de Cailean.

Cualquier ambivalencia que la cocinera o Butterbank pudieran haber tenido sobre la nueva incorporación a la cocina, a quien Cailean apodó Maggie, se disipó cuando la gata le presentó a la cocinera una rata, obviamente bien alimentada.

Después del incidente de la gata, Martha le había pedido a Hugo, que hablara con el joven, y se asegurara que no se aventurara en zonas peligrosas de la ciudad. No importaba lo grande que fuera, seguía siendo un muchacho, amable y gentil, que no haría daño ni a una mosca. Martha no podía sentirse cómoda, pensando en él, cuando estaba explorando algunas de las partes de Londres, que ella había visto desde la ventana de un coche de alquiler.

Sorprendentemente, Cailean se sintió fascinado, en lugar de intimidado, por el tamaño y la complejidad de la ciudad. De hecho, parecía casi como en casa.

Así que la única de los tres que no tenía nada en qué ocuparse era Martha.

Además del ama de llaves, había al menos media docena de criadas (para la cocina, los dormitorios y las zonas comunes), un lacayo, el mayordomo e incluso un cocinero.

Llevaban casados, casi dos semanas, y ella ni siquiera le había preparado una comida a Hugo. Simplemente, esto no le parecía bien.

Martha nunca había creído que pudiera aburrirse con demasiado tiempo libre y muchos libros. Le parecía que sería una malagradecida, si lo admitiera, incluso en la intimidad de su propia cabeza, pero esto era cierto.

Martha suspiró y cerró los ojos, aunque no tenía prisa por irse a dormir, y despertarse sola de nuevo, a la mañana siguiente.

No era de sorprender que dejara de descansar.

No fue hasta altas horas de la madrugada, cuando finalmente identificó la emoción, que había emanado de Hugo, en oleadas casi asfixiantes: ¡desesperación!

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Bevan Davies estaba sentado detrás del escritorio, que solía ser de Hugo, con sus grandes pies apoyados en una esquina.

Era de estatura mediana y de complexión delgada, como un látigo, como la de Hugo.

No era un hombre atractivo, pero su rostro marcado resultaba extrañamente atractivo. Casi siempre sonreía, aunque nunca sonreía hasta sus ojos castaños oscuros. Hugo calculó que tenía unos sesenta años, aunque había vivido una existencia dura y probablemente parecía mayor.

Bev había tejido una red de mentiras sobre sus orígenes, por lo que nadie sabía cuándo llegó por primera vez a Londres. Su acento seguía siendo galés, pero con una buena dosis del acento de St. Giles.

Como era galés y se había criado en St. Giles, Hugo conocía a Bev Davies desde muy pequeño. Incluso recordaba que el hombre había ido a la miserable choza, que sus padres habían llamado hogar. Su padre se inclinaba ante Bev, cada vez que lo visitaba, pero sus ojos brillaban de odio, después de las visitas de Bev.

“*Bev Davies es peor amigo que enemigo,*” recordó Hugo, ya que uno de sus hermanos mayores se lo había dicho.

Después que el padre de Hugo lo vendiera al señor Caton, quien lo había sacado de St. Giles, Hugo no había visto a Bev, durante varios años.

Tenía dieciocho años, cuando lo encontró por segunda vez. En ese momento, Hugo trabajaba en una casa de madera, que Bev había destruido sistemáticamente, antes de comprarla por una suma muy reducida. Le había pedido a Hugo, que siguiera trabajando para él, después que se hiciera cargo del negocio.

Encontrar las palabras adecuadas para rechazar la oferta de Bev, y no terminar boca abajo, en el lodo, había sido una de las experiencias más angustiosas de la joven vida de Hugo.

Y ahí estaba él, enredado de nuevo con Bev, pero por algo mucho más en juego.

—Bueno, bueno, bueno. Pero si es el señor Hugo Buckingham, me preguntaba cuándo vendrías a verme.

La falta de sorpresa de Bev le desagradó mucho. Aunque Hugo no ocultó su presencia en Londres, tampoco la anunció. Y todavía no había liberado a Laura, de modo que la fuente de información de Bev había sido otra persona.

No, eso no le gustó ni un poco.

—Hola, Bev —dijo Hugo. Tuvo que levantar la vista porque alguien había cortado unas seis pulgadas de las patas de la silla.

—¿Quieres beber? —Bev señaló una botella y dos vasos no muy limpios, que estaban al lado.

Eran solo las ocho de la mañana.

—Gracias —dijo Hugo. No había razón para contrariar al hombre, rechazando su oferta de hospitalidad, por espuria que esta fuera.

Bev sirvió el licor y luego empujó el vaso sobre el escritorio, derramando un poco, y obligando a Hugo a levantarse y buscar el vaso.

—Gracias —dijo, fingiendo beber. Las fosas nasales le ardían por el fuerte olor a brandy barato.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Bev sonrió con expresión cómplice—. Si estás aquí para hablar con tu antigua compañera, me temo que no la he visto en varios días. Parece que se fue de viaje urgente... a algún lugar.

Entonces, él había adivinado que Hugo se había llevado a Laura. Bueno, esto no era ninguna sorpresa.

—No, estoy aquí para hablar contigo. Quería decirte que nunca firmé los papeles de la venta de mi mitad del negocio. —Había decidido adoptar una actitud atrevida y suicida, cuando se dirigía hacia allí esa mañana.

Las pobladas cejas negras de Bev se alzaron.

—Estoy confundido. ¿Estás diciendo que Laura falsificó tu firma?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—¿Cómo iba yo a saber eso?

—No creo que lo hayas hecho —mintió Hugo con prudencia—. Pero, si llevara el asunto, ante un magistrado, podría demostrar que fui secuestrado y juzgado, en un tribunal falso, para que Laura pudiera hacerse con el control de mi mitad del negocio, sin mencionar los importantes bienes personales, que fueron confiscados de mis habitaciones, allí.

—Mmm. —Bev se balanceó sobre las dos patas de su silla con una expresión de exagerada preocupación—. Es una historia muy interesante. ¿Y dices que puedes demostrarlo?

—Sí.

Bev dejó caer su silla con un fuerte golpe, su sonrisa era poco amistosa.

—¿Por qué siento que me estás amenazando, Hugo?

—Solo te digo que ambos fuimos víctimas de Laura.

“Y de tu intrigante hijo, todo ello con tu conocimiento y estímulo, sin duda.” Hugo sabiamente omitió esa parte.

—Voy a seguir con este asunto por la vía legal. O... —dudó Hugo.

—¿O?

—O podemos llegar a algún tipo de acuerdo.

Bev lo miró con tanta fuerza, que le hizo agujeros en la cabeza. Y luego echó la cabeza hacia atrás y se rió... Y se rió.

Hugo no pudo evitar el ligero escalofrío, que experimentó, ante la reacción del otro hombre.

Bev era dueño de media docena de burdeles (y ahora Hugo tenía una idea de cómo había conseguido reunir tantos), pero eran el tipo de lugares, a los que un hombre entraría con la polla dura y saldría con una plaga de parásitos, en el mejor de los casos.

Solange era... Bueno, era tan diferente de los burdeles que regentaba Davies, que constituía una especie completamente distinta.

¿Hugo estaba loco al estar aquí hoy, confrontando directamente a Bev, usando sus sospechas como moneda de cambio? Probablemente, pero, ¿qué más le quedaba? Si no podía recuperar su participación en este negocio, sus opciones eran sombrías. Podía llevar el asunto a los tribunales, pero eso llevaría tiempo, Bev le haría perder dinero (si es que no le hacía sangrar de verdad), y no quedaría nada de Solange, si alguna vez conseguía hacerse con él.... O podría cenar con el diablo.

Bev se reclinó en su silla, después de recuperar el aliento y dijo:

—¿Alguna vez te dije que le ofrecí a tu padre comprarte?

Hugo no pudo evitar quedarse mirando.

Davies sonrió con sorna.

—Sí, tu madre trabajó para, mí en mi primera casa. —Se rió entre dientes, ante la mirada de asombro de Hugo—. Flora era un artículo de primera en su época. Tu padre la conoció, cuando vino a trabajar para mí. Y luego se la robó.

Hugo no estaba seguro de creerle. ¿Sus padres habían trabajado en un burdel? Su madre había muerto, cuando él tenía trece años y su padre lo había vendido poco después. No es que hubiera intercambiado más de una docena de palabras con su padre, en todos esos años. En realidad, no sabía nada sobre sus padres. Además, ¿por qué mentiría Bev?

—Eh... ¿Qué tipo de trabajo hizo mi padre para ti?

—No era un prostituto, si es eso lo que estás pensando. No, Evan Dinwiddy era un chico duro, pero no era guapo. —Los ojos de Bev recorrieron a Hugo como insectos—. No como tú.

Hugo pensó que Bev debía ser el único hombre o mujer en toda la ciudad que lo llamaría guapo. De alguna manera, dudaba que el respeto que el otro hombre sentía por él le fuera de alguna utilidad.

—No, no se parecía a ti, pero Evan no era tu padre.

Hugo siempre lo había sospechado.

—¿Sabes quién era? —preguntó, aunque esto no le importaba.

—Podría haber sido casi cualquiera, ya que estaba trabajando en McBride's, cuando quedó embarazada.

McBride's era un burdel irlandés que no era ni el mejor, ni el peor de su tipo.

—De hecho —dijo Bev con una sonrisa maliciosa—. Incluso podrías ser mío. Para entonces, Flora ya había pasado por eso, pero me la tiré, una o dos veces, por los viejos tiempos.

Hugo apretó los brazos de su silla, en lugar de volar a través del escritorio, y apretar el cuello de Bev.

Bev sonrió con sorna, como si supiera lo que Hugo estaba pensando.

—A Evan le gustaba andar con aires de superioridad, pero nunca podía poner pan en la mesa. No se le antojaba prostituir a su mujer, aunque ella tenía que ir hasta McBride's para ejercer su oficio, de modo que nadie del viejo barrio lo supiera. —Sus ojos oscuros brillaron—. Tampoco se le antojaba prostituir a un chico, al que había criado, como si fuera su propio hijo. Aunque esperó hasta que tu madre muriera para hacerlo, ¿no?

Hugo no creía que una vieja herida todavía pudiera causarle tanto dolor. Sin embargo, él se había equivocado.

—¿Por qué querías comprarme?

Bev sonrió.

—¿Así yo fuera tu hijo? —Hugo retrocedió.

La sonrisa de Bev se hizo más amplia.

—En aquel entonces eras un bocado muy tentador, Hugo. Estaba dispuesto a arriesgar mi alma inmortal por probarlo.

Hugo sintió ganas de vomitar.

Bev se encogió de hombros.

—Pero Evan se negó. Afirmó que era porque no quería esa vida para ninguno de ustedes. Pero sé que la verdadera razón era que me odiaba porque tuve a tu madre primero, y ella siempre me quiso más. —Soltó una risa obscena—. Habría pagado más, que ese viejo fabricante de látigos por ti, pero Evan Dinwiddy tenía una cabeza como un maldito ladrillo. —Ladeó la cabeza hacia Hugo—. ¿Y tú, eh? ¿También tienes un ladrillo en lugar de cerebro, Hugo?

—No debí haber elegido a Laura Maitland como socia.

A Davies esto le pareció divertido.

—Sí. Nunca hagas negocios con mujeres, esa es una de mis reglas. —Miró a Hugo con sorna—. Otra es no hacer negocios con nadie que tenga fiebre. Y esa es Laura.

—Pensé que era solo por ginebra, no me di cuenta del alcance del juego.

—Eso parece un descuido de tu parte, mab.

Hugo sabía que tenía razón: él no era un capo del crimen como Bev. Lo único que sabía hacer era follar y acosar a prostitutas.

—Usaste la palabra “era”, cuando mencionaste a mi padre. ¿Está muerto?

—Sí, murió hace seis o siete años, cuando se produjo esa oleada de tifus. —Se rascó la cabeza con expresión reflexiva—. Parece que dos o tres de tus hermanos se fueron a la guerra, uno fue deportado. —Él se rió entre dientes—. Cierto, tu hermana Nell murió poco después que Evan te vendiera. Moira y Susan vinieron a trabajar para mí. —Se encogió de hombros—. Pero se fueron hace ya algunos años. No podría decirte dónde está ninguna de ellas.

Menos mal que lo último que él quería era una reunión familiar.

—Pero no viniste aquí a recordar, ¿cierto?

—No.

Davies hizo un gesto con la mano en dirección a la habitación.

—He querido este lugar durante décadas. Desde antes que te pusieran los pantalones. —Se mordió el interior de la mejilla, con expresión... perpleja—. Y ahora lo tengo.

—No puedo evitar notar que no pareces muy feliz por eso.

Bev apretó el labio inferior.

—No, no lo estoy. Verás, nunca he perdido dinero antes.

—¿Solange está perdiendo dinero? —No había sido así, en todos los años que Hugo había trabajado allí.

—Sí. —Bev movió la mandíbula de un lado a otro, como si estuviera masticando algo duro y cartilaginoso. Le lanzó a Hugo una mirada que le puso los pelos de punta—. No me gusta perder dinero, mab.

A Hugo no le gustaba que Bev lo llamara “mab”, la palabra galesa para hijo, pero se lo guardó para sí.

—No, me lo imagino.

—No me gusta... el fracaso.

Hugo esperó en silencio.

—Parece que no puedo mantener a estos apostadores de paso alto. —Él frunció el ceño.

Hugo quería sugerir que la manera de conservar clientes ricos no era extorsionarlos, pero dudaba que eso fuera bien recibido.

—Ya veo lo que estás pensando —dijo Bev, sonriendo—. Y tienes razón. Tenía pensado meter a unos cuantos, pero solo a los que tenían montones de vocales, en mi maldita caja fuerte.

Otra razón más por la que Hugo quería estrangular a Laura, que había insistido en que les otorgaran créditos ridículos, a varios de sus clientes, cantidades que los hombres nunca podrían pagar. Él había considerado extorsionar a esos bastardos.

Bev volvió a poner los pies sobre el escritorio.

—Siempre he tenido debilidad por ti, Hugo. Puede que seas de mi misma sangre, después de todo.

Hugo esperaba ocultar lo perturbador que le parecía aquello.

Bev sonrió, dejando al descubierto más de un muñón negro.

—Y por eso te voy a hacer una oferta.

“*¡Maldita sea! Para allá vamos.*”

—Soy todo oídos, Bev. —Hugo forzó una sonrisa.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Martha estaba en la biblioteca, cuando Hugo regresó de su reunión con Bev.

No había venido directamente de Solange, sino que había hecho algunas paradas en el camino.

Se detuvo un momento, justo en la puerta, para admirarla. Estaba acurrucada en el asiento de la ventana, tan absorta en lo que estaba leyendo, que ni siquiera lo oyó entrar. Llevaba un vestido de lana azul oscuro con un chal mullido de color crema sobre los hombros, de un color sorprendentemente parecido al de su pelo.

El vestido no era especialmente elegante (era uno de los pocos que le había comprado en Wick), pero el color severo y el corte recatado contrastaban perfectamente con su tez clara. Tragó saliva, mientras se deleitaba con esa vista. Hoy había asegurado su futuro. Se avecinaba un año largo y difícil, pero al final recuperaría su mitad, y de inmediato daría la vuelta y la vendería para librarse de un negocio, que ya no deseaba dirigir. No sería suficiente dinero para el resto de sus vidas, pero debería durar mucho tiempo.

Pero todo eso aún estaba muy lejos. Un año de gestión de Bev, no solo de Solange, se interponía entre él y la libertad.

¿Le enfureció haber llegado a un acuerdo con el mismo hombre que lo había defraudado en primer lugar? ¡Sí! Aunque logró evitar un juicio largo y costoso, al que probablemente no sobreviviría, y no podía pensar en otra forma de recuperar su inversión.

Si algo había aprendido, en la vida, era a no luchar contra lo imposible.

Solange, bajo la dirección de Bev, estaba perdiendo dinero, a un ritmo alarmante. Hugo estaba seguro que no solo podría detener el flujo, sino revertirlo.

Había hecho su trato, y ahora quería celebrar su futuro con la única persona con la que le interesaba pasarlo.

—Buenas noches, cariño.

Martha levantó la cabeza de golpe y sonrió de inmediato. Sus ojos azules se iluminaron como nadie más lo había hecho jamás. Era más embriagadora que una copa del mejor brandy.

—Llegaste temprano a casa. —Miró por la ventana—. Todavía es de día.

Mientras él caminaba hacia ella, esos ojos se posaron en la enorme caja que él tenía en las manos.

—A partir de ahora podré seguir un horario mucho más razonable, cariño. —Dejó la gran caja rosa en su regazo.

—¿Qué es esto?

—Es para ti.

—¡Oh! Hugo, ya me has comprado tanto...

—Shhh, lo compré para mí. Ábrelo —ordenó.

Esos dedos temblaban, mientras levantaba la tapa y apartaba las capas de papel de seda. Ella jadeó y lo miró, mientras sacaba el vestido de la caja.

—Es lo más hermoso que he visto en mi vida. Pero... ¿dónde lo usaré?

—Lo usarás esta noche, cuando vayamos al teatro. Pero primero, saldremos a cenar y

conozco el lugar perfecto.

Su mirada pasó de los pies de seda de color amarillo pálido, que tenía en las manos para Hugo.

—¿En serio?

—Cierto. —Él sonrió con entusiasmo, pero ella frunció el ceño.

—¿Qué es?

—Es solo que me gustaría que Cailean viniera, nunca ha visto una obra de teatro.

—Por supuesto que puede venir, cariño.

—Pero no lo he visto, en todo el día, ha empezado a aparecer, justo antes de la cena. —A Hugo no le gustó el sonido de esto—. Hablaré con él y le diré que debería estar en casa a una hora más razonable. —Escucharse a sí mismo, sonaba como un idiota. “*¡No, sueñas como un padre.*”

Hugo ignoró el pensamiento alarmante y dijo:

—Si aparece a tiempo, estupendo. Si no, esta noche será solo para nosotros dos. —Le dio un beso largo y prolongado—. Y esta es solo la primera de muchas noches, Martha. Podré pasar más tiempo contigo y Cailean. —La besó de nuevo—. Las cosas van a cambiar a partir de ahora... para mejor.



Los días transcurrieron a una velocidad alarmante, y antes que Martha se diera cuenta, había pasado más de un mes, y todavía vivían en la casa de Lady Selwood.

La culpa la carcomía. Aparte de las pocas horas, que pasaba leyendo y escribiendo con Cailean (que estaba demostrando ser un auténtico mago, en ambas cosas), su único deber real era encontrar una casa, que pudieran alquilar, y no lo había hecho.

Hugo trabajaba todo el día, e incluso algunas noches, por lo que le había confiado la tarea de encontrar un nuevo alojamiento.

Pero esta era una enorme responsabilidad, y ella no quería elegir imprudentemente, y cargar a Hugo con una casa, que no le gustaba, aunque él afirmaba que le gustaría cualquier cosa que ella eligiera.

Sin embargo, ya era hora de tomar una decisión.

Martha levantó la vista de su lista de posibles casas, y miró a Hugo, que estaba leyendo el periódico. Solo ella y su esposo estaban en el comedor, ya que Cailean había salido con las primeras luces del alba (como de costumbre), aunque ahora volvía a casa, a una hora razonable.

—Marido. —Aunque llevaban casados casi seis semanas, la palabra todavía sonaba exótica, incluso para él.

A diferencia de todos los hombres de negocios, que había visto en sus viajes por la ciudad, Hugo vestía casi completamente de negro: pantalones negros ajustados, lino negro y arpilleras negras brillantes, que incluso tenían borlas negras.

Martha se sorprendió la primera vez que bajó a desayunar vestido de forma tan singular. Sorprendentemente, le encantó esa sombría vestimenta, que hacía que sus rasgos, más bien austeros, parecieran severos, peligrosos y misteriosos.

El amor, el orgullo y el deseo brotaron de su interior, mientras lo miraba desde el otro lado de la mesa. Su amor por él era tan intenso, que sintió un agudo hormigueo detrás de los ojos.

Hugo levantó la vista y sonrió.

—Me estás mirando con expresión interrogativa... esposa.

Los párpados de ella se abrieron ligeramente, al oír esa última palabra, recordándole cómo

lo había visto la noche anterior, en la cama: salvaje y sensual; y como había logrado sorprenderla y complacerla.

Las mejillas de ella se calentaron.

—Solo estoy pensando en lo que tengo planeado para el día —mintió ella.

—¿Y qué tienes en tu agenda?

—El señor Duncan estará aquí, alrededor de la una, y tiene dos casas más para que yo las vea.

—¡Ah! ¿Cómo va la búsqueda?

—Creo que he reducido las opciones a tres casas, a menos que una de estas sea mejor.

Ella quería elegir una casa que no solo fuera cómoda y estuviera cerca de la bolsa, sino que también estuviera cerca de una iglesia, donde se sintiera como en casa. La iglesia más cercana a la casa de Lady Selwood parecía más Rotten Row que un santuario religioso. La mayoría de los feligreses prestaban más atención, a lo que vestía su vecino, que a lo que decía el vicario. Y el vicario y su esposa se vestían tan lujosamente, como sus feligreses adinerados.

Toda la experiencia le había resultado desalentadora, especialmente cuando vio el efecto que la escena había tenido en Hugo, que la había acompañado a la iglesia por primera vez la semana pasada.

Aunque se divirtió visiblemente, al ver a la multitud, ella había visto el cinismo, en esa mirada oscura. Martha solo podía esperar que él confiara en ella lo suficiente como para asistir a otro servicio, en la pequeña iglesia, que había descubierto recientemente.

—¿Cuándo vamos a verlas? —preguntó Hugo.

—¿Mmm?

—Las casas —le recordó suavemente.

—¡Oh! ¿Vendrás a verlas conmigo?

—Por supuesto que lo haré, cariño.

—Si le parece bien, puedo preguntarle al señor Duncan, si puede organizar que vayamos mañana.

Él extendió la mano por encima de la mesa y tomó su mano.

—Iremos en breve, cariño.

A Martha le encantaba que la llamara así, o cariño, o amor, o cualquiera de las docenas de apodosos que usaba para referirse a ella.

—Espero que tu familia no se demore en visitarnos hasta que encuentre una casa adecuada, Hugo. Lady Selwood me escribió una carta encantadora, asegurándome que debería tratar esta casa como nuestro hogar. Me sentiré mucho más cómoda, invitándolos a pasar agradables y largas visitas con nosotros, cuando estemos en nuestra propia casa, pero seguramente vendrán y se quedarán al menos un ratito. Cómo los debes extrañar.

—No los extraño tanto ahora, que te tengo a ti, señora Buckingham. —Ella vaciló, pero él siguió—. ¿Qué pasa, cariño?

—Odio ser una molestia, pero ahora que has terminado de arreglar los asuntos con tu ex socia... —Martha no pudo evitar fruncir el ceño, al pensar en la mujer que intentó que Hugo fuera encerrado durante siete años, tratando de robar la propiedad, que poseían juntos. En lugar de buscar un proceso penal, Hugo había permitido generosamente que la mujer quedara libre, después que ella hubiera firmado los papeles necesarios. Martha sabía que debería estar orgullosa de él por su bondad cristiana, pero creía que la mujer merecía un castigo adecuado por sus acciones criminalmente peligrosas.

—¿Sí, querida? —le insistió Hugo.

—¡Ah! Me preguntaba si le escribiste a alguno de tus hermanos. Sé que dijiste que solo Susan y Johnny vienen a Londres. ¿Existe alguna posibilidad que alguno de ellos venga de visita? ¿Quieres que les escriba y les extienda invitaciones?

—Eh, de hecho, recibí cartas de Susan y Johnny hace unos días.

Ella frunció el ceño.

—No las vi llegar con el correo.

—Vinieron a mi oficina. Pensé que sería mejor usar esa dirección, ya que no nos quedaremos aquí permanentemente.

—¡Ah! Eso tiene sentido. Ahora tienes que recordarme: Johnny... ¿es solo un poco mayor que tú?

—Sí, solo un año. —Hizo una pausa y luego dijo—: Me temo que Susan está en una condición delicada, por lo que no viajará. Ella te transmitió su amor, y dijo que está ansiosa por conocerte.

—¿Puedo escribirle una carta?

—Por supuesto. ¡Qué amable de tu parte, cariño! Una vez que la hayas escrito, la pondré junto con la mía.

—¿Y a Johnny? —preguntó ella—. ¿También lo invitaste?

—Sí. Él... eh... estará aquí la semana que viene.

Martha aplaudió.

—¡Oh, Hugo! ¡Qué desgraciado! Te guardabas esto para sorprenderme.

—Sí, es una sorpresa —dijo.

—¿Se quedará mucho tiempo? ¿En qué habitación? ¿Debería...?

—Me temo que solo estará aquí por un día ni siquiera por una noche.

—¿Solo un día? No puedes convencerme...

—Podemos intentarlo, cuando esté aquí —le aseguró—. Pero su jefe es muy exigente, así que es probable, que debemos estar satisfechos. —Sus ojos recorrieron la ropa—. Es un vestido muy bonito, querida. ¿Lo compraste en la tienda que te sugerí?

Martha miró su vestido, pues necesitaba recordarse lo que llevaba puesto.

—Sí, lo hice. Me alegra que te guste. Espero que no pienses que he gastado demasiado...

—¿Qué te dije sobre preocuparte por el dinero?

La había amenazado con ir de compras, prometiéndole que iría con ella y le compraría diez veces más prendas, si no compraba al menos una docena de vestidos nuevos para diversas ocasiones. Martha sabía que él no estaba bromeando. Su propio vestidor estaba repleto de una asombrosa cantidad de ropa.

—Lo sé, Hugo, es que me siento culpable por tener tantas cosas bonitas.

—Échame la culpa.

Ella se rió entre dientes.

—¡Maldita sea! —dijo, haciendo una mueca, mientras doblaba la última sección del periódico y la dejaba a un lado.

—¿Qué es?

—Acabo de recordar que tengo una cena de negocios esta noche. Se me ocurrió ayer y me olvidé de decírtelo, cuando llegué a casa anoche. —Le dedicó su sonrisa maliciosa—. Me temo que tenía otros asuntos en la cabeza.

Esta era la tercera vez, en la semana, que él tenía que ausentarse por alguna reunión. Ella entendía por qué, por supuesto. Muchos de los hombres con los que trataba solo visitaban Londres para hacer negocios. Y como venían sin sus esposas, tenía más sentido participar en

comidas, que giraran exclusivamente, en torno a los negocios.

Martha esperaba ocultar su decepción.

—Por supuesto que lo entiendo, Hugo.

—Eres una esposa muy comprensiva. —Le levantó la mano y le besó las puntas de los dedos—. Mañana, después que veamos las casas que has seleccionado, no volveré a trabajar y podremos pasar el resto del día, juntos.

—¡Eso sería maravilloso!

—Uno de los hombres que estarán en la cena esta noche es copropietario de un teatro. ¿Puedo ver si puedo conseguir entradas para los tres? ¿O tal vez podríamos invitar a Albert también?

—Le enviaré un mensaje a Albert y le preguntaré si está libre. No veo la hora de decírselo a Cailean.

—Hablando del muchacho, tengo entendido que ahora tenemos tres gatos de cocina y un nuevo perro, además de Fergus, merodeando por las cuerdas.

—¿Estás muy enojado por eso, Hugo?

Hugo se rió.

—Claro que no. En cuanto a pasatiempos, es mucho más inocuo que otros que podría nombrar. —Le besó la mano otra vez y la soltó con visible renuencia—. Bueno, será mejor que me vaya, cariño. Recuérdale a Albert, cuando le envíes ese mensaje, que tenemos esa reunión mañana, después del desayuno.

—Lo haré. —Martha se levantó y caminó con él hasta la puerta—. ¿Crees que este nuevo abogado podrá ayudar a Albert a resolver sus problemas?

—Eso espero. —Ella le dio un beso muy casto a Hugo—. Te extrañaré esta noche, cariño. Te despertaré, cuando regrese, sin importar la hora. —Bajó los párpados—. Haré que valga la pena interrumpir tu sueño.

Martha frunció los labios y su rostro invariablemente se calentó.

—¡Ah! —dijo él, acariciando fugazmente su mandíbula—. Ese es el rubor que me encanta. Una vez que salió del comedor, Martha no pudo evitar notar lo vacía que se sentía sin él.



Hugo se puso el abrigo. Tomó el sombrero y el bastón del lacayo, que rondaba por allí.

—Gracias, Richard —dijo Hugo—. Estaré fuera hasta tarde esta noche, así que no me esperes. Tengo la llave de la casa.

—Muy bien, señor.

Richard le abrió la puerta, pero un agudo chillido lo hizo detenerse. Hugo frunció el ceño, al oír que el ruido se hacía más fuerte.

—¿Qué diablos es eso?

Los labios de Richard se crisparon.

—Eh, creo que es el señor Cailean, señor. Acaba de regresar hace media hora.

Hugo cerró los ojos un momento.

—Por favor, dime que no trajo otro perro a casa.

—No señor. Esta vez trajo un gato. —Richard se rió.

Él gimió.

El alboroto, ahora identificable como el maullido de más de un gato, se hizo más fuerte.

—¡No, Félix!

Hugo se sobresaltó al oír la voz de Cailean. El chico hablaba tan raramente que Hugo

olvidaba cómo sonaba.

—¡Vuelve! —Se oyó un ruido de pisadas desde el pasillo que conducía a la cocina. Unos segundos después, Cailean salió volando del pasillo, como si le hubieran disparado desde un cañón. Frente a él, ganando terreno, había una mancha gris y empapada.

El hombre y el gato desaparecieron por otro pasillo.

Hugo volteó hacia Richard, quien claramente tenía dificultades para controlar la risa.

—¿Qué fue eso?

—El señor Cailean estaba bañando al nuevo gato, creo que lo llamó Mouser.

—¿No pensé que a los gatos les gustaran los baños?

—No, señor. A uno de los otros gatos, Maggie o el señor Whiskers, le cayó mal Mouser, así que eso complicó el proceso.

Ahora le tocó a Hugo reírse.

—Me voy, antes que me involucren en esto.

Una vez afuera, se puso los guantes y comenzó a caminar.

Hugo nunca tomaba un carruaje de alquiler, directamente desde la casa. Lo último que quería era una conexión directa desde donde vivía hasta Solange. Siempre caminaba unas cuantas cuadras, antes de tomar uno.

Mientras cruzaba la plaza, se reprendió a sí mismo.

“¿Por qué le dije a Martha que mi hermano vendría a visitarme? Debo estar volviéndome loco.”

Él gimió lo suficientemente fuerte, como para asustar a una criada, que pasaba, y trazó un amplio arco a su alrededor.

Ahora tendría que encontrar a alguien en quien confiar para que actuara como su maldito hermano. *“¿Quién diablos será ese?”* Hugo caminó en silencio, durante varias cuadras, devanándose los sesos.

Un cuarto de hora más tarde, aún no había encontrado un candidato adecuado, cuando levantó su bastón para llamar a un coche de alquiler.

—¿A dónde vamos, gobernador? —preguntó el conductor.

—Solange.

—Yendo temprano, ¿eh? —El conductor sonrió burlonamente.

Hugo lo ignoró y subió al carruaje, que estaba pasablemente limpio.

Tiró el sombrero y el bastón al asiento de enfrente y cerró los ojos. Estaba muy exhausto. No era el trabajo lo que lo cansaba (ir en coche a Solange era mucho más fácil sin la interferencia de Laura), sino la tensión de mantener sus dos vidas separadas.

Había esperado pasar más tiempo con Martha, pero deshacer todo el daño, que Laura había hecho, estaba tomando más tiempo del que había previsto.

Afortunadamente, Bev había cumplido con su palabra y le había entregado el control total, sin mostrar su cara ni una sola vez, en el mes transcurrido, desde que Hugo había tomado el mando.

“—Mi cara no es del tipo que atrae a la gente adinerada, ¿cierto?

No, no lo era, aunque Hugo no lo dijo.

—Te cederé tu mitad del negocio, si puedes hacer que este lugar produzca, todos los meses, durante un año.

Como Bev Davies no había necesitado darle ni un centavo a Hugo, él aceptó la oferta.

Otra parte de su trato con Bev involucraba a Laura. Hugo había estado tentado de darle a probar un poco de su propia medicina, pero, al final del día, ella era demasiado patética para

que valiera la pena el esfuerzo. Pero se negó a dejarla en Solange. Aunque Hugo se despreciaba a sí mismo por molestarse siquiera en darle una oportunidad, había conseguido que Bev le prometiera, que le daría trabajo, en uno de sus otros burdeles.

Su petición había divertido mucho al viejo criminal.

—Eres un tonto, Hugo. Iba a echarla a la calle, donde debería estar.

No era que la bruja hubiera mostrado gratitud.

De hecho, la última vez que Hugo vio a Laura fue en Drunken Duck, cuando la liberó. Ella había lanzado invectivas, mientras el coche de alquiler se la llevaba.”

—¡Oiga!

Hugo abrió los ojos y vio que el conductor lo miraba fijamente.

—Ya estamos aquí.

Le pagó al hombre y subió los escalones, que le resultaban familiares, hasta la majestuosa mansión de color blanquecino, que ocupaba una gran parte de la corta calle. Desde fuera no parecía diferente a cualquier otra gran casa, pero había pocos hombres, en Londres, que no supieran lo que contenían sus paredes.

El edificio de al lado también era parte de Solange. El mismo había sido reconvertido con habitaciones más lujosas y un enorme salón de baile, que se utilizaba para festejos más grandes, como las orgías conocidas, comúnmente como “noches romanas”, una de las cuales estaba prevista para el próximo sábado.

Hugo apretó los dientes, ya que tuvo que mentirle a Martha sobre una cena de negocios, una vez más.

Las noches romanas eran exactamente lo que parecían: ¡orgías! También eran algunas de las más concurridas del año, lo que significaba que todos los empleados estaban a bordo. No solo Hugo trabajaba el sábado por la noche, sino también Andrew, Moira y Enid, sus trabajadores más confiables, que generalmente actuaban como gerentes, en su ausencia.

Hugo había dejado de encontrar divertidas las orgías hacía por lo menos diez años y temía el sábado. Sobre todo porque sería un ejercicio de tedio. Pero siempre existía la posibilidad que se produjeran situaciones explosivas, cuando se juntan a un centenar de clientes adinerados con cuatro docenas de prostitutas (la mitad de las cuales venían de otros dos burdeles exclusivos) y luego se vertían cantidades interminables de licor.

La puerta principal se abrió, antes que Hugo llegara al rellano, y Daniel apareció en el vestíbulo, luciendo magnífico con su uniforme verde oscuro y negro.

—Buenas tardes, señor Hugo.

—¿Hay algo que necesite saber? —preguntó Hugo, mientras le entregaba su sombrero, su bastón y su abrigo.

—Un leve altercado en la sala dorada. Sir Lawrence Blackheathe y el señor Alan Percival provocaron un poco de polémica, pero el señor Andrew estuvo presente y resolvió el asunto en un santiamén.

—¿Por qué peleaban?

Los labios de Daniel se crisparon.

—Eh, creo que fue por Maisie.

Hugo puso los ojos en blanco y Daniel se rió.

—El correo ya ha sido llevado a su estudio, señor.

Hugo le entregó sus guantes y abrió la puerta de paneles, que se encontraba a un costado de la gran entrada.

—¿Dónde está el libro?

Se refería al libro de contabilidad.

—El señor Andrew lo trajo hace media hora.

Hugo miró su reloj.

—Ve y dile a Maisie que baje aquí en una hora... Una hora —repitió.

—Eso no le gustará, señor.

—No me importa.

Maisie era una de las prostitutas más caras y populares de la casa, y también la más molesta. Hugo no tenía a nadie a quien culpar por ella, excepto a sí mismo, ya que él había sido quien la había contratado.

—Muy bien, señor. ¿Le subo el café?

Hugo hizo una pausa y miró fijamente, a Daniel, con una idea floreciendo en su cabeza.

Los párpados de Daniel bajaron levemente sobre sus ojos color café, mientras Hugo lo estudiaba.

Era un muchacho hermoso y si Hugo no hubiera sido un hombre felizmente casado, tal vez hubiera aceptado su mirada seductora. Pero lo que quería de él era algo completamente diferente.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Eh, veintinueve, en mi próximo cumpleaños.

Un poco joven, pero el pelo oscuro y los ojos castaños combinaban bien, aunque el verdadero Johnny era rubio, como los padres de Hugo.

—Tengo una propuesta de negocios para usted, Daniel. Venga a cenar conmigo en mi estudio más tarde, y podemos hablar.

Daniel asintió con la cabeza, su hermoso rostro reflejaba perplejidad.

—Por supuesto, señor.

A Hugo le encantaba su estudio. No era la habitación más grande ni la más bonita de los dos edificios que formaban Solange, pero, en su opinión, era la más elegante. Le recordaba a los dibujos, que había visto de los clubes de hombres adinerados, a los que nunca le permitirían entrar, lugares como: White's, Brooks's o Boodle's.

Lujosas, pero algo gastadas, las alfombras cubrían el oscuro suelo de madera; cómodas sillas y sofás de cuero estaban repartidas por toda la habitación; y las paredes estaban cubiertas de cientos y cientos de libros. Desde que había adquirido la habitación para sí, Hugo había descubierto que no había nada más agradable que trabajar rodeado de libros.

Afortunadamente, la habitación había escapado a los recientes ataques de Laura. Ella había mantenido tanto su suite de habitaciones como su oficina en el edificio más nuevo, por lo que la mayor parte de los daños (mobiliario llamativo, arte de mal gusto y combinaciones de colores de mal gusto) se habían producido en esa parte.

Hugo había hecho de la restauración de las habitaciones, como estaban antes, una de sus prioridades, junto con la recontratación de personal valioso, como Daniel. También se había esforzado por reunirse personalmente con cada uno de sus clientes para asegurarles que el negocio había vuelto a la normalidad.

Muchos de los que se habían ido regresaron rápidamente, cuando se enteraron que Laura ya no estaba a cargo. Y muchos más volvieron, después que Hugo hiciera correr la voz que Bev no era un socio activo.

Y luego estaban aquellos que recurrían especialmente a sus servicios.

Hugo había postergado la mayoría de esas reuniones, mientras se dedicaba activamente al reclutamiento. A pesar de lo arrogante que era en cuanto a sus habilidades sexuales, sabía que todos sus clientes, con muy pocas excepciones, estarían contentos si pudiera entregarlos, a un

empleado igualmente capacitado. Especialmente si esa persona era más joven y atractiva.

Para ello, había contratado a dos hombres y cuatro mujeres nuevas. Bueno, para ser sinceros, se los había robado a dos competidores, lo que no fue difícil. Trabajar para Solange había sido alguna vez el objetivo de cualquier prostituto inteligente y ambicioso.

Poco a poco había ido logrando que sus mejores clientes aceptaran a sus nuevos empleados, aunque esto no fue tan fácil porque la gente parecía pensar, que merecían una razón por la que él no se acostaría con ellos.

Podría haberles dicho que se había casado, pero, cuando dejaron de reírse, la mayoría de sus clientes le dijeron que no les importaba, ya que la mayoría de ellos también estaban casados.

Pero Hugo no tenía intención de hacer publicidad de su reciente matrimonio. De hecho, planeaba asegurarse de separar esta parte de su vida, en Solange, de Martha.

Hugo pensó en las reservas de la noche anterior, y estaba terminando con el libro de cuentas, cuando alguien llamó a su puerta.

Una rápida mirada al reloj le mostró que había pasado una hora y media. Frunció el ceño.
—Pase.

Incluso Hugo, tan cansado, como estaba de trabajar con mujeres hermosas, se quedaba sin aliento, cada vez que veía a Maisie Hudder.

Pero él disimuló fácilmente su admiración:

—Usted llega tarde.

—Lo siento, Hugo. —Sonrió con indiferencia y se tambaleó por la habitación sobre sus zapatillas de tacón alto. Vestía una bata de seda blanca, como la nieve, que hacía que su pelo negro azabache y sus llamativos ojos azules resultaran aún más atractivos.

Y luego estaba su fascinante cuerpo...

Bueno, la mujer no era su empleada más solicitada por nada. Se sentó en la silla frente a su escritorio con la gracia sinuosa de una gata, los ojos entrecerrados y una sonrisa perezosa.

—La próxima vez que la llame y no llegue a tiempo, puede hacer las maletas y largarse de aquí. ¿Entendido?

Los ojos de ella se abrieron con sorpresa.

—¿Lo entiende?

La frágil arquitectura de su garganta blanca se flexionó.

—Sí, Hugo.

—Bien. Ahora, ¿cuál es el problema con Percy y Blackheath?

Una sonrisa petulante tiró de sus labios pecaminosos.

—Ambos quieren ofrecerme un contrato.

Hugo reprimió un gemido con la esperanza de ocultar su irritación.

—Entonces, ¿cuál prefiere usted?

—A ninguno...

Él frunció el ceño.

—Entonces... ¡Ah! Déjeme adivinar, se están comportando como dos zorrillos, que se orinan sobre quién la domina a usted. Pero, en lugar de orinarse, le están tirando joyas.

La sonrisa de ella creció.

—No se meta en mis asuntos, Maisie. —Hugo se inclinó sobre su escritorio.

Esa sonrisa petulante se desvaneció lentamente.

—Ya usted sabe cómo funcionan las cosas: si quiere aceptar una oferta externa, hágalo. No voy a permitir que convierta el lugar en un caos solo para poder recolectar más chucherías.
¿Entendido?

El labio inferior de ella tembló.

—Entendido.

—Quiero que se mantenga alejada de los dos por un tiempo. —Hugo buscó la agenda de citas, que solía guardar bajo llave, en la caja fuerte, y había estado mirando antes. Pasó a la página de citas para esta noche y pasó el dedo por la lista—. Parece que Amhurst estará aquí esta noche, y preguntó por usted la última vez. —Cerró la agenda de golpe y levantó la vista—. Quiero que se apegue a él, como un percebe. Es uno de nuestros mejores clientes, hágalo feliz. Extremadamente feliz.

—Lo haré. Lo siento, Hugo. —Esos enormes ojos azules se llenaron de lágrimas.

Hugo quería aplaudir, pero en lugar de eso se puso de pie, y salió de detrás de su escritorio, le ofreció la mano y la ayudó a ponerse de pie

—No lo lamente, cariño, solo sea una buena chica a partir de ahora, ¿eh?

Ella presionó ese cuerpo exuberante contra él, antes que él supiera lo que ella estaba haciendo, esa mano recorrió desde su pecho hasta su flácida polla. Maisie frunció el ceño, cuando sintió una prueba física de su falta de interés. Lo acarició con la palma.

—¿Puedo compensarlo, Hugo? Haré lo que quiera.

Hugo retiró con suavidad, pero con firmeza la mano de su entrepierna.

—Guarde su entusiasmo para Amhurst, cariño.

—No se preocupe, Hugo. No se lo diría a su esposa.

Hugo la tomó por los hombros y la sostuvo a la distancia de sus brazos.

—¿Quién le dijo que estoy casado, Maisie?

—Todo el mundo lo sabe. —Ella se encogió de hombros.

“¿Cómo diablos se ha enterado la gente de mi matrimonio? No se lo he contado a nadie.”

Tal vez, solo lo adivinaban, basándose en el hecho que ya no aceptaba clientes. Cualquiera que fuera la razón, no le gustaba hablar de su esposa, mientras se encontraba en el trabajo. Parecía que la estaba ensuciando, aunque nadie viera nunca la cara de Martha ni supiera su nombre.

Miró a Maisie a los ojos con picardía.

—Por muy atractiva que sea su oferta —mintió—. Tengo un montón de trabajo esperándome. La acompañó hasta la puerta.

Ella se puso de puntillas para besarle la mejilla.

—Gracias por ser tan comprensivo, Hugo.

Mientras la observaba tambalearse sobre esos ridículos tacones, él sintió la tentación de darle una patada en el trasero por creer que podía hacerle bromas. En cambio, cerró la puerta y volvió a trabajar.

Hugo estaba a mitad de camino del montón de facturas y demás cartas, cuando otro golpe lo perturbó.

—¿Sí?

La puerta se abrió y entró Daniel con una gran bandeja en sus manos.

Hugo se apartó el pelo de la frente, y miró el reloj.

—Señor, ¿ya está listo para la cena? Bueno, entre y póngase cómodo —dijo—. Y será mejor que cierre la puerta con llave. Lo que quiero pedirle es que me escuche.

CAPÍTULO TREINTA

El señor Duncan miró su reloj. Una vez más.

—Lo siento —dijo Martha—. Algo debe haber sucedido para que no pudiera venir. — Hugo ya llevaba una hora de retraso y el agente inmobiliario se mostraba cada vez más inquieto —. Si usted tiene otra cita, puede dejarme la llave. Sé que él vendrá.

—Bueno... —Se mordió el labio inferior.

—Todo irá bien, señor Duncan. ¿Quizás podría dejar las tres llaves y se las podemos entregar más tarde?

—Normalmente no lo haría, pero me temo que solo conté con dos horas, como me lo pidió. Sin embargo, si está segura que estará bien aquí para...

La puerta principal se abrió y entró Hugo con su abrigo negro y su sombrero de copa salpicado de diamantes de agua. Sus ojos oscuros miraron con desdén al agente, antes de posarse en Martha y suavizarse.

—Lo siento mucho, cariño. Me temo que me he visto envuelto en una especie de disturbio.

—¡Oh, cielos! —dijo ella.

—¿Eso está en Haymarket? —preguntó el señor Duncan.

Hugo asintió distraídamente, tomando las manos de Martha entre las suyas.

—¿Perdóneme?

—Pensé que venía de la bolsa —replicó el señor Duncan.

Hugo se volvió lentamente hacia el agente. Lo que el otro hombre vio en el rostro de Hugo lo hizo retroceder.

—Eh, no es que sea asunto mío —murmuró.

Hugo emitió un leve zumbido, en señal de acuerdo.

—El señor Duncan tiene que ir a algún lado, en breve, Hugo. Dijo que podía dejarnos las llaves y que se las devolveremos más tarde.

—Ahora que su marido está aquí, me encantaría quedarme y...

—Es una idea genial —expresó Hugo y le tendió la mano.

—¿Hay algún problema? —vació el señor Duncan.

—Eh, no, no, claro que no. Um, si tan solo...

—Haré que un sirviente se las entregue más tarde, esta noche.

—Muy bien, señor. —El señor Duncan les dirigió a ambos una sonrisa nerviosa—. Bueno, entonces, supongo...

—Gracias por su tiempo —dijo Hugo.

—Muchas gracias —manifestó Martha cálidamente con el rostro acalorado por la rudeza de Hugo.

Una vez que la puerta se cerró tras él, Hugo exhaló un suspiro exagerado.

—Gracias lo por eso. No sé cómo toleras ese viejo palo, Martha.

—Es muy agradable, Hugo. No tenías por qué haber sido tan brusco con él. Era...

Él la rodeó con sus brazos y posó sus labios sobre los de Martha. El beso fue suave y firme a la vez, tomando posesión de su boca de una manera magistral, que la dejó sin aliento, cuando

finalmente se apartó.

—No hablemos de Duncan —susurró él con los ojos brillantes.

Martha lo miró parpadeando, un poco aturdida.

—¡Oh! Bueno, está bien.

—Ven, enséñame cuál será nuestro dormitorio. —Él tomó su mano.

—¡Hugo!

—¿Qué? —preguntó, mientras la arrastraba hacia las escaleras—. Es la única habitación que realmente me interesa.

—Eso dices ahora —dijo ella sin aliento, mientras intentaba seguir el ritmo—. Pero cambiarás de opinión, cuando encuentres que el estudio es demasiado pequeño, o que la chimenea del comedor tiene demasiada corriente de aire.

—¿Cuál puerta? —preguntó, cuando llegaron al rellano.

—La del final.

Martha se rió, cuando él se lanzó hacia adelante, casi arrancándola del suelo. Abrió de golpe la puerta que daba a un dormitorio grande.

—El vestuario se conecta a... —Hugo la atrajo hacia la cama—. Acuéstate, cariño.

—¡Hugo! —gritó, mientras él la presionaba contra la cama, que tenía una funda holandesa sobre el colchón, igual que todos los demás muebles de la casa.

—Quiero probar la habitación —dijo, desatando su capa y empujándola hacia atrás, antes de tomar el bolso de ella, y arrojarlo sobre una silla cercana.

—Pero...

—¿Mmm? —Le levantó las faldas y las enaguas de su vestido de paseo azul marino.

—¿Qué pasa si viene alguien?

—Nadie vendrá.

—¡Hugo!

—Me encanta cuando gritas mi nombre, cariño. —Le levantó las faldas y sonrió—. Llevas puesto mi regalo.

La sangre le latía con fuerza en los oídos, mientras él la miraba fijamente.

—Uno de los muchos regalos con los que insistes en colmarme.

—¡Oh, amor mío! Este regalo no es para ti, es para mí.

Martha se armó de valor y le preguntó:

—¿Te gusta?

Él asintió con la cabeza, en una expresión embelesada, mientras extendía la mano para pasarla por la muselina tan fina, como un susurro.

—La mujer de la tienda dijo que pronto estos artículos se convertirán en furor.

Se trataba de un par de calzoncillos similares a los de un hombre, pero con pequeños volantes en las aberturas de las piernas.

Él recorrió su hendidura con un dedo, de arriba a abajo. La delgada barrera de tela de alguna manera la hizo sentir aún más expuesta.

—¡Qué bonita! —murmuró.

El sexo de Martha se tensó, cuando él la presionó más fuertemente, separando esos labios y golpeando suavemente ese centro, mientras su otra mano acariciaba el muslo desnudo, debajo de la tela.

Martha dio un grito de sorpresa.

—Lo siento, cariño —murmuró, mientras su mirada se movía entre su rostro y lo que hacían sus manos—. ¿Tengo la mano fría?

—Un poco —dijo ella con voz temblorosa.
—¿Quieres que pare? —Sus ojos brillaron con maldad.
—No.



Hugo contempló a su hermosa esposa, mientras ella yacía frente a él, era un verdadero banquete de feminidad.

Él bebió esos labios entreabiertos y ese rostro sonrojado, acariciando esa dulce vagina, a través de la tela hasta que dejó una mancha húmeda, en sus bonitos pantalones nuevos.

—Ábrete un poco más para mí, cariño.

Como siempre, ella se volvió de un tono rosa encantador y le obedeció.

—Buena chica —la elogió, cuando ella le abrió los calzoncillos. Le encantaban los calzoncillos rosas que llevaba, pero eran una molestia, cuando se trataba de acceder fácilmente a su cuerpo.

Aún así, él era creativo y podía adaptarse.

Le rozó el clítoris y la hizo gemir. Estaba mojada por él, ese cuerpo ya temblaba de necesidad. Era su esposa: la hija de su vicario con alma de cortesana.

Le abrió la boca con una mano, sin detenerse a acariciarla. Ella se abrió más sin que se lo pidiera y Hugo deslizó la mano dentro de sus calzoncillos y sacó su pene.

La mirada entrecerrada de Martha se fijó en su regordeta corona, que él había echado hacia atrás del prepucio, y estaba resbaladiza con la evidencia de su deseo.

Hugo se llenó de energía, mientras introducía un dedo, en ese estrecho y cálido clítoris.

—¡Caraja! Martha.

Ella se tensó ante la vulgar palabra, pero él sabía que estaba excitada, más que ofendida, como otras veces en que él se deslizaba, dentro de ella, diciendo otras vulgaridades.

—Tan mojada y lista para tu marido —la elogió, dándole una sonrisa lasciva, mientras ambos se acariciaban.

Hugo sabía que no duraría mucho tiempo ni siquiera tardó la primera vez que la tomó. Y la tomaría de nuevo, una vez en cada casa, que ella le mostrara. Martha no era el tipo de mujer que se podía tener solo una vez.

Tuvo suerte que el viejo Duncan se hubiera largado, porque Hugo había planeado montarla, estuviera o no el hombre allí. Sonrió con sorna, al imaginar el terror de Martha, al ser atrapada, pero sabía que ella no se lo habría negado.

Todas las noches, en su cama, ella se acercaba a él con un hambre tan voraz, como la suya. Después de las primeras semanas, cuando había superado su timidez, se había acercado a él. La primera vez que él se había despertado y la mano de ella acariciaba su miembro, casi había llorado, ante la absoluta perfección de ella, de su vida con ella. Todas las mentiras y los encuentros furtivos valían la pena si podía tenerla a ella. Y conservarla.

Hugo apartó una pata de sus bragas para exponerla a su mirada codiciosa, hipnotizado por la visión de sus dedos brillantes acariciando esos tiernos pliegues. Nunca había visto algo tan hermoso en toda su vida.

—Por favor, Hugo —suplicó ella, retorciéndose.

—Como tú ordenes —dijo, acercando ambos cuerpos.

Se observó a sí mismo mientras la penetraba. Su mirada se clavó en el punto donde se unían, mientras la hacía sentir cada pulgada.

—Desearía que pudieras ver lo que yo veo, Martha. —La llenó por completo y la sostuvo

totalmente, dándole un momento para que se adaptara, antes de retirarse lentamente—. Te ves tan hermosa, recibíendome. —La vista de piel resbaladiza sobre piel resbaladiza era casi tan exquisita, como la sensación de ella.

—Hugo. —El sonido de esos gemidos, al pronunciar su nombre, era más erótico que el gamahuching de cualquier otra mujer.

—¿Sí, cariño? —preguntó con voz ronca, mientras comenzaba a trabajarla con movimientos profundos y deliberados.

—Por favor, más.

Él sonrió y se inclinó para acariciarle el capullo. Ella gimió y levantó las caderas de la cama, mientras murmuraba algo, que él no pudo entender. Él aceleró el paso para darle lo que quería.

—Oh... oh... —jadeó ella, y esa estrecha vagina se apretó con tanta fuerza, que casi le dolió.

Esas contracciones rítmicas lo empujaron a él, al límite, y él cedió a esa necesidad, arremetiéndola con embestidas salvajes, antes de empuñarse y luego vaciar sus doloridos testículos profundamente, dentro de ese dulce cuerpo.

Los brazos de Hugo se convirtieron en agua y se desplomó sobre ella, agitando el pecho. A pesar de lo frío que estaba el día, ella se sentía como un horno debajo de él. Mientras ese cerebro nublado se aclaraba, en los últimos minutos, volvió a él, en un santiamén.

—¿Fui demasiado brusco, amor?

—Estuviste perfecto, como siempre.

La calidez que lo inundó ante esas palabras lo asombró.

“¿Por qué un pequeño elogio de Martha es más poderoso que los halagos efusivos de todas las amantes que he tenido?”

—Tú también, querida —murmuró contra la piel húmeda de esa garganta—. Odio ser impulsivo, Martha, pero no creo que tengamos que buscar más; adoro este dormitorio. Creo que esta es la casa para nosotros.

Ella se rió débilmente, su cuerpo temblaba.

—¡Oh, Hugo! —Lo rodeó con sus delgados brazos y le dio un apretón que le lastimó las costillas—. Te amo muchísimo.

Hugo abrió la boca para decirle que sentía lo mismo, moriría por ella, era lo mejor que le había pasado, y casarse con ella fue lo más inteligente que había hecho en toda su vida.

Pero, como siempre que se trataba de decir una simple palabra de cuatro letras, fue como si de repente hubiera ingerido lejía. Se le hizo un nudo en la garganta, y la boca se le secó como un desierto.

En lugar de desnudar su alma, Hugo la abrazó, esperando que lo que le daba continuara siendo suficiente para ella.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Hugo odiaba la noche romana.

“*Esta será la última vez que asista a una,*” decidió, mientras observaba a un marqués septuagenario, gordo y pálido, perseguir a tres prostitutas risueñas que estaban (apenas) vestidas como las Tres Parcas, alrededor de las ruinas romanas del salón de baile.

—Es la quinta vez que mira su reloj en los últimos diez minutos, señor.

Giró al oír la voz de Daniel y resopló.

—Si no quiere terminar, atendiendo a uno de nuestros clientes borrachos y lujuriosos, le aconsejo que se quede en el vestíbulo, buen muchacho.

—Aceptaría su sugerencia, pero esta noche me tocó la pajita más corta.

—¡Ah! Micky y Jonathan lo engañaron para que trabajara en el salón de baile, ¿cierto?

Daniel se rió.

—Entonces, ¿debo ir a su casa la semana que viene, señor?

El rostro de Hugo se calentó al recordar lo que le estaba pagando al joven para que hiciera. ¿Qué diablos le estaba pasando? Había tomado conciencia de alguna parte, probablemente por la prolongada relación con Martha, y esto se estaba extendiendo como una maldita enfermedad.

—Sí. Y será mejor que practique llamarme Hugo, antes de eso.

—Por supuesto, al hablar con la señora, Hugo.

—¿Ha memorizado la información que le di? —preguntó Hugo.

—La tengo... Soy su hermano —dijo Daniel, sonriendo.

Hugo resopló.

—Hugo será más que suficiente, Daniel. —Estaba a punto de coger su reloj, cuando recordó que acababa de hacerlo.

—Vaya bacanal —destacó Daniel, de pie junto a Hugo, en una posición de espera de desfile, que delataba su pasado en el ejército.

—¿Nunca ha querido participar? —preguntó Hugo—. Ganaría muchísimo más dinero, que haciendo recados y entregando mensajes.

La mirada de Daniel recorrió el salón y se detuvo en una mujer desnuda, que yacía con las piernas abiertas en un sofá. Un hombre extremadamente borracho la estaba acariciando, mientras al menos otros siete hombres observaban y gritaban sugerencias, y palabras de aliento.

Daniel volteó hacia Hugo.

—No lo creo, señor. Me crié como católico.

Hugo echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Bueno, no creo...

Una mano se posó en su hombro.

—¿Hugo?

Hugo giró y vio a Andrew, su segundo al mando, vestido con una toga, que había visto días mejores. Sus ojos parecían un poco... salvajes.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo inmediatamente serio.

—Eh, hay un caballero con Maisie en la sala Egeo.

—¿El señor Amhurst?

—No. —Andrew negó con la cabeza lentamente.

Hugo apretó los dientes. “*Esa maldita Maisie.*”

—Bueno, ¿quién, entonces? ¿Será mejor que no sea Blackheathe o Percival?

—No quiero decírselo, señor. Pero, eh, él quiere verlo.

Hugo sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

¡Ay! Solo podía pensar en una persona que pudiera tener tal efecto en el normalmente tranquilo Andrew.

—Quédense aquí y vigilen a estos tontos —ordenó, y luego se abrió paso entre los juerguistas hacia la salida.

La sala Egeo era una de las suites más caras del sector masculino del burdel. Cuatro hombres vestidos con ropa, que no era ni llamativa ni cara, estaban de pie fuera de la sala y Hugo reconoció a uno de ellos.

—¡Maldita sea, maldita sea! —murmuró.

Y luego sonrió y se acercó al hombre.

—Gibson, ¿no? —preguntó, aunque sabía perfectamente que ese era su nombre.

Gibson, una de las personas más inexpresivas que Hugo había conocido, asintió.

—Buckingham, ¿cierto?

Hugo se rió ante la insulsa indirecta.

—Sí. Él, eh, ¿quiere verme?

—Espere aquí hasta que salga la mujer.

—¿Solo hay uno ahí?

Gibson asintió y luego siguió pareciendo aburrido, mientras aristócratas borrachos y prostitutas desnudas pasaban junto a ellos. Cualquiera que lo mirara a la cara, nunca creería que Gibson estaba presenciando una orgía, en toda regla, con algunos de los ciudadanos más poderosos y ricos de Inglaterra.

Pero entonces, dado el hombre al que servía, cada uno aquí era tan importante como una mota de excremento de mosca.

La mente de Hugo trabajaba a toda velocidad:

“¿Cómo puedo negarle a un hombre, que está segundo o tercero en la sucesión al trono de Inglaterra, no recuerdo cuál es su posición, algo que me pide?”

Un cuarto de hora después, Hugo seguía dándole vueltas a esa pregunta, cuando la puerta de la sala Egeo se abrió y apareció Maisie. Se secaba el labio inferior, hinchado y enrojecido, con un delicado dedo y una expresión tan insulsa como siempre. Le dedicó a Hugo una media sonrisa.

—Dijo que quiere hablar con usted.

Hugo la miró tan fijamente que debería haber sido capaz de ver dentro de su cerebro.

“¿Sabe ella, a quién acaba de atender?”

Gibson tomó a Maisie del brazo y la alejó de la puerta.

Su Alteza Real se estaba abrochando los pantalones, cuando Hugo entró en la habitación. Lo saludó con una sonrisa, que era notablemente genuina, considerando sus dispares posiciones sociales.

—¡Hugo, viejo!

Hugo hizo una reverencia, como si estuviera en la corte, algo que realizó con exquisita gracia.

—No hay necesidad de andarse con ceremonias conmigo —dijo el duque. Sus bulbosos

ojos azules estaban brillando de placer, ya sea por la persona de Hugo, o por su gesto de reverencia. Hugo no estaba seguro de por cuál de las dos cosas.

El otro hombre había recibido una paliza en los periódicos últimamente, por lo que un poco de respeto probablemente ayudó mucho a calmar sus nervios maltrechos y su orgullo.

—Ven, siéntese.

Hugo consideró como una señal positiva el hecho que el duque señalara la silla, que estaba a su lado, en lugar del suelo entre sus muslos separados.

—Gracias, Su Alteza Real.

—¿Cómo ha estado usted, Hugo?

—He estado bien.

El duque asintió con energía.

—Excelente, excelente. Una chica muy simpática... ¿Cómo se llama?

—Maisie, señor.

—Mmm, sí. —Su magnífico bigote se movía de un lado a otro, sus dedos tamborileaban sobre el brazo del sillón. Aunque Hugo había estado dentro del cuerpo de ese hombre incontables veces, todavía no tenía idea de lo que pasaba por su cabeza.

—Me voy al continente pronto —ladró de repente el duque—. Probablemente, usted ya lo vio en los malditos periódicos. —Murmuró esa última parte más para sí mismo, y luego su vaga mirada azul se agudizó, y clavó a Hugo en su silla—. No volveré a casa durante... Bueno, no durante algún tiempo. —Sus rasgos flácidos de repente se volvieron firmes y severos. Estaba casi regio—. Volveré la semana que viene... una última vez.

—Eh, ¿le reservo a Maisie, señor?

El duque se rió, pero luego entrecerró los ojos, mientras flexionaba la mandíbula, sus ojos lucían hambrientos, mientras recorrían el cuerpo de Hugo.

—Una última vez, Hugo —repitió.

—Eh, eso es... —Hugo tragó saliva.

El duque asintió vigorosamente.

—Muy bien, muy bien.

La puerta de la habitación se abrió, como si alguien más allá estuviera atento a la capacidad de atención real. Era Gibson, que sostuvo la puerta abierta y le hizo un gesto a Hugo, quien volteó hacia el duque, pero el hombre mayor estaba mirando su reloj. Solo el puño cerrado, que descansaba sobre su muslo, delataba la tensión del duque.

De nuevo, Hugo abrió la boca para decirle al duque, que no estaría allí la semana que viene, y que no se quedaría en la ciudad. Mejor aún, ni siquiera se encontraría en el campo.

O tal vez debería decirle que estaba casado. El duque tenía una esposa y hasta parecía preocuparse por ella, a su extraña manera. Seguramente, lo hacía...

—Es hora de irnos —dijo Gibson con su mirada fría fija, en Hugo.

“No,” pensó Hugo, mientras se inclinaba profundamente, ante el duque, y luego caminaba hacia la puerta, sus pies eran como trozos de plomo, *“el momento de irme era antes de poner un pie en esta maldita habitación.”*

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Martha, Albert y Cailean estaban en la sala de desayuno, cuando Hugo bajó, a la mañana siguiente.

—Hugo, ¿qué haces levantado tan temprano? No llegaste a casa hasta después de las cuatro. No habrás dormido más de tres horas.

Hugo no le dijo que ni siquiera había dormido mucho. En cambio, la besó en la mejilla, y luego asintió con la cabeza hacia Albert y Cailean.

—Buenos días, Albert, joven Cailean. —Le sonrió al enorme muchacho—. Es bueno verte para variar.

El niño se sonrojó y le dedicó una sonrisa tímida.

—Café, por favor —le dijo a Richard.

—¿No tienes hambre? —preguntó Martha, cuando Hugo se sentó sin llenar un plato del buffet.

—Necesito tomarme unas cuantas tazas de café primero. —Se dirigió hacia Albert, antes que Martha intentara alimentarlo. Ella estaba convencida que un desayuno saludable era fundamental para un cuerpo sano. Normalmente, Hugo estaba de acuerdo con ella, pero esa mañana pensó que podría vomitar, si intentaba comer.

—¿Cómo te fue con el señor Williams?

Albert sonrió.

—Está seguro que puedo obtener el control de la patente con las pruebas que le he dado. De hecho, sabe de mi ex empleador y dijo que ha habido acusaciones en el pasado... Es un hombre brillante. —Su barbilla tembló y una expresión claramente emocional se deslizó por su rostro—. ¿Cómo puedo agradecerles alguna vez...?

—¡Excelente noticia! —exclamó Hugo, sin querer que el joven le agradeciera, una vez más, por prestarle un poco de dinero y presentarle a un abogado competente.

—Le dije a Albert, que habíamos elegido una casa con mucho espacio y que debería considerar quedarse con nosotros hasta que se resuelvan sus problemas legales. A Cailean y a mí nos encantaría, que un londinense nos mostrara los mejores lugares.

Hugo estaba orgulloso y divertido al mismo tiempo, que ella estuviera tratando de hacerle un favor al joven de escaso dinero, y de hacer parecer que Albert era quien le estaba haciendo un favor a ella.

El rostro pecoso de Albert se sonrojó, ante la oferta.

—¡Oh! Estoy seguro que ustedes dos deben estar cansados de...

—¡Qué idea tan excelente, Martha! —dijo, volteando hacia Albert—. Me temo que mi negocio me está quitando mucho más tiempo del que me gustaría en este momento. Realmente nos estarías haciendo un favor a todos.

—Me gustaría pagar por...

—Podemos hablar de eso más tarde —lo interrumpió Hugo—. Debes quedarte con nosotros hasta que se resuelva el problema de la patente. A veces, estas cosas pueden prolongarse durante meses, incluso años.

Albert frunció el ceño.

—No es que en tu caso sea así —se apresuró a asegurarle Hugo.

—Bueno, si estás seguro...

—Estamos seguros. —Hugo se volvió del hombre más joven al cuarto ocupante de la mesa —. No he hablado contigo en casi dos días, hermanito. ¿Has traído a casa algún nuevo huésped? ¿Quizás un caballo de tiro? ¿Algunas palomas?

Cailean soltó una de esas risas silenciosas, que Hugo encontraba tan entrañables, mientras sus enormes hombros temblaban con silenciosa diversión.

—Cailean ha estado encontrando hogares para algunos de los animales —dijo Martha.

—¿Así es?

—El capataz de Lord Bellamy dijo que necesitaba un buen cazador de ratones y también que a su hija le había cogido cariño a Emma, la perrita negra.

—¡Ah! —Hugo volteó hacia Cailean—. ¿No te importa si se los dejo a otra persona?

Cailean sacudió la cabeza con expresión tranquila, pero firme, como si hubiera considerado el carácter de la gente y estuviera satisfecho. Eso probablemente era algo bueno, ya que el número de animales parecía aumentar semanalmente.

—Bueno, eres un excelente juez de carácter —bromeó Hugo—. Te agradó nada más verme, ¿no?

Cailean se rió entre dientes.

—Le dije a Cailean que no se preocupe porque no habrá suficiente espacio, ya que nuestra nueva casa tiene un gran jardín trasero —replicó Martha.

Hugo tuvo que sonreír ante eso. La casa que habían elegido tenía un jardín lo suficientemente grande, pero no cabían todos los animales que Cailean coleccionaba.

—Estoy seguro que nos las arreglaremos —dijo, llenándose el café, y tomando otro sorbo, comenzando a sentirse más despierto.

—¿Podrás venir conmigo a los servicios religiosos hoy, Hugo? No es necesario que vengas si estás demasiado cansado. Cailean y Albert me acompañarán, así que no estaré sola —dudó un momento y luego agregó—, es una iglesia nueva.

—¿Oh?

—Sí, San Olav. ¿La conoces?

—No puedo imaginar que haya un solo londinense que no lo sepa, querida. Estaré encantado de asistir a los servicios religiosos contigo hoy.

La puerta se abrió y Richard se acercó a Hugo con una bandeja.

—Lamento interrumpir, señor, pero este mensaje acaba de llegar para usted y el mensajero está esperando una respuesta.

Hugo ignoró el nudo, que sintió en el estómago, ante el familiar pergamino barato, y rompió la enfermiza oblea gris.

“Quiero verte inmediatamente. No me hagas esperar. B.”

Se tragó la bilis, que le subió a la garganta, ante el escueto mensaje de Bev. ¿Qué diablos había pasado ahora? Se había ido de Solange, después que la fiesta, a todos los efectos, hubiera terminado, aunque siempre había rezagados inevitables.

Una rápida lectura del libro de contabilidad anoche mostró que habían ganado más dinero que nunca, gracias a la ridícula orgía.

Algo debió haber sucedido después que él se fue. Algo malo.

Hugo levantó la vista y se encontró con tres pares de ojos, que lo observaban con

curiosidad.

—Eh, dile al mensajero, que estaré allí en una hora.

—Por supuesto, señor.

Una vez que Richard se fue, Hugo le dijo a Martha:

—Lo siento, cariño. Parece que no podré ir contigo después de todo.

Martha sonrió, pero él podía ver que estaba decepcionada.

—¿Crees que estarás en casa para la cena?

—Seguro que estaré —dijo Hugo, esperando tener razón.



Al igual que la última vez, había dos rufianes burlones, flanqueando la puerta del estudio de Hugo en Solange.

Pero esta vez, Cowan Morgan, el hijo bastardo de Bev, el ex amante manipulador de Laura y el hombre, que ayudó a defraudar a Hugo del trabajo de su vida, era uno de los secuaces.

Cowan le dijo algo a Jac Evans, cuando vio a Hugo, y los hombres se rieron de una manera calculada para ser ofensiva.

Hugo los ignoró y alcanzó la manija de la puerta.

—No tan rápido, señor Buckingham —dijo Cowan, agarrando el brazo superior de Hugo con su carnosa pata.

Hugo le sonrió a Cowan, que le llevaba más de seis pulgadas y tres stones, y luego giró la cabeza, lamiéndole el dorso de la mano.

Cowan gritó, como si Hugo lo hubiera golpeado, y retiró la mano.

—¿Quieres algo de mí, Cowan? —preguntó Hugo con una mirada lasciva.

Jac, un tipo de apariencia engañosamente jovial, que Hugo sabía que había matado al menos a dos hombres, meneó la cabeza y sonrió de oreja a oreja.

—Eres un genio.

Cowan se frotó el dorso de la mano contra los pantalones, frunciendo el ceño.

—Eres un cabrón enfermo, al que le gusta que le den por el trasero, eso es lo que eres.

—¡Qué halagador que estés tan interesado en mi trasero, y en lo que meto en él, Cowan!

Jac se rió entre dientes y abrió la puerta.

—Entra, Hugo, te estamos esperando.

Hugo le guiñó un ojo a Cowan y luchó por contener su furia, mientras lo admitían en su propia maldita oficina, como si fuera un humilde cobrador.

Bev estaba sentado detrás de su escritorio, estudiando un libro de contabilidad. La caja fuerte detrás del escritorio, donde Hugo guardaba todos los documentos importantes y los libros de contabilidad, estaba abierta.

Hugo sabía que Bev tenía la combinación (después de todo, era su negocio), pero se sintió físicamente violado, al ver que el otro hombre era el propietario.

Y no había absolutamente nada que pudiera decir o hacer para detenerlo.

—Siéntate. —Bev no se había molestado en levantar la vista, cuando entró Hugo.

Hugo se sentó.

El reloj de la repisa de la chimenea hizo un suave tictac, mientras Bev terminaba la página que estaba leyendo. Cuando concluyó, cerró el libro sin hacer ruido y finalmente levantó la vista.

—Tuviste una visita anoche.

Como prostituto con experiencia, Hugo sabía ocultar sus pensamientos. Pero esa pregunta lo sorprendió tanto que tardó una fracción de segundo en responder.

—¿Eh, visitante?

Los ojos de Bev se entrecerraron.

—Ah, sí, un visitante. ¿Cómo lo supiste?

—Es asunto mío, Hugo.

La furia ardiente le revolvió el estómago, ante las palabras del hombre. Hugo forzó una sonrisa.

—Así es.

—Entonces, ¿qué quería?

—Lo mismo que todos los demás querían. Pasó una hora con Maisie y luego se fue.

—Sí. Pero, ¿qué quería realmente?

—Hasta donde yo sé, eso fue todo.

Bev se reclinó en su silla y se rió entre dientes.

—Oh, mamá... Tendrías que vivir en el mundo mucho más tiempo del que tienes para mentirme.

—No estoy mintiendo.

Bev dio un puñetazo, en el escritorio, del tamaño de un jamón, haciendo que todo lo que estaba encima saltara.

—¡No me mientas!

Hugo sabía exactamente cómo se sentía un conejo, cuando estaba acorralado por un zorro. Se quedó paralizado de miedo por un momento, pero si se inclinaba, ante aquel hombre, una vez, nunca más se levantaría de sus rodillas.

—No miento —repitió con calma.

—¡Cowan! —gritó Bev.

La puerta se abrió y el feo hijo de Bev asomó su peluda cabeza.

—¿Sí?

—Tráela.

Se oyó un ruido de forcejeo en el vestíbulo, un gemido femenino, y luego Laura entró tropezando en la habitación.

La había visto solo hacía un mes, pero ya parecía diez años mayor.

—¿Qué es esto? —le preguntó Hugo a Bev, dándole la espalda a la mujer encogida.

—Aunque ya nadie quiere aprovecharse de ella —dijo Bev, burlándose de Laura—.

Resulta que la zorra todavía sirve para algo.

Hugo experimentó un deseo casi abrumador de patear la fea cabeza de Bev, y sacarla de sus hombros.

Bev miró fríamente a Laura.

—Mascota... ¿Con cuál de mis empleados quería salir a pasear Su Alteza Real?

Sus ojos recorrieron toda la habitación sin detenerse en ningún punto por mucho tiempo.

—Hugo.

—Buena chica —la elogió Bev—. Ahora, sal de aquí.

Laura se movió con una velocidad sorprendente para una mujer en su estado. Abrió la puerta de golpe, pero luego dio la vuelta.

—Lo siento, Hugo.

Cowan la sacó de la habitación y cerró la puerta.

—Tengo que agradecerte por convencerme que la mantuviera.

Bev se rió entre dientes.

A veces Hugo se odiaba a sí mismo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.
—Creo que sabes la respuesta a eso.
—Una de mis pocas condiciones fue que no aceptaría más clientes —le recordó al hombre, como si lo hubiera olvidado.
—Sí, es verdad. Pero ahora voy a cambiar nuestro acuerdo.
Hugo apretó las mandíbulas con fuerza, temeroso de lo que pudiera salir si las abría.
“Piensa en Martha. Ya no estás solo, debes cuidar de ella, sin mencionar a Cailean.”
—Hugo, Hugo, Hugo. —Bev se rió entre dientes y sacudió la cabeza—. Después de tantos años, ¿qué importa si aceptas a un último cliente? Y Laura ya me dijo que es Su Alteza Real, a quien se lo meten por el trasero, no es a ti. ¿Qué tan difícil puede ser poner a un duque de rodillas y follarlo? —Se rió aún más fuerte—. Diablos, conozco hombres que ni siquiera son unos idiotas, que pagarían un buen dinero por la oportunidad.
—¿Por qué te importa, Bev? Él no paga más que los demás.
—No te preocupes por mis motivos, Hugo, eso no es asunto tuyo.
—Es cierto —concedió—. Pero es asunto mío decidir dónde meto la polla. Y no lo haré.
Bev entrecerró los ojos y se llevó una mano a la oreja.
—Creo que te escuché mal.
—Nuestro acuerdo fue que yo me encargaría de Solange para ti, no de la prostitución para ti. Si llega el momento, me iré.
—Bueno, verás, eso es un problema.
Hugo se negó a dejarse engañar y hacerse el tonto, ante Bev.
Cuando no respondió, Bev sonrió de forma desagradable.
—Has hecho un trato conmigo. Eso significa que no eres tú quien decide cuándo termina nuestro acuerdo, Hugo. Soy yo quien toma esa decisión.
—¿Vas a obligarme a follarlo?
—No, simplemente charlaré con tu linda y joven esposa, y le contaré qué hace su esposo para ganarse la vida.
Hugo se sobresaltó solo por un segundo. Y luego soltó una carcajada desdeñosa.
—¿Crees que ella no sabe ya lo que hago?
—De hecho, sé que no lo sabe. —Bev se rió—. Es una pajarita tan amistosa y confiada... que vino desde una isla olvidada en Escocia con su inteligente marido, que se pasa el día con el juego del cambio.
—¡Aléjate de ella! —Hugo estaba a medio camino del otro lado del escritorio, cuando Bev sacó una pequeña pistola de la nada.
El hombre mayor chasqueó la lengua.
—Vamos, vamos, no te emociones, Hugo. En los negocios no hay lugar para eso. Si me emocionara, podría ofenderme que me atacaras, después de todo lo que he hecho por ti. Si me emocionara, podría encontrar mi dedo temblando en este gatillo. Podrían pasar todo tipo de cosas malas, si dejara que mis emociones me controlaran. —Apretó sus delgados labios—. Podrías desaparecer. También podrían desaparecer tu esposa y el muchachote, que está tocado en los altos mandos.
Hugo se lo quedó mirando fijamente.
—Sí, sé lo de tu pequeña casa. Sé lo del chico pelirrojo y su patente. —Sonrió—. Puede que me interese poner un poco de porro en un dispositivo tan ingenioso. —Su sonrisa desapareció en un instante—. Ahora, escúchame, cabrón engreído: trae tu trasero aquí, cuando el viejo duque regrese y dale la mejor cabalgada de su vida.

Hugo miró fijamente, al otro hombre, y consideró sus motivos. Tratar de extorsionar a un duque real para que fuera cliente de un burdel sería como tratar de extorsionar a una persona normal para que pudiera respirar. Toda la nación sabía que los duques reales frecuentaban prostitutas, por no hablar que tenían amantes y engendraban hijos bastardos con ellas.

Pero sería una historia completamente diferente, si una de ellas fuera descubierta con un hombre. Se quedó atónito ante el poder que tendría Bev sobre el duque, si pudiera conseguir pruebas de sodomía.

—Vas a intentar extorsionarlo, ¿o es otra cosa? ¿Un favor real?

Bev se limitó a sonreír, ante la acusación de Hugo.

—Eso no es asunto tuyo, mab. De lo único que tienes que preocuparte es de poner tu polla dura y meterla en su trasero. Yo me encargaré del resto.

—Y si me niego, le dirás a mi esposa a qué me dedico.

—No, no se lo diré. —Bev se inclinó sobre el escritorio. Sus ojos eran como dos pozos gemelos, que conducían directamente al infierno—. ¡La mataré!

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Martha se movía en la cama, cuando oyó que se cerraba la puerta del dormitorio de Hugo. Se incorporó y miró el reloj de su mesita de noche. Eran más de las dos de la mañana. El pobre Hugo debía estar exhausto.

Pero por muy cansado que estuviera, siempre acudía a ella. Le había hablado con seriedad la noche de bodas, cuando le dijo que compartirían la misma cama, todas las noches.

Martha escuchó los sonidos que hacía él, moviéndose por el dormitorio, e imaginó su reacción ante la noticia. Se puso una mano sobre el abdomen. Era demasiado pronto para sentir algo, por supuesto, pero tocar su vientre la hacía sentir más cerca de su bebé. Lo cual era una tontería, ya que estaba lo más cerca que una persona podía estar de su hijo no nacido.

Sonrió, ante ese pensamiento, y bostezó otra vez. Sus párpados estaban tan pesados, que no podía mantenerlos levantados. Dormiría solo un minuto, hasta que Hugo entrara...

Martha se sobresaltó, despertada de un sueño profundo por... algo. Abrió los ojos y se encontró con la oscuridad y el silencio, y sintió la cama a su lado: estaba vacía. Se incorporó y se inclinó hacia el reloj: eran más de las tres. Y estaba sola en la cama. Ni una sola vez, desde que se casaron, habían dejado de dormir juntos.

Martha se mordió el labio. Solo echaría un vistazo a su habitación. No lo despertaría si estuviera durmiendo. Apenas había dormido la noche anterior, y probablemente estaba exhausto.

Apartó las sábanas, sacó las piernas de la cama y se metió las zapatillas, antes de ponerse la bata y caminar de puntillas hacia la puerta, que comunicaba las habitaciones. Apoyó la oreja en ella, en un momento. Todo estaba en silencio.

Martha giró el pomo y empujó. No pasó nada. Lo movió con más fuerza y apoyó el hombro contra la puerta. Esta no se movió.

Eso era... extraño. Tal vez uno de los sirvientes había cerrado con llave sin querer y por eso Hugo no había entrado. Sabía que ella siempre cerraba con llave la puerta del pasillo porque le parecía divertido que le preocupara tanto que los sirvientes los sorprendieran, cuando estaban en flagrancia, como le gustaba decir.

Eso es lo que debió haber sucedido.

Abrió la puerta del pasillo y recorrió el pasillo hasta el dormitorio de Hugo. La puerta no estaba cerrada con llave, así que Martha la abrió lentamente. Hugo no había corrido las cortinas y la tenue luz de la plaza iluminaba la habitación.

—¿Hugo? —susurró, arrastrándose hacia la cama, que estaba en la sombra. Solo cuando llegó, al pie de la cama, vio que estaba vacía.

Martha frunció el ceño. ¿No había vuelto a casa? ¿Quién habría estado en su habitación a las dos de la madrugada? Se le puso la piel de gallina. ¿Y si alguien había entrado en la casa? ¿Y si todavía estaba en la casa, en algún lugar de esa habitación? Martha retrocedió hacia la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ella gritó y giró.

Hugo estaba de pie en la puerta, iluminado por la tenue luz del pasillo.

—Me has dado un susto de muerte. —Cuando él no respondió, se acercó más hasta poder

verle la cara. Se veía demacrado, mucho más viejo de lo que se veía esa mañana—. ¿Hugo?
¿Pasa algo?

—No.

—¿Por qué no viniste a la cama?

—Bajé a la biblioteca —dijo y arrojó varias hojas de pergamino dobladas y selladas sobre una mesa cercana.

—Pareces muy cansado. Quizás... —Martha extendió la mano para tocarle la cara, pero él se apartó bruscamente.

—Me alegro que estés despierta.

Pero él no parecía contento, lucía sombrío.

—¿Qué está sucediendo?

Pasó junto a ella y desvió la mirada, mientras se dirigía a su dormitorio.

—Solo vine a casa, a buscar algunas cosas —dijo, mientras encendía varias velas, en el candelabro grande, y también en otro.

—¿Cosas? ¿Vas a algún lado?

—Sí, me voy. —Sus anchos hombros estaban tensos bajo las mangas de su camisa, mientras llevaba el candelabro a su dormitorio.

Martha permaneció parada como una estatua, esperando... algo.

Cuando salió del vestuario, él tenía una maleta en una mano y un abrigo en la otra.

—¿Qué está pasando?

—Te lo dije, me voy. Y mañana te irás tú también.

Martha se quedó boquiabierta. ¿Quién era ese extraño? Sus ojos eran duros y fríos, su boca fina y mezquina. Ella extendió la mano hacia él, como si tocarlo la ayudara a comprender.

Hugo le apartó la mano de un golpe.

—No lo hagas —le espetó, flexionando las mandíbulas—. Esto no está funcionando, Martha.

—¿Q -qué no está funcionando?

—Esto. Nosotros. Este matrimonio. —Miró hacia otro lado—. No puedo hacer esto. No estoy hecho para esto.

—Pero... no lo entiendo.

Volteó hacia ella de una manera que le recordó a la nutria macho de Lily: feroz y salvaje.

—¿Sabes dónde trabajo realmente todos los días?

Ella abrió la boca.

—Soy un prostituto, Martha.

Martha se sintió como si hubiera abierto la puerta de un horno en llamas. Dio un paso atrás.

—No...

—No voy a trabajar a la bolsa, voy a trabajar a un burdel. Llevo trabajando allí más de una década. Es el negocio que poseo junto con Laura Maitland, mi socia. —Resopló, como si las palabras le hicieran gracia—. He sido prostituto desde que tenía catorce años. Así es como he ganado todo mi dinero, Martha: teniendo sexo con cualquiera que pague lo suficiente, hombre o mujer. —Sus ojos oscuros brillaron, mientras la miraba fijamente, claramente esperando una reacción.

Martha escuchó lo que él decía, oyó las palabras exactas, pero no tenían sentido.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —Su rostro se torció en una mueca de desprecio—. No te preocupes, no quiero que estés aquí más de lo que tú quieres quedarte. La buena noticia es que

he pasado el día organizando tu viaje. —Señaló una de las cartas que acababa de tirar sobre la mesa—. Todos los detalles están ahí. Ya hablé con Albert, hace varias horas, y él vendrá mañana para ayudarte a ti y a Cailean a prepararse para partir.

—¿Salir? ¿Y a dónde iré?

—A Francia. Joss y su esposa te ayudarán a encontrar una casa adecuada. Ya he creado una cuenta para ti. Joss te explicará todo cuando llegues. Solo tendrás que...

—No voy a ir a ninguna parte.

Ahora era su turno de parpadear. Y entonces la expresión de él se volvió fría, tan fría que ella se estremeció bajo su mirada.

—Eres mi esposa y harás lo que te diga. —Le recorrió el cuerpo con una mirada dura y despectiva, antes de posarse en su rostro—. Puedes ir voluntaria o involuntariamente. Pero irás. —Su boca se curvó en una sonrisa desagradable—. Y no creas que llorar me hará cambiar de opinión.

Martha ni siquiera sabía que estaba llorando, pero cuando sintió sus mejillas, estaban húmedas.

—Todas esas noches que has estado fuera, estabas haciendo... —Ella tragó saliva—. ¿Eso? Él se rió, y ese no fue un sonido agradable.

—¿Estás tratando de decirlo, cariño, porque...?

—¡No! Nunca más me llames cariño con ese tono, haciendo que la palabra suene muy, muy fea.

—Soy feo, y también lo es mi trabajo. Será mejor que aceptes la verdad, cariño.

—¿Por qué te casaste conmigo? —preguntó con voz ronca.

—¿Todavía no te has dado cuenta? Tu padre me sobornó para que te sacara de Stroma. A cambio, me salvó de McCoy. Ese fue nuestro acuerdo. Al principio, había esperado poder engatusarte con Clark, pero arruinaste mi escape, así que me vi obligado a casarme contigo. Puede que sea un prostituto, Martha, pero no me arrepiento de mi palabra. —La miró con puro desagrado—. Pero estoy harto de esto, harto de ti, harto de esta vida, y he terminado de fingir, de todo esto.

—¿Por qué dices...?

Sus ojos brillaron peligrosamente y la agarró por los brazos, apretándola con tanta fuerza, que ella gimió.

—¿No lo entiendes, pequeña tonta? Amo mi trabajo, Martha, todos los aspectos del mismo. Amo pasar mis días y noches follando a mujeres hermosas. —Él sonrió maliciosamente—. Y también a hombres hermosos, a veces, las dos cosas al mismo tiempo. —Resopló cuando ella se estremeció—. No creerías las cosas que hago, las perversiones que disfruto. Eso es lo que soy. ¿Cómo pudiste creer que disfrutaría de un sexo tan suave y suave contigo, después de haber tenido a algunas de las mujeres más hermosas y sensuales de Gran Bretaña?

Esas palabras la golpearon como puños y a ella le costó respirar.

—¿Has hecho esto, mientras estábamos casados?

—Sí, cariño. Esta noche estuve con dos mujeres, mujeres exquisitas y hábiles a las que fue un placer atender. Todas las noches me he ido de la cama de otra amante, antes de cumplir con mi deber contigo. —La apartó de un empujón—. Pero ya no quiero fingir que soy feliz, en esta farsa de matrimonio, y ya no quiero saber nada de ti. Tu padre me obligó a casarme contigo, pero no dijo nada sobre tener que vivir contigo.

—Eh... —Se atragantó, tragó saliva y lo intentó de nuevo—. ¿Todo lo que me dijiste en

Stroma, y desde entonces, fue una mentira?

—Cada palabra de todo, desde lo que me gusta y quién soy hasta de dónde vengo. No tengo una familia amorosa. —Soltó una risa amarga, casi salvaje—. Aunque no mentí sobre cuántos eran. Tenía ocho hermanos y hermanas, y a ninguno de ellos le importé un carajo.

—Ni mi madre, ni mi padre. No he vuelto a ver a ninguno de ellos desde que mi padre me vendió a mi primer amante, un anciano aficionado a los azotes, por cierto, cuando tenía catorce años. Ni siquiera mi nombre es real, lo cambié cuando tenía dieciocho años. —Sonrió con sorna—. En realidad eres la señora de Brian Dinwiddy.

Martha no podía hacer más que mirarlo fijamente.

Él dio la vuelta y se alejó de ella, como si le repugnara tanto que ni siquiera la mirara, y volvió a su dormitorio.

—Lleva una maleta pequeña para ti y para Cailean. Enviaré el resto de tus pertenencias por separado. Joss recibirá tu paquete y...

—No voy a ir a Francia. Acabamos de firmar los papeles de la nueva casa y...

Salió del vestuario y la miró fijamente.

—Le diré a Duncan que no la queremos.

La cabeza le daba vueltas a ella.

—¿Por qué haces todo esto?

Él arrojó un montón de ropa al suelo y se acercó a ella.

—¿No me has estado escuchando? Ya no puedo vivir con esta doble vida. Esto nunca estuvo destinado a ser así, Martha. Pero yo cuidaré de ti. Nunca tendrás que preocuparte por si te pasarán necesidades...

—Algo debe haber pasado hoy. Estabas bien antes... estábamos bien...

Sus ojos ardían.

—¡No discutas conmigo, maldita sea! —gritó.

El miedo y la confusión amenazaban con ahogarla, pero se negaba a dar un paso atrás, a huir. Se mantuvo firme.

—No. No me iré. Hice mis votos, Hugo. Esos votos significan algo para...

La agarró de los brazos otra vez, pero esta vez la sacudió con tanta fuerza que le castañetearon los dientes.

—¡Maldita sea, Martha! No te deseo. ¿Es tan difícil para ti entenderlo? ¡Me das asco! Lo mejor que puedes hacer es alejarte de mí. —La arrastró de un brazo hacia la puerta que comunicaba las dos habitaciones, la desbloqueó y luego la abrió de golpe—. No te atrevas a desafiarme, Martha —dijo, mirándola fijamente—. Prepárate para irte mañana o pagarás caro. —La empujó hacia su habitación o la de ambos, y luego cerró la puerta de un portazo con tanta fuerza que le castañetearon los dientes. Oyó que el pestillo giraba, cuando él cerró la puerta.

Martha se quedó donde estaba, clavada al suelo. Esto no le podía estar pasando a ella.

Excepto que... simplemente sucedió.

Se agarró el vientre, donde el bebé estaba creciendo, y miró fijamente la puerta que comunicaba los dos dormitorios. Las palabras que había pronunciado hacía unos momentos cayeron sobre ella como una lluvia de piedras afiladas, una y otra vez.

Martha se tapó la boca con la mano para ahogar el grito lastimero, que se le escapó, pero fue inútil, sus lágrimas no pudieron ser contenidas ni controladas. Cayó de rodillas, mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

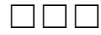
Al llorar, deseó que la puerta que comunicaba los dos pisos se abriera, rogando en silencio a Hugo que volviera. Si no para disculparse, al menos para explicarse. Si tan solo pudiera tener

unos minutos más para hablar con él...

Seguramente no se iría, así como así...

En algún lugar, una puerta se cerró de golpe con tanta fuerza, que pudo sentirla a través de sus rodillas. Unos pasos pasaron por su dormitorio y se alejaron por el pasillo hasta que, una vez más, la casa quedó envuelta en silencio.

Él no iba a regresar.



Hugo apenas llegó al orinal detrás del atractivo biombo, antes de caer de rodillas, y vomitar el contenido de su estómago.

Continuó jadeando hasta que no quedó nada. Luego se puso de pie, desplomándose contra la pared.

Pudo escuchar los sollozos de Martha, a través de la puerta de conexión, y dio tres pasos hacia ella, su mano alcanzó el pomo, antes de saber lo que estaba haciendo.

“No. Crees que estás siendo cruel, pero estás salvando su vida, Hugo. Esta es la única manera.”

El amargo sabor de la bilis le cubría la lengua y le quemaba la garganta. Se le hizo un nudo en el estómago y volvió a vomitar, pero no le salió nada. Le temblaban las manos y el dolor de cabeza era tan fuerte, que tenía la vista teñida de rojo, como si los vasos sanguíneos de los ojos le hubieran estallado.

Hugo cogió su maleta y salió corriendo de la habitación. Tenía que irse ahora, antes de derrumbarse y rogarle, que lo perdonara por todas sus crueles y brutales mentiras. Pero eso sería como una sentencia de muerte para la única persona, a la que había amado. Había sido egoísta, cuando la sacó de Stroma, y ahora necesitaba ser fuerte.

Una risa histérica y medio loca se le escapó de las manos, ante la exquisita ironía de todo aquello. Por fin, él amaba a alguien, alguien que lo amaba a él, y él acababa de destruirlo todo para salvarle la vida.

“Podrías haberte ido con ella.”

Hugo se burló. Claro que podía ir con ella y, cuando la insignificante cantidad de dinero, que había ahorrado, se acabara dentro de un año o dos, podría ponerse de rodillas y ganar más.

El negocio de Solange era suyo. Había sudado y sangrado por ello. No había forma que renunciara a todo por lo que había trabajado. No sin luchar.

“¿Y qué tendrás si ganas esta pelea?”

Tendría una manera de apoyar a su esposa con comodidad, durante el resto de su vida.

“Pero ahora no tendrás a Martha.”

—¡Maldita sea! —gritó, arrojando su maleta al suelo con fuerza. Su voz resonó por toda la calle vacía. Se agarró las sienes doloridas, apretándolas, y dejándose caer contra el poste de luz más cercano.

No tenía idea de cuánto tiempo permaneció allí hasta que su cabeza dejó de sentirse, como si fuera a estallar. Una vez que pudo ver sin que el rojo le nublara la vista, tomó su bolso y caminó. Y caminó...

Pero cuando se detuvo, una hora y media después, según su reloj, se encontraba a varias millas de su destino. Solo entonces se dio cuenta que había olvidado su abrigo, sombrero, bastón y los guantes.

La madrugada era fría, pero no era nada comparado con el frío, que sentía en su interior. Había pasado el día anterior, asegurándose de diezmar cualquier futuro posible con Martha.

Todo lo que amaba de su vida, todo, ahora se había ido. Hugo se tragó el horror; había hecho lo que tenía que hacer, y esta era la última vez, que se permitiría revolcarse en su dolor y en su autodesprecio.

Amanecería en una hora, por lo que Hugo dio la vuelta y caminó con dificultad hacia Solange, yendo hacia la vida, que siempre había sabido que tendría.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

—¿Martha?

Ella se sobresaltó, al oír su nombre, y miró a los preocupados ojos verdes de Albert.

—Lo siento —replicó, forzando una sonrisa, no muy buena a juzgar por la expresión de Albert—. No entendí lo que dijiste.

—Dije que Fergus acaba de morder a Butterbank.

—¡Oh! ¿Dónde está Fergus ahora?

—Cailean lo llevó a la cochera.

—¿La herida es grave? ¿Debería ir a buscar el botiquín y...?

—No, no. —Él la tranquilizó—. Es solo un mordisco, pero dijo que a Fergus no se le permitía volver a entrar a la casa.

—Bueno, no puedo culparlo —expresó Martha, distraída—. Le diré a Cailean que lo deje afuera hasta que nos vayamos.

Albert se puso en cuclillas frente a su silla y tomó sus manos entre las suyas.

—¿Qué pasó, Martha? Hugo parecía muy sombrío cuando vino a verme ayer. Nunca lo había visto así antes, ni siquiera cuando estábamos en la bodega de ese horrible barco.

Martha estaba agradecida que Hugo no le hubiera dicho la verdad a Albert. No le importaba que Albert supiera a qué se dedicaba Hugo, pero no quería enfrentarse a sus miradas compasivas por haber sido abandonada.

Tragó saliva y apartó esos pensamientos insoportables.

—No tienes que acompañarme, Albert. Sé que esto debe ser duro para ti. Acabas de encontrar un nuevo trabajo y...

—Tú me cuidaste, cuando necesitaba ayuda, ¿recuerdas? Y le debo todo a Hugo, Martha, así que si quieres cualquier favor en el mundo, lo tendrás. Además, el abogado dice que no me necesitarán aquí, durante semanas, tal vez meses, y el señor Haskins dice que soy el mejor empleado, que ha tenido, y que volverá a aceptarme cuando regrese.

Martha asintió, no porque estuviera de acuerdo, sino porque simplemente no tenía energías para discutir.

—Pero, ¿no me vas a decir qué salió mal? —insistió Albert—. Ambos parecían tan felices...

La puerta se abrió.

—Disculpe —dijo Butterbank—. Pero hay un tal Jonathan Buckingham que quiere verla, señora.

Martha se quedó mirando fijamente con la mente dando tumbos, como un marinero borracho.

“¿Qué diablos pasa?”

—Debe ser el hermano de Hugo —dijo Albert, cuando ella no respondió al mayordomo que la esperaba—. Sé que ahora no es el mejor momento, pero, ¿no quieres conocerlo, Martha?

Martha se sacudió la cabeza y salió de su estupor.

—Sí, Albert. Me gustaría conocer al hermano favorito de Hugo. Hazlo pasar, Butterbank.

El hombre que entró por la puerta, un momento después, tenía el mismo color de piel que Hugo, pero aparte de eso, los hombres no podían haber sido más diferentes. Jonathan Buckingham, o como fuera que se llamara, era uno de los hombres más hermosos que ella había visto en su vida. Por mucho que quisiera a Hugo (y lo amaba, a pesar de las cosas horribles que le había dicho), su marido no era un hombre atractivo de la vieja escuela. Este hombre era un verdadero dios.

—Es un placer conocerte, señora —dijo, inclinándose sobre su mano con aire cortés—. Hugo me ha hablado mucho de ti, en sus cartas.

Martha volteó hacia Butterbank, que estaba rondando por la puerta abierta.

—¿Podría traer el té, por favor?

—Por supuesto, señora.

Una vez que el mayordomo se fue, la sonrisa desapareció de su boca, y Martha miró fijamente al apuesto extraño.

—Ahora, tal vez podrías decirme, ¿quién eres realmente, Jonathan?



Poco tiempo después...

—Y entonces me pidió que estuviera aquí, el lunes al mediodía —terminó Daniel, deslizando un dedo entre su pañuelo, inmaculadamente atado, y su cuello musculoso, y tirándolo suavemente, como si lo hubiera atado demasiado fuerte.

Albert giró para mirar a Martha con una expresión de absoluta perplejidad.

—No lo entiendo, Martha. ¿Por qué Hugo haría esto?

Martha sintió un atisbo de esperanza por primera vez desde que Hugo la había expulsado de su dormitorio la noche anterior.

—Para hacerme feliz —expresó—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Hugo sobre venir aquí hoy? —le preguntó a Daniel.

—Eh... eso fue el sábado por la noche. —Por alguna razón, se sonrojó.

Martha se mordió el labio inferior, mientras pensaba en esa información. Hugo todavía intentaba ocultar su doble vida, sus mentiras, apenas dos días antes de experimentar su dramático cambio de actitud.

Miró fijamente a Daniel, y él se movió incómodo en su silla.

—¿Señora?

—¿Dime qué pasó?

Los ojos de Daniel iban de Martha a Albert y viceversa.

—No entiendo lo que quieres decir.

—¿Dices que eres amigo de mi marido?

—Sí.

—¿Dónde se conocieron?

Daniel abrió la boca y luego la cerró.

Martha sonrió con fuerza.

—Está bien, Daniel. Sé dónde trabaja Hugo, y no es en la bolsa.

—¿No es así? —preguntó Albert, cuando Daniel no dijo nada—. Martha, ¿qué está pasando?

Martha ignoró su pregunta.

—Hugo es tu jefe, ¿no?

—Sí, señora —suspiró Daniel.

—¿Qué pasó ayer?

—Yo... eh... —La miró angustiado—. ¡Cielos! Señora. No sé qué decir.

—Hugo me contó la verdad sobre su familia anoche. ¿Por qué no te dijo que no vinieras hoy? —preguntó Martha.

—Supongo que probablemente le pidió a uno de los sirvientes que me dejara un mensaje en mi habitación. —La piel sobre sus pómulos altos se oscureció—. Eh, me escabullí anoche y pasé la tarde en la casa de un, eh, amigo y no volví a casa antes de venir aquí.

“¡Ah! Eso tiene sentido.”

—Cuéntame qué pasó ayer, Daniel.

—Señora, no puedo...

—No se lo diré a Hugo y no pondré en peligro tu trabajo, pero quiero que me digas la verdad. Si me cuentas todo lo que sabes, no le diré a Hugo, que viniste aquí hoy.

Daniel meditó un momento sobre sus opciones, antes de decir:

—Bev Davies llamó a Hugo ayer. No sé de qué se trataba, no lo sé —insistió, ante el escepticismo, que probablemente vio en el rostro de Martha—. Pero sí sé que Bev trajo a Laura a la oficina, mientras estaba con el señor Hugo.

—¿Laura Maitland?

—Sí.

—¿Y quién es Bev Davies?

Daniel gimió y dejó caer la cabeza entre las manos.

—El señor Hugo me matará.

—Martha, ¿podrías explicarme de qué se trata todo esto? —preguntó Albert.

—Hugo es el dueño de un burdel exclusivo.

—¿Burdel? —gritó Albert.

—Sí. El burdel es la razón por la que su socia de negocios, conspiradora, hizo que Hugo fuera arrestado falsamente. Se las arregló para recuperar el control del negocio, desde que regresó a Londres y... ¿qué? —le preguntó a Daniel cuando abrió la boca, pero luego la volvió a cerrar—. ¿Por qué tienes ese aspecto?

—Es solo que... Bueno, ahora Bev es dueño del negocio y Hugo lo administra.

—¿Eso es todo?

Daniel asintió.

A Martha le costó digerir esa información. ¿Por qué Hugo habría mentido sobre eso?

—¿Burdel? —repitió Albert, y luego volteó hacia Daniel—. Y tú, eh... —La piel pálida y pecosa de Albert se oscureció, mientras sus ojos se posaban sobre el cuerpo del hombre mucho más grande. Se aclaró la garganta—. ¿Trabajas para él?

—No es así —le aseguró Daniel apresuradamente—. Soy un lacayo allí.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada y algo tácito pasó entre ellos.

—¿Cómo se llama el burdel, Daniel? —preguntó Martha, cuando parecía que ambos habían caído en trance—. Me temo que mi marido no lo mencionó.

Daniel apartó la mirada de Albert con visible reticencia.

—Eh... se llama Solange.

—¿Hugo es el dueño de Solange? —preguntó Albert con voz entrecortada—. Es el lugar más exclusivo... —Hizo una mueca y volteó hacia Martha—. Lo siento. No deberíamos estar hablando de algo así delante de ti.

Martha resopló.

—Es un poco tarde para eso.

Albert negó con la cabeza.

—Esto es... tú debes ser... —Emitió un sonido que era mitad incredulidad y mitad frustración—. Seguramente cuando dices que Hugo es el dueño del negocio, eso significa que en realidad no trabaja allí.

—Sí —dijo ella suavemente—. Lo hace.

—En realidad... —comenzó Daniel, pero se detuvo cuando los dos giraron hacia él.

—¿Qué, en realidad? —preguntó Martha.

—Mmm... Hugo no acepta clientes.

Toda la sangre de su cuerpo se le subió a la cabeza de ella.

—¿Qué? —preguntó con la voz demasiado alta, a juzgar por la forma en que se sobresaltaron los dos hombres.

—Hugo no acepta clientes —repitió Daniel—. Al menos, desde que regresó.

Martha luchaba por respirar.

—¿Martha? —Albert se levantó de su silla y se agachó frente a ella, mirándola con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—Dilo otra vez, Daniel, lo que acabas de decir —ordenó.

—¿Te refieres a que Hugo no acepta clientes?

Martha cerró los ojos con fuerza.

—¿Nadie?

—Ni uno solo, señora.

Una risa histérica brotó en su interior.

—No lo hace —insistió Daniel, cuando ella abrió los ojos y lo miró—. Ni siquiera cuando la gente lo molesta, lo que sucede a menudo. Todo el mundo lo ha comentado. Soy el único al que le habló de ti, pero todo el mundo especula que debe, eh, bueno, que debe tener a alguien. Y luego está el hecho que ya no vive allí, cuando...

La puerta se abrió y apareció Butterbank de nuevo, sosteniendo una bandeja de plata.

—Le pido perdón, señora, pero una persona insiste en hablar con usted.

—¿Una persona? —Martha miró la tarjeta de visita maltratada y sucia en la bandeja: "*Laura Maitland*".

Ella miró al mayordomo y tragó saliva.

—Um... ¿Está seguro que no está buscando al señor Buckingham?

—Ella preguntó específicamente por usted.

—Bueno, por favor, haga pasar a la señora Maitland.

La puerta ni siquiera se había cerrado, cuando Daniel dijo:

—¡Laura! ¿Qué está haciendo aquí? No creo que esto sea bueno...

—¿Por qué no?

—Porque... Bueno, solo porque sí.

—¿No me van a contar qué está pasando? —preguntó Albert, una vez más, mirando a Martha y luego a Daniel—. ¿Por qué querría hablar contigo la ex socia de Hugo?

—Creo que estamos a punto de descubrirlo —murmuró Martha, mientras la mujer entraba en el salón.

Martha no sabía qué esperar de la copropietaria de un burdel exclusivo, pero el espectro demacrado y de piel gris, que entró en el salón, no era saludable.

Laura Maitland evaluó a Martha con la misma intensidad que ella. Esos ojos inyectados en sangre estaban recorriéndola. Martha sabía que la mujer debía estar preguntándose qué había en ella y que había llamado la atención de un hombre como Hugo.

Los dos hombres se pusieron de pie y Laura retrocedió al reconocer a Daniel. Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Por favor, toma asiento, señora Maitland —dijo Martha apresuradamente, ya que parecía que Daniel estaba a punto de decir algo desagradable.

Laura no apartó la mirada de Daniel, y Martha pudo ver que la mujer estaba reconsiderando su visita.

—Por favor —repitió Martha—. Me gustaría saber por qué estás aquí.

Laura apartó la mirada de Daniel y se sentó, en la silla que le ofrecían, con el cuerpo vibrando por la tensión.

—Supongo que sabes quién soy, ¿no?

—Eres la persona que secuestró y trasladó injustamente a mi marido.

Las pálidas mejillas de Laura se tiñeron de rojo, pero no apartó la mirada.

—Sí.

—¿Por qué estás aquí? —repitió Martha.

—Porque estuve allí ayer, en Solange, cuando Bev llamó a Hugo para amenazarlo. Martha se sentó erguida.

—¿Amenazarlo? ¿Quién es esa persona, ese Bev?

Laura miró a Daniel y le preguntó:

—¿Se lo digo?

Él frunció la boca, visiblemente infeliz.

—Sí, deberías —dijo Martha, cuando Daniel se negó a responder.

—Bevan Davies es uno de los criminales más poderosos de Londres. Hice un plan con el hijo de Bev, Cowan, uno de sus muchos hijos bastardos, para robarle a Hugo la parte del negocio. —Los músculos de su rostro puntiagudo se tensaron—. Pensé que Cowan me amaba, pero solo me estaba usando para poner sus manos en la parte de Solange, que luego le entregó a su padre. —Laura Maitland se encogió de hombros, ante la traición, pero Martha vio dolor en sus ojos—. Sé que Bev hizo un trato con Hugo. Si podía operar el negocio con ganancias, durante un año, le dijo que le cedería la mitad que alguna vez fue suya y...

—¿Cómo sabes todo esto? —Las atractivas facciones de Daniel se deformaron en una mueca de desprecio. Volteó hacia Martha—. No puedes creerle, señora... Laura... Eres una mentirosa, una ladrona, una conspiradora...

—Gracias, Daniel. Pero me gustaría que la dejaras terminar.

La boca de Daniel se cerró de golpe y le lanzó a Laura una mirada venenosa.

—Él tiene razón, señora Buckingham. Soy todo eso y más. Una prostituta barata, una jugadora degenerada y me encantan las malas hierbas. Pero le estoy contando la verdad sobre su marido. Sé todo lo que tiene que ver con Bev porque Cowan sigue yendo al Hen Roost. —Tragó saliva y apartó la mirada—. Ahí es donde trabajo ahora.

—¿Pensé que te había abandonado? —preguntó Daniel—. Le he oído decir...

El fuego ardía en los ojos de la mujer descolorida.

—¡No hace falta que me lo restriegues! Sé lo que dice Cowan Morgan sobre mí, Daniel. —Le dio la espalda deliberadamente—. Eres una mujer decente —le dijo a Martha—. Y sé que Hugo no querría que te contara demasiado sobre nuestro oficio...

—Él no quería que estuvieras en la misma habitación con él —murmuró Daniel.

La boca de Laura se tensó, pero continuó:

—Daniel tiene razón en que Cowan me desprecia. Pero aún así viene a mí. Basta con decir

que hago cosas por él que la mayoría de las otras mujeres se niegan a hacer. —Su garganta se movió, mientras tragaba—. Cosas degradantes.

—No voy a juzgarte por lo que haces para ganarte la vida —dijo Martha, en voz baja—. No necesitas entrar en detalles. Parece que lo que estás diciendo es que has oído cosas del hijo de Bevan Davies sobre mi marido.

—Sí. Sobre Hugo y muchas otras cosas también.

—¿Como lo que pasó ayer?

Ella asintió.

—Cowan se reía de eso anoche, alardeando de cómo Bev había derribado al poderoso Hugo Buckingham. Él, eh...

—Continúa —le animó Martha.

—Está chantajeando a Hugo para que, eh, preste un servicio a un cliente muy poderoso, alguien a quien Bev podrá exprimir para conseguir una gran cantidad de dinero y otros favores.

A Martha se le encendió el rostro al oír la palabra “servicio”.

—¿Quién es esta persona?

Laura giró hacia Daniel.

—¿Sabes a quién me refiero?

—Puedo adivinarlo —dijo Daniel.

—¿Quién? —preguntó Martha.

Cuando Laura pronunció el nombre, Martha se quedó con la mandíbula abierta.

—¡Ay! —exclamó Albert con una grosería—. ¡Debes estar bromeando!

Martha nunca había oído a ese caballero maldecir antes.

Daniel meneó la cabeza.

—No lo creo —le dijo Albert a Martha—. Nada de eso. Dime que tú tampoco lo crees. Hugo nunca...

—Ya me lo admitió, Albert.

Albert parpadeó, desconcertado.

—¿Con qué chantajeó ese Bevan Davies a Hugo? —le preguntó Martha a Laura, aunque ella empezaba a sospechar.

—Al principio dijo que te diría la verdad sobre lo que hace Hugo.

—¿Cómo sabe que yo no lo sabía?

—Bev ha tenido a alguien vigilando a Hugo, desde que se enteró que había vuelto. Hugo no es conocido por ser, eh, muy manejable, así que estoy segura que Bev decidió que probablemente necesitaría tener alguna influencia sobre él, en algún momento. Así fue como se enteró que Hugo estaba casado. —Frunció el ceño—. Cowan mencionó algo sobre un hombre, que te está mostrando casas.

—Sí, tenemos un agente —dijo Martha aturdida.

—Él fue quien habló con el hombre de Bev sobre ti.

El señor Duncan lo sabía todo sobre ellos: Martha había pasado horas con él y sin duda le había contado todo.

—Pero no lo entiendo —dijo Martha—. Hugo llegó a casa y me contó la verdad sobre todo lo que pasó anoche. Entonces, ¿cómo...?

—Bev dijo que te matará, si Hugo no hace lo que se le pidió.

Los dos hombres se levantaron de sus sillas y reprendieron en voz alta a la otra mujer por decirle tal cosa a Martha.

Martha recordó la noche anterior, como había sucedido, desde que Hugo la había sacado de

su dormitorio, y recordó todas las cosas crueles que Hugo le había dicho. Ahora tenía clarísimo lo que él había estado haciendo: quería que se fuera de Londres, y no volviera a verlo.

Había dicho todas esas cosas para protegerla (es cierto, era una respuesta masculina equivocada, tonta y previsiblemente arrogante, ante el peligro), no para hacerle daño. Habría sabido que ella nunca lo abandonaría sin una provocación extrema.

Él no había querido decir nada de eso. Había dicho lo que había dicho porque se preocupaba por ella.

—¿Martha?

Ella levantó la vista y encontró a Albert mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿Mmm?

—¿Estás sonriendo?

Su sonrisa se convirtió en una mueca.

—Sí.

Sus cejas pelirrojas se fruncieron.

—Pero...

—Te lo contaré más tarde —prometió, y volteó hacia Laura, que discutía acaloradamente con Daniel.

Martha se aclaró la garganta y los dos giraron hacia ella.

—¿Todavía no me has dicho por qué has venido a verme, señora Maitland?

—Vine porque quiero ayudarte, pero sé que Hugo nunca confiará en mí.

—Y no debes hacerlo, señora Buckingham —dijo Daniel, mirándola con desprecio—. Es una mentirosa.

—Daniel tiene razón —suspiró Laura.

—Tal vez. Pero me gustaría saber qué tipo de ayuda tienes en mente —expresó Martha.

—Cowan siempre habla cuando está, eh, bueno, cuando baja la guardia. Hace dos semanas, me enteré de algo importante. Algo que no solo pondría a Bev y a todos los demás en la cárcel, sino que los pondría en la horca. —Sus ojos grises brillaban con una emoción que Martha no pudo identificar—. Se me ocurrió una idea. Una idea que podría sacar a Bev de encima de Hugo para siempre.

—¿Y por qué querías ayudar a Hugo? —insistió Daniel, haciendo la pregunta que Martha estaba a punto de hacer.

Laura lo ignoró y se acercó más a Martha.

—Lo perdí todo por culpa de Bev Davies.

Daniel resopló.

—¿Y de quién es la culpa, Laura?

—Es mía —espetó—. Lo sé. Yo fui la que fue a sus viles infiernos de juego y me quedé noche tras noche, en sus mesas. No intentaré culpar a Bev por mi propia debilidad. Pero ahora sé que él tenía el ojo puesto en Solange hace años. ¡Estaba decidido a conseguirla! Vino a por mí porque no pudo atrapar a Melissa ni a Hugo porque ninguno de ellos es tan débil y estúpido como yo. —Sus labios se apretaron—. Es cierto que yo fui la que se ahorcó. Pero Bev es la que me entregó la cuerda, pulgada a pulgada. ¿Quieres saber por qué te ayudaré?

Martha asintió.

Laura sonrió y el odio que se reflejaba en sus ojos inyectados en sangre era aterrador.

—Porque el hombre que está intentando destruir a tu marido y tu matrimonio, ya ha destruido mi vida. Y me encantaría devolverle el favor.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Hugo se paró frente a su espejo, dándole los últimos toques a su corbata, y lamentó profundamente no ser un hombre bebedor.

Los últimos cinco días habían sido los más desagradables de su vida. Más desagradables que sus primeras semanas con el señor Caton, o su estancia en el barco de los presos.

Los ojos de Martha, tal como lo habían mirado esa noche, destrozados y traicionados, nunca estuvieron lejos de su mente.

Se dijo a sí mismo que el caos, en su cabeza, se calmaría después que este asunto con el duque terminara esa noche.

O eso, o estaría muerto, dependiendo de lo que hiciera, algo que aún no había decidido.

Se colocó un sencillo broche de plata, en los suaves pliegues de la corbata, dio la vuelta y se tomó un último momento para recomponerse, antes de ponerse a trabajar. Era probable que fuera una noche larga, pero todos habían pasado mucho tiempo, desde aquella última noche de pesadilla con Martha.

Hugo exhaló, se encogió de hombros y salió de su habitación, cerrando con llave la puerta de la misma suite, en la que había vivido, antes que Laura lo enviara de viaje. Aunque ella encontró su dinero y su escondite de objetos de valor, dejó intacto el contenido de su amplio vestidor. Sospechaba que también se habría deshecho de eso, si hubiera tenido suficiente tiempo.

Hacía cuatro días, Hugo había vendido todo lo que tenía valor, excepto tres conjuntos de ropa.

Como siempre había comprado lo mejor, incluso una venta rápida le había reportado casi quinientas libras.

Había depositado las quinientas, junto con el resto de su dinero, en el banco de Joss, y luego le había enviado una carta detallada, explicando lo que había hecho. Sin importar lo que sucediera esa noche, Martha tendría suficiente dinero para cuidar de ella y de Cailean, durante al menos cinco años.

Hugo sabía que si moría esa noche, Joss y Mel ayudarían a Martha y a Cailean. Tal vez le darían trabajo en uno de los orfanatos, que tanto querían abrir. Sonrió, a Martha le encantaría eso.

Hizo una mueca. Sí, había cuidado hasta el último detalle.

Bueno, excepto uno.

No fue hasta las tres de la tarde del lunes, después de haber destruido por completo su matrimonio y mudarse de nuevo a Solange, que recordó que había enviado a Daniel, a casa de Lady Selwood.

Cuando finalmente encontró a Daniel, la expresión de sorpresa del hombre más joven le indicó a Hugo lo mal que se veía.

—Olvidé decirle que...

—Fui a la casa, pero no había nadie —interrumpió Daniel—. Supuse que había pasado algo que cambió tus planes.

“Bueno, se podría decir eso.”

—Aún así le pagaré por su tiempo —le prometió Hugo.

—No lo haga...

Pero Hugo no estaba de humor para debatir el asunto.

—Estaré en mi estudio y no quiero que me molesten. —Cerró la puerta con llave y se escondió del mundo hasta las cinco y media, cuando fue a la casa de Lady Selwood.

Se había dicho a sí mismo que quería asegurarse que Martha se hubiera ido, pero lo que realmente esperaba era encontrarla acurrucada, en su asiento favorito, junto a la ventana, leyendo, y que ella lo desafiara. Cailean estaría armando un escándalo, en la cocina, con algún gato nuevo, y su pequeño perro Fergus, un terrier de pelo áspero, que daría la vida por el muchacho, estaría patrullando el jardín trasero, y manteniéndolo a salvo de las ardillas.

Pero él sabía incluso antes que Butterbank abriera la boca, que Martha y Cailean se habían ido.

—Se los perdió por poco, señor. Se fueron hace un rato.

—Bien —dijo, mientras la última esperanza, que le quedaba, se apagaba en su interior—. La semana que viene, alguien vendrá a recoger el resto de nuestras cosas.

Así que eso fue todo. Hugo dio una orden y Martha obedeció. Se dijo a sí mismo que estaba aliviado, y así fue, pero también sintió, como si alguien le hubiera metido la mano en el pecho, aplastándole el corazón y arrancándole los pulmones.

Le había costado respirar, mientras bajaba las escaleras de la casa de Lady Selwood.

Y la respiración no se había vuelto más fácil, en los días transcurridos desde entonces.

Mientras reflexionaba sobre la noche, que le esperaba, y se preparaba para sacrificarse por un negocio, que ya no quería, Hugo se preguntó, si realmente valía la pena el esfuerzo de respirar.



Para complicar las cosas, esa noche, el local de Solange estaba más concurrido que nunca. Hugo apenas pudo caminar cinco pasos, cuando un cliente lo abordó.

No era ni siquiera medianoche y Hugo estaba exhausto. El duque rara vez llegaba a Solange, antes de la una, lo que significaba que Hugo todavía tenía que esperar al menos una hora.

Observó las abarrotadas mesas de juego, sin verlas realmente, hasta que unas voces alzadas llamaron su atención hacia el fondo de la sala, en la mesa que siempre parecía atraer a todos los aristócratas jóvenes, malcriados y borrachos de Londres.

Esta noche no sería diferente.

Hugo apretó los dientes, mientras observaba a los cinco hombres, acosando a la crupier, una mujer mayor llamada Irene.

Irene llevaba más tiempo, repartiendo cartas, que la mayoría de los jóvenes y no parecía tan nerviosa como irritada. Mientras Hugo observaba, uno de los hombres más jóvenes se acercó a ella, y le dio una palmada en el trasero.

Hugo soltó una palabra especialmente vulgar y se dirigió a la mesa. Se detuvo entre Irene y su acosador.

—Buenas noches, caballeros —dijo, necesitando alzar la voz para hacerse oír por encima de los gritos y las risas estridentes—. Es hora que Irene se tome su descanso para cenar. La reemplazaré.

El que le dio una paliza fue Lord Elwood Yates, el hijo menor del duque de Montrose.

“¡Que ese hombre no tenga otros hijos menores!”

Lord Elwood lo miró parpadeando como un búho, tambaleándose en su silla.

—Oh, digo... Buckingham. Estaba... hip... estaba huyendo.

Hugo miró fijamente el tapete vacío, que estaba frente al joven, y el resto de los jugadores estallaron en burlas y risas.

Hugo le enseñó los dientes al aristócrata incompetente.

—Bueno, veamos si podemos hacer que corras en otra dirección, ¿de acuerdo?

Le llevó menos de media hora dispersar a los hombres, en varias direcciones, la mayoría hacia habitaciones caras y prostitutas aún más caras. Lord Elwood, que había perdido el conocimiento, a los diez minutos del enfrentamiento, fue llevado a un coche de alquiler y enviado a casa.

Acababa de terminar de ordenar todo ese desorden, cuando Daniel se le acercó con expresión tensa.

—Disculpe, señor, pero lo necesitan en la suite Diamante.

Así que llegó la hora de rendir cuentas. Hugo sintió unas ganas locas de reírse, pero temía no poder parar.

—¡Ah! —añadió Daniel—. Y pensé que le gustaría saber que el señor Davies acaba de llegar.

Hugo se rió, pero no tenía ningún sentido de diversión.

—¿Está solo?

—Eh, no, tiene a Jac y a Gary con él.

Mientras Daniel lo miraba, Hugo no pudo evitar notar que el joven parecía casi tan enfermo, como se sentía.

—¿Usted se siente mal? —preguntó, mientras salía de la sala de juego y se dirigía hacia la gran escalera, que conducía a las suites.

—Eh, no —dijo Daniel, trotando a su lado—. Estoy bien, señor.

Hugo empezó a subir las escaleras, y se detuvo al darse cuenta de que Daniel seguía con él.

—¿Usted necesita algo más?

—No, señor.

—Bueno, entonces será mejor que vuelva a la puerta. Será una de esas noches. Y más...

Daniel dudó por un momento, pero luego asintió.

—Sí, por supuesto, señor.

Hugo observó al joven irse, luego dio la vuelta y reanudó su camino. Era solo un tramo de escaleras, pero parecían mil.

En el rellano del segundo piso, Hugo giró a la derecha y se dirigió hacia la suite Diamante. Era el conjunto de habitaciones más opulento del sector masculino de la casa.

Como su nombre lo indica, la suite Diamante brillaba con candelabros de cristal, espejos tallados y muebles dorados, imitando la grandeza de Versalles. Sin que muchos clientes lo sepan, cada dormitorio de Solange tiene una pequeña habitación secreta anexa, generalmente llamada “cuna de paneles”, en el negocio de los burdeles. En los burdeles más rudos y menos sabrosos, un empleado masculino, a menudo, se esconde en una de las cunas de paneles, esperando el momento oportuno para salir y robar a un cliente. En Solange, las cunas de paneles tienen bancos o sillas cómodas, y los usan los clientes, que pagaban para ver a otros.

Esa noche, Hugo sabía que sería Bev, quien lo estaría mirando y esperaría a que Hugo estuviera metido hasta en las pelotas, en su Alteza Real, para salir. ¡Vaya noche de drama había planeado Bev!

Afuera de la suite Diamante estaban los cuatro guardias habituales. Hugo se preguntó si era

su imaginación, o si Gibson lo miró con más dureza de lo habitual.

Él sonrió.

—Señor Gibson.

Gibson ignoró su saludo.

—Puedes entrar ahora —dijo, haciendo un gesto a uno de los otros para que abriera la puerta.

Al igual que la vez anterior, el duque se estaba abrochando los pantalones, y Maisie se estaba levantando, cuando Hugo entró. Hugo hizo una reverencia y forzó una sonrisa confiada, que no sentía. Le hizo un gesto de desdén a Maisie.

—Espero que Maisie haya sido de su agrado, Su Alteza Real —dijo las palabras para los oídos de la prostituta.

—Sí, de verdad, precioso, muy bonito. —Los ojos azules y bulbosos del duque parecían inusualmente agudos esa noche, aunque su voz era tan perezosa y lánguida, como siempre. Hizo un gesto para que Hugo se acercara, y él no se detuvo hasta que se situó entre el duque y la mirilla de la cuna.

Probablemente Bev todavía podía oír lo que decía, pero Hugo estaba bloqueando tanto su rostro como el del duque. Con suerte, Bev tardaría unos segundos en darse cuenta que las cosas no estaban saliendo como estaba previsto.

No es que Hugo supiera lo que iba a hacer o decir hasta que las palabras empezaron a brotar de él.

—Esto es una trampa, Su Alteza Real —dijo con una voz, que apenas era más que un susurro.

—¿Eh? —El duque se llevó la mano a la oreja—. ¿Qué es eso?

Hugo quería gritar, pero en vez de eso, dijo en un tono de voz ligeramente más alto:

—Dije que es una trampa. Hay un hombre escondido detrás de una sección de la pared, justo detrás de mí, y va a...

—¡Deténgase dónde está! —El grito ahogado provenía de la cuna de paneles.

Tanto Hugo como el duque se sobresaltaron, ante el sonido de un cristal roto, que fue seguido por un ruido sordo, que pareció sacudir el edificio mismo.

—Está usted arrestado por orden de Su Majestad, el Rey Jorge III, por... —Un estruendo ensordecedor cortó el resto de la frase.

Parte de la pared explotó, cubriendo la habitación con astillas de madera, justo cuando la puerta de la suite se abrió de golpe, y Gibson y sus tres secuaces entraron corriendo, usando sus cuerpos para formar una pared entre la cuna de paneles y el duque.

—Su Alteza Real... ¿está usted...?

—Estoy bien —dijo el duque—. Vaya a ayudar a los demás. No apartó la mirada del rostro de Hugo.

Un grito estrangulado, unos gritos vulgares y otro fuerte estruendo vinieron del otro lado del muro.

—Parece que podrían necesitarlo —añadió el duque, secamente.

Gibson asintió bruscamente y sus tres hombres salieron corriendo al pasillo. Gibson se colocó justo afuera de la puerta, dejándola abierta.

—Mis visitas a Solange siempre me han complacido —dijo el duque, con una voz lo suficientemente alta para que cualquiera que estuviera escuchando lo oyera—. Al igual que su lealtad y respeto por mi privacidad. —Hizo una pausa y luego agregó, en un tono mucho más suave—, sabía que usted no me decepcionaría, Hugo.

Esto era muchísimo más de lo que Hugo sabía.

—Extrañaré mucho sus servicios.

Hugo siempre había pensado que el duque era un poco insulso, pero en ese momento, la inteligencia y la resolución brillaban en su mirada.

Antes de que Hugo pudiera responder, otro hombre con ropa anodina llegó a la puerta y Gibson lo dejó pasar.

—¿Y bien? —preguntó el duque.

—Todo salió según lo previsto, señor.

—¿Las armas? —preguntó el duque.

—Nuestros agentes se apoderaron de las armas y capturaron a siete hombres: dos empleados de Davies y cinco de los radicales. Un hombre murió, mientras intentaba escapar, y otro logró huir, pero tenemos motivos para creer que resultó gravemente herido, y esperamos capturarlo, antes que termine la noche.

Hugo parpadeó.

“¿Armas? ¿Radicales? ¿Qué?”

—¿Cómo se llamaban? —preguntó el duque, mientras se arreglaba los puños del abrigo.

—Se negaron a decírnoslo —dijo el mensajero con una sonrisa sombría—. Pero encontraremos...

—¡Hugo, maldito bastardo! —Bev y sus cuatro captores se detuvieron en la puerta abierta. El labio del señor del crimen sangraba, y uno de sus ojos estaba hinchado.

Hugo forzó una sonrisa despreocupada, que no le gustaba en absoluto y se acercó a él.

—¿Vas a algún lado, Bev?

Bev se retorció como una fiera, casi echando espuma por la boca.

—¡Cabrón! ¿Crees que te saldrás con la tuya?

—Vamos, vamos, Bev. —Hugo se acarició el mentón pensativamente—. ¿Qué dijiste sobre no permitir que las emociones se apoderen de uno?

Bev gruñó y se lanzó contra Hugo. Su explosión de energía sobresaltó a sus captores, se soltó y agarró las solapas del abrigo de Hugo, golpeándolo contra la pared, como si pudiera atravesarlo.

—¡Lo lamentarás muchísimo! —Se le salió saliva de la boca—. No te saldrás con la tuya si me traicionas. Tengo un gran alcance y lo lamentarás...

Hugo golpeó su cabeza contra el puente de la nariz de Bev y escuchó un crujido repugnante, cuando Bev se desplomó, y comenzó a brotar sangre de su nariz.

Dos hombres enormes lo agarraron por debajo de los brazos, lo levantaron de un tirón y luego lo arrastraron, como si fuera un saco de patatas, mientras que los tacones de hierro de sus botas con clavos marcaban ranuras, en el brillante piso de madera.

—Disfruta tu viaje, Bev —expresó Hugo, al acomodarse la corbata y el abrigo arrugados con manos temblorosas.

Volteó hacia el duque.

—¿Puede alguien decirme, qué diablos está pasando? —preguntó, sin importarle en absoluto que el hombre que tenía frente a él pudiera algún día ser su soberano.

—Ven aquí, Hugo.

Hugo se detuvo en el mismo lugar donde había estado unos momentos antes.

—Usted y su esposa no solo han prestado una ayuda inconmensurable a su país, sino que también estoy en deuda personal con ustedes.

—¿Mi esposa?

El duque no pareció oírlo.

—Si alguna vez necesitan algo, puedes llevar esto a mi casa en Kew. —Sacó un trozo de pergamino doblado y sellado del bolsillo del pecho.

Hugo tomó el documento y lo miró fijamente, sin comprender, mientras su cerebro empezaba a entender (si no a comprender) que Martha estaba de alguna manera detrás de todo esto.

—Gracias, Su Alteza Real. —Tragó saliva, dudó y luego miró al duque directamente a la cara—. Me temo que, personalmente, no puedo brindarle a Su Alteza Real los servicios habituales esta noche. Sin embargo, tenemos un nuevo...

—Preferiría irme sin estos.

Hugo se sintió extrañamente halagado por las palabras del otro hombre.

Los labios del duque se curvaron en una leve sonrisa.

—Por cierto, felicidades por su matrimonio. —Ladeó la cabeza—. Debo admitir que me sorprendió.

—No más que yo, señor.

—Su esposa es una joven admirable, que parece quererlo mucho. —Su expresión se tornó casi melancólica—. Usted es un hombre afortunado.

—Sí —dijo Hugo—. Soy el más afortunado de los hombres.

O al menos lo había sido antes de destruirlo todo.

El duque puso una mano sobre el hombro de Hugo.

—Mi consejo para usted es que la trate como a una reina.

Hugo volvió a inclinarse y luego observó cómo el duque cojeaba hacia la puerta. Esperó a que el otro hombre se fuera, antes de desplomarse en la silla que acababa de dejar libre.

—¡Maldita sea! —murmuró. Todo su cuerpo estaba temblando, mientras la tensión que había estado reprimiendo todo el día (diablos, toda la semana) surgía a través de él.

Echó un vistazo a la enorme cama, que había al otro lado de la habitación, y consideró brevemente meterse bajo las sábanas, y dormir durante una semana.

Pero no, necesitaba encontrar a su esposa y llegar al fondo de esto.

Y necesitaba decirle algo... Lo que debía haberle dicho hacía tiempo.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Hugo vio el débil resplandor en la luz lateral, junto a la puerta principal, y saltó del carruaje de alquiler, antes que el mismo se detuviera. Le arrojó el dinero al conductor, ignorando el grito indignado del hombre, cuando las monedas cayeron en el costado del viejo carruaje, en lugar de dárselas, en su mano extendida.

Hugo había llegado de la casa de Berkeley Square con el corazón en la garganta. Si Martha no estaba allí, no tenía idea de dónde encontrarla.

Subió corriendo los escalones, resbalándose en la piedra lisa y casi atravesando el cristal, que estaba junto a la puerta. Golpeó la pesada madera, agarró el picaporte y empujó.

Milagrosamente, la puerta se abrió y él se tambaleó hasta el pequeño, aunque elegante vestíbulo, donde había dos personas y un perro muy emocionado, que saltaba en el aire, como una pelota que rebota, una y otra vez.

Pero Hugo solo tenía ojos para una cosa: se acercó a Martha y ella se le adelantó.

—¡Hugo! —gritó, mientras se estrellaba contra su pecho con tanta fuerza, que le dejó sin aire en los pulmones.

Hugo la apretó más fuerte que los anillos de metal, que rodean un barril, enterró la nariz en su cabello, e inhaló el dulce aroma de su esposa.

—¡Oh, cielos! Cariño, siento mucho las cosas terribles que dije. No quise decir...

—Lo sé, lo sé, Hugo —murmuró, besándolo, apretándolo y acariciándolo.

La sostuvo a la distancia de sus brazos para poder mirar su precioso rostro.

—¿Lo sabes? ¿Pero cómo?

Las lágrimas brotaban de sus magníficos ojos azules, pero ella sonreía.

—Solo intentabas protegerme. Querías que me fuera para que Bev no...

Fergus lanzó un aullido ensordecedor y salió corriendo hacia el pasillo, que conducía a la cocina.

—¡Fergus! —gritó Cailean, corriendo tras el perrito.

—¿Qué diablos es todo esto? —le preguntó Hugo a Martha.

—No lo sé.

—¿Acabas de llegar? —le preguntó a Martha.

—Solo un minuto antes que tú.

—¿De dónde vienes?

—Nos estábamos quedando en una casa que el señor Gibson había arreglado para nosotros tres. Dijo que no era seguro volver hasta arrestaran a Bev Davies.

Hugo frunció el ceño.

—¿Dónde está Albert?

—Llegó antes que nosotros. Teníamos que ir a buscar a Fergus a casa de Lady Selwood. El jefe de la cuadra lo estaba cuidando. ¿Quizás eso fue lo que Fergus escuchó en la cocina, Albert?

Las palabras de Bev, en Solange, lo impactaron:

“Tengo un gran alcance y lo lamentarás...”

—¡Cielos! —Hugo abrió de golpe la puerta principal. El coche de alquiler seguía aparcado,

junto a la acera, y el conductor estaba agachado, en la calle, buscando algunas monedas, que Hugo había tirado. Hugo empujó a Martha hacia el carruaje—. Ve a esperar en el coche, Martha. Dile al conductor que se vaya, si no vuelvo en cinco minutos.

—Pero Hugo...

—Voy a ver qué persigue Fergus.

—Probablemente sea solo Albert.

Hugo pensó en el aullido escalofriante de Fergus.

—Quiero asegurarme —dijo, empujándola suavemente—. Solo vete.

Cerró la puerta de un portazo, antes que ella pudiera discutir, agarró el candelabro de la mesa de la consola y siguió el sonido de los ladridos de Fergus. Algunos de los apliques de pared estaban encendidos en el largo pasillo, lo que explicaba por qué Cailean no se había caído sobre su trasero.

Dobló una esquina y vio la cocina justo enfrente. La puerta estaba abierta y Fergus saltaba, arriba y abajo, con sus frenéticos ladridos intercalados con gruñidos. Hugo se detuvo de golpe, justo en el interior de la puerta. Se quedó mirando lo que Cailean estaba mirando: Albert atado como un pájaro de cacería, en la esquina de la cocina.

Pero Albert no estaba mirando a Cailean ni a Hugo.

Los ojos saltones de Albert miraban fijamente algo que estaba justo detrás.

Hugo dio la vuelta, justo cuando un garrote cayó sobre él. El dolor estalló en su hombro, cuando el pesado garrote lo golpeó, en el hombro, en lugar de romperle el cráneo. Hugo se tambaleó hacia atrás, chocó contra una silla y se desplomó sobre su trasero.

“*Cowan*,” o al menos pensó que era Cowan Morgan, pero ese hombre tenía el pelo enmarañado con sangre y la cara tan hinchada de un lado, que ni siquiera parecía humano. Cojeó hacia Hugo y volvió a levantar el enorme garrote.

—¡Nooooo! —Cailean saltó entre Cowan y Hugo más rápido de lo que un muchacho de su tamaño debería haber sido capaz de moverse. Pero Cowan, a pesar de todas sus lesiones, fue lo suficientemente rápido para girar y blandió el palo levantado hacia Cailean, en lugar de Hugo.

El palo golpeó a Cailean, en la parte superior del brazo, y el muchacho gritó, cuando el golpe lo hizo retroceder varios pies y se desplomó contra el estante de ollas, antes de deslizarse al suelo.

Docenas de ollas repiqueteaban en el duro suelo de la cocina. El estruendo fue ensordecedor.

Cowan dio la vuelta y comenzó a retroceder hacia Hugo, justo cuando una raya blanca y negra atravesó la habitación, y lo golpeó en la entrepierna. El grito del hombretón fue aún más fuerte que el de las ollas.

—¡Quítamelo! ¡Quítamelo! —gritó, mientras se tambaleaba hacia atrás y golpeó a Fergus con el garrote, pero se golpeó la rodilla, en lugar de darle al pequeño perro, que se retorció. Aulló de dolor y arrojó el garrote lejos, golpeando a Fergus con sus enormes manos.

Pero las mandíbulas de Fergus estaban cerradas con fuerza. Su cuerpo fibroso colgaba a doce pulgadas del suelo, y se agitaba de un lado a otro, mientras destrozaba las joyas de Cowan.

Cowan golpeó su pelvis contra el mostrador, aplastando a Fergus contra la puerta de un armario, mientras buscaba torpemente el bloque de cuchillos.

Hugo saltó sobre la maraña de sillas de cocina, que habían sido derribadas, y se lanzó hacia el garrote de Cowan, justo cuando algo gris revoloteaba en el borde de su visión.

Era Martha, y sostenía un gran jarrón sobre su cabeza, mientras corría hacia Cowan.

—Martha, ten cuidado...

Ella estrelló el jarrón contra la parte posterior del cráneo de Cowan con toda la fuerza de una mujer, que había pasado, los primeros veinte años de su vida, realizando duros trabajos manuales.

Cowan gruñó y se desplomó, atrapando a Fergus debajo de su enorme cuerpo. El garrote se le escapó de los dedos flácidos con un ruido metálico, mientras se deslizaba hacia el suelo.

Hugo tomó el garrote y se dirigió hacia el hombre caído.

—Atrás, Martha —dijo cuando ella, agarró el hombro de Cowan para darle la vuelta y liberar al pobre Fergus.

Ella retiró la mano bruscamente y dio un paso atrás.

Hugo terminó de apartar el garrote de la mano extendida de Cowan, lo levantó, y le hizo un gesto con la cabeza a Cailean, que se había arrastrado hasta el hombre caído sobre sus manos y rodillas.

Adelante, dale la vuelta.

Cailean gruñó por el esfuerzo de hacer rodar al enorme hombre hasta ponerlo boca arriba.

Fergus fue liberado de su prisión y soltó un grito de alegría, mientras saltaba a los brazos de Cailean, que lo esperaban.

Baba y sangre brotaban de la comisura de la boca de Cowan, y más sangre manaba de un feo corte sobre su ojo.

Hugo bajó el garrote.

—Ve a desatar a Albert —le dijo Hugo a Cailean, y luego volteó hacia su desobediente esposa—. Y tú... Creí haberte dicho que esperarás en el carruaje.

Antes que ella pudiera hablar, y probablemente discutir, Hugo la agarró con la mano, que no sostenía el garrote, y la atrajo hacia sí, sacándole un chillido de sorpresa, mientras la miraba fijamente a los grandes ojos azules.

—No importa —dijo, besándola con fuerza en la boca—. Lo que quería decir es que te amo, Martha Buckingham.

Ella lo miró fijamente, desconcertada.

—¡Ah! Y también gracias por salvar el día con ese horrible jarrón. —Le dio otro beso, este era un poco más profundo, y luego se apartó—. Pero la próxima vez que te metas en medio del peligro, te pondré sobre mis rodillas. ¿Entendido?

La sonrisa de Martha fue creciendo poco a poco, hasta iluminar la cocina.

—Sí, Hugo.

Hugo resopló. Él no se dejó engañar ni por un segundo por ese tono recatado y esa expresión mansa.

—Habaremos más sobre esto más tarde —prometió—. Con todo lujo de detalles. ¿El coche de alquiler sigue ahí afuera?

—Le pagué para que esperara.

—Me quedaré aquí y vigilaré a Cowan. Llévate a Cailean contigo y dile al conductor que necesitan ir a buscar al oficial más cercano. Y luego regresen aquí.

—Sí, Hugo.

La besó y esperó a que ambos se fueran para dirigirse hacia Albert, quien se estaba frotando la circulación, en las muñecas.

—¿Necesitas un médico? —le preguntó.

Albert sacudió la cabeza y luego hizo una mueca.

—Solo un poco de cualquier tontería. Estaré bien.

—¿Qué pasó?

—Entré por la cocina, mi llave no funciona en la puerta principal, y él debía estar esperando.

Cowan gimió, el ojo que no estaba hinchado se abrió un poco y se llevó las manos a la parte delantera ensangrentada del pantalón. Gimió, agarró sus joyas y volvió a gemir.

—Me alegro de verte por aquí, Cowan.

Sorprendentemente, el rostro maltrecho de Cowan se torció en una mueca de desprecio, cuando vio que Hugo lo miraba con el garrote en la mano.

—¡Maldito bastardo!

Hugo sonrió.

—Me alegra ver que el hecho que casi te arrancan la polla no ha empañado tu naturaleza alegre. ¿Por qué estás aquí?

—¿A dónde más podría ir? —gritó Cowan, y luego hizo una mueca por el dolor que tenía en la cabeza.

—¿Es una pregunta capciosa? —preguntó Hugo, genuinamente confundido—. ¿Qué tal el continente? ¿Los muelles de Liverpool? ¿Calcuta? ¿Cualquier otro lugar menos aquí?

—Los malditos soldados se han apoderado de todos los sitios que conozco y de todo lo que tengo. Me escapé de ellos en el puerto, pero había más de ellos, esperando en casa de Bev. No tengo dinero. Estoy atrapado y probablemente me cuelguen por esto. Así que pensé en venir aquí, y matar a tu esposa prostituta y...

Hugo le dio una patada en el costado, y Cowan gritó.

—Vamos, vamos. Cuida tus modales, Cowan —dijo Hugo, moviendo el pie para patearlo otra vez. Y lo seguiría pateando hasta que ya no fuera una amenaza para nadie.

Cowan se agarró el costado, mirándolo con furia y odio en los ojos.

Hugo escuchó movimientos detrás de él, y giró para encontrar a Martha, Cailean y Fergus.

—Los oficiales están en camino —dijo ella.

Hugo la rodeó con el brazo y sonrió.

—Sigue adelante y sonríe, ¡Buckingham! —gritó Cowan con la boca hinchada—. No sacarás nada de todo esto, imbécil.

Hugo besó la mejilla de Martha y luego miró al hombre delirante. Estuvo tentado de decirle que estaba equivocado, que Martha había sacado todo el provecho de lo que había pasado esa noche. Pero decidió que Cowan no merecía ni siquiera oír el nombre de Martha.

Pero él dijo algo y Hugo le replicó:

—¿Así es?

—Sí, así es. No habrá Solange en unos meses. Bev ya vendió los edificios, el dinero cambió de manos y el nuevo propietario tomará posesión a finales de año. —Se rió, luego jadeó, agarrándose el costado.

Mientras Hugo miraba al hombre ensangrentado y odioso a sus pies, consideró la noticia que acababa de escuchar, y lo que sentía al respecto.

Le tomó un momento identificar la emoción: ¡alivio!

Hugo le entregó el palo a Albert.

—No lo pierdas de vista hasta que lleguen las autoridades. —Apartó la mirada de Cowan, y la dirigió hacia algo infinitamente más hermoso y digno: ¡su querida esposa!

—¿Vamos a esperar en la encantadora salita de estar, cariño?

—Me gustaría eso, Hugo.

Él la abrazó con más fuerza y ella se derritió contra él.

—¿No lo entiendes? ¡Solange se ha ido! —gritó Cowan—. Todo por lo que alguna vez

trabajaste. Si lo quieres de vuelta, tendrás que gastar cada centavo que tengas en abogados y perder años de tu vida, tratando de conseguirlo en los tribunales.

Hugo le sonrió a Martha.

—Ya no me importa lo de Solange —lo dijo tan alto para que ella lo oyera—. Y puedo pensar en una forma mucho mejor de pasar el resto de mi vida.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Varias horas después...

—¿Laura?

—Hugo, es la cuarta vez que dices eso. —Martha lo miró exasperada.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Pero... ¿Laura?

—Sí, fue Laura quien ideó el plan. —Martha se rió

Él le besó la nariz y su mirada oscura bajó hasta ese pecho.

Martha miró hacia abajo y vio que la manta se había deslizado, y que uno de sus senos estaba expuesto. Se cubrió rápidamente.

—¡Oh, Martha!

—¡Oh, Hugo! —Ella sonrió, al ver ese tono petulante, y esa mirada enfurruñada—.

¿Quieres escuchar el resto de mi historia o mirar mis senos?

—¿No puedo hacer ambas cosas?

—No parecías capaz de hacer ambas cosas hace media hora, cuando nos acostamos.

Él sonrió con sorna.

—Probablemente tengas razón. Entonces, el plan de Laura era acercarse al hermano de nuestro soberano, y decirle que estaba a punto de ser víctima de una extorsión. Por sodomía.

—Bueno, cuando lo dices tan abiertamente, supongo que suena un poco, eh, audaz.

—Sí, un poco. Sobre todo si tenemos en cuenta quién es Laura, qué es Laura y dónde trabaja Laura ahora.

Martha no quería sentir lástima por la mujer, que había sido responsable del cautiverio de Hugo, pero Laura Maitland era una criatura rota. Si bien Martha no podía perdonar a Laura, la respetaba por hacer todo lo posible para corregir los errores, que le había causado a Hugo, aunque nunca podría recuperar todo lo que les habían robado.

—Laura fue la primera en admitir, que nunca le permitirían acercarse a Su Alteza Real —expresó Martha.

—Y entonces, decidiste ser la mensajera.

—Todos decidimos que debía hacerlo.

Él resopló.

—Todavía no puedo creer que Daniel fuera parte de este plan loco, y me lo ocultara. Soy su empleador.

—No fue tan loco porque funcionó —señaló ella.

Hugo le pasó un brazo por los hombros desnudos y la atrajo hacia sí.

—Sé que funcionó y te lo agradezco. Pero podrías haber muerto, cariño. Cowan estaba lo suficientemente loco como para matarte.

—Pero yo no morí. El duque no fue extorsionado, el señor Davies no pudo vender las armas a los radicales, y ya no necesitas trabajar para ese terrible criminal.

—Tienes razón, una vez más, querida. —Él la besó—. Ahora cuéntame sobre tu encuentro con el duque, necesito escucharlo.

—Primero tuve que hablar con un caballero llamado Gibson.

—¡Ah! Sí, Gibson.

Martha no le contó que el señor Gibson la mantuvo encerrada, en una habitación sin ventanas, durante seis horas, mientras la interrogaba. Una y otra vez. Tampoco le dijo que nunca había estado tan aterrorizada, en toda su vida.

No había ningún motivo para que él supiera nada de esto.

—Una vez que el señor Gibson se aseguró, que yo no mentía, el duque vino a verme.

Ella había esperado casi veinticuatro horas, antes que el duque finalmente viniera. Martha sospechaba que la habían mantenido en esa habitación sin ventanas para que nadie los viera juntos.

—Fue muy educado y solo me hizo unas pocas preguntas sobre todo lo que ya le había contado al señor Gibson, así que supuse que él le había informado al duque, en detalle —dudó un momento y luego dijo—. Parecía mucho más interesado en mi relación contigo.

Hugo dio un “Mmm” evasivo.

La mente de ella regresó al pasado:

“‘Bueno, ¿qué más pude haberle dicho? ¿Qué había que decirle? Mi marido fue amante de un duque real. Trabajó como prostituto toda su vida, ha tenido cientos, si no miles, de amantes, hombres y mujeres.’

Y no había nada que Martha pudiera hacer para cambiar todo eso.

Se esforzó por no juzgar ni ser celosa, ni odiosa, pero emociones desagradables se agitaron en su estómago, mientras estaba sentada allí, mirando a un hombre que había tenido intimidad con su esposo.”

Esos mismos sentimientos se agitaban ahora mismo, mientras observaba a su amado Hugo, y pensaba en todas las personas, que habían conocido su magnífico cuerpo y disfrutado de sus habilidades mágicas.

—¿Martha? —Los hermosos ojos oscuros de Hugo reflejaban el miedo, la vergüenza y el desafío—. Quiero que sepas que anoche fui a ver al duque y le dije que no... No se trata de quién era, sino de quién soy, ahora. Esas palabras lo dejaron sin fuerza, aunque ella sintió un profundo alivio.

Martha se apoyó en ese cuerpo, y presionó su rostro contra la dureza de ese pecho, besando la piel sedosa y caliente, y acariciándolo hasta que sus labios rozaron un pezón pequeño y duro. Él se sacudió.

—Mmm. —Ella apretó la boca sobre el pequeño capullo y lo chupó.

Hugo se estremeció.

—Martha —le advirtió.

Ella se separó a regañadientes de ese delicioso cuerpo y lo miró.

—Tenía la esperanza que eso fuera lo que harías, Hugo. Gracias.

—No lo hice por ti, Martha. Lo hice por nosotros. Eres lo único bueno que me ha pasado en la vida. Y, al igual que tú, el juramento que hice significa algo para mí. —Su brazo se tensó—. Te seré fiel hasta que muera, Martha, incluso si eso significa que tengo que ir con el sombrero en la mano, al maldito marido de Melissa, y rogarle que me dé un trabajo, cuidando a unos mocosos franceses huérfanos. —La besó y luego le sostuvo la mirada—. Pero no hay nada que pueda hacer con todos los años que he dejado atrás.

—Lo sé, Hugo. —Martha tragó saliva, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas—. No voy a mentir y afirmar que aprender la verdad sobre tu pasado no llevará tiempo para comprenderlo y acostumbrarse, pero te amo y nada hará que cambie de opinión al respecto. —

Abrió la boca, pero dudó.

—¿Qué pasa, cariño?

—¿Lo dices en serio? ¿Te refieres al orfanato?

—Sí. Me tomo muy en serio la idea de encontrar otra forma de ganar dinero. Cavaré zanjas, antes de volver a venderme. —Su boca se arqueó en una sonrisa—. Ahora mi cuerpo te pertenece solo a ti.

Los ojos de ella ardían, parpadeando rápidamente.

—Por favor, no llores —suplicó.

Ella soltó una risa burlona.

—Estoy tan feliz. —Empujó su cara contra ese pecho otra vez, y sollozó.

Hugo le acarició el hombro y la abrazó fuertemente.

—Cuéntame el resto de tu historia, Martha.

—No hay mucho más —dijo ella con voz entrecortada—. Laura había oído a Cowan quejarse que su medio hermano, creo que se llama Elis, había impresionado a su padre, trayendo armas de Francia para vendérselas a un grupo de aquí. Todos estuvimos de acuerdo en que era algo que el gobierno debía saber. Gibson y yo propusimos arrestarlos a todos de antemano, pero fue el duque quien quiso atrapar a Davies en el acto, por así decirlo.

Hugo resopló.

—¡Ah! El enfoque dramático.

—¿Hugo?

—¿Mmm?

—¿Intentarás recuperar a Solange?

—No. Eso se acabó. Cowan tenía razón en que se necesitan años y mucho dinero. Sería una vida miserable —suspiró—. No estoy contento con eso, Martha. Me llevó años ganar lo suficiente para comprar mi mitad y gasté aún más dinero, en el lugar, durante los tres años que fui copropietario. Me... duele dejarlo ir. Pero me duele aún más que te asocien con un lugar así.

Martha dudó por un momento y después dijo:

—Gracias, Hugo. A mí tampoco me gustaría pensar que siguieras trabajando en un sitio así. No creo que eso sea gratis. —Sonrió—. Y tampoco creo que sea bueno para nuestro hijo.

□ □ □

Hugo parpadeó.

—Lo siento, cariño, ¿dijiste nuestro hijo?

Ella asintió y su suave cabello le hizo cosquillas en la barbilla.

Hugo se sentó a horcajadas sobre su cuerpo cubierto por la manta, y la agarró por los hombros.

—¿O nuestra hija?

—Sé que dijiste que no querías tener hijos, pero...

—¿Nuestro hijo?

Ella se rió.

—Lo estás haciendo otra vez, sueñas como un loro demente.

Hugo la estrechó contra él por tercera vez esa noche.

—¿Cómo pudiste pensar que no quiero a nuestro hijo? Todo lo que dije en Stroma, antes de casarnos, lo dije sin darme cuenta. —La besó en la cabeza, cerró los ojos con fuerza e inhaló su aroma, que lo embriagó—. ¿Cuándo te diste cuenta de eso, cariño?

—El día que me dijiste que me fuera.

Esas palabras fueron como un puñetazo en el corazón de Hugo.

—¡Oh, cariño! Lo siento mucho. ¡Qué aterrorizada estuviste!

—No fue una buena noche.

Hugo la soltó para poder ver su rostro.

—No —dijo ella, antes que él pudiera hablar—. No te disculpes otra vez. Lo que dijiste esa noche me dolió, muchísimo, pero lo hiciste por la mejor de las razones. —Sus labios se torcieron—. Por muy equivocada que haya sido tu intención. Te perdono por el dolor que me causaste. — Le dirigió una mirada de reproche—. Pero no lo vuelvas a hacer.

Él soltó una carcajada sin aliento.

—Seré un esposo modelo para el resto de nuestras vidas.

—Espero que no, me gustas tal como eres.

Hugo se movió para poder quitarle las mantas.

—¡Hugo! ¿Qué estás haciendo?

—Quiero ver tu barriga.

—Pero...

Él le abrió los muslos, se arrodilló entre ellos, y apoyó la cabeza sobre la suave curva del estómago.

—¡Hugo!

—Ahora tú pareces un loro demente —bromeó—. No oigo nada —dijo un momento después, y se incorporó, apoyándose en los codos para mirarla a los ojos.

—¿Qué esperabas oír? —Ella se rió.

Él se encogió de hombros.

—No sé nada sobre bebés ni partos —No dijo que lo único que sabía sobre el tema era evitar dejar embarazadas a las clientas—. ¿Cuándo mostrarás algún síntoma de tu condición?

—Todavía no, van seis semanas. Será en unos meses.

Hugo acarició la suave piel de ese vientre, mientras su cerebro luchaba por asimilar el hecho que, en ese momento, había un niño bajo su mano. Su niño. El niño de ambos.

Experimentó una repentina oleada de orgullo primario y su polla, ya medio dura por estar tan cerca de ella, palpitó, mientras la imaginaba hinchada con su bebé.

—¿Quieres un niño o una niña? —preguntó ella, interrumpiendo ese primitivo pavoneo.

—Cualquiera de las dos está bien. ¿Y tú?

Ella le sonrió, a lo largo de su delicioso cuerpo.

—Solo quiero un bebé gordo y saludable.

Él miró fijamente ese vientre, mientras la acariciaba, completamente estupefacto que un pequeño humano pudiera vivir allí, durante nueve meses, al menos él sabía eso sobre los bebés.

—¿Hugo?

Él levantó la mirada.

—¿Sí, cariño?

—¿No me contarás nada de tu familia? ¿Qué pasó?

Él gimió y dio la vuelta para quedar boca arriba. La furiosa erección que había estado luciendo ya se estaba marchitando.

—Esto es tan sórdido, Martha. Por no hablar de humillante.

—¿Te resulta demasiado doloroso hablar de ello?

Durante años el abandono de su padre había sangrado como una herida abierta. ¿Pero ahora?

—No, es solo un viejo dolor.

Ella se deslizó por la cama hasta que estuvieron hombro con hombro, y luego tomó esa mano en la suya, que era mucho más pequeña.

—¿Por favor?

Hugo suspiró.

—Cuando tenía catorce años, mi padre me llevó a dar un paseo en coche de caballos por Londres. Mi madre había muerto, justo la semana anterior, y... —Resopló y miró hacia el techo, ya que era demasiado difícil contar esa historia, mientras observaba esos hermosos ojos—. Lo único que Bev Davies me dijo fue la verdad sobre mis padres... y sobre mí. No supe hasta hace un mes, que mi madre era prostituta, antes de casarse con mi padre. Dejó la prostitución durante años, hasta que la desesperación la obligó a volver. Fui concebido durante esa época.

—¡Oh! Hugo.

—Lo pude haber adivinado hace años. Después de todo, no me parecía en nada a mi padre y compartía pocas características con mis hermanos, o incluso con mi madre. —Se encogió de hombros—. Siempre había creído que mi padre no me quería porque yo era un inoportuno añadido. No fue cruel conmigo. De hecho, simplemente me ignoró hasta ese viaje en carruaje de alquiler.

Hugo aún recordaba la expectación que había sentido ese día:

“¿Quizás mi padre empezará a simpatizar conmigo? Después de todo, yo soy el único que aún vive en casa. Evan Dinwiddy parece destrozado por la muerte de mamá. ¿Quizás nos ayudaremos mutuamente a superar el dolor?”

Casi se rió al recordar lo ingenuo que había sido.

—Me llevó a un fabricante de látigos, un hombre llamado John Caton. —Hugo se mordió la mejilla, preguntándose cómo decir lo que vendría después.

—Él fue quien te enseñó a trenzar —dijo ella, suavemente—. Una vez mencionaste que él... te azotó.

—Sí. —Hugo todavía recordaba aquella primera vez, aunque había olvidado las docenas, si no cientos, de otras que ocurrieron a lo largo de los siguientes años.

Volteó hacia ella de nuevo.

—Hay gente, muchísima, que encuentra placer sexual en azotar o en ser azotada.

Martha tragó saliva. Su pecho subía y bajaba demasiado rápido para una persona en reposo.

Hugo percibió sus signos de angustia y sacudió la cabeza.

—No creo que quieras escuchar esto, cariño.

—Quiero saber de ti, Hugo.

Él trazó una elegante línea, desde la garganta de ella hasta el pecho, acariciándole un seno, mientras consideraba lo que estaba a punto de decir.

—Caton me compró porque le gustaban los hombres, muy jóvenes.

—Muchachos —corrigió ella con una mirada repentinamente feroz.

—Muy bien, muchachos. Pero no te preocupes por mí, Martha. No era virgen, cuando fui a verlo, y sabía lo que él quería de mí. Mi vida en casa siempre fue difícil. Nunca hubo suficiente comida, mi madre estuvo enferma mucho tiempo, antes de morir, y mi padre esperaba que trabajara. Fui un muchacho delgado hasta que cumplí dieciocho años, más o menos, no era bueno para el trabajo manual, y no tardé mucho en descubrir que atraía a ciertos hombres. —La miró a los ojos, siendo directo, pero cauteloso—. Lo que voy a decir sin duda sonará mal, pecaminoso...

—No me corresponde juzgarte, Hugo.

—Pero así es, ¿no?

—Al principio sí. Esos primeros días, después que me dijiste la verdad, me sentí enojada, herida y, sí, disgustada —admitió—. Estaba tan conmocionada y sorprendida, que algunas de las cosas que mencionaste ni siquiera se me habían ocurrido. Pero una vez que dejé de estar tan furiosa contigo por irte, pensé en lo que diría mi padre. Ya sabes cómo era él: nunca juzgaba a los demás.

Hugo asintió. El vicario había sido un alma verdaderamente bondadosa, pero Hugo sospechaba que incluso él se habría puesto pálido, ante el pasado de Hugo.

—Mi padre nunca creyó en usar la Biblia como arma ni en intimidar a la gente por sus pecados. Creía en amar a los demás y no hacer daño. Creo que la única persona perjudicada por las cosas que hiciste, y que te hicieron, fuiste tú.

—Quizás —replicó Hugo, sin ninguna prisa por hacerse la víctima ante sus ojos—. Hasta que te conocí, siempre había visto el sexo como una forma de ganar dinero. Eso era lo único que me importaba: quién pagaba más.

Mientras Hugo la dejaba asimilar todo esto, consideró el hecho que disfrutaba usar la palabra “joder”, cuando estaban en el calor de la pasión (adoraba sorprenderla), pero que se sentía mal y crudo usarla, en una conversación.

—¿Por qué soy diferente? —se preguntó. Su voz era firme, pero él percibía el dolor y la confusión que había debajo. Ella intentaba comprenderlo de verdad, pero esto era demasiado para que cualquiera lo comprendiera, especialmente una mujer que apenas era más que una inocente.

—Al principio no sabía por qué —empezó a responder su propia pregunta—, en Stroma, cuando no podía dejar de pensar en ti, me molestaba. ¡No! —corrigió—. Me aterrorizaba, aunque en ese momento me negué a admitirlo.

—¿Tenías miedo?

—Nunca había tenido sentimientos tan fuertes, un deseo tan implacable, por nadie. Te deseaba con todas mis fuerzas, pero no quería hacerte daño ni arruinarte la vida. Eso también era algo nuevo para mí. —Le dedicó una sonrisa irónica—. Estoy segura que recuerdas cómo era, cuando llegué aquella noche. —Ella se rió suavemente.

—Fuiste horrible. Pero también muy...

—¿Sí? —insistió ella, bajando la mirada con las mejillas encendidas. —No podía apartar la mirada de ti. Tu cuerpo era tan hermoso y diferente, a todo lo que había visto antes. Y cuando tu manta se deslizó...

Fue el turno de Hugo de reírse. Sorprendentemente, también sintió que se le calentaba el rostro, ante el cumplido.

—¡Ah! ¿Te acuerdas de eso, cierto?

—Fuiste muy travieso.

Hugo le sonrió a su amada.

—Y tú fuiste tan cruel.

Ella resopló, pero la sonrisa se borró de su rostro.

—Termina tu historia, Hugo.

—Caton me dejó en claro en mi primera noche cómo serían las cosas entre nosotros —suspiró Hugo.

Para entonces, Hugo ya había estado con muchos hombres, pero esos encuentros habían sido furtivos y en callejones. Caton era dueño absoluto del cuerpo de Hugo, y tenía el tiempo y la oportunidad de usarlo plenamente.

—A él le gustaba, eh, bueno, azotarme y luego usarme. —Se mordió el labio y sus ojos se pusieron vidriosos.

Él gimió.

—No llores por mí, Martha. Es una señal de lo mal hombre que soy, que en realidad no sufrí tanto durante los años en que trabajé para pagar mis deudas. Él sabía cómo manejar un látigo, y nunca me lastimó de manera permanente. Era muy viejo, cuando me compró y me tocaba, cada vez menos, a medida que pasaba el tiempo. Mi último año con él fue... Bueno, fue posiblemente el año más fácil de mi vida hasta ese momento. —Solo después de haber hablado, él se dio cuenta de lo lastimoso que sonaba esto.

—¡Oh, Hugo!

Él la besó.

—Me enseñó un oficio y yo lo hacía bien. Gané suficiente dinero para comprar mi libertad. Quería que me quedara con él. —De hecho, le había ofrecido a Hugo su negocio, si se quedaba y cuidaba de él—. Pero yo era joven y arrogante y, para entonces, sabía que podía ganar mucho más dinero en otra parte.

—¿Con tu cuerpo?

—Con mi cuerpo —confirmó—. Trabajé en varios lugares, antes de conseguir un puesto en Solange. Era uno de los burdeles más exclusivos de la ciudad. Melissa Griffin se preocupaba por sus empleados, y era el lugar más seguro en el que había trabajado, con diferencia. —Se encogió de hombros—. Y el resto ya lo sabes... trabajé allí hasta que pude.

—¿Y nunca volviste a ver a ningún miembro de tu familia?

—No. Bev me dijo que dos de mis hermanas trabajaron para él, que mi padre, o el hombre al que yo consideraba mi padre, falleció hacía unos años, y que no sabía nada del resto de mis hermanos.

—¿Al menos tu madre fue amable contigo?

Él pensó en su madre, en la que no había pensado realmente, en muchos años. Después de un momento, sacudió la cabeza.

—Sé que es terrible, pero ni siquiera puedo recordar su rostro. Estuvo enferma, supongo que de tuberculosis, durante años. Siempre estaba cansada, agotada y sin alegría. Nunca fue cruel conmigo, ninguno de los dos lo fue, pero yo era solo una carga para ella. No creo que le quedara lo suficiente de sí misma para amar a ninguno de nosotros. Fue una vida dura, Martha. Por eso... —Se mordió el labio, no queriendo hablar de la pérdida de Solange.

—Por eso estabas tan decidido a conservar tu negocio: no querías volver a ser pobre.

Hugo asintió.

—Hasta que te conocí, las posesiones eran las únicas cosas que me hacían sentir seguro o feliz. Pensé que si podía rodearme de suficientes cosas, finalmente me sentiría seguro. Pero ahora sé que eso nunca habría sucedido. Siempre habría necesitado más, más y más. —Pasó los dedos por el suave vello de esa sien—. Ahora... Bueno, no me importa un carajo la ropa cara, o una gran casa llena de cosas finas.

—¿De verdad crees que puedes ser feliz, dirigiendo un orfanato en un país extranjero, Hugo?

Él le sonrió al amor de su vida.

—No creo que entendiste bien lo que dije, Martha. Cuando pensé que perdí, que tiré a la basura lo que teníamos, me di cuenta que lo único que necesito para ser feliz eres tú. Seré feliz viviendo en cualquier lugar, haciendo cualquier cosa, siempre y cuando estemos juntos, mi amor.

EPÍLOGO

Un pequeño pueblo en Francia Varios años después.

—Non, non, ne tenez pas le chien par la queue, Yvette. Il n'aimera pas ça. —Hugo le dijo a la niña de tres años de aspecto angelical, que estaba arriesgando su vida, sosteniendo la cola de Fergus.

Martha sonrió, ante el tono persuasivo de Hugo y su uso del francés. Si bien los tres habían mejorado mucho su fluidez en el idioma, durante los últimos siete años, Hugo todavía tenía la pronunciación más terrible. A veces, ella sospechaba que él aplicaba su puro inglés, como una insignia de honor.

Una vez que separó al querubín inconsciente del peligroso canino, llevó a la niña de regreso al grupo de niños, que estaban escuchando una historia, antes de tomar su siesta de la tarde.

—Lo siento, señor Yougo. ¡Yvette es una tramposa! —dijo Sandrine en un inglés con un acento encantador. Era una de las cinco mujeres que vivían y trabajaban en su pequeño orfanato. Hugo, Martha y Cailean habían aprendido francés, pero pidieron a sus empleados, que aprendieran inglés, para que los jóvenes a su cargo conocieran ambos idiomas. Algún día, todos los niños tendrían que trabajar para ganarse la vida y ser bilingüe era una habilidad valiosa y lucrativa, y los tres se habían percatado rápidamente de esto.

Una vez que dejó a la niña, Hugo caminó a grandes zancadas por el césped de lo que una vez fue la casa de campo de la familia De Courtney. Si bien el terreno todavía era hermoso, se había dejado que gran parte volviera a la naturaleza. El césped, que quedaba, estaba salpicado de dientes de león, que los niños adoraban, y solo estaba cortado de manera irregular.

Martha sabía que la hermosa propiedad era apenas una sombra de lo que había sido, cuando pertenecía a los De Courtney, pero le gustaba pensar que era mucho más querida por los niños, que habían venido aquí para sanar y comenzar nuevas vidas.

Aunque, inicialmente, Melissa y Magnus habían comprado la casa y el terreno, empleando a Hugo y Martha para operar el orfanato, ellos pudieron comprar la propiedad, después que la primera fábrica de Albert comenzara su producción hace tres años.

En lugar de seguir con su interés en Solange, Hugo había utilizado el favor ducal, que le había sido concedido, para asegurarse que Albert obtuviera rápidamente el control de su patente. No solo fue eso, sino que el hombre que había intentado robarle su idea y condenado a Albert, a la deportación, era ahora un residente de las colonias del sur.

A lo largo de los años, Albert solicitó más patentes de las que Martha podía contar, y en ese momento, él estaba construyendo una segunda fábrica, más grande, a varias millas de Londres. Aunque tenía su residencia permanente en Inglaterra, seguía visitándolos, tres o cuatro veces al año, y siempre llevaba a su empleado y querido amigo, Daniel Charters, con él en sus viajes.

El año pasado, Albert invirtió dinero, en otra de las empresas de Magnus: una escuela que enseñaría a los niños mayores tanto habilidades prácticas, como matemáticas y ciencias.

Hugo se dejó caer en la silla, junto a ella, con un suspiro, y luego le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Ven aquí, Fergus —le dijo en tono engatusador—. No te hizo daño... Bueno, tal vez sí a tu orgullo —corrigió con una risita, mientras el viejo perro caminaba con rigidez hacia él.

Hugo lo recogió y Fergus inmediatamente se acomodó para tomar una siesta, la primera de varias que disfrutaría hoy.

Hugo volteó hacia Martha.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—Grande.

Él se rió entre dientes y puso una mano sobre el vientre de ella.

—¿Annette está segura que no son gemelos? —preguntó, y no fue por primera vez.

Annette era la mujer que trabajaba como partera y enfermera en el pequeño pueblo, que estaba a solo una milla del castillo.

Martha puso su mano sobre la de su marido y la apretó.

—Está segura que solo es un niño muy grande.

Al igual que sus otros embarazos, este no había experimentado ninguna enfermedad ni molestia hasta el mes pasado. No solo era pleno verano, sino que ya había pasado una semana de la fecha prevista del parto. Estaba lista para tener a este bebé.

—¿Cuándo se supone que regresará Cailean? —le preguntó.

—Le hice prometer que volvería dos horas, antes de la cena. —Hugo cogió el periódico, que había estado leyendo, antes de ir a rescatar a Fergus de Yvette.

Cailean llevó a los niños mayores, de entre cinco y once años, al granero grande, que estaba en el borde de la propiedad. En los años transcurridos desde que lo llevaron a Londres, había ampliado su colección de animales de manera exponencial.

El granero era su hospital para animales, donde guardaba entre veinte y cincuenta animales o más, en cualquier momento. La mayoría de los animales eran los que él rescataba (perros, gatos y criaturas salvajes, como conejos y pájaros), pero la gente del pueblo había comenzado a traerle animales de granja hace varios años, cuando se enteraron de su centro de curación.

Dos veces por semana, Hugo llevaba consigo a un grupo de niños, incluyendo a su hija Elizabeth, para que lo ayudaran. Martha sospechaba que tener siete pequeños humanos, bajo sus pies, era más una carga que una gran ayuda, pero Cailean amaba a los niños y ellos lo adoraban.

Él todavía hablaba muy poco y, cuando lo hacía, normalmente se dirigía a uno de sus pacientes, más que a una persona en particular, pero Elizabeth siempre lograba sacarle una o dos palabras. A sus casi seis años, era como la hija de su padre, en lo que se refiere a su espíritu sociable y valiente.

—¡Oh! —dijo Hugo, quitándose las gafas, que finalmente había admitido que necesitaba en su trigésimo noveno cumpleaños—. Olvidé decirte que Mel escribió para informar que Laura finalmente aceptó casarse con ese herrero... No recuerdo su nombre...

—Jacques.

—Sí, eso fue todo. Mel dijo que las hijas del hombre la adoran y que está disfrutando de ser abuela. —Volteó hacia el periódico y Martha sonrió. Se sintió aliviada y divertida, al mismo tiempo, por la actitud de Hugo hacia la mujer que le robó el negocio y lo envió a un viaje a Nueva Gales del Sur, logrando que él terminara en una isla, en el norte de Escocia.

El tercer año que estuvieron en Francia, Hugo la buscó un día que ella estaba trabajando en la guardería, esta era su parte favorita del trabajo.

“—¡Ahí estás! —Se quedó sin aliento, como si hubiera corrido para encontrarla.

—¿Pasa algo? ¿Es Elizab...?

—No, no, nada de eso. Ella está bien. Cailean la está vigilando.

Elizabeth tenía casi dos años en ese momento y las mujeres francesas la habían apodado Mademoiselle Comète por su velocidad similar a la de un cometa, cuando se trataba de atravesar una habitación.

—Se me acaba de ocurrir algo. —Hugo la levantó y la rodeó con sus brazos.

—Oh, Hugo, no puedo ahora mismo, soy la única que está aquí mirando...

—No es eso, mi malvada esposa.

Como siempre, ella se sonrojaba, cuando él se burlaba de ella por algo íntimo.

—No, solo estaba pensando en ver a Laura, cuando vayamos a visitar a Melissa y Magnus el próximo mes.

—Oh, Hugo... Esperaba que te estuvieras enfadando menos con ella. Tú sabes que nosotros...

Le puso un dedo sobre los labios.

—Lo que quería decir es que probablemente debería agradecerle por lo que hizo.

—¿Qué?

—Si ella no me hubiera enviado a ese terrible viaje, nunca te habría conocido.

Martha se puso a llorar inmediatamente.

—Creo que es lo más romántico que me has dicho jamás.”

Todavía recordaba cómo había hecho el amor aquella noche. Había sido intenso, incluso más apasionado que de costumbre, y estaba convencida de que esa noche habían concebido a su hija menor, Amelia.

Desde entonces, ella parecía tener casi un interés propio en la vida de Laura.

Martha estaba agradecida que él hubiera dejado ir su ira, sin importar cuán justificada fuera. La ira, los celos, la envidia, y una serie de otras emociones negativas, siempre son más corrosivas para el portador que para el objetivo.

Hugo no era el único que había luchado con estos problemas, a lo largo de los años.

Martha había pasado meses terribles, durante su primer año de matrimonio, sin poder olvidar a todas las bellas y hábiles amantes, que Hugo había disfrutado, antes que ella. La había sorprendido su capacidad para los celos, una emoción con la que no había tenido mucha experiencia hasta entonces.

Había sido Melissa quien la ayudó a aceptar el pasado de su marido.

“—Hugo y yo nos parecemos mucho —dijo la hermosa pelirroja, después que Martha finalmente se derrumbara y le preguntara a la otra mujer, si Magnus, su esposo, alguna vez había estado celoso de los hombres de su pasado—. Siempre fue un trabajo para nosotros —explicó—. Conocí a otras mujeres, y algunos hombres, que se enamoraron de sus clientes, o llegaron a preocuparse por ellos, pero eso nunca nos pasó a ninguno de nosotros. Sé que es difícil de entender para la mayoría de la gente, pero el acto del amor físico no tiene sentido, si no hay nada más que lo acompañe. —Se estaba riendo—. Una vez lo comparé con otras actividades, comer juntos o jugar a las cartas, y el pobre Magnus casi se desmaya.

Martha podía entender sin duda la reacción del hombre. Las cosas que hacía con Hugo no se parecían a ningún juego de cartas que hubiera jugado antes.

La sonrisa de Melissa se había desvanecido y le había dado a Martha una mirada directa e inquebrantable.

—Lo que debes recordar es que, cuando se trata de amor, tú fuiste la primera y única

persona de Hugo. Nadie jamás tocó su corazón hasta que tú lo hiciste.

Sus palabras habían sido una revelación. Hugo había dicho algo similar, pero ella no había podido dejar de lado sus celos y escuchar.”

Probablemente, Martha siempre sentiría una punzada de dolor, al pensar en todas las personas con las que Hugo había compartido su cuerpo, pero ese pensamiento ya no la dominaba como un demonio. Ella era la única que tenía su corazón.

Mientras lo miraba ahora, con gafas y algunos mechones de plata entre su llamativo cabello negro, experimentó el mismo amor abrumador por él que había sentido todos esos años atrás, en Stroma.

Se estremeció al pensar en todas las cosas que podrían haber sucedido para impedirles estar juntos. Si los marineros no se hubieran amotinado y el viaje hubiera transcurrido según lo planeado... Si el barco hubiera chocado contra las rocas, en un ángulo diferente, y no hubieran quedado atrapado los hombres adentro... Si Cailean no hubiera encontrado a Hugo, en la oscuridad, ni lo hubiera rescatado... Si su padre no hubiera obligado a Hugo a arriesgarse con la hija de un vicario... Si ella hubiera elegido la bifurcación segura del camino y se hubiera quedado con Robert Clark.

Y mil cosas más que podrían haber sucedido para impedirle pasar su vida con ese hombre tan maravilloso.

Como si sintiera sus ojos sobre él, Hugo levantó la vista, y sonrió con expresión interrogativa.

—¿Qué pasa, mi amor?

Martha se tragó rápidamente las lágrimas, que siempre lo hacían sentir ansioso por ella, incluso cuando intentaba convencerlo que eran lágrimas de alegría.

En cambio, le dedicó la sonrisa más descarada que pudo.

—Estaba pensando en lo agradecida que estoy de estar casada contigo.

Él se animó y dobló el periódico sin apartar los ojos de ella.

—¿En serio? —Arqueó las cejas negras y malvadas—. Eh... ¿Qué tan agradecida, exactamente?

Martha se rió y se pasó la mano por la enorme barriga.

—No estoy tan agradecida. —Ladeó la cabeza—. Me he dado cuenta que eres casi el hombre perfecto para mí.

Él tosió.

—Disculpa, cariño, pero... ¿casi?

—Bueno, siempre había querido un apellido diferente.

—¿No te gusta Buckingham? Es un nombre principesco —le reprendió—. Y mucho más bonito que Dinwiddy.

Ella dio un suspiro soñador.

—Es cierto, pero me había imaginado poder llamarme Martha Higgenbotham.

La risa encantada de Hugo despertó a Fergus, quien los miró a ambos con disgusto, saltó de su regazo, y se alejó muy enojado.

Hugo se puso de pie y le tendió las manos. Martha las tomó y él la levantó, como si no pesara más que una pluma.

—Tendrás que conformarte conmigo, cariño. —La rodeó con los brazos y la acercó hasta que su vientre redondo presionó contra el suyo—. Porque te amo, Martha Jane Buckingham, y nunca, jamás, te dejaré ir.

Y luego la besó.

PALABRAS FINALES DE LA AUTORA

Estimado lector:

Espero que hayas disfrutado de la aventura de Hugo y Martha, pasando un rato divertido en el norte de Escocia y Londres.

Mientras escribí esto (el texto original, en inglés) estábamos en 2021 y el mundo entero pasó por un año, que probablemente tendrá su propio capítulo en los libros de historia del futuro. Debo admitir que fue un alivio escapar de los problemas modernos y vivir a principios del siglo XIX.

Me divertí mucho investigando para escribir este libro, y me fascinó especialmente la isla de Stroma.

La isla mantuvo una pequeña población durante siglos (hay evidencias de estructuras de piedra que tienen miles de años), pero los últimos residentes finalmente abandonaron Stroma en 1997. (Favor consultar el artículo de Wikipedia sobre [Stroma](#) para obtener muchos datos interesantes). Los únicos habitantes de la isla ahora son ovejas, frailecillos y otras aves (¡y probablemente algunas nutrias!).

Gracias al milagro de Google Maps, se puede observar la vista satelital de la isla y ver que el faro, la iglesia y las casas de Stroma (muchas de ellas aún llenas de pertenencias) son todo lo que queda de la pequeña y otrora vibrante comunidad. Es un pueblo fantasma que flota en el Mar del Norte.

Como suelen hacer los escritores, me sumergí en una madriguera de investigación (varias, en realidad) y mantuve una correspondencia interesante con un minero de rocas duras sobre la geología de Stroma. Aprendí mucho sobre el corte de losas a principios del siglo XIX y en un libro sobre la vida de Hugo, como cortador de losas. Por desgracia, él se cortó en su propia sala de trabajo.

También me divertí investigando sobre las nutrias, que pueden ser unos animales muy crueles, aunque adorables. Las nutrias han aparecido en listas de animales (incluidos los humanos), que pueden comportarse de forma violenta sin motivo aparente.

El Gloup (que proviene de la palabra nórdica antigua “gluppa”, que significa abismo) es una formación geológica real en Stroma. Aunque he modificado las cuevas para que se ajusten a mi propósito, en realidad se usaban para destilar y almacenar contrabando, y se les apodaba: “el granero de malta”.

Me gusta que mis libros sean apasionados y sexys, y un personaje como Hugo habría hecho un uso libre de la jerga sexual de la época. Frases como “getting your corn ground” (moliendo maíz), “dick” (polla) y “pussy”(vagina) se usaban en el siglo XIX, aunque tienen un sabor contemporáneo. Una de mis fuentes de investigación más valiosas en Internet es el *Oxford Dictionary of Slang* de Jonathan Green. No solo puedes encontrar el uso más antiguo de palabras de jerga, con cronologías completas, sino que también hay enlaces a las fuentes.

Aunque hay un duque real en la historia, deliberadamente dejé sin nombre al personaje

porque es producto de mi imaginación. El plan de chantaje de Bevan Davies habría sido una amenaza seria en esa época, ya que la conducta homosexual todavía se castigaba con la muerte según la Ley de Sodomía de 1533. La última ejecución por sodomía se produjo en 1835.

Si has leído otros libros míos, habrás notado que me gusta escribir historias sobre plebeyos. Si bien los duques (y su equivalente moderno, los multimillonarios) son apasionantes y exóticos, creo que el amor florece en todos los estratos sociales, y que la “gente común” (incluso los trabajadores sexuales como Hugo) también merece su lugar en el romance.

Las estimaciones sobre el número de prostitutas, en el Londres del siglo XIX, varían enormemente, pero incluso si se creen las cifras conservadoras, había una cantidad alarmante de personas, hombres y mujeres, que ganaban su dinero como trabajadores sexuales.

Aunque me esfuerzo por lograr la precisión histórica, esta es, ante todo, una novela romántica. Si te interesa alguno de los lugares, personas o acontecimientos mencionados en mis libros, siempre te recomiendo que consultes una fuente primaria o secundaria fiable, si deseas obtener más información.

Me encanta escuchar a los lectores. ¿Hay algún personaje sobre el que te gustaría saber más? ¿Tienes preguntas sobre esta historia? ¿Próximas historias? ¿Historias que crees que deben escribirse? Si es así, puedes enviarme un [correo electrónico](#) o dejar un comentario en mi [sitio web](#). O simplemente escribir para saludarme.

Como siempre, te pido que te tomes un momento para escribir una reseña rápida (aunque sea de unas pocas palabras) si te gustó mi trabajo. No pago por reseñas, así que confío en que mis queridos lectores compartan sus opiniones genuinas, y ayuden a los lectores, que navegan por mis libros, a decidirse, para darles una oportunidad.

¡Hasta mi próximo libro, les deseo todo lo mejor y muchas lecturas maravillosas!

S.M. LaViolette.